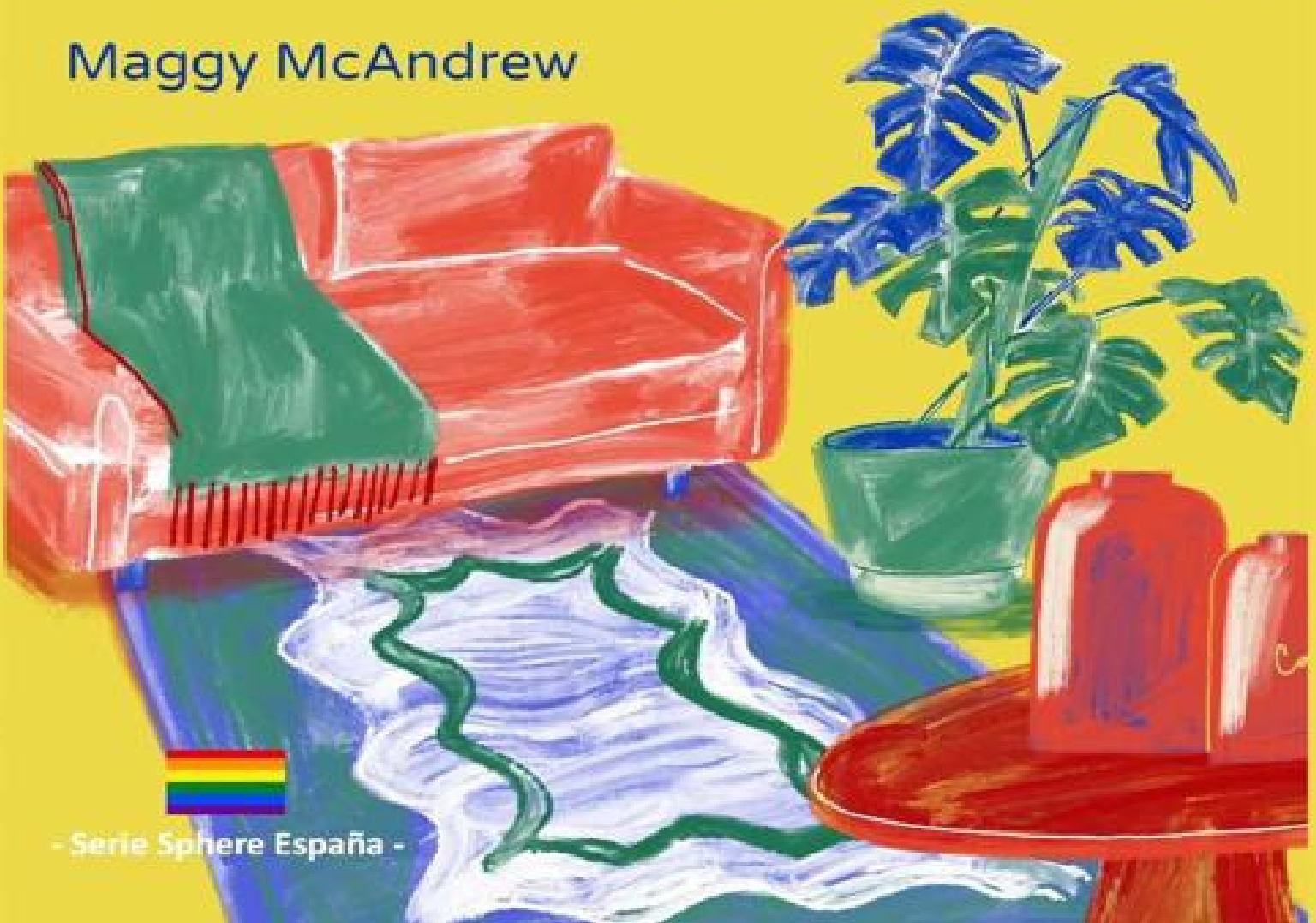
Una apasionante historia de amor lésbico

Cuando sus caminos se cruzan en el hospital, la tensión es palpable. Dos reconocidas doctoras, antes rivales, se encuentran envueltas en un torbellino de pasión, secretos y el inesperado poder del amor.

VERDADES no dichas

Maggy McAndrew



- Serie Sphere España -

Verdades no dichas

-Serie Sphere Espana-

Maggy McAndrew

Derechos de autor © 2024 AMM

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

A mi esposa.

Capítulo 1

10 de enero - La Dama de Hierro

Olívia

Casi todos los momentos verdaderamente decisivos de nuestras vidas son nuestros y solo nuestros. Para los demás, se trata simplemente de un día más, igual a tantos otros. Nosotros lo recordaremos para siempre, ellos lo olvidarán sin haber tenido siquiera consciencia de que había algo para recordar.

Atravieso las puertas de cristal, que se deslizan una a cada lado, y entro en una nueva atmósfera. La ansiedad se transforma en euforia, y el miedo genera energía. Acelero el paso, y agarro con más fuerza el maletín que tengo en la mano, al mismo tiempo soy invadida por una sensación de náusea, parece que voy a vomitar en cualquier momento. Me detengo y miro alrededor. El hospital es tan grande, tan confuso. Ascensores, escaleras, señalizaciones de todos los colores y decenas de personas, ocupan un vestíbulo que se pierde de vista. Aunque estuve aquí la semana pasada, me veo obligada a pedir ayuda en la recepción.

«¡Hola Olívia! Buenos días, ¡bienvenida! ¿Cómo estás? ¿Preparada?», quien pregunta es Asunción Martínez, la directora del departamento de calidad, una mujer de piel negra, que desborda energía y buen humor. «No te preocupes», prosigue, negando con la cabeza.

No tengo dudas de que mi rostro refleja la inquietud que siento.

«Esto solo parece extraño. Te vas a acostumbrar en un abrir y cerrar de ojos. Antes del final de la semana ya te sentirás en casa», concluye, cuando por fin cogemos uno de los ascensores.

Hoy es lunes, pero no es simplemente un lunes más, es el primer día, el primer día de un futuro diferente, reflexiono, sin conseguir, ni por asomo, alcanzar la magnitud de lo que me espera.

Entramos juntas en mi nuevo despacho. Una amplia ventana, orientada a un patio interior, llena el espacio de luz natural. En la pared, varias serigrafías de nuevos artistas dan un colorido que contrasta con los muebles rectos, totalmente blancos.

«¡No podemos seguir así!» Los gritos se hacen oír provenientes del pasillo. «¡Un día de estos va a morir alguien!»

Sobresaltada, Asunción deja a medias lo que está diciendo, y sale corriendo. Sin entender lo que pasa, la sigo.

«¿Dónde está la jefa de anestesia, alguien me lo puede decir? ¡No vuelvo a operar así!»

Por fin consigo ver quién grita. Una mujer con traje azul de quirófano, mascarilla caída colgando del cuello, y los ojos más verdes que jamás vi, dobla la esquina. Tras ella dos enfermeros intentan en vano calmarla, pero ella ignora por completo su presencia.

Asunción camina rápidamente en su dirección. Me quedo parada en la puerta del despacho, siguiendo la escena a distancia.

«¡Julia! ¡Cálmate!» Su voz suena tranquila, pero asertiva. Cuando llega junto a ella le pone la mano en el brazo en un gesto de consuelo, pero sobre todo, de contención.

«No me quiero calmar, ¡quiero que asuman! ¡Si estos tíos no contratan personal, no se puede operar!»

«¿Qué es lo que ha pasado, al final?», pregunta Asunción soltando el brazo de Julia.

«Lo mismo que la semana pasada, y la anterior. Estaba en el quirófano con una anestesista y dos

internos, la llamaron para una cesárea de urgencia, resultado..., me quedé haciendo un reemplazo de válvula con los dos chavales. ¡Joder! ¡Estoy harta de esta mierda!»
«Tienes razón...»
«Ya sé que la tengo, pero cuando alguien muera eso no va a servir de mucho.»
Poco a poco, ellas avanzan en mi dirección y consigo oír la conversación, que transcurre ahora en un tono más moderado, «El paciente era complicado, perdió mucha más sangre de la que debía, y los chavales no tenían ni idea de qué hacer. Ya ves..., yo allí, el hombre con el pecho abierto, y ellos más blancos que el propio paciente. Te digo, solo no fue peor porque el colega que estaba operando conmigo, reaccionó a tiempo y tomó las riendas. Estaba viendo que el paciente paraba. ¡No puede ser! ¡No puede pasar! ¡No va a pasar, al menos no en mi quirófano!»
«Ven, vamos. Vamos a mi despacho», Asunción la agarra de la manga y ella parece acatar la sugerencia. Cuando pasan por mi lado, Asunción se detiene un instante y dice: «Olívia, disculpa, tengo que irme. No te olvides, tenemos reunión a las cuatro.»
Me quedo sola en medio del pasillo. La gente circula de un lado a otro como si no hubiera pasado absolutamente nada. Vuelvo a entrar en el despacho y cierro la puerta detrás de mí. ¿Qué acaba de pasar? ¿Quién será?, caviló.
Me siento, por primera vez, en mi nueva silla. Enciendo el ordenador y abro el correo electrónico. Qué sensación más rara, una dirección nueva, y nada en la bandeja de entrada, más allá del mensaje automático de bienvenida. Me quedo mirando por la ventana, viendo sin prestar mucha atención, a las personas que cruzan el patio.
Reunión a las cuatro, y nadie consideró oportuno avisarme. Entro en la web del hospital y voy navegando. Hay nombres conocidos, y otros de los que nunca había oído hablar. En general el cuerpo médico es joven y muy cualificado. Entre muchos otros rostros, reconozco los ojos verdes que acabo de ver: Julia García, la directora de cirugía cardiotorácica. En la parte superior de la página, la fotografía póstuma del anterior director médico, Arturo Navarro. Era un hombre muy reconocido, especialista en medicina interna, vicepresidente de la Sociedad Europea, murió de un infarto hace tres meses, de forma completamente inesperada. Tenía sesenta y cuatro años, dejó esposa, dos hijos y cuatro nietos. Fue un shock. El hospital mantuvo como director médico interino a su adjunto, pero la administración decidió que el nuevo sustituto debía venir de fuera, y aquí estoy yo. Preveo tiempos difíciles, la memoria de Arturo sigue muy presente.
Escribo y borro, escribo y borro, sin conseguir nada en condiciones. Intento, en vano, preparar algo que pueda tener sentido para decir en la reunión de esta tarde. Sé lo importante que es la primera impresión y eso solo hace que me ponga cada vez más nerviosa. Me quito las gafas y las dejo sobre la mesa, al mismo tiempo me sorprende el teléfono móvil. Tardo un momento en localizarlo: 'Úrsula'.
«¿Cómo estás? ¿Instalada?», pregunta antes de que pueda decir algo.
Respiro hondo y casi siento su perfume. «Qué sorpresa, ¿cómo sabías que te necesitaba ahora?»
«Siempre sé lo que necesitas, ¿recuerdas? Deberías saber que estoy presente, incluso cuando estoy ausente.»
«Es verdad...», respondo, sabiendo que corresponde completamente a lo que siento.
«¿Estás sentada? Cierra los ojos. Piensa en mí... ¿sientes mi mano?»
«¡Para!», interrumpo en un tono falsamente enfadado, «¡Ahora no! Pero podemos continuar más tarde», termino, con una carcajada.
«Vale, si «ahora no», hablemos de cosas serias, ¿cómo estás? ¿Cómo van las cosas?»
«Bien, creo. Es decir, me acaban de comunicar que hay una reunión de presentación esta tarde. Podrían haberlo dicho antes, ¿no crees?», suspiro y vuelvo a ponerme las gafas, mientras sujeto

el pelo detrás de la oreja, «¿Nos escapamos? Pasamos la tarde juntas.»
«Uhm... no es una oferta que pueda rechazar, Señora Directora Clínica, ¡pero creo que el deber te llama!»
«¡Oh!... ¡Estás perdiendo cualidades! En otros momentos serías la primera en preguntar, «¿dónde nos encontramos?»», reímos ambas.
«Es el peso de la responsabilidad. ¿El jueves por la tarde?»
La anticipación me hace sentir mejor. Cuelgo el teléfono y miro por la ventana, perdiéndome en recuerdos.
Tengo hambre. Claro que la tengo, son casi las dos. En un gesto mecánico, me echo el pelo hacia atrás y me ajusto las gafas, por décima vez. Releo el texto que empecé a escribir, está pésimo. No vine preparada para esto, ¡error craso!
Voy al baño. Me lavo las manos y dejo correr el agua fría. Miro mi imagen reflejada en el espejo, ¿qué verán cuando me miren?
Entro en el anfiteatro a las cuatro en punto. Está repleto de batas blancas y me arrepiento inmediatamente de no haberme puesto la mía. Otra vez las náuseas, la sensación de vómito. Pienso en Úrsula y en la posibilidad de huir, pienso en Javier y en sus frías palabras.
La presidenta de la Junta Directiva hace una breve introducción y me da la palabra. En la sala se oye un aplauso contenido, que deja entrever las dificultades que vienen.
Es mi turno. Me dirijo al centro del escenario, agradezco la presentación y desisto casi instantáneamente de seguir el papel que tengo en la mano. Durante unos minutos comparto mi experiencia previa en la dirección del centro oncológico y anuncio algunos de los planes que tengo para el futuro del hospital. A medida que voy hablando me voy calmando, hasta el punto de sentirme entusiasmada. Termino satisfecha conmigo misma, sonrío y levanto los ojos, enfrentando al público. El momento dura poco. Los rostros están serios y varios brazos en el aire piden la palabra.
El primero en hablar es Antonio Fuentes, el director clínico interino. Su voz es áspera y denota el dolor de no haber sido el elegido. En tono de advertencia, con olor a amenaza, me alecciona sobre las especificidades del hospital, recordándome que no será fácil, tal vez ni posible, aplicar lo que apoda como «mis» nuevos modelos de gestión clínica.
No esperaba tener la vida fácil con Antonio, pero no estaba preparada para palabras tan duras. Siento las manos sudar y el corazón latir acelerado. Antes de que pueda responder, se hace oír otra voz, esta vez proveniente de la parte alta de la sala.
La voz tiene un tono ronco muy particular, una mezcla de hielo y calor, y hace silenciar todas las conversaciones. Sin dudar, me mira directamente: «Doctora Olívia López, mi nombre es Julia García, en nombre del servicio de cirugía cardiotorácica, le doy la bienvenida».
«Gracias».
«Quien me conoce sabe que no soy mujer de medias palabras, y que voy directa a los asuntos. Antes que nada, quiero decir que concuerdo absolutamente con mi colega. Este hospital tiene una realidad propia, que estoy segura de que no conoce. Bueno, lo primero que quería preguntar es si pretende seguir aquí el modelo de integración en unidades funcionales, como hizo en su institución anterior».
La pregunta parece simple, pero es verdaderamente incisiva, y cien veces más peligrosa que todo el discurso agresivo de Antonio. Una cosa es cierta, ella hizo los deberes.
Ante mi perplejidad, continúa, sin darme oportunidad de responder, «Ya que estamos, y dado que es anestesista, me gustaría saber si pretende tener actividad clínica en el quirófano. Hemos tenido problemas...»

Esta vez estoy preparada, y antes de que enuncie un coro de quejas, la interrumpo: «Doctora Julia García, gracias por sus palabras y sus preguntas. La forma en que se encara la medicina es la cuestión central, crear o no unidades funcionales es una consecuencia y nunca un punto de partida. En cuanto a la actividad clínica, ya veremos», respondo de forma evasiva, sin decir ni que sí ni que no. Habitualmente soy una persona franca, pero en este momento no puedo comprar guerras, una batalla a la vez.
Vuelvo a centrar la mirada en Julia, que mientras tanto parece haberse distraído, absorta con el móvil al que mira con una sonrisa y encogiéndose de hombros. No dejo de notar que cuando sonríe, su semblante cambia.

§§

«Sabes Fili, en ese momento me sentí frágil y vulnerable...»
Fili interrumpe lo que le estoy diciendo, «Normalmente no das tanta importancia a lo que los demás piensan de ti, Olívia. ¿Qué es lo que te está haciendo sentir insegura? Pensé que cambiar de trabajo era algo bueno».
«Yo estaba allí de pie, delante de todo el mundo, era la nueva directora clínica, y no tenía ni la más remota idea de qué hacer. Me sentí tan expuesta, como si estuviera desnuda, no sé, no sé por qué».
Empecé a hacer terapia en un momento en que nada tenía sentido, donde todo parecía no tener solución. En poco tiempo, Fili, Felipe Rivera, se convirtió en mucho más que un psiquiatra, se convirtió en un puerto seguro, me transformó como persona, me dio una confianza que me valió en muchos momentos el apodo de Dama de Hierro.
Fili levanta la cabeza de su cuaderno de notas y me mira. Está, como siempre, sentado en su sofá de piel marrón, color miel, con los brazos apoyados en el regazo, sosteniendo el bolígrafo y la libreta. «Siempre tienes que probar algo, ¿verdad?», profiere con calma, sin dejar entrever si es una afirmación o una pregunta. «Tu miedo es proporcional al riesgo que crees que corres, y solo corres ese riesgo porque te has impuesto, a ti misma, objetivos que no logro comprender. ¿Quieres demostrar que eres capaz de enfrentar uno de los mayores hospitales de la ciudad y reestructurarlo, si es necesario, contra viento y marea? ¿Quieres demostrarte eso a ti misma? O, y perdona lo que voy a decir porque sé que no te va a gustar, ¿simplemente quieres llenar un vacío que se ha apoderado de ti en los últimos tiempos?»
Siento un nudo en la garganta, no deja de tener razón. Los dos últimos años han sido particularmente duros.
«Y Úrsula, ¿cómo está?», pregunta, prosiguiendo antes de darme tiempo a responder, «Olívia, hoy nos quedamos aquí. Estás intentando abrir puertas, son puertas pesadas y difíciles de traspasar. No pongas restricciones de entrada, date la posibilidad de soñar, no tienes nada que perder».
Me levanto sintiéndome más confusa que cuando entré y, sin embargo, sonrío, sonrío ante las posibilidades de futuro, de mi futuro.

Capítulo 2

10 de enero - Mensajes

Camila

Hoy, al contrario de lo habitual, espero durante largos minutos en la pequeña sala de espera. Extraño, Fili rara vez se retrasa. Elijo el sofá del fondo, tal vez por ser, de los tres, el que está más lejos de la puerta. La sala está vacía, pero aun así, me causa cierta incomodidad.

«Perdona el retraso Camila, la consulta anterior se alargó. Lo siento. ¿Cómo estás?», Fili viene a buscarme a la puerta con una sonrisa. Entro en el despacho, y casi sin darme cuenta, ya estoy sentada en el que es «mi» lugar.

«¿Cómo estás?», vuelve a repetir, incitándome a hablar. «¿Cómo está Julia?», insiste ante mi silencio. Fili me conoce bien, lo suficiente para saber que la mayoría de las veces mi tristeza y mi alegría tienen un nombre, Julia García.

«Está otra vez rara. Anda irritada, no se puede decir nada que responde a gritos. Las cosas en su hospital están complicadas. No sé si sabes, pero tienen una nueva directora clínica, por lo que entiendo una persona desagradable. Una tal Olívia no sé qué, fue puesta ahí por intereses y amistades, o al menos eso dicen».

«¿Y Julia está irritada por eso?»

«No sé Fili, estamos casadas desde hace años y sigo sin lograr entender a Julia. Tú sabes lo que pasó, y yo sé que te dije que podía seguir adelante. Lo creí, pero ahora, ahora ya no lo sé», suspendo por un momento lo que iba a decir.

«¿Por qué?»

Sin dejarle hacer más preguntas, me embarco en un relato del día de ayer.

§§

Salgo temprano de casa y tomo el tren de siempre. En el asiento frente a mí está sentada una mujer. Mis ojos se fijan en sus manos. Sujeta el libro con fuerza, como si de él dependiera su vida, y va pasando las páginas a un ritmo constante. No muevo la cabeza, ni desvío la mirada. Debe ser una novela, pienso, sin lograr ver la portada, cubierta por otra de cuero rojo.

Son las seis y media, por la ventana puedo ver las luces de la ciudad que se acerca. En menos de dos horas estaré entrando en el quirófano, pienso, sin dejar de seguir el pasar de las páginas. Tiene unos dedos sorprendentemente largos, podría ser cirujana.

--

Llego al hospital y me dirijo directamente a los vestuarios. Como de costumbre, hay mucho revuelo, con todo el mundo hablando por encima de los demás. Pienso en Julia y en sus problemas en el Hospital Central. Menos mal que elegí trabajar aquí, en el Hospital Universitario, si no fuera porque mi madre también trabaja aquí, sería perfecto, pienso para mis adentros. A mi lado, varias médicas y enfermeras se cambian de ropa. Ya vestida, me siento en uno de los bancos, de espaldas a la pared, con los codos apoyados en las rodillas.

«Está cada vez más delgada... ¿Qué tal si cenamos hoy? ¿Cuánto tiempo hace que no salimos juntas?», dice una de las enfermeras, amiga de hace años.

«No puedo. Julia y yo tenemos planes para cenar en casa.»

«¿Cómo está ella?»

«Genial, siempre operando. Pero hoy prometió dejar el caos del Central y cenar conmigo en casa. Por lo menos, nuestro hospital es siempre más tranquilo», digo riendo.
«Eso de la tranquilidad ya veremos. ¿Ya te has enterado de que la Dra. Esther González se va a unir a nuestro equipo? Vamos a tener otra estrella. Parece que empieza dentro de un mes.»

--

Son casi las diez de la noche cuando finalmente oigo la llave girar en la cerradura y el ruido de la puerta al abrirse. Julia entra con el aire más normal del mundo. Sin quitarse el abrigo, atraviesa la sala en mi dirección y se agacha para darme un beso.
Correspondo con un gesto mecánico, casi desagradable. «¿Qué ha pasado? ¿No habíamos quedado para cenar?», pregunto, sin grandes expectativas de que la respuesta calme mi irritación.
«Perdona, ya sabes cómo es, cuanto antes queremos salir más complicaciones surgen. Primero la llegada de la nueva directora clínica, ¡ni te imaginas! Tengo que contártelo. Y cuando ya estaba lista para salir, tuve que volver.» Mientras habla, me extiende el teléfono móvil con imágenes realmente impresionantes. «Mira, mira qué bien se notan las adherencias. La resolución es óptima, fíjate en la salida de la aorta, la válvula ya había sido intervenida, ya sabes cómo es, complicaciones por todos lados.»
Voy escuchando mientras miro las fotografías. Corazón expuesto, pinzas y separadores, reconozco los dedos de Julia, a pesar de los guantes. En una de las imágenes, el campo está inundado de sangre. Puedo imaginar la dificultad de lo que describe.
En mi mano, el teléfono vibra avisando que ha llegado un mensaje. Enseguida otro y aún uno más. Los avisos aparecen en la pantalla, y es inevitable no verlos. La remitente no está identificada y solo alcanzo a leer: 'Querida, no puedo...' Contengo las ganas de ver el resto de la frase, no digo una sola palabra, y le devuelvo el teléfono. Sin mirar, lo agarra y lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón.
«Ven, vamos a cenar», dice, extendiendo la mano.
No hago amago de levantarme. Con un movimiento de cuerpo giro la silla, y me quedo de espaldas. No se rinde, nunca se rinde. Se coloca detrás de mí, pasa las manos sobre mis hombros y me besa en el cuello. Hago girar la silla de nuevo. Estiro los brazos y la empujo, con más fuerza de la necesaria. Con la sorpresa del movimiento, da un paso atrás y casi pierde el equilibrio.
«¿Qué pasa? ¿No tienes hambre? Vamos a cenar», insiste.
«¿Quién es esta vez?»
«¡Nadie! Por favor, Camila, ¡para! No sé por qué te empeñas en pensar que siempre que llego tarde estoy con alguien.»
«¡Quizá porque ya ha pasado!» No puedo esconder mi exasperación. Intento hablar bajo para no despertar a Mateo, pero es imposible, tengo ganas de explotar. Julia consigue ser al mismo tiempo la mejor y la peor persona del mundo. Me enamoré de su irreverencia, de su inteligencia, con eso vino la prepotencia y el egoísmo de quien se siente muy por encima de los demás. Entiendo que lidiar a diario con la vida y la muerte la obligue a crear defensas, pero se ha ido distanciando, como si la banalidad de lo cotidiano fuera totalmente desinteresante.
«Hace días que no paras de mirar esa porquería de teléfono. Estés donde estés siempre lo tienes en la mano. Ni te diste cuenta, pero el otro día, llegaste al colmo de salir de la ducha, toda mojada, porque lo habías dejado sobre la mesilla. ¿Quién es? ¿Por qué te trata de «querida»?»
No responde y se pone en cuclillas frente a mi silla. Me levanto. No quiero disculpas. No quiero conversaciones vacías. En realidad, no tengo la menor idea de lo que quiero.
«Mamá, la cama se caía...», dice bajito, Mateo que aparece en la puerta de la sala, con sus rizos

despeinados y el gato de peluche marrón bajo el brazo.
Julia me mira, como si la culpa de que se haya despertado fuera mía. Se levanta, le da la mano y sale hacia la habitación. «Solo fue una pesadilla, amor», la oigo, ya en el pasillo.
Me quedo de pie, parada en medio de la sala. Miro hacia la mesa, donde la cena permanece intacta. De repente, se oye un teléfono. Es el suyo. Miro alrededor tratando de percibir de dónde viene el sonido. Está en el suelo, debajo del escritorio. Debe haberse caído del bolsillo cuando se agachó. A distancia veo la luz parpadear. ¿Quién llama a esta hora? Controlo el impulso de ir a buscarlo, me quedo quieta, respiro hondo y, finalmente, el sonido se extingue. Ni un minuto después, señal de otro mensaje.
«Mateo ya se durmió, tenemos que hablar más bajo», dice en un susurro cuando regresa.
Me estremezco con el tono ronco de su voz, y por un instante recuerdo los tiempos en que vivíamos en Boston.
Me siento en el sofá, antes de reanudar la conversación. «No estoy pudiendo lidiar con esto. Siempre estás fuera, entre cirugías, urgencias, congresos y qué sé yo qué más. La sensación que tengo es que nunca estás aquí, y cuando estás, el teléfono no para.» Me doy cuenta de que estoy cediendo, siento los músculos relajarse y mi voz ha readquirido su tono habitual.
«Escucha...», dice, sentándose a mi lado, «Sé que lo que pasó dejó marcas. Mateo era muy pequeño, tú no estabas bien, una cosa llevó a la otra.»
«No vamos a tener esta conversación otra vez, ¿verdad? Me engañaste, es un hecho, y no me parece que pueda haber atenuantes.» Siempre que regresamos a este asunto, me acuerdo de cómo me sentía después de que naciera Mateo, de todo lo que pasó y siento una rabia que no soy capaz de esconder.
«No fue planeado, no significó nada.»
«Podrías ser honesta...» Ella sigue sentada a mi lado con el abrigo puesto, tal y como entró hace ya casi una hora. Tiene las manos apoyadas en el regazo, los hombros caídos y la mirada clavada en la ventana, contemplando el infinito. «¿Era el sexo? ¿Era bueno? ¿Era mejor?»
«No era malo, ni era bueno, era diferente», desvía finalmente los ojos de la ventana y me mira, poniendo sus manos sobre las mías.
El teléfono, que entretanto recuperó del suelo, vuelve a sonar. Ella lo ignora, como si no se diera cuenta. Me recuesto en los cojines, cediendo al peso del cansancio. Estoy exhausta, cierro los ojos por un instante y cuando los reabro, su rostro está casi pegado al mío. Se acerca y me besa en los labios.
Como impulsada por un resorte, me pongo de pie y la aparto con la mano, «Para con eso. ¡No va a pasar! No puedes creer que todo se resuelva así, llegas y crees que un beso lo soluciona todo».
«No me subestimes, no estaba pensando sólo en un beso», afirma con una carcajada. Su risa es contagiosa y no puedo evitar sonreír, a pesar de todo. «No te enfades, mi día no ha sido fácil. Antes de la cirugía hubo una mega reunión. Nos juntaron a todos en el auditorio, ¿y sabes para qué? ¡Para presentar a la nueva directora clínica! Fueron a buscar a una mujer que nadie conoce. Imagina, una anestesista con pinta de ama de casa e ideas de reforma del sistema».
Se levanta y camina de un lado a otro mientras habla. Finalmente se quita la chaqueta, dejándola sobre el respaldo de una silla. «Y, no sabes lo peor, Asunción, siempre queriendo ser la buena samaritana, me puso en un grupo de trabajo con esta mujer. No pude negarme, ¡pero sólo puede salir mal!»
«No quiero saber nada. Me voy a dormir. Puedes mirar tus mensajes y responder, parece que hay alguien con urgencia por hablar contigo». Vuelvo a subir el tono y me acuerdo de Mateo.
Ella ignora completamente lo que acabo de decir, se acerca y me rodea con sus brazos. Pasa el

pulgar sobre mi boca, y dibuja los contornos de mi rostro, de la nariz, de los ojos, de las cejas. El recorrido termina otra vez sobre mis labios, que están entreabiertos, permitiéndole el paso. No me resisto y dejo que su dedo se deslice dentro de mi boca, lo presiono con los labios y paso la lengua por la suave piel. Me quedo así unos instantes, antes de darle la espalda y dejarla sola.
Subo la escalera hasta el dormitorio. Entro en el baño, abro el agua y espero hasta sentir el vapor. Me desnudo, mirando al espejo que refleja la imagen de mi cuerpo desnudo. Entro en la cabina, y dejo que el chorro caliente caiga sobre mi cabeza. Sumergida en el ruido del agua, me sobresalto cuando la puerta se abre. Abro los ojos, limpiándolos con el dorso de la mano. Ella entra y pega su cuerpo al mío, produciendo un resultado inmediato. El aroma mentolado del gel invade el aire, sus manos se deslizan por mi espalda, de arriba abajo y otra vez, de abajo arriba. La fuerza del agua retira la espuma casi de inmediato, pero eso no es importante. Sus dedos se detienen sobre mis hombros, haciendo que, sin otra opción, los músculos se relajen por completo.
Sus manos tienen algo único, una delicadeza y al mismo tiempo una energía, capaz de llevarme a la locura con un simple roce. Y, en este momento, parece decidida a mucho más que un toque. Me agarra por la cintura y acerca su rostro al mío, hasta que no queda espacio entre nosotras. Con el agua corriendo sobre nuestras cabezas, introduce su lengua en mi boca sin darme otra posibilidad que devolver el beso en toda su extensión. Las lenguas se encuentran en una danza bien conocida. Me besa en las mejillas, en la punta de la nariz, sobre los párpados cerrados, y vuelve a poner su lengua entre mis labios, para enseguida alejarse de nuevo, mordiéndome la oreja.
Bajo el agua no se puede argumentar y ella lo aprovecha para avanzar. Me toca suavemente en los pezones y desciende. Sin darme cuenta, me empuja hasta que quedo pegada al vidrio transparente de la cabina. Vuelvo a cerrar los ojos. Sus dedos giran alrededor de mi ombligo, se deslizan y aumentan la presión. Siento que las rodillas me flaquean y apoyo los brazos alrededor de su cuello. Consciente de que estoy rendida, intensifica los movimientos, al tiempo que coloca su pierna entre las mías. Busco fuerzas para mantenerme de pie, apoyo la cabeza en su cuello y, aún bajo el agua, siento el olor de su perfume. Vuelve a besarme, un beso suave que contrasta con el ímpetu de sus dedos.
«¡No pares! Por favor...»
«No voy a parar», murmura.
Sé que no voy a aguantar más y sé que ella también lo sabe.

§§

«Cuando dije que podía seguir adelante creí que era verdad, y lo ha sido... No voy a decir que no pienso en ello de vez en cuando. Pero, en los últimos días, semanas, los síntomas se repiten, las mismas palabras, las mismas miradas, en fin las mismas señales. Nos enseñan que, hasta que se demuestre lo contrario, síntomas iguales sugieren enfermedades iguales. Ayer tuve la clara sensación de que ella está con alguien. Eso podría justificar mucho de lo que ha pasado en estos últimos tiempos. La inestabilidad, la alternancia de humores, la obsesión por el teléfono, e incluso...»
«¿Incluso qué?», pregunta Fili ante mi titubeo.
«...incluso la forma en que hace el amor».
Lo miro a los ojos, antes de concluir, «Esta mañana me sentí furiosa conmigo misma. Cuando me desperté ella ya no estaba en casa. Dejé que ocurriera otra vez.
Me despido y salgo a la calle con la firme decisión de intentar cambiar algo.

Capítulo 3

24 de enero - Años de Casada

Olívia

«Ni te imaginas lo mucho que deseaba que llegara el día de hoy. Estas han sido de las semanas más confusas de los últimos muchos meses. Cada vez creo que estoy más perdida...»

Fili me mira, aún de pie, mientras cierra con cuidado la puerta del consultorio. «Siéntate, quítate el abrigo y respira», dice sonriendo, mientras él mismo se acomoda en el sofá junto a la ventana.

§§

La casa está llena, amigos que no veía hace años, me saludan con besos y abrazos, repartiendo sonrisas. En medio del barullo, veo entrar a Leonor. Cruzo la sala casi corriendo, pidiendo disculpas por los inevitables empujones al pasar.

«¡Calma, mamá...déjame respirar! ¡Yo también te adoro!», comenta soltando una carcajada y dando un paso atrás para liberarse de mi abrazo.

«¿Cómo estás? ¡Estás delgada! Déjame mirarte... pensé que no venías... entre las huelgas y el lío en los aeropuertos... ¿Cómo pudiste llegar? ¡Estás pálida!», la arrastro hasta el pasillo, escapando de todos los que conversan alegremente en la sala.

«¡Deja eso, estoy genial! Para ser sincera, hasta yo pensé que no lo iba a conseguir... Los aeropuertos son un caos. Al final hice todo el viaje en tren. La única ventaja es que dormí como hacía mucho tiempo que no conseguía. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú? Ahí estás diciendo que estoy delgada, pero la que ha adelgazado eres tú. El otro día, por teléfono, me pareciste preocupada, ¿es por el trabajo nuevo? ¿Estás bien?»

Somos iguales cuando nos encontramos. Son tantas las preguntas que no queda espacio para las respuestas. Hoy cuando desperté me sentí triste, quizás triste no sea la palabra adecuada, nostálgica. Los cumpleaños son ocasiones de balance y el análisis de estos veintiocho años no es, para nada, lineal. Mirar a Leonor borra lo menos bueno y me llena el pecho de felicidad. Si hay cosas que celebrar en este cumpleaños, Leonor es ciertamente una de ellas.

«El trabajo es genial. Pero tiene muchos desafíos y mucha gente queriendo fastidiar, ya sabes cómo es. Un hospital nuevo, yo vengo de fuera, me ven como enemiga. Va a mejorar, ¡estoy segura de que va a mejorar! ¿Y la universidad?»

«Andan agitados, el ambiente nunca fue bueno, y ahora está peor, está crispado. Por mí todo bien, se aprietan los dientes y se sigue», dice contrayendo la mandíbula en una demostración física de sus palabras. «Me importa un bledo los que sólo saben criticar todo y a todos. En medio, hay mucha gente buena y el trabajo es fantástico. No voy a rendirme...»

Ella no llega a terminar lo que iba a decir porque Javier aparece a mis espaldas.

«¿Qué hacéis aquí escondidas?», pregunta dándole dos besos. «Leonor, deja las cosas en la habitación y ven a la sala. Todos quieren saber noticias del reino de Su Majestad...», ironiza.

«Venga papá, no bromees, ¡el mundo no está para bromas! Y tú, ¿cómo estás? ¿Cada vez más rico?»

Es increíble cómo nos hemos distanciado tanto. Conocí a Javier una noche, en la fiesta de cumpleaños de un amigo en común. Ambos estábamos terminando la carrera de medicina aunque estudiábamos en universidades diferentes. Una cosa llevó a la otra, y acabamos casándonos tres

años más tarde, una boda convencional, que hizo felices tanto a mi familia como a la suya. Si mis padres eran conservadores, los suyos lo eran aún más, gente de campo, con varias propiedades y mucho dinero. Un hijo médico era todo lo que podían desear, y no lo ocultaban. Javier hizo la residencia en salud pública y empezó enseguida a trabajar en la industria farmacéutica. Poco a poco, pasó a ser un hombre de negocios, en todos los sentidos que pueda tener la expresión. Hace unos seis años aceptó un puesto internacional y pasó a estar gran parte del tiempo viajando. Al principio me extrañó, luego me acostumbré y, sinceramente, empecé a disfrutarlo. Mi vida sin él es más honesta, más «mía».

«Hay cosas que nunca cambian, ¡no sé cómo lo aguantas!», comenta Leonor mirando a su padre que, ya en mangas de camisa, vuelve a la sala, hablando alto, entre estridentes carcajadas en un grupo formado íntegramente por hombres.

Me giro en dirección contraria y empiezo a caminar hacia la habitación, «¡No lo aguanto, lo ignoro! Olvídate de tu padre. ¿Cómo estás tú, de verdad?»

«Conocí a una persona...», deja la bolsa en el suelo, junto a la ventana, y se calla de repente como si hubiera dicho algo que no quiere compartir.

Me siento al borde de la cama y doy una palmada sobre el colchón para que se siente a mi lado. «¿Conociste a 'una persona'?» No digo nada más, aunque me muero de curiosidad. Sé que, con ella, la mejor estrategia es no insistir y esperar pacientemente.

«Conocí a una chica...», empieza, sin mirarme.

«Sí...»

«Es una compañera de la facultad. Canta en un grupo.»

«Leonor, por favor, continúa, me estás poniendo nerviosa», acabo diciendo, medio en serio medio en broma, poniéndome las gafas en la cabeza, sujetando el pelo que me cae en la frente.

«No sé qué decir. ¡Es fantástica! No sé cómo explicártelo, es..., es una persona libre, una persona auténtica. El otro día me invitó a ir a escucharla. ¡Es maravillosa!»

«Fantástica, maravillosa... son adjetivos fuertes. Leonor, tú no eres de elogios fáciles. Venga, di lo que tengas que decir. ¿Qué pasa?» Trago saliva, anticipando la respuesta.

Ella no dice nada, coge el teléfono y me lo pasa. «¡Es preciosa!», afirmo al ver la fotografía.

«Trabajaba en La Habana en una ONG desde hace más de diez años, pero el año pasado decidió que quería terminar el doctorado y se fue a Londres. Tenemos algunas clases juntas.»

«Vale. Pero, hija, si puedes... y por supuesto, si quieres, explicarme un poco mejor lo que pasa, ¡te lo voy a agradecer mucho!», ironizo, poniéndome la mano sobre el pecho y suspirando en un gesto teatral.

«Fui a cenar a su casa.»

«¿Y?»

«Y, hablamos mucho...» Leonor se muerde el dedo, en un tic nervioso.

«¿Y?», repito, intentando desbloquear lo que se resiste a salir.

«Acabamos liándonos.» Me mira a los ojos, buscando leer mi reacción antes incluso de que yo pueda expresarla. «¿Te parece mal? ¿Estás impactada?»

«¿Impactada? ¿Por qué iba a estarlo?»

«¡¿No sé?! Nunca hemos hablado de estas cosas. Papá y tú sois tan convencionales. No sé, pensé que te parecería mal», se inclina hacia mí, me abraza y me besa en ambas mejillas.

La abrazo con fuerza, recordando los tiempos en que era una niña. Es difícil ver estampado en la cara de Leonor que, en realidad, pensaba que yo no iba a aceptar que tuviera una relación con una chica.

«Si eres feliz, es lo que importa», digo desde el fondo de mi corazón. «Vas a tener que

contármelo todo, con detalle, cada pormenor, pero tenemos mucho tiempo», bromeo.
«Ay mamá...», empieza en un tono hastiado, «¿Qué quieres que te cuente? ¡No hay nada que contar!»
Volvimos a la sala, tomé una copa de champán y circulé entre los invitados conversando ora con unos, ora con otros, sin decir nada relevante.
Javier, que ya había bebido más de la cuenta, golpeó su copa con el tenedor haciéndola tintinear, lo que provocó un momento de silencio.
«Amigos...», comenzó, en tono de discurso, «..., gracias por haber venido. Veintiocho años de matrimonio...». Antes de continuar, me sujetó del hombro y me acercó a él. Me dio un beso en los labios, con un fuerte sabor a alcohol, y con el mismo tono solemne volvió a decir: «Amigos..., un aplauso para Olívia, que hace unos días asumió la dirección clínica de nuestro mayor hospital».
Sin hacerse esperar se escuchó un coro de aplausos, que pronto se extinguió para cederle nuevamente la palabra a Javier: «Estos son días de nuevas oportunidades...»
Nadie dijo nada, porque nadie sabía qué esperar.
«En un día especial como hoy, quería compartir con vosotros que, esta semana, fui invitado a asumir el puesto de director comercial para toda Europa, dentro de un año...». De inmediato, volvió a sonar una ovación, esta vez mucho mayor que la que se había escuchado momentos antes.
Alguien hizo una pregunta que no alcancé a oír y Javier se apresuró a responder, «Me mudo a Suiza...». Ignoré el resto de la respuesta, ¿él se va a vivir a Suiza el próximo año?
Alejándome de todo a mi alrededor, me perdí en recuerdos y fui transportada a una fiesta de hace años, una cena de recaudación de fondos.

Mi misión era lograr que los invitados contribuyeran con donaciones para el centro oncológico. Por más que me desagradaran ese tipo de eventos, no había forma de evitarlos.
Me maquillé como raramente lo hacía, recogí mi cabello con gel y me puse un vestido largo, elegante en su simplicidad de vestido negro. Recuerdo pensar en lo delgada que estaba. Fue una época difícil y al mismo tiempo llena de nuevas posibilidades.
La noche estaba fría, era octubre, pero ya parecía invierno. Cuando entré, la sala, en uno de los hoteles más elegantes de la ciudad, estaba repleta. Durante minutos que me parecieron horas, conversé y bebí champán, incapaz de comer nada. Fui hasta el balcón, a mi lado, sola en el más absoluto silencio, una mujer con un inmaculado esmoquin negro y una faja de satén lila se hacía presente por su elegancia. Fingí no notarla y me quedé apoyada en la baranda, mirando hacia el jardín, muchos pisos más abajo. El aroma de su perfume me provocó un escalofrío, que quise atribuir al frío de la noche.
Era hora de subir al escenario y dar el discurso largamente preparado. Las conversaciones se interrumpieron y la sala se detuvo para escuchar lo que yo tenía que decir. Después de los agradecimientos de rigor, sin equívocos ni improvisaciones, describí en detalle nuestra visión, un plan centrado en las personas y sus necesidades. Abandoné el escenario bajo una fuerte ovación. A pesar de todo, ese era un público fácil de conquistar.
La misión estaba cumplida. Acepté otra copa de champán y regresé al balcón, buscando un poco de aire fresco. Cuidado con lo que deseas. No sé cuánto tiempo pasó hasta que sentí una mano posarse sobre mi hombro.
«¿Perdida? Felicidades por el discurso. Espero no necesitarlo, pero si algún día me enfermo me gustaría ser tratada en una institución así». Me tendió la mano y estrechó la mía, «Úrsula».

«¡Gracias!», respondí, sintiéndome ruborizar. «Olívia».
A mi lado estaba nada más y nada menos que la mujer con la que había compartido el balcón momentos antes.
Ella dejó la copa de champán en el alféizar, sin parecer preocuparse por el riesgo de que pudiera caer allá abajo y encendió un cigarrillo. Acto seguido, me extendió el paquete y preguntó, «¿Quieres?»
Asentí con la cabeza y saqué uno. En un movimiento coreografiado, sacó el encendedor y lo prendió. El momento era demasiado perfecto para estropearlo con palabras. En silencio, sin mirarnos, soltábamos nubes de humo que se confundían con la respiración en el hielo de la noche.
Fue ella quien habló primero: «¿Crees que lo lograrás? Quieres unir servicios, ¿sabes a cuántos poderes vas a afectar?»
Escuchaba mis respuestas y para cada una de ellas tenía al menos tres preguntas más. Entendí que trabajaba en el sector financiero y que su empresa era parte de los donantes habituales. La conversación fluía como si nos conociéramos de toda la vida, pero el frío no daba tregua y me encontré tiritando. Sin decir nada, se quitó el saco y lo puso sobre mis hombros, aprovechando para dejar su brazo posado sobre ellos mucho más de lo necesario.
«Hace frío», constató, «¿Qué tal si bajamos al bar? Podemos seguir conversando sin pescar una neumonía. Sé que eres médica, pero aun así preferiría no tener que asumir el papel de paciente», dijo con una carcajada. La risa era contagiosa y la sonrisa tan envolvente que hacía difícil apartar la mirada.
«Claro, ¡vamos! Pero ponte tu saco, yo tengo el mío adentro».
Entramos a la sala y salimos enseguida por la otra puerta, recuperando nuestros abrigos.
A esa hora el bar estaba prácticamente vacío. Se oía un piano y la luz era tan tenue que hacía difícil ver más allá de nuestra mesa. Ella pidió un gin-tonic y yo un whisky. Cuando llegaron las bebidas ya estábamos otra vez sumergidas en la conversación. Los temas fueron girando, girando, hasta que me encontré hablando de Javier y nuestra vida.
«Hablas de la partida de tu hija al extranjero como algo terrible». Ella ya había terminado el gin e hizo una seña al camarero para que trajera otro. «Te equivocas. A mí me parece la apertura de nuevas oportunidades».
«¿Cómo así?»
«Puedes pensar en ti, ¿hace cuánto no haces eso? ¿Veinte años?». Mientras hablaba, puso sus manos sobre las mías y fijó sus ojos en los míos. «¿Qué es lo que «tú» necesitas?»
Aparté las manos con el pretexto de llevar la copa a la boca y desvié la mirada.
«Tienes el encanto discreto de quien se esconde, pero basta con oírte y observar con atención para saber que eres especial». Me estaba seduciendo o eso parecía. Hace cuánto tiempo...
No podia permitírmelo. Cambié de tema: «¿Y tú? ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?»
«No, ni una cosa ni la otra. El tiempo es demasiado valioso para entregarlo en manos de una sola persona.»
«¿Qué quiere decir eso?»
«Quizás algún día...» Se acercó, y dejó su rostro a centímetros del mío. Cerré los ojos, e imaginé un beso. Cuando los volví a abrir, ella había vuelto a recostarse en la silla y bebía lentamente el líquido que quedaba en su vaso.
Durante un mes todo se resumió en dos o tres mensajes ambiguos. No respondí a ninguno de ellos. Un día, ya cerca de la medianoche, el teléfono vibró. Mi primer pensamiento fue para Leonor, ¿habría pasado algo? Miré, anticipando lo peor, y de inmediato sentí mi corazón

acelerarse. '¡Úrsula!' 'Te espero mañana a las cuatro, en el bar donde estuvimos', 'Ya que no me dijiste, vamos a ver si soy capaz de adivinar qué es lo que necesitas...'
Faltaban diez minutos para las cuatro cuando crucé las puertas del hotel. Ella estaba sentada junto al piano y bebía una copa de vino blanco. Conversamos durante unos minutos, sin ningún hilo conductor.
«Estoy en la habitación 1043, ¿quieres subir?»
La invitación fue tan directa que me estremecí. No dije nada, pero no me moví. Ella se levantó serenamente, me tomó de la mano y me llevó. Puso su brazo alrededor de mí, y con la intimidad de quien se conoce desde hace años, me encaminó hacia el ascensor.
Cuando la puerta de la habitación se cerró fui invadida por un sentimiento que desconocía. Ella se dio cuenta y me envolvió en un abrazo. Sentí sus labios en los míos, la presión de su lengua dentro de mi boca. La suavidad del beso era indescriptible. Sin despegar nunca los labios, comenzó a explorar mi cuerpo. Me tocaba de forma gentil, midiendo las consecuencias de cada gesto. Percibí que avanzaba con una calma que, muy probablemente, no era la suya. Sentí sus dedos en mi espalda y fui recorrida por una ola de calor. Sus manos abrieron la cremallera de mi blusa y me agarraron con una fuerza para la que no estaba preparada. Con el asombro, di un paso atrás.
«¿Hice algo que no debía?», preguntó, mirándome a los ojos.
«No puedo..., yo nunca...», mi corazón latía sin compás. Las palabras se negaban a salir. Tenía la boca seca, y la urgencia del deseo.
«Lo sé.»
Nunca entendí exactamente qué quiso decir con ese «lo sé», pero volvió a abrazarme y a besarme como si ninguna de nosotras hubiera dicho nada. Poco a poco, la urgencia se sobrepuso al miedo y el deseo le ganó a la culpa. Me rendí a lo obvio, yo quería a esa mujer por encima de cualquier otra cosa en ese momento.
«¿Quieres parar?», preguntó cuando me alejé de su beso, por la necesidad urgente de respirar.
«No», respondí, sin la menor duda. Con un coraje que no sé de dónde vino, me quité la blusa que ella había empezado a desabrochar, y me dejé caer sobre la cama. Creo que la sorprendí. Durante unos segundos no hizo ni dijo nada, después, sonrió, y se quitó la camisa. Dio la vuelta a la cama, dejándome ver su cuerpo y desearla con una intensidad creciente. Antes de acostarse a mi lado, se quitó el resto de la ropa, y quedó desnuda.
Las tardes en la habitación 1043 fueron lo que me permitió sobrevivir.

§§

Fili interviene con su voz delicada de siempre «Los refugios, reales o imaginados, son tan esenciales para la supervivencia como el agua o la comida», coge la agenda, «¿Nos vemos la próxima semana?» La pregunta es retórica.

Capítulo 4

24 de enero – Todas las historias tienen un principio

Camila

«Hola, Camila, buenas tardes, tienes mejor cara. ¿Cómo van las cosas?», Fili me hace una señal para que me siente, apartando uno de los cojines que estaba sobre el sofá.

«Estoy feliz. Esta mañana, recibí una llamada inesperada de mi hermano. Pensé que había pasado algo..., ¡y de hecho pasó! En realidad, eran buenas noticias. ¿Por qué cuando el teléfono suena de repente, siempre pienso que son malas noticias?»

Recuerdo la llamada y lo que ha sucedido en los últimos días.

§§

Afuera el día comienza a amanecer y los árboles pasan corriendo por la ventana. Sin desviar la mirada sigo el pasar de las páginas, a medida que ella va leyendo. No puedo decir si es guapa, ni qué edad tiene. Quizás, cincuenta, quizás menos. Viaja sentada en una pose relajada y al mismo tiempo segura de sí misma. El cabello largo, recogido en una cola de caballo, tiene un mechón suelto que de vez en cuando le cae sobre la cara, obligándola a ponerlo detrás de la oreja. En el cruce de nuestra mirada, constato que sus ojos son profundamente azules, el rostro está pálido, y los labios, entreabiertos, dejan ver una línea de dientes blancos.

Estoy cansada, casi no pude dormir esta noche. Julia, por su parte, durmió profundamente como siempre.

Cuando el tren para en mi estación, me levanto y agarro la mochila que guardé debajo del asiento. Las siete y media, tengo media hora para llegar al hospital. Ya fuera, el sol brilla en un cielo completamente despejado, a pesar de no ser suficiente para aminorar el frío. La gente se codea y sigue su camino. En medio de la prisa, me detengo, y sin saber por qué, miro hacia atrás. La mujer del libro, baja despacio el escalón que separa el vagón del andén, viste un abrigo blanco, que no vi anteriormente, y se aleja hasta perderse en medio de la multitud.

Acelero el paso e intento centrarme en la cirugía que me espera. Paro en el café de siempre, y salgo unos minutos después con un vaso de café con leche humeante. El dulce de los dos sobres de azúcar que vertí me hace sentir mejor y sonrío. Estoy tan distraída que, cuando el teléfono suena, doy un salto que hace derramar gran parte de la leche. Afortunadamente no me quemo, ni siquiera me ensucio.

«¡Hermana, no te puedes imaginar lo que ha pasado!»

«Qué bien oírte. ¿Qué hora es ahí? ¿Ha pasado algo?» Por la voz, sé que lo que sea que haya sucedido solo puede ser bueno.

«¡Conseguí el puesto en el equipo de Pediatrics..., me voy a Boston!»

«¿En serio? ¡Felicidades!», respondo sorprendida, «No sabía que habías postulado. ¿Y el ...?»

«Nos separamos. Lo sé..., no te enfades. Debería habértelo contado, pero no me sentí capaz de escuchar «ya te lo dije».»

Lo interrumpo, «¿Cómo puedes pensar que yo iba a decir eso? Y, peor, ¿cómo es que no me cuentas una cosa así?», estoy acostumbrada a que él me cuente todo, y esta no es una cosa menor.

«Tenías razón. Siempre la tuviste. Estaba delante de mis ojos y no quise verlo», suspira y prosigue, «Él me engañó una y otra vez, y, en el fondo, yo siempre lo supe. Me dije a mí mismo

que no era nada, que solo era sexo... ¡Solo sexo! ¡No es poca cosa! Sabes cómo es, solo vemos lo que estamos preparados para ver.»
No digo nada, él no tiene idea, pero lo entiendo mucho mejor de lo que puede imaginar.
Si mis padres no fueron blandos conmigo, con él fueron mil veces peores. Cuando mi hermano se asumió, se tomaron el trabajo de cruzar el océano para reprenderlo. Mi madre le dijo cosas horribles. Mi padre no lo hizo mejor, y como siempre se escudó en un silencio cómplice. Después de lo que pasó creo que él nunca más va a volver.
«Venga hermanita, alégrate por mí. Tengo un contrato, un salario de seis cifras y cinco semanas de vacaciones. Suena bien, ¿no? ¡Me voy a quedar muy cerca de donde vivías, listo para una nueva vida!»
A medida que la sorpresa se desvanece, lo lleno de preguntas sobre la nueva casa y el nuevo empleo. Él va respondiendo entusiasmado, ni parece mi hermano tímido y reservado.
Cuando cuelgo, recuerdo los tiempos en que vivía en Boston.

Era uno de los mayores congresos que la Universidad organizaba, ese año yo presentaba una ponencia sobre imágenes virtuales y reconstrucción en tres dimensiones y ella hablaba justo después sobre cirugía robótica. No la conocía personalmente, pero ya había oído hablar mucho de su trabajo. Por coincidencia, durante la cena, acabamos sentadas una al lado de la otra. Julia era una mujer fascinante, destilaba inteligencia y confianza, aderezadas con un sentido del humor mordaz. Después de mucha conversación, y algunas copas de vino, fue perdiendo la discreción y se insinuó abiertamente.
«No entiendo cómo es que nunca nos hemos cruzado. Es verdad, yo soy bastante mayor que tú, pero este mundo es pequeño, seguro que ya hemos estado juntas.»
«Si hubiésemos estado, creo que me acordaría», le respondí, alimentando la conversación, en el tono en que ella la había planteado. «El mundo no es tan pequeño. Cuando yo estaba haciendo la residencia en neuro, tú ya eras una eminencia en cardiotorácica. He leído muchas cosas sobre ti, muchos artículos tuyos».
«Tú lo sabes todo sobre mí y yo no sé nada sobre ti.» Apoyó el codo sobre la mesa y la cabeza en la mano, pestañeando a propósito, dando señal de que no iba a desistir.
«No hay mucho que saber. Terminé la residencia y vine aquí a hacer el doctorado. Si todo va según lo planeado, me faltan menos de seis meses para defender la tesis», concluí con una mueca de pánico.
«¿Y después? ¿Vas a volver?»
«No... Estoy con una persona...», dejé la frase en suspenso, sin saber exactamente qué decir.
«Ahhh, comprendo..., era demasiada suerte», murmuró entre dientes. «¿Y quién es él, alguien del área?» Julia me miraba fijamente con sus ojos verdes, mordiéndose el labio inferior con los dientes de adelante.
Llevé la copa a la boca y bebí un sorbo antes de responder, notando que seguía cada movimiento mío con la mirada. «Ella...»
«Ahhh, comprendo», volvió a repetir, frunciendo las comisuras de los labios.
Como si nada de lo que yo hubiese dicho fuera importante para sus objetivos, esbozó una sonrisa provocadora, y se inclinó en mi dirección, quedando con el cuerpo demasiado cerca del mío. En el reducido espacio que había entre nosotras, puso la mano sobre mi rodilla, y la dejó deslizar lentamente sobre mi muslo.
«¿Quieres salir de aquí?», me preguntó, como si fuera lo obvio, para dos personas que se acababan de conocer.

Si la pregunta fue directa, mi respuesta lo fue aún más, «Sí.»
Ella estaba en un apartotel cerca del centro, me explicó que había venido para el congreso, pero iba a quedarse tres meses para hacer un curso sobre una nueva técnica laparoscópica. La noche estaba templada y las calles casi desiertas, acabamos parando frente a la puerta de su edificio.
«¿Subimos?», cuestionó, soltando por primera vez mi mano.
«Creo que no..., quiero decir tengo que volver a casa.» Sin darme tiempo para indecisiones, me tomó en sus brazos y me besó, allí mismo en la calle, en la puerta del edificio, robándome la última gota de sensatez.
En la única estancia que componía el apartamento, todo parecía estar meticulosamente en su sitio.
«¡Yo soy ordenada, pero no tanto! Tengo servicio de limpieza diario, por eso está todo así», declaró riendo, ante mi expresión, cuando entramos.
No había mucha elección para sentarnos, o nos quedábamos en las sillas de madera de la mesa de la cocina o en la cama. Opté por lo primero.
«No tengo nada que ofrecerte, sólo té... Es un poco fuera de contexto, ¿no? ¿Quieres salir?», indagó, frunciendo la ceja, cuando abrió el pequeño frigorífico.
Me apresuré a aceptar el té. El sabor suave y cálido, unido al aroma que emanaba de cada una de las tazas dio al ambiente un toque de intimidad, de calidez. Las sillas eran demasiado incómodas, nos quitamos los zapatos, y nos sentamos con las piernas cruzadas sobre el edredón. A mi lado ella iba hablando, con su voz ronca, haciéndome reír con un humor cargado de sarcasmo que traspasaba cada momento.
Recuerdo pensar que no debía, pero fue más fuerte que yo. Nunca había engañado a nadie, y pensaba que nunca podría pasar, no conmigo. ¡Parece que estaba equivocada! Julia, por su parte, mostraba ignorar completamente el hecho de que yo le había dicho que vivía con alguien. Terminó el té, posó la taza en la mesita de noche, y se dejó resbalar sobre la cama hasta quedar tumbada. Me hizo preguntas y más preguntas sobre el doctorado, queriendo saber detalles del proyecto. No hizo falta esforzarse mucho para que yo me enfrascara en técnicas e imágenes.
Sus manos volvieron a tocar mi rodilla, recordándome la mesa de la cena. Pero, esta vez, no había nadie a nuestro alrededor. Era una caricia, una fiesta hecha con toda intencionalidad. La rodilla fue sólo el principio. No conseguía mantener mi pensamiento organizado y poco a poco paré de hablar.
Inmediatamente ella retiró la mano y me miró: «No, no pares, quiero saberlo todo sobre tu proyecto. ¿Quién sabe si podemos trabajar juntas?»
¿Cómo era capaz de seguir hablando, cuando me estaba volviendo loca? «No sé si puedo, ¿de verdad quieres que continúe?»
«¡Sí! ¿Y tú? ¿Quieres que yo continúe?», el sarcasmo era la tónica, pero sabía que no se acercaría hasta oír mi respuesta.
Retomé la explicación y sus manos volvieron a deslizarse sobre mi cuerpo. Los dedos, tenían un toque mágico. Las palabras me salían entrecortadas, probablemente con poco sentido. No podía hacerlo mejor. Cerré los ojos y al final me quedé en silencio. Afortunadamente ella no me exigió lo que me había pedido, y esta vez continuó.
Comprendí lo que era estar enamorada, no poder pensar, respirar, dormir o despertar sin su imagen, sin su olor. Después de que ella partiera, me di cuenta de lo poco que sabía sobre su vida. Julia tenía una manera especial de parecer que hablaba mucho y, al final, no decir casi nada, al menos cuando el tema de conversación era ella.
Finalmente, el día de la defensa de la tesis. Una llamada de mi madre, una felicitación a

distancia, susurrada entre dientes, mostraron bien la importancia del logro.
¡Tres semanas! Tres semanas fue el tiempo que tardé en tomar la decisión que marcó mi vida. Iba a volver a casa.
Llegué al aeropuerto y ella estaba allí esperándome. ¡Rosas! ¡Nadie nunca me había regalado rosas! Si hubiera tenido dudas, su beso las habría borrado de inmediato.
Las cosas nunca son lo que imaginamos, y menos aún cuando las hemos imaginado durante mucho tiempo. Claro que Julia no estaba sola. La situación me dejó desarmada. ¿Por qué nunca me había dicho nada? Me dio esperanza de una relación, o así lo entendí yo. Hizo promesas de amor, apareció en el aeropuerto, ¿qué fue lo que entendí mal?
En las semanas siguientes me sumergí en el trabajo, busqué un apartamento, y en menos de un mes reconquisté mi espacio y mi sanidad mental.
Mi autonomía, o al menos la búsqueda de ella, la provocaron. Aparecía todos los días y, muchas noches, acababa quedándose. Un domingo, después de una noche en la que dormimos poco, me invitó a un paseo por el parque. No era un destino habitual. Sentadas en un banco de hierro, en un cuadro bucólico, de familias con niños y perros, corriendo y riendo, me informó que se había separado.

§§

Fili se hace oír, mostrando que es hora de que terminemos: «Julia, nunca dejará de ser quien es. Lo que tienes que intentar entender es si la magia que hace, y hace, es suficiente para hacerte feliz. Piensa en ello. ¿Concertamos la próxima consulta?»

Capítulo 5

7 de febrero - Una vez más

Olívia

Por primera vez en tantos años llego tarde. ¡Más que tarde, irritada!

«Calma, Olívia, sólo han pasado diez minutos. Al final nos quedamos un ratito más. Respira, siéntate y cálmate.» Fili intenta, en vano, tranquilizarme, pero lo que siento es más fuerte.

Me extiende un vaso de agua y, en lugar de sentarse en su sofá habitual, se sienta a mi lado. Es raro tener la presencia de Fili tan cerca.

Bebo el agua de una sola vez y respiro hondo. «¡Disculpa! Vine directamente del hospital. Las cosas están complicadas... Ha pasado casi un mes y es un cúmulo de problemas.»

«¿Estás hablando del hospital?», pregunta cogiendo el bolígrafo.

§§

La reunión de nuestro grupo de trabajo está marcada para las cinco. Poco antes de las dos, Asunción llama a la puerta, y la abre antes de que yo responda. «¿Puedo entrar? ¿Estás muy ocupada?», pregunta, metiendo la cabeza por la rendija.

Me levanto, dejando en la pantalla la presentación que preparo desde hace ya algunos días. Parece que nunca acaba, nunca está lo suficientemente bien. «Claro, entra.»

«Venía a retarte a almorzar. ¿No comes? Es por eso que yo soy así y tú mantienes esa elegancia», bromea en un timbre agradable, dejando ver una fila de dientes muy blancos. «Quería hablar contigo antes de la reunión.»

Tomo la sopa lentamente, aprovechando para calentar las manos alrededor del tazón, mientras ella asume el gasto de la conversación. «Aún no te lo he dicho, estoy contenta de que hayas venido aquí. Tu trabajo en el centro oncológico fue fenomenal», afirma entre dos cucharadas de sopa, que come con voracidad. «Tengo hambre, se nota, ¿no?», se ríe de sí misma, dándose una palmadita en la barriga.

«Me estás dejando sin palabras. ¿Qué será lo que viene ahí?», pregunto, riendo también.

«Acepta los elogios, son sentidos...», interrumpe la frase para beber agua, «Pero, tienes que ser cuidadosa.»

«¿Cuidadosa con qué?», la miro y me encojo de hombros.

«Tu email fue un tanto precipitado, ¿no crees? La gente ya estaba preocupada, y ahora...» Limpia la boca con la servilleta y deja la frase en el aire.

«¿Ahora qué? ¡No entiendo!», exclamo sorprendida, «Lo único que hice fue compartir mis ideas sobre la remodelación de procesos. Sólo envié el documento a nuestro grupo, de la manera que hablas parece que lo compartí con todo el hospital.» Por su expresión me doy cuenta de que la situación es más seria de lo que imaginé.

«Tú no, ¡pero Antonio sí!», la respuesta es corta y lacónica.

«¿Antonio qué?»

«Él cogió el email y se lo envió a los directores de servicio, enfermeros, y otros de sus amigos, haciendo cuestión de añadir comentarios muy poco apropiados.»

«¡¿En serio?! Pero, ¿por qué? Pensé que hoy íbamos a empezar a discutir ideas.»

«Él nunca va a aceptar tu llegada. Estuvo años al lado de Arturo y, cuando sucedió aquella

fatalidad, nunca puso otra hipótesis que no fuese la de ser él el sucesor. Pero, el problema mayor se llama Julia García. Es de las personas más inteligentes que conozco, pero también de las más obstinadas. Ella asumió la dirección del servicio hace poco tiempo, y es la primera mujer en lograrlo. De repente, llegas tú y, de un día para otro, pones eso en cuestión. ¿Qué esperabas?», Asunción aún tiene toda la comida en el plato y el tenedor vacío en la mano.
«Los cambios causan incomodidad.»
«¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Es una lucha de David contra Goliat.»
Entro en la sala exactamente a la hora marcada, extrañamente, ya están todos sentados como si hubieran combinado una hora diferente a la mía.
Así, cuando proyecto la segunda diapositiva, Antonio y Julia intercambian miradas. Intento ignorarlo, pero los comentarios en voz baja son demasiado, incluso para mí.
«Disculpen, ¿pero hay algo que quieran compartir?»
Antes de que él consiga hablar, Julia se interpone, «¿No sé cómo crees que eso puede funcionar? No pasan de teorías. Se ve bien que no pones las manos en la masa. ¿Cuándo has dirigido un servicio?»
«Nunca. Fui anestesista durante muchos años, pero no dirigí el servicio.»
Antonio aprovecha mi pausa: «¿Te das cuenta de que esos hospitales privados son muy diferentes a nosotros? Aquí, tenemos obligaciones, ¿sabes? Entiendo, quieres mostrar servicio, pero por favor, pon los pies en el suelo antes de hacer algo con consecuencias sin retorno.»
«Entiendo que no te guste verme aquí...», digo con un suspiro que me gustaría haber conseguido evitar.
Él no me da opción y vuelve a interrumpir: «¿Por qué no me gustaría? Eres una persona agradable y seguramente una excelente anestesista, pero..., pero me gustaría creer que las personas son contratadas por mérito.»
Asunción, hasta aquí callada, interviene, «¡Estás yendo demasiado lejos, Antonio!»
«Dejémonos de tonterías y vamos a hablar de cosas concretas. Quién sabe somos nosotros los que no estamos comprendiendo el fantástico plan de la doctora Olívia López. Al final, ¿cuál es la idea para las especialidades quirúrgicas?», pregunta Julia con un sarcasmo que ni intenta disimular.
Finjo aceptar sus buenas intenciones y explico mi idea sobre unidades integradas.
«No puedes creer en lo que estás diciendo..., eso no funciona, ni aquí, ni en ningún lado. No sé si eres ingenua, o si tienes otros intereses detrás de esas tus «propuestas»», dice ruborizada, con la voz alterada.
«¡Quieres explicarte! ¡Déjate de insinuaciones y di lo que tengas que decir! ¡Vamos, dímelo a la cara!» Es la gota que colma el vaso y me hace perder la compostura.
«¿Crees que no sabemos que estás donde estás por causa de tu marido? Pero OK, yo vivo con eso si no interfirieres en mi camino. Ahora, como si eso no bastara, quieres volver a perseguir a personas...»
«Julia contrólate. Sal fuera.» Una vez más, Asunción intenta poner algo de orden en la sala, pero, es demasiado tarde.
No entiendo realmente a dónde quiere llegar. De forma automática, cierro el ordenador y apago la pantalla. Me siento, me quito las gafas y me recuesto en la silla, fijando la mirada en el rostro de Julia. Su teléfono no deja de sonar.
«¿Qué quieres decir con «perseguir a personas»?», acabo por preguntar.
«¡Pobre inocente! Ese papel no combina contigo. ¿Por qué la enfermera jefa del centro oncológico se fue? ¿Y el director de radioterapia?»

«Siempre hay quien se va.»
«Claro, y tú ni sabías que ellos son gay...»
«¡¿Qué estás insinuando?!», pregunto incrédula con la acusación.
Ella se levanta, está colorada y tiene el pelo despeinado, de tantas veces que pasa la mano, en un gesto que demuestra, si no su nerviosismo, su irritación. «Para con esta farsa, y asume a lo que vienes, lo haces todo más fácil. Es obvio que quieres hacer que Antonio y yo nos vayamos, pero te digo, en lo que a mí respecta, no lo vas a conseguir. Todo el mundo sabe que estoy casada con una mujer y que Antonio vive con el enfermero jefe del quirófano. Pura coincidencia, ¿no?»
Antes de que ella termine la frase, el teléfono vuelve a sonar. Finalmente decide atender. Se encoge de hombros y sale al pasillo, dejando la puerta cerrar tras ella. A pesar de las circunstancias, una cosa es innegable, es seductora como pocas mujeres que he conocido.
«No tienes idea de cuánto tuve que luchar para llegar hasta aquí. Arturo fue muy importante, le debo el lugar donde estoy. Luchó siempre para que nadie fuera discriminado», afirma Antonio, ahora en un tono mucho más moderado.
No tenía la menor idea de que él vivía con un hombre. Entiendo que esté frustrado, pero está siendo manipulado por ella.
«Ustedes no me conocen..., no saben. Yo soy amiga de la enfermera jefe que salió del centro oncológico. La salida no tuvo nada que ver conmigo.» Si expusiera un poco de mi propia vida podría fácilmente destruir estos argumentos patéticos, pero no me lo permito. No sería justo.

--

En cuanto abro la puerta de casa oigo la voz de Javier: «¿Sabías que Leonor está viviendo en casa de una tía cualquiera?», tiene el rostro airado y la voz tiembla de tanta exaltación. «Lo sabías, ¿no?» Sin darme tiempo a responder prosigue, «¡Es inmoral! Ya le dije, o vuelve inmediatamente o no cuenta con mi dinero. Puede hacer lo que quiera, pero tiene que sustentarse..., sólo faltaba yo..., yo pagando estos desvaríos...»
Interrumpo ese chorro de disparates, teniendo que levantar la voz para hacerme oír: «¡Lo sabía, es verdad! Ella me lo contó cuando estuvo aquí.» No sabía que estaban viviendo juntas, pero ahora eso es lo de menos, pienso. Me quedo de pie, apoyada en el marco de la puerta de la sala, aún con el abrigo puesto y el bolso al hombro. «Ella no te lo contó porque ya sabía el escándalo que ibas a montar.»
«Estás de su lado, ¿no?» Javier se acerca y me agarra del brazo mientras habla, «¡¿Es eso?! ¡Os reís de mí! Soy el último en saberlo, pero vivís las dos a mi costa.»
No consigo contener una mueca de dolor. La mano me aprieta y me lastima. Me doy cuenta de que antes de que yo llegara, él estuvo bebiendo, el olor a alcohol es insoportable. Desafortunadamente la escena no me es desconocida. Ya hace mucho tiempo que no pasaba, pero sé exactamente cómo acabará si no consigo cortar.
«Para con eso. Cálmate, por favor. No sirve de nada que estés ahí a los gritos. No sirve de nada que acuses a todo el mundo. Leonor es adulta y hace de su vida lo que quiera. Ninguno de nosotros puede impedirlo. Tenemos que apoyarla.» Avanzo hasta el sofá, dejo el bolso y me quito el abrigo, intentando dar algo de normalidad a todo esto.
«¿Apoyar? ¿Eso es lo que dices cuando tu hija vive con una mujer? Eres demasiado inocente en ciertas cosas... ¿Ya has pensado lo que puede estar pasando en esa casa?»
Sopeso mis opciones, en este momento es fundamental tener una estrategia, conteniendo males mayores. «Son amigas, compañeras. Si comparten el apartamento, reducen los gastos. Puede ser una buena idea», evalúo cada palabra y trago saliva.
«¡Una puta! ¡Una depravada, eso es lo que es! Y tu hija va detrás. ¡Cómo puedes ser tan tonta!»

Le interrumpo: «Al final, ¿qué es lo que has descubierto? ¿Quién te lo contó? ¿Leonor?»
«Claro que no. Es una cobarde.».
Tengo que contenerme para no decir nada.
«Recibí una notificación del banco sobre un pago en moneda extranjera. Sabes que yo soy titular de su cuenta..., me preocupé de que pudiera ser un robo. La llamé y no atendió, insistí dos o tres veces y fui sorprendido por esa vagabunda, que estaba con su teléfono. No debe ser de aquí, no entendía nada de lo que yo estaba diciendo, después acabó por comprender y me dijo que Leonor había salido al supermercado y dejado el móvil en casa. «¡En casa!» ¿En qué casa? Unas horas después tu hija me llamó, con una historieta cualquiera sobre estar compartiendo el apartamento con una amiga. ¡Yo le dije, o vuelve inmediatamente o no le doy ni un céntimo más!»
Le miro, parece un poco más calmado. «Yo también contribuyo a pagar los gastos. Leonor no puede volver. Ella no puede dejarlo todo sólo porque tú quieras.»
Al contrario de lo que pretendía, mis palabras actúan como gasolina en fuego, se levanta y avanza en mi dirección. Los ojos están inyectados, los maxilares contraídos y las cejas arqueadas. Sentada en el borde del sofá repienso mis posibilidades. Sin aviso previo levanta el brazo en el aire y me da una bofetada. Contengo un grito.
Se queda muy cerca, demasiado cerca, y vuelve a agarrarme con fuerza sujetándome por los brazos y sacudiéndome: «¿Crees? ¿Crees que vivimos con lo que tú ganas?», vocifera. «No sé a dónde quieres llegar, pero lo estás consiguiendo.»
Me duele la cara, los brazos, pero sé que no hacer nada es la mejor opción. Él sigue totalmente descontrolado, «¡¿Sexo?! ¡Ya ni eso! A veces pienso si te has buscado a otra persona..., disparate, ¿no? Mira para ti... Quién querría...»
No sé si por agotamiento, si por falta de argumentos, me da un empujón que me hace caer al suelo, y se aleja. Coge el abrigo y las llaves y sale, tirando la puerta.
No consigo ponerme de pie. Me quedo así, doblada, encogida, tumbada en el suelo. Lloro por dentro, pero no suelto ni una lágrima. Sé que debería haber puesto fin a todo esto hace mucho tiempo. Pero en una cosa Javier tiene razón, es su dinero el que paga la mayoría de las cuentas.
Me apetecía hablar con Úrsula...
Me despierto por la mañana tumbada en el sofá, con dolores en todo el cuerpo y varias marcas moradas en los brazos. No me queda otra opción que levantarme, ducharme y seguir para el hospital.

§§

«¡¿Otra vez, Olívia?!», dice Fili, parando de escribir y mirándome. «¿Te sientes mejor? Estás un poco más rosada, cuando entraste estabas tan pálida que pensé que podías desmayarte en cualquier momento.»
Fili se levanta mientras habla y se dirige a su sofá. Me doy cuenta ahora que se quedó sentado a mi lado temiendo que me sintiera mal.
«¡Lo sé! Cada vez que pasa tengo vergüenza de mí misma. Después, intento olvidar y me convenzo de que fue la última. Hoy Leonor me llamó.»
«¿Qué le dijiste?», pregunta Fili, sin esconder su curiosidad.
«Fui cobarde. No dije nada relevante. Le dije que no se precipitara, que tal vez fuera bueno mantener su independencia, mientras le daba más tiempo para evaluar lo que sentía. El tiempo no es el mejor consejero en este tipo de cosas, nos trae el peso de la conciencia y de las ataduras de la sociedad. En realidad, tengo esperanza de que ella no haga nada de lo que le dije y, simplemente, siga su corazón.»

Ya pasa mucho de mi hora, salgo por la puerta de la consulta que da directamente a la escalera y me quedo esperando el ascensor, limpiando con el dorso de la mano una lágrima que no consigo retener.

Capítulo 6

7 de febrero – Running

Camila

Empiezo a pensar que no fue buena idea cambiar el horario de la consulta. Fili está otra vez retrasado. No hay nadie más en la sala de espera. A lo lejos, consigo oír el murmullo de voces, aunque no es perceptible lo que dicen.

Cojo el móvil, miro los mensajes, después los emails, nada nuevo. Julia dice que va a llegar tarde, como si eso fuera una novedad. Deberíamos pasar a hacer lo contrario, y ella solo avisaba si llegase a tiempo, ahorraríamos muchos mensajes, pienso, sin dejar de sentirme irritada.

Finalmente el sonido de una puerta cerrándose y justo después la voz de Fili: «Camila, buenas tardes, ¿entramos? ¿Cómo estás?»

§§

«No me lo creo que te haya convencido para venir hoy», Paloma tiene una sonrisa de oreja a oreja, y me besa en ambas mejillas cariñosamente. Quedamos en el parque, es más fácil que los circuitos de calle, y yo no corro desde hace tanto tiempo que voy a necesitar recuperar la forma. Ella está fantástica, tiene los rizos recogidos con una cinta, y viste un conjunto de licra negro, que hace resaltar el cuerpo musculado de quien corre a diario varios kilómetros.

Nos conocemos desde hace unos dos años en la fiesta del 40 cumpleaños de una amiga en común y descubrimos que compartíamos el gusto por correr. Desde entonces, nos encontramos regularmente. No siempre conseguimos juntarnos las tres, por eso, muchas veces, somos solo Paloma y yo. Hemos desarrollado una amistad que se ha ido volviendo cada vez más profunda con el paso del tiempo. Ella es extraordinariamente tranquila, una excelente oyente, una de esas personas que parece tener siempre la cosa correcta que decir en el momento adecuado.

«Perdona el retraso. Julia me llamó y tuve que atender. Estaba descontrolada. Hubo una reunión en el hospital y creo que las cosas no fueron precisamente bien. Ya te lo había dicho, están en proceso de reestructuración en el Central. Tienen una persona nueva en la dirección clínica. Volviendo a Julia, estaba agitada, a gritos, cree que la nueva directora es homófoba», paro solo para respirar y continúo, «Como si los cambios de Julia no fueran ya suficientes, la célebre Dra. Esther González se va a unir a mi hospital la próxima semana. ¿Sabes quién es? Su reputación le precede, no consigo dejar de sentir una mezcla de nerviosismo y curiosidad.»

«¿En serio?»

«¿Qué? ¿Estás hablando de Esther?»

«No, de la directora de Julia. ¿Homófoba?» afirma Paloma frunciendo el ceño. «Qué horror. ¿Quién es?»

«No lo sé, Olívia, no sé qué. Julia está obsesionada con echar a la mujer. ¡Si la conozco bien, acabará consiguiéndolo!» Suspiro y empiezo lentamente a correr. A medida que vamos acelerando, me duele cada músculo, «Hoy, vas a tener que ser suave conmigo, ¿sabes hace cuánto que no corro?»

«¿Siete kilómetros y un batido de fresa, te parece bien? ¿Olívia López? Estaba en el Centro Oncológico. Mi empresa se encargó de su representación legal durante un tiempo, me acuerdo de ella.»

«¡Ha estado insoportable!», digo, sin poder dejar de pensar en Julia.
«¿Quién, esa Olívia?»
«No, Julia. Está todos los días de mal humor, si no es por una cosa es por otra. Está cada vez menos en casa. No sé...»
«¿Qué?»
«Debe estar con alguien, otra vez», digo sin más rodeos.
«¿Por qué?»
«¿No dices nada más? ¿Sólo «qué?», «por qué?» ¿Has vuelto a la edad de los porqués? Ya te lo he dicho, está cada vez menos en casa. Pero, lo que me deja poseída, es que ha vuelto a estar obsesionada con el móvil.»
«Y, ¿tú?»
«Yo nada. Yo ya he visto esta película antes. La mayoría de las veces, intento hacer como que no me doy cuenta. El otro día, Mateo nos oyó discutir y se asustó. Además, tú sabes cómo es ella, me acusa, grita, pide disculpas y al final..., al final, lo resuelve todo en la cama. Yo intento resistir, juro que va a ser diferente y..., y, acaba siempre de la misma manera, un orgasmo maravilloso, y un despertar repleto de frustración.»
«No todo es malo», ironiza.
«Tú tampoco tienes buena cara, ¿pasa algo que yo no sepa?»
Paloma comparte conmigo que tiene un nuevo caso en los tribunales. Es un asunto que me apasiona, y ella lo sabe. La mayor parte de los detalles son confidenciales y los que no lo son, son tan intrincados que tengo dificultad para comprender los pormenores técnicos. Sólo la idea de que nuestros destinos sean moldeados por decisiones de extraños me pone la piel de gallina. Se trata de un caso de derecho de familia, involucrando herencias y la custodia de dos niños. Ella va contando lo que puede, y yo me dejo llevar por sus palabras como si estuviera en una película. Gradualmente, Paloma acelera el ritmo de la carrera. Es increíble cómo consigue correr y hablar al mismo tiempo, y no cansarse ni un poco.
Cinco minutos después de sentarnos, están frente a nosotras los tan deseados batidos de fresa. Acerco el vaso y bebo la mitad de un solo trago. Dejo que el azúcar haga su efecto, y me recuesto hacia atrás.
Paloma bebe de forma más comedida, sorbiendo el líquido en pequeños tragos. Juega con la pajita de cartón entre los dedos y se acomoda unos mechones de pelo.
«Tengo que contarte una cosa», declara en un tono preocupado, haciendo que me enderece y fije la mirada. «Anteayer por la noche me encontré a Julia...»
Me sorprendo, y más sorprendida aún porque Julia no me ha dicho nada. Hago un esfuerzo de memoria para pensar en lo que pasó hace dos noches. Yo estaba en casa con Mateo, Julia tuvo que sustituir a un compañero y pasó la noche en el hospital. No lo entiendo, ¿cómo es que Paloma pudo ver a Julia?
«Estaba con un amigo en un bar en el centro, ya debía ser medianoche o más, cuando miro hacia la barra y veo a Julia...»
«¿Amigo?», no resisto preguntar, siendo consciente de que mi comentario es inapropiado.
Sin responderme, prosigue: «Ella no me vio. No hay maneras fáciles de decirte esto, pero tampoco puedo dejar de contártelo. Julia estaba acompañada, bien acompañada. Nunca había visto a la otra. Era una mujer rubia de pelo largo, de unos 30 años. Estaban riendo y bebiendo. Se quedaron media hora y se fueron juntas.»
Me recuesto otra vez hacia atrás, aunque el plástico de la silla no sea cómodo, siento que necesito apoyarme.

«¡Camila! ¡Camila! ¿Estás bien? Di algo», Paloma se acerca más y pone sus manos alrededor de las mías, en un gesto protector.
«¿Qué quieres que te diga? ¿Que ya sabía que esto iba a pasar? ¡No sé qué quieres que te diga!», exclamo, en una mezcla de furia y rabia. «Perdona, no es contigo con quien estoy enfadada. Perdona.» Me levanto ligeramente, lo suficiente para darle un beso en la mejilla, y vuelvo a dejarme caer sobre la silla.
«Tenía que contártelo. Tú no te lo mereces. Ella te hace daño, te vuelve sumisa, parece que siempre estás en deuda con ella.»
Cuando llego a casa, Mateo está sentado en el sofá. Ya se ha bañado, y está adorable con su pijama de franela roja, sentado con las piernas cruzadas, partiéndose de risa con los dibujos animados. No quiero, y no voy, a discutir con Julia sobre lo que acabo de saber.
Cenamos los tres, lo que últimamente ha sido algo raro. Mateo nos hace reír con sus historias y muecas, «Mamá, tenemos una fiesta..., en Carnaval, yo quiero ir de médico como tú..., quiero operar corazones. Cuando se lo conté a Pep, él preguntó si puedes hacer que las personas se enamoren. ¿Puedes? Él necesita tu ayuda..., sus padres ya no están enamorados, él dice que se van a separar..., ¿puedes arreglar sus corazones? ¿Puedes? ¿Puedes operarlos?»
Ni siquiera Julia tiene una respuesta inmediata. Afortunadamente él no se detiene y continúa ininterrumpidamente, «Vais a ir a la fiesta, ¿verdad? Va a haber un desfile..., ¡y premios!»
Respondo afirmativamente y miro hacia ella esperando su acuerdo. En cambio, ella responde: «Mamá está en el hospital, a lo mejor no consigue ir a tu colegio, pero tú después me lo cuentas todo, y me enseñas las fotos..., puedes grabar, ¡eso es aún mejor!»
Otra vez lunes, pienso cuando suena el despertador. Miro a Julia que descansa plácidamente a mi lado, ayer me avisó que solo iba al hospital por la tarde. Me levanto con cuidado para no despertarla y, en menos de media hora, salgo de casa.
Tengo que correr si no quiero perder el tren. Me siento jadeante, y apoyo la mochila bajo el asiento. Por el rabillo del ojo consigo ver a un chico que duerme profundamente dejando caer la cabeza, con la boca ligeramente abierta. Vuelvo a concentrarme en el paisaje. El tren para y entran algunas personas más con aire somnoliento. Retoma el ritmo y yo me dejo otra vez perder en pensamientos. Levanto la cabeza y miro hacia el asiento del otro lado del pasillo, antes vacío. Se ha sentado una mujer, la misma del otro día, con el mismo libro de tapa roja. Me quedo observando, no es que haya mucho que ver, ella se pasa la mano por el pelo, aparta algunas pelusas que le caen sobre la frente y se mantiene fija en su lectura. Afuera el día empieza a amanecer. El tren vuelve a parar, el movimiento la hace estremecerse y, por un instante fija los ojos en los míos.
Cuando llego al hospital, la animación en el vestuario es mayor de lo habitual para un lunes por la mañana. Así que me acerco, oigo voces de conversaciones cruzadas.
«¿Pasa algo?» interrumpo mientras me visto, saludando al grupo que conversa al otro lado de la sala.
«¿No lo sabes?», pregunta una de las enfermeras, sacudiendo la cabeza.
«¿No sé el qué?»
«Esther, la Dra. Esther González, la estrella de la neurocirugía, ya está aquí, y eres tú quien va a operar con ella hoy. No sé si es un honor o un castigo», comenta, con una expresión cómica. «Venga date prisa, si no quieres llegar tarde al primer encuentro.»
Avanzo hasta los lavabos y empiezo a desinfectar las manos. Una mujer pelirroja, abre el grifo a mi lado, y sin decir nada, empieza, también ella, a frotar meticulosamente los dedos, las uñas, y la palma de la mano, en movimientos acompasados y repetitivos. La reconozco, es la nueva jefa,

la Dra. Esther González.
«Buenos días», digo en voz baja. La figura tiene su punto intimidante, piel muy blanca, facciones cerradas, y un conjunto de pecas sobre los pómulos que le suavizan la rigidez de la expresión. «Soy Camila...»
Sin dejarme concluir, responde «Sé quién es, Doctora Rossi, la interna protegida, la hija de Amelia Velásquez.»
Por breves instantes interrumpo lo que estoy haciendo, y la miro. Sus ojos no se desvían y continúan fijos en el agua que corre por el lavabo, enrojecida por el líquido de desinfección.
No se necesitan muchos minutos para ver que ella es magnífica en lo que hace. Asume el mando y va avanzando a un ritmo rápido y seguro. Es una cirugía de columna, no muy complicada, pero que exige minuciosidad y paciencia. Para mi asombro, tan pronto como empezamos, pidió música. De vez en cuando, mueve la cabeza al compás y sonríe, al son de una banda de moda. Conversa con la anestesista, como si la conociera, y sin embargo, más allá de algunos monosílabos, aún no me ha dirigido la palabra.
«¿Amelia todavía opera?», pregunta de repente, de la nada.
«¿Mi madre?», pronuncio de forma torpe. Claro que se refiere a mi madre, ¿a quién más?
«Ella es buena, es magnífica... una de las mejores.»
Sin saber qué decir, opto por quedarme callada, fingiendo estar absorta en la sutura que estoy haciendo.
«La conocí en Italia...»
Sigo sin tener ni idea de qué se supone que debo responder.
Mientras habla, Esther se coloca detrás de mí, poniendo su mano derecha al lado de la mía, dentro del campo quirúrgico, y dejando que su cuerpo toque el mío, en el movimiento.
«¿Ves este tejido aquí?», pregunta, señalando un fragmento rugoso, de color amarillento de poco más de cinco milímetros, alojado junto al cuerpo de la vértebra. «Es tejido que se rasgó cuando tiraste. Se quedó aquí atrapado. Puede no tener ninguna importancia, pero también puede llegar a causar una fibrosis.»
Me quedo aturdida con el cambio de tema y con el contacto físico. Paro lo que estoy haciendo, inmovilizándome. Ella prosigue en un largo monólogo sobre fibrosis, infección y la necesidad de garantizar procesos completamente limpios. Con la pinza que tiene en la mano agarra el delgado pedazo de tejido y lo retira. El movimiento es veloz y preciso. No dejo de quedar impresionada con el hecho de que ella haya visto este minúsculo fragmento desplazarse.
«Puedes continuar», dice. «Prepárate para cerrar, con calma, capa por capa.» Retira la mano y apoya la pinza, pero no se aleja. Se mantiene pegada a mi espalda, observando cada movimiento. Intento concentrarme. A través de los trajes siento el calor de su cuerpo contra el mío. La situación es incómoda, pero presiento que si me muevo será aún peor.

§§

Miro a Fili, intentando interpretar su expresión, y continúo: «No sabía qué pensar, mucho menos qué hacer. Fueron diez o quince minutos interminables. Hasta ahora no he entendido si tenía alguna intención, espero que haya sido solo imaginación mía...»
Al contrario de lo habitual, Fili me interrumpe: «¿Y qué es lo que imaginaste?»

Capítulo 7

21 de febrero – David contra Goliat

Olívia

Hoy llegué demasiado temprano. Faltan quince minutos para la hora acordada. Todavía dudé entre subir o ir a tomar un café, pero hace demasiado frío para andar por ahí de un lado a otro. Me siento en uno de los sofás de la sala de espera, me quito el abrigo, que coloco sobre las piernas. Poco a poco, me dejo perder en pensamientos, y casi me asusto cuando veo a Fili parado en la puerta, esperándome.

«¿Cómo estás? ¿Cómo han sido estas dos semanas? ¿Más tranquilas?», Fili va haciendo preguntas mientras busca el bolígrafo que rodó debajo de su sofá.

«Más tranquilas, creo que sí...», reflexiono.

«No pareces muy convencida...»

§§

Sentada en el despacho con los audífonos y la música bien alta, voy posponiendo el momento de ir a casa.

Antes de salir decido ir al bar a beber un café, siempre pasan unos minutos más. Parada en la fila voy siguiendo la conversación de dos internos que están justo detrás de mí. Por lo que dicen entiendo que son de anestesia, el tema se centra en los turnos del quirófano y en los privilegios de algunos, criticando explícitamente a la jefa de servicio. Escucho el tono de un teléfono, e instintivamente miro hacia atrás.

«Es el código de llamada del equipo de reanimación... tengo que ir», es lo único que lo oigo decirle al colega.

«¿Tú? ¿Estás de guardia?», pregunta el otro sin esconder su asombro. Yo también me quedo admirada.

«Lo estoy. No hay nadie más... ¿Sabes cuántos somos esta noche? Espero no tener que ser yo...» El final de la frase casi no se escucha, porque él sale casi corriendo.

En un impulso, dejo la fila y lo sigo. Lo alcanzo ya en el pasillo del servicio de urgencias. «Yo voy contigo, soy anestesista», digo.

Él esboza una sonrisa, asiente con la cabeza y no responde.

Por la agitación, me doy cuenta de que lo que sea que haya sucedido ocurrió en la sala de espera. Los guardias de seguridad intentan evitar que aumente la confusión y me informan que el paciente ya fue trasladado adentro, a la sala de reanimación.

«No tiene pulso», dice alguien.

«Mantener ambu. Iniciar compresiones. Desfibrilador. Vamos a intubar. Pon otra vía.» Conozco la voz que da las órdenes. Miro alrededor y veo a Julia junto al desfibrilador. Por un momento nuestras miradas se cruzan.

«Yo intubo», digo sin dudar. «Debe tener una vía aérea difícil.»

«¡Fibrilación! Preparar descarga. ¡Atrás!» Todos retiramos las manos, con los ojos fijos en el monitor. Nada, sigue sin pulso.

«Compresiones. Una más de adrenalina.»

«¡No veo nada! Está todo tapado. ¡No pasa! Reiniciar ambu», digo, después de un intento fallido

de intubación.
El paciente es muy obeso y por más que intento no logro ver las cuerdas vocales y pasar el tubo. Hace mucho tiempo que no hago esto. Momentáneamente me bloqueo y me quedo paralizada.
No deben haber pasado más que unos segundos, pero parecen largos minutos, cuando escucho la voz del joven interno a mi lado: «¡Doctora López! Doctora López, ¿quiere ayuda?»
«¡No! Parar ambu.» Vuelvo a colocar el laringoscopio, y sigo sin ver prácticamente nada, un tanto a ciegas voy introduciendo el tubo muy despacio. «¡Visualizo las cuerdas! ¡Epiglotis!» Giro un poco a la derecha y ya está, pasó. «¡Entré! Insuflar balón.»
Levanto la cabeza y miro alrededor. Le pido el estetoscopio al joven que permanece a mi lado, «Está dentro. Sonidos simétricos», confirmo aliviada.
«Sin pulso. Sigue en fibrilación. Preparar descarga. ¡Atrás!» -vuelve a escucharse la voz de Julia, y unos segundos después- «¡Tenemos ritmo!» Un suspiro de alivio colectivo recorre la sala.
El equipo de cardiología ha llegado mientras tanto y toma el mando de la operación. Por lo que puedo averiguar, el paciente acababa de ingresar cuando perdió el conocimiento aún en la sala de espera, nadie sabe exactamente qué pasó.
«Gracias, Doctora López, no sé cómo agradecerle, yo no hubiera sabido qué hacer», agradece el chico, que me acompaña hasta la sala de trabajo, retorciendo una mano en la otra.
Me siento temblar de la cabeza a los pies, cuánto tiempo... «Ve tranquilo», digo, «No deberías haber quedado en esta posición. Menos mal que pude ayudar.»
Cuando me quedo sola me siento en una silla y respiro hondo. Sin fuerza, ni ánimo, hago lo que siempre hago en estas ocasiones.
«¿Cómo estás? ¿Cómo van las cosas?», pregunta de inmediato Úrsula, como si esperara mi llamada.
«¿Qué cosas? En este momento están pasando tantas cosas, que tienes que ser más específica», respondo dejando que ante mis ojos pasen mil imágenes. «¿Qué cosas?», vuelvo a repetir.
«¡Todas! ¿Estás triste?»
«No lo sé, estoy irritada...» En una descripción detallada relato no sólo lo que acaba de suceder, sino también los incidentes de los últimos días.
«Alégrate por haber hecho la diferencia en la vida de alguien. Es a eso a lo que tienes que aferrarte, y no a lo que dicen y piensan los idiotas que trabajan ahí... Un día de estos voy y te doy el beso más grande que hayan visto jamás, ¡será un placer!», suelta una carcajada, que me contagia, y nos reímos ambas, imaginando la escena.
«En serio, no sabes lo difícil que ha sido resistir la presión. Llueven quejas, amenazas. Se fueron tres del equipo de anestesia. Ayer, dos más presentaron justificaciones para no hacer noches, y ahora esto.»
«Basta de hablar del hospital. Cambiando de tema, ¿cómo está Leonor? Por cierto, ¡felicidades! Me olvidé del dia….» Las palabras son proferidas con la ironía de quien conoce mi matrimonio por dentro.
«Está bien..., confundida, pero bien.» Voy a compartir los dilemas de Leonor, tengo que hablar con alguien. Úrsula no dice nada, y se queda esperando que continúe. «Me comunicó que está enamorada de una mujer.»
«¡Wow! ¡Eso es sorprendente! No sé qué me sorprende más, si que esté enamorada de una mujer, o que te lo cuente.», bromea, «Pero, ¿eso la deja confundida?»
«Parece que la otra quiere una relación abierta. Su experiencia de vida está a años luz de la de Leonor.»
«Estás asumiendo tú...»

«¿Qué quieres decir con eso?», pregunto, insatisfecha con el comentario.
«No te ofendas.»
«Cierto, tienes razón. Sigo viéndola con 8 años, una trenza a cada lado, corriendo hacia la escuela con la mochila a la espalda.»
«¿Qué más dijo? Me encantan las historias de amor. Como es tu hija, prometo que no voy a llevar la imaginación a los límites, porque, al contrario que tú, yo no la imagino con 8 años.»
Finjo estar indignada, pero Úrsula prosigue «Pobrecita Leonor, tan indefensa, ¿realmente lo crees? ¡Míranos a nosotras!»
«¿Qué tiene que ver esto con nosotras? Ya estás tú... Nosotras tenemos otra edad, otra experiencia.»
«¿En serio? ¿Es una cuestión de edad?» dice con sarcasmo.

--

Cuando llego a casa, y para mi asombro, Javier está en la cocina preparando la cena. ¿Cuál será la ocasión?, me pregunto.
Nos sentamos a la mesa, saboreando el aroma de las setas y el sabor de un vino espumoso muy helado. Me llevo otro bocado de arroz a la boca, se derrite entre los dientes en una crema sabrosa. «¡Está fantástico! Hace tanto tiempo que no hacías esto, casi no lo recordaba. Es uno de mis platos favoritos.»
Mientras comemos conversamos sobre temas triviales, sin abordar nunca lo que pasó ni volver a hablar de Leonor. Siempre es así. Nunca más se vuelve a tocar el tema, como si nunca hubiera existido.
Estamos tomando el café cuando él entra finalmente en la razón que llevó a esta cena: «Olívia, quería hablar contigo sobre la propuesta que tengo para ir a Suiza.»
Ya era hora, pienso, sin decir nada.
«Aún no hemos hablado de esto. También es verdad que, hasta ayer, no sabía mucho. El actual director va a dejar la Compañía a fin de año, y si acepto, el puesto es mío. ¡Es la oportunidad de una vida!» dice exuberante. «Es más, mucho más, de lo que podría soñar.»
El trabajo es lo que lo hace vibrar, el dinero, el poder, las pequeñas y grandes victorias, ese es el verdadero amor de su vida.
«Son quince países, un aumento del treinta por ciento, esto sin contar con los premios. ¿Qué te parece? ¡Es una buena oportunidad para ti! Para Leonor da igual, tanto le da venir con nosotros a Suiza como venir aquí.»
Dejo de escucharlo. ¿Cómo puede pensar que ir a Suiza es una oportunidad para mí, e ignorar por completo que acabo de empezar un nuevo proyecto?
«Si quieres hasta puedes dejar de trabajar. El dinero no es problema. Puedes hacer sólo las cosas que te gustan. Siempre te estás quejando de que no tienes tiempo.»
«¡¿Estás bromeando?! ¡¿Cómo puedes pensar que mi trabajo no vale nada?! ¡¿Cómo puedes pensar que voy a dejarlo todo para ir detrás de ti, quién sabe dónde?! Tú vas a hacer lo que tú quieres. ¿Y yo? ¿Ya te preguntaste lo que yo quiero?» profiero, exaltada.
«No grites, sólo estamos conversando», afirma en un tono falsamente ponderado. Las manchas rojas en su cara y cuello no le dejan ocultar lo irritado que está. «¿Crees que no debo aceptar? ¿Es eso?»
Es una pregunta envenenada. Él sabe que nunca le voy a decir que no acepte. «¡Claro que no! Debes ir, si es lo que quieres. Lo que no puedes es pensar que vamos a seguirte en ese camino, que cada vez es más tuyo y de nadie más.»
«¿Qué quieres decir con eso? Todavía soy yo quien paga las cuentas. ¡Viajes, casas, escuelas,

todo! Nunca me has oído quejarme, ¿verdad?»
«Es lo que estás haciendo», digo, respirando hondo para retomar el aliento que sé que voy a necesitar.
Javier no se contiene, y prosigue a los gritos, «¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres que vaya solo? Eso es fácil, pero luego no te quejes.» Golpea con el puño el tablero de la mesa, y sale iracundo, dando un portazo.

§§

«Debe haber sido una conversación difícil», dice Fili, «Tienes que pensar qué es lo que realmente quieres. Si él se va solo muy probablemente será el fin de vuestro matrimonio.»
«¿Tú crees? Ya estamos tan distantes, incluso viviendo en la misma casa», la reflexión es más para mí que para él, «No puedo dejarlo todo...»
«¿Todo? ¿Qué es "todo"?», pregunta mirándome a los ojos.

Capítulo 8

21 de febrero - Pánico

Camila

Llego a la consulta al final de la tarde, ya está anocheciendo en la calle. Fili viene a buscarme a la puerta y me invita a entrar. Me doy cuenta de que tiene encendida la pequeña lámpara del escritorio, inundando el espacio con una luz amarillenta, agradable e íntima. Cuando se sienta, hace su habitual movimiento de cruzar la pierna, apoyando el tobillo sobre la rodilla de la otra pierna, dejando a la vista el calcetín. A lo largo de los años le he conocido docenas de calcetines, con sus patrones más o menos discretos, y observarlos se ha convertido casi en un ritual en cada consulta. Hoy los calcetines negros están cubiertos de pequeñas ranas verdes, apoyadas en hojas, descansando en un inmenso lago.

Fili me mira, esperando a que sea yo quien inicie la conversación. No le hago esperar y comienzo el relato de los últimos días.

§§

Hoy nada sucede como yo quisiera, reflexiono mientras froto mis manos con demasiada fuerza, pasando los dedos unos sobre otros y dejando que el agua fluya casi hasta el codo. Una mujer joven ingresó durante la noche y el equipo decidió esperar hasta la mañana para operar, pero tengo la sensación de que cada minuto cuenta. Esta mañana la mujer del libro rojo no estaba en el carruaje, o al menos no la vi. Es una pena, empezaba a acostumbrarme.

Entro en la sala, ya con la paciente anestesiada, y todos en sus puestos. La música hoy tiene un ritmo clásico, lento y solemne.

«¿Lista para empezar, querida?», pregunta Esther, incomodándome con el tratamiento.

«Por supuesto, Doctora González, cuando usted quiera», respondo, sin levantar la vista.

Es un procedimiento que ya he realizado incontables veces. Las pantallas están encendidas, la enfermera a mi lado me pasa el catéter y doy inicio al proceso. Durante los primeros minutos todo transcurre según lo planeado y voy haciendo progresar lentamente el hilo, evaluando los riesgos en cada instante.

«¡Ritmo taquicárdico! ¡Tensión subiendo!», exclama la anestesista.

«¡Para! ¡Retrocede!», ordena, clavando los ojos en la pantalla.

Hago exactamente lo que me pide. Todavía estamos lejos del objetivo. Retrocedo un poco el hilo, y el ritmo vuelve a estabilizarse.

«Podemos avanzar.»

Respiro hondo, y vuelvo a mover la mano. Tengo el corazón a mil y el sudor escurriendo bajo el gorro.

«¡Taquicardia!», se oye alto en la sala.

«¡Para!», dice en voz baja, sin dejar duda de que se trata de una orden. «El catéter presionó la pared del vaso, debe haber una rotura... ¡Ahí! ¿Ves esa fina línea de contraste? Está fuera del límite. Retrocede, con cuidado. Vamos a insertar otro microcatéter e intentar continuar. La hemorragia es mínima.»

«El ritmo sigue alto», afirma la anestesista.

«¡Doctora Rossi! ¡Camila!» oigo muy a lo lejos. «¡Cambia de lugar conmigo!» Esther se ha

colocado a mi lado, sin que yo me diera cuenta. Mira a la anestesista y prosigue, «Controla la tensión. Protamina para revertir la anticoagulación. Puede descompensarse en cualquier momento.»
No siento el cuerpo y no soy capaz de moverme, quiero salir de aquí, pero los músculos no me obedecen.
«Camila, tranquila..., todo está bajo control. Voy a poner mis manos sobre las tuyas y me pasas el hilo cuando yo te diga, luego das un paso al lado y te quedas aquí asistiéndome, ¿de acuerdo?» Su voz es tranquila, y suena extraordinariamente lenta, como quien habla con un niño. Poco a poco, me recupero y hago lo que me pide.
Con una pericia inigualable ella mantiene el primer microcatéter inmóvil y logra insertar el segundo. Los movimientos son minuciosos y el tiempo parece no avanzar, el ritmo se estabilizó y por el silencio del lado de la anestesia, no hay más complicaciones, al menos no en este minuto. Pasa más de una hora, hasta que ella suelta una carcajada y dice, «¿Podemos cambiar la música, por favor?»

Estuve toda la tarde en los cuidados intensivos vigilando a la paciente. Afortunadamente está bien. Mientras camino hasta la estación de tren, recuerdo las palabras de Esther cuando salimos del quirófano. Cerró la puerta y nos quedamos a solas en la sala de trabajo. Me estremecí ante las posibilidades, «¡Te bloqueaste! ¿Por qué?», preguntó de forma directa.
«¡Lo siento!»
«No vine en busca de disculpas. Sé que eres una excelente cirujana, pero también sé que en los últimos tiempos te escondes de procedimientos más complejos. Estuve viendo tus casos y no tienes una sola cirugía de vanguardia reciente, al contrario, antes de haber estado fuera tenías varias, parece un contrasentido.»
«Es cierto», respondo, sentándome y apoyando la cabeza en las manos y los codos en la mesa. Ella mantiene el silencio y me obliga a proseguir. «Tengo ataques de pánico», murmuro. Es difícil admitirlo. «Comenzaron cuando nació Mateo y un año después empeoraron tanto que tuve que quedarme en casa. Fue horrible. Pero nunca me había pasado en el quirófano.»
«Es lo habitual..., ¿y ahora cómo estás?»
«Estoy mejor, las consultas con el Doctor Riviera...
«¿Fili? ¡Es excelente!»
«Hoy, no sé qué pasó..., si cree que es mejor yo no opero.»
«No digas tonterías, eras una de las mejores y vas a volver a serlo. Basta de charla, ve a ver a nuestra paciente y yo me voy a casa.»
Sin decir nada más se acercó, me acarició el rostro, dio media vuelta y salió.

--

Hago el viaje de regreso en un tren casi vacío. Me pongo los auriculares, apoyo la cabeza en el cristal de la ventana y cierro los ojos.
Cuando veo el nombre de mi madre en la pantalla, pienso de inmediato que sólo puede ser otro problema más. Considero la posibilidad de no contestar, pero sé que, más tarde, eso me costará tener que ser yo quien llame y escuchar sus desagradables comentarios.
«¿Cómo estás? ¿Bien?» La pregunta no deja margen para otra respuesta que no sea asentir. No creo que quiera saber cómo estoy, es sólo una fórmula antes de entrar directamente en la razón de su llamada.
«Sí, todo bien. ¿Y ustedes?» Con el distanciamiento perdí la costumbre de preguntar por ella o por mi padre individualmente. Nunca hubo gran cercanía entre nosotros, pero a pesar de todo, antes de irme a Estados Unidos, tenía la sensación de que podía contar con él. Era distante,

formal, pero conversábamos, yo le pedía opiniones y él genuinamente trataba de formar parte de mi vida. Mi hermana es la hija preferida y de eso nunca hubo ninguna duda. La alumna brillante, dotada para la música, abogada, casada, y con dos hijas, iguales a ella misma. Mi hermano siempre fue excluido, no tenía novia, no practicaba deporte y, ni por eso, le gustaba salir o beber. Aquello, y aquellos, que a él le gustaban eran mantenidos lejos, en el más absoluto secreto.
«Estamos bien», responde lacónicamente. «Me imagino que no lo sabes, pero tu sobrina cumple 10 años...» ¡Claro que lo sé! ¿Por qué no habría de saberlo? «Tu padre y yo decidimos hacer una fiesta para un grupo de amigos cercanos y para la familia, es una fecha importante y merece ser celebrada. Quiero saber si puedo contar contigo y con Mateo.»
La pregunta me toma desprevenida. El grado de nerviosismo que se apodera de mí durante estas llamadas está más allá de cualquier cosa mínimamente razonable. Sin dejar que el silencio se instale, respondo de forma automática, «Sí, por supuesto que sí. Dime la hora y allí estaremos.»
¿Cómo pude haber respondido "sí, claro"? La invitación fue explícita "yo y Mateo". Llevamos años juntas y ellos siguen haciendo como si Julia no existiera.

--

Llego a casa, Mateo está enfadado, no sabe explicar qué es lo que mamá está haciendo, pero ella no terminó el juego que habían empezado. Entiendo, por la conversación, que Julia ya lleva más de dos horas en casa.
Toco y entro sin esperar respuesta. Ella está con los auriculares puestos, sumergida en imágenes y artículos, con las dos pantallas del ordenador repletas de documentos, mientras toma notas, a mano, en uno de sus cuadernos. Levanta la cabeza, me mira y se quita uno de los auriculares.
«¿Todo bien?», pregunta, «Estoy casi terminando, ¿necesitas algo?»
No dejo de notar la distancia que existe entre nosotras. Ni un beso, ni una caricia, nada. Peor aún, ya ni siquiera echo de menos esas cosas. Acabo por no hablar sobre la llamada, y decido esperar hasta la cena. Ya en la mesa, saco el tema: «¿Sabes? Hoy me llamó mi madre...»
«¿Por qué, se murió alguien?», ironiza.
«No. Quería invitarnos al cumpleaños de mi sobrina, ¿vamos? ¿O invento alguna excusa y digo que no?»
«¡Vamos, por favor mamá, vamos!», dice Mateo, dando saltitos en la silla. «¡Me encantan las fiestas!»
«¡Yo no voy! Pero me parece genial que tú vayas con él», responde inmediatamente Julia.
La conversación prosigue, dividiéndose entre preguntas sobre la fiesta y consideraciones sarcásticas sobre mis padres. Conseguí mi objetivo, ella nunca sabrá que no fue invitada.

--

Me despierto con el sonido estridente del despertador, no recuerdo haberme quedado dormida. Las seis de la mañana, tengo que correr si pretendo coger el tren. Mientras entro en la ducha, siento el agua caliente escurriendo por mi cuerpo, y recuerdo la mirada de la mujer del libro de tapa roja, ¿será que la veré hoy?

§§

«¿Compartiste los ataques de pánico con Esther González?», pregunta Fili, levantando la cabeza y mirándome.
«Sí, ¿por qué? ¿Crees que hice mal?», pregunto sorprendida, apartando el pelo que se empeña en caerme sobre los ojos.
«Temo que lo use en tu contra.»
«No lo creo, parecía preocupada, dio a entender que me va a apoyar. Además, yo me siento

mucho mejor.»
«Claro que sí, tienes razón. No hay motivo para no compartirlo.»

Capítulo 9

6 de marzo - Aneurisma de aorta

Olívia

Los cristales de la ventana parecen temblar por la fuerza de la lluvia. El cielo, ya oscuro, es atravesado por relámpagos que surgen de todos lados como rayos de luz. La belleza de la tormenta es inmensa, pero no disimula la fuerza de la naturaleza, que siempre me produce un escalofrío en el estómago. Aunque dejé el coche muy cerca, me empapé por completo sólo con cruzar la calle y llegar hasta aquí.

Entro en la sala de espera, siempre vacía, me quito el abrigo y lo coloco abierto sobre uno de los sofás, con la esperanza de que pueda secarse. Antes siquiera de tener tiempo de sentarme, Fili aparece en la puerta y me hace una seña para que lo acompañe. Entramos juntos al consultorio y nos sentamos.

«¿Cómo estás?», pregunta como siempre hace, mientras prepara las cosas, cogiendo el cuaderno y el bolígrafo, al tiempo que se recuesta hacia atrás y cruza la pierna.

«¡Confusa!», es lo único que digo. Después, a propósito, sonrío y dejo que se establezca un silencio prolongado.

«Qué lacónica, no pareces tú. ¿Qué has estado haciendo? ¿Has estado jugando con fuego?», Fili es irónico y me mira con una sonrisa mordaz.

«Han pasado tantas cosas que no sé por dónde empezar.»

«Tal vez por el principio, siempre es una buena opción.»

§§

Son casi las siete, debería irme a casa. Sola, no voy a preparar la cena, tendré que sobrevivir con las sobras de ayer. Nada que me preocupe. Guardo el documento en el que estoy trabajando, apago el ordenador y me levanto. Me quito la bata y cojo la chaqueta colgada del perchero. Ya tengo puesta una de las mangas cuando llaman a la puerta.

El jefe de enfermería del quirófano abre una rendija y asoma la cabeza.

«¿Carlos?», me sorprende la visita inesperada. «Entra, ya me iba. ¿Qué pasa, puedo ayudar?» No es nada habitual que venga a mi despacho y menos aún a esta hora. Vuelvo a quitarme la chaqueta medio puesta y la dejo sobre la mesa.

Parece preocupado. Se sienta y va frotándose nerviosamente las manos una contra otra. «Tenemos una cirugía urgente dentro de poco. Cuando me enteré, hace unas dos horas, hablé con el jefe de equipo y estaba todo bien. Él está de guardia, con las dos internas más jóvenes, además de él está el anestesista que da apoyo a obstetricia. No sobraba, pero daba. Pero ahora ha venido a decirme que está con mucha fiebre y que se va. Solo van a quedarse las dos internas durante la noche... es imposible. Ellas no pueden..., no tienen preparación, es una cirugía demasiado compleja.» A medida que va hablando, su rostro vuelve a ganar color y noto que relaja un poco la tensión en los maxilares.

«Ya veo...», digo, intentando integrar la información. «¿No podemos aplazarla hasta mañana por la mañana?»

«Es un aneurisma de aorta descendente, en un joven de veintitantos años...» Inmediatamente comprendo la gravedad y urgencia de la situación. Carlos continúa, «Podemos trasladar al

paciente al Hospital Universitario.»
«¡No! Es arriesgado.» Me quedo sopesando las consecuencias de un traslado y las de no hacerlo.
«Voy a llamar a ver si alguno de los compañeros que está libre puede venir», digo mientras me dirijo a la secretaría para consultar los turnos. Llamo uno a uno a todos los médicos teóricamente disponibles, "...sí, sé que te llamo muy encima de la hora, pero si no fuera urgente no te molestaría...", "entiendo, entiendo perfectamente que tienes otros compromisos..." Después de varias conversaciones todas iguales, no hay nadie más a quien pueda telefonear. Carlos permanece sentado, con la mirada baja, fijando el tablero de la mesa.
«¿Qué hacemos? ¿Trasladamos al paciente?», pregunta sin levantar los ojos.
Me quedo callada un momento, inundada por un sentimiento de angustia y al mismo tiempo una incontrolable voluntad de actuar, «¡No!»
«¿Cómo que no? No tenemos a nadie para anestesiar..., no podemos poner a una de las más jóvenes...»
«¡Claro que no! ¡Voy yo!»
Carlos levanta la cabeza y me mira frunciendo ligeramente el ceño. «¿Cómo que vas tú?»
«Tienes una cirugía y necesitas una anestesista, pues muy bien, me tienes a mí.» Me levanto y sonrío. La adrenalina se apodera de mi cuerpo y soy inundada por una energía inesperada. Vuelvo a ponerme la bata, «Vámonos, vámonos al quirófano. Tienes una hora para explicarme todo lo que necesito saber para no parecer completamente "de fuera".», cruzo los dedos en un gesto de fe, lo que le provoca soltar una carcajada. Su rostro se ha despejado y vuelve a exhibir la sonrisa habitual.
Caminamos juntos por los pasillos. A esta hora hay poca gente y nuestro recorrido es tranquilo. Nos cruzamos con uno de los compañeros de cardiología y dos de las médicas de urgencias que me saludan. Desde el día de la reanimación he ganado puntos con algunos colegas. En la sala de médicos del quirófano, una de las internas ya me está esperando.
«Doctora López, ¿puedo resumirle lo que sé sobre el caso?», declara casi con miedo.«Era genial. Por favor, llámame Olívia. Vamos a ello. Dime lo que sabemos y a partir de ahí hacemos el plan anestésico», respondo, esbozando la más cautivadora de mis sonrisas.
Ante mis palabras, ella también sonríe. Pone las manos en el teclado y recorre la historia clínica: «Se trata de un chico de 28 años, con antecedentes familiares de aneurismas, un tío y un primo, pero sin un diagnóstico etiológico establecido. Sospecharon Síndrome de Marfan, pero nunca se confirmó. Es un aneurisma del inicio de la aorta descendente, ya conocido desde hace dos años, pero parecía controlado». Ella interrumpe la explicación y me mira, comprobando si la estoy siguiendo. Dejo de escribir y hago un gesto de asentimiento. «Tuvo un fuerte dolor torácico y vino al hospital. Lo evaluaron y en la resonancia constataron un crecimiento rápido e inesperado desde la última evaluación...»
En este contexto, la decisión de operar parece indiscutible. El riesgo de una rotura impone la urgencia del procedimiento.
Carlos vuelve a entrar en la sala trayendo en la mano tres vasos de café. Nos extiende uno a cada una. «Vamos a necesitarlo», comenta.
«Estoy segura que sí, ¡gracias!», exclamo, sorprendida por el gesto. «¿Hay algún plan quirúrgico ya definido?», pregunto.
«El equipo de cirugía dice que baja en unos minutos. Por lo que escuché, van a intentar un abordaje endoscópico».
«¿Estás seguro? Me parece demasiado grande para eso..., pero yo no soy especialista», completo enseguida para no parecer que me estoy entrometiendo. «Para nosotros sería mucho más fácil.

De cualquier manera, preparamos la sala para todas las eventualidades. Si es endoscópica, mucho mejor, pero arreglamos todo como si fuera cirugía abierta. Monitorización cerebral, hemodinámica y equipo para circulación extracorpórea», articulo frases cortas y rápidas, casi comiéndome las palabras.
«Me gusta tu determinación», dice Carlos. «Quédate tranquila, dejo todo listo, si es necesario sólo tienes que pedirlo, si no, mejor».
La cirugía llevará horas, y después tengo que hacer el seguimiento en la sala de recuperación. Respiro hondo y repaso mentalmente todos los pasos. La agitación es tanta que hasta el momento en que abren la puerta, no me detengo a pensar quién va a operar. ¡Julia García! Me mira y luego observa alrededor de la sala: «¿Dónde está el equipo de anestesia?», pregunta.
«Yo voy a anestesiar», respondo.
Su semblante se altera momentáneamente, mostrando perplejidad. Raúl, por su parte, no parece encontrar nada extraordinario y me explica en detalle el plan quirúrgico.
Me pongo el gorro y ajusto los elásticos de la mascarilla. Tengo la misma sensación del día en que llegué a este hospital y crucé las puertas de entrada por primera vez, una mezcla de ansiedad y euforia.
Acerco un taburete a la cabecera del paciente e inicio un breve intercambio de palabras para calmarlo. Me entero de que es arquitecto y tiene una hija de 2 años. Como era de esperar, está nervioso, pero al mismo tiempo muy consciente de todo lo que va a pasar.
Llamo a la colega más joven, a uno de los enfermeros, y en pocos instantes está anestesiado.
Julia entra en la sala y se calza un segundo par de guantes. Todo está listo para que empecemos. Me mira y pregunta en un tono que no le conocía: «¿Te importa que ponga música? Me ayuda a concentrarme».
«Por mí no hay problema».
La sala se llena con el sonido de un piano, Mozart, muy probablemente interpretado por Kissin. Julia inicia y, tal como estaba previsto, hace el abordaje endoscópico. Todo parece ir bien. Voy controlando los trazados, verificando los valores y haciendo algún que otro ajuste en la medicación que corre en perfusión.
«¡Mierda! ¡Demonios! ¡Mira! ¡Es mucho más grande de lo que parecía en la resonancia!», su voz está alterada y denota su preocupación.
El otro cirujano que está a su lado se inclina, sin soltar el material que tiene en la mano: «No hay duda, ¡es más grande! ¡No vamos a poder hacer esto así! ¿Qué quieres hacer? No podemos abortar...» Aunque mantiene las manos firmes, él también evidencia su nerviosismo. De su frente escurren algunas gotas de sudor, que uno de los enfermeros se encarga de limpiar con una compresa.
«No queda otra, ¡tenemos que transformar!» La frase es dicha con asertividad e irritación. Julia suelta los instrumentos que tiene en la mano, dejando al colega terminar. Se dirige a una de las esquinas de la sala y me mira a los ojos: «¿Puedes acercarte un momento, Olívia?» No dejo de notar que es la primera vez que me trata por mi nombre, dejando de lado la ironía.
«¡Claro!»
«Tenemos que pasar a abierto...»
«Ok.»
«¿Has hecho esto antes?», la pregunta le sale con miedo. ¿Qué opciones tiene si digo que no?
«Sí, Julia, ¡sí! Trabajé muchos años como anestesista en cirugía cardiotorácica. No hago una intervención de estas desde hace algún tiempo, pero hay cosas que no se olvidan», digo, intentando convencerme a mí misma de que lo que estoy diciendo es verdad.

«Tenemos que pedir monitorización y poner todo a punto para la eventualidad de circulación extracorpórea, vamos a necesitarla...»
La interrumpo antes de que llame a los enfermeros. «Mira, no sé si hice bien, pero pensé en la posibilidad de que esto ocurriera y le pedí a Carlos que preparara todo, por si llegáramos a necesitarlo. Por eso, no tienes que hacer nada, yo hablo con él y puedes empezar en cinco minutos. Si quieres ve afuera, prepárate, porque la noche va a ser larga.»
Julia no dice nada, sus ojos hablan por sí solos. Se da la vuelta y camina hacia la puerta. Se detiene unos pasos más adelante, vuelve atrás y dice: «¡Gracias!» A pesar de la mascarilla puedo ver que sonríe.
Casi cinco horas después salimos del quirófano. El joven resistió bien y facilitó mi trabajo. La cirugía transcurrió sin complicaciones graves y lograron reparar el aneurisma. Ahora hay que esperar las próximas horas, los próximos días, para poder suspirar de alivio.
Lo acompaño hasta la Unidad de Cuidados Intensivos. En una pequeña sala de espera, la madre y la esposa aguardan noticias. Miro alrededor y verifico que Julia no está presente, Raúl abre la puerta y se dirige a ellas, que poco después lo abrazan emocionadas.
Sin dificultad convenzo a los colegas de la Unidad de que voy a pasar la noche en la habitación de apoyo médico, que está vacía. Ellos descansan habitualmente en la habitación más grande, al otro lado de la planta.

Enciendo la luz y observo el espacio. Nunca había estado aquí. Es una habitación pequeña, con dos camas, una a cada lado. En la pared frente a la puerta hay una ventana, ahora totalmente cerrada. Nada más entrar, un baño, también minúsculo.
Encuentro fuerzas para darme una ducha rápida y ponerme un uniforme limpio. Me quito los zapatos y me acuesto, vestida, en una de las camas. Cuando cierro los ojos me acuerdo de Julia, sus ojos verdes, su aflicción cuando me llamó.
No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me despierto con el ruido de alguien abriendo suavemente la puerta de la habitación. No me muevo y finjo dormir. La luz del baño se enciende y a medida que mis ojos se acostumbran a la penumbra, distingo que se trata de una mujer. Cierra la puerta y la habitación se sumerge otra vez en la oscuridad. Unos minutos después la puerta del baño vuelve a abrirse. Esta vez estoy atenta y me doy cuenta de que es Julia, se ha quitado los pantalones del uniforme de quirófano y lleva sólo la ropa interior y una camiseta. Apaga la luz y se acuesta en la cama pegada a la otra pared.
Me doy la vuelta pero no consigo dormirme. ¿Sabrá que soy yo quien está aquí? El cansancio ha desaparecido y estoy completamente despierta. Siento el corazón acelerarse y el deseo apoderarse de mí. Intento, en vano, calmarme, pero el esfuerzo es completamente infructuoso. Es como si el cuerpo se hubiera disociado del cerebro y actuara por cuenta propia. Los músculos se contraen, la piel se eriza y soy inundada por una ola de calor.
En un acto irreflexivo, sin medir las consecuencias, o siquiera pensar en ellas, aparto la sábana, me levanto y me aproximo a la otra cama. Ella permanece inmóvil de espaldas a mí, por la respiración regular parece dormir. Aparto la punta de la manta y me acuesto a su lado, procurando no despertarla. No sé lo que estoy haciendo, pero es más fuerte que yo.
No la toco, dejando un espacio entre los cuerpos, poco a poco gano confianza y me encajo contra su espalda. Ella mueve una de las piernas, colocándola sobre la mía. Me quedo inmóvil. Su respiración parece indicar un sueño profundo. Acerco la cara a su cabello e inspiro profundamente. A pesar del día que hemos tenido, el olor ligeramente ácido de su perfume sigue haciéndose notar. Poso la mano sobre su cintura y avanzo hasta el vientre pasándola por debajo de la camiseta. Con la punta de los dedos siento el relieve del ombligo. Continúo un poco más

arriba, pero me detengo temerosa. Vuelvo a colocar la mano donde antes estaba, paso por encima de la tela suave de las bragas y me detengo en el interior de sus muslos haciendo una caricia, explorando cada centímetro de piel. Le beso el cabello, segura de que mi gesto no la despertará. ¡Error mío!
Ella se da la vuelta súbitamente, asustándome. Me aparto. Sin dejarme decir nada, me agarra con ambas manos, me atrae hacia sí y me besa en los labios con la misma impetuosidad que usó para criticarme.
No dice nada y tampoco pregunta nada. Se deshace de la camiseta y tira de mis pantalones, dejando explícito lo que pretende. Me desvisto, quedándome sólo en ropa interior. Los cuerpos se tocan, esta vez piel con piel. Me estremezco en un escalofrío y suelto un gemido. Ella recorre mi cuerpo con sus manos. Siento los dedos en mi espalda, en los hombros y, sin poder contener, vuelvo a soltar un gemido. Sus manos tienen algo extraordinario. La visualizo calzándose los guantes, dedos largos, manos firmes. Ahora es piel contra piel. Dejo que continúe, la siento tocar mis piernas con el pie, jugueteando y provocándome, al mismo tiempo que la mano se aproxima peligrosamente al pezón.
Recupero el mínimo de lucidez para permitirme volver a tomar el control. No consigo ver nada en la oscuridad de la habitación. Pero, sin necesidad de luz, encuentro su boca con la mía y paso la lengua entre sus labios, en un beso ardiente. Exploro el interior de su boca, en un baile de lenguas que sólo termina por la urgencia de respirar. Cuando intenta tocarme, se lo impido y coloco la mano alrededor de sus senos. No tiene sujetador, por lo que el gesto es simple y directo, surtiendo de inmediato el efecto pretendido. Arquea el cuerpo y murmura algo que no consigo descifrar. Aumento la presión al mismo tiempo que chupo la oreja que ha quedado pegada a mi boca.
Ella encajada en mi cuerpo, extiendo el brazo por encima de ella y pongo la mano entre sus piernas, manteniéndola casi inmovilizada. Siento lo mojada que está y no dudo en penetrarla tanto como me es posible en esta posición. Se retuerce, haciéndome estremecer cada vez que sus nalgas tocan directamente mi cuerpo. No tengo tiempo, ni espacio para más. Avanzo, cada vez con mayor ímpetu, hasta oír su voz: «¡Ahora, Liv! ¡Ahora!»

Afortunadamente el joven evolucionó sin complicaciones y los colegas de la Unidad no me llamaron. Cuando abrí los ojos, ella ya no estaba en la habitación. No sé cómo consiguió salir sin despertarme, pero lo cierto es que lo logró. Ni una palabra, ni una nota, nada.
No consigo dejar de pensar..., retengo su olor, su gemido, su piel.

--

Ya en casa, me despierto asustada por el sonido del teléfono. Contesto. Es Asunción. «¿Cómo estás? ¿Te desperté? Ya me enteré de las novedades... No se habla de otra cosa...»
«Buenos días..., quiero decir, ni siquiera sé si todavía es de día..., llegué recién por la mañana y me dormí. ¿Qué novedades? No sé de qué estás hablando...». Medio adormilada, me siento en la cama tratando de despertarme lo suficiente para poder seguir la conversación.
«Quiero saber todo sobre la noche pasada...»
«¿Cómo así?», en mi cabeza pasa la película de la noche a velocidad acelerada. ¿Qué será lo que ella sabe? Y, ¿qué quiere saber?
«No seas modesta. Julia le contó lo que pasó a todo el mundo...»
Me quedo helada, con el corazón casi saliéndose por la boca. ¿Qué puede haber contado Julia? ¿Ni ella sería capaz de tal cosa? ¿O sí?
No digo nada y Asunción prosigue, «Le contó a todos lo brillante que estuviste en el quirófano. Viniendo de quien viene, no podrías tener mayor elogio. No pienses que son todo rosas, elogió tu

desempeño, pero no dejó de culparte por la falta de personal, al final no deja de ser «Julia»».

§§

Antes de salir a la calle me doy cuenta de que dejé la chaqueta olvidada en la sala de espera. Mientras espero el ascensor pienso en lo que acabo de contarle a Fili, y también en lo mucho que no le conté.

Cuando vuelvo a entrar, está sentada en el sofá del fondo una mujer, que me saluda con una sonrisa, girando la cabeza hacia el sofá donde mi chaqueta permanece impávida. No dejo de notar cómo la sonrisa le provoca dos hoyuelos en el rostro.

Capítulo 10

6 de marzo - Contextos

Camila

Sentada en la sala de espera miro hacia la ventana, afuera parece que el cielo se va a caer, tal es la fuerza de la lluvia. Odio las tormentas. Extrañamente hay una chaqueta estirada sobre el respaldo de uno de los sofás. Seguramente la pusieron ahí para secar.

Me sorprendo con la voz de una mujer que entra en la sala. Me saluda, y yo le devuelvo una sonrisa. Mira la chaqueta y sacude la cabeza, como si se reclamara a sí misma. La toma, se la pone y sale. Casi inmediatamente la voz de Fili se hace oír, por muy poco no se cruzan.

Entro en el despacho y casi sin preámbulos empiezo a hablar. «Mira Fili, el otro día te estaba contando sobre Esther, me quedé asombrada de que creyeras que no debía haber hablado con ella sobre los ataques de pánico, pero empiezo a pensar que tienes razón, es una persona en la que no se puede confiar». Sólo muchos días después de haber estado aquí con Fili es que recordé que, cuando le dije a Esther que estaba haciendo terapia, ella reconoció inmediatamente su nombre. ¿Será que ellos se conocen?

§§

Dos hamburguesas y dos limonadas. Después de los primeros bocados recupero un poco del cansancio inherente a haber estado en el quirófano toda la mañana.

«¿Pasa algo? Hoy no pareces tú. Siempre estás tan animada». Almuerzo en el bar del hospital con una de las enfermeras que más me gusta, envueltas en la confusión de las conversaciones y carcajadas. Ella me mira y sonríe, pero su mirada parece triste.

«No sé, creo que no puedo...»

«¿No puedes qué?»

«¿Operar en la misma sala que Esther? Ella es...»

«¡¿No?!»

«Sí».

«¿Quieres decir que Esther es la mujer con la que te encuentras desde hace más de dos años?», mi estupefacción es tanta que las palabras salen atropelladas. Yo sabía que ella tenía una relación complicada con una cirujana de otro hospital, pero de ahí a que fuera Esther, nunca podría ni soñarlo.

«Ya no estamos juntas. De hecho, en realidad nunca lo estuvimos. Para decir verdad no nos veíamos desde hacía bastante tiempo. Ayer me invitó a cenar. Yo, tonta de mí, acepté. No sé por qué sigo haciendo esto. Siempre termina mal».

«¿Qué pasó?», pregunto sin contener la curiosidad.

«Ya sabes, una cosa llevó a la otra, un beso, una caricia. Tú sabes. Es como si fuera un imán. Yo sé que no puedo, que no quiero, pero cuando ella está cerca de mí, es más fuerte que yo. Estuvimos juntas, y al final terminamos la noche discutiendo. Perdí la cabeza y le dije lo hipócrita que es. Juega con mis sentimientos, como si yo fuera una marioneta que ella usa a su antojo. A eso está acostumbrada a hacer con la gente. Usa, abusa y tira. Lo sé desde hace tanto tiempo, creo que desde la primera vez que estuvimos juntas y al día siguiente me trató como si casi no nos conociéramos. No podemos trabajar juntas. ¡De verdad no podemos!»

«Pero, y ayer, ¿qué te dijo ella?», pregunto, sin lograr seguir comiendo la hamburguesa que permanece casi intacta. Creo que hoy ninguna de las dos va a almorzar.
«Después de todo, me dijo que yo estoy loca, que no «tiene paciencia». Yo ni quería creerlo. Se vistió, puso el aire más altivo que te puedas imaginar y se fue dando un portazo». Se encoge de hombros y pasa la mano por el cabello. «No puede. No puede irse así, como si no fuera nada».
«¿Estaban en tu casa?»
«Estábamos. Yo nunca fui a su casa», responde bajito.
«Tal vez sea mejor así».
«Tiene una relación fallida y sólo ella no lo ve. En realidad es todo una gran mentira. Finge todo el tiempo. Supuestamente tiene una relación a distancia, pero ni siquiera sé si eso es verdad». El tono se volvió ácido, «Yo me involucré..., me involucré en serio, y ella juega con eso». Ella se calla y vacía el vaso que tiene enfrente y sonríe, «Basta de hablar de mí. Al final, tú eres la que has operado con ella, ¿qué piensas?»
«Nuestra convivencia ha sido como mínimo extraña. Ella parece saber mucho sobre mí, siempre está con bromas y comentarios. El otro día hizo insinuaciones a propósito de mi internado, dice que fui beneficiada. En cierto momento me pareció que estaba insinuando que yo habría tenido algo con mi tutor».
«¡¿Estás bromeando?!», murmura, con un semblante incrédulo.
«¡No! Lo hizo y no fue una ni dos veces. No sé lo que puede saber, pero claramente tiene alguna intención. No me siento bien en el quirófano con ella».
«¿Pero qué crees que puede querer?»
«No sé, no lo entiendo. Hoy, nos quedamos las dos solas en la sala de médicos, yo estaba terminando de escribir unas notas y ella se sentó a mi lado. Incluso fue simpática, pero de repente tenía la mano en mi pierna, no sé cuál fue la intención, pero me incomodó».
«¡Increíble! ¡Increíble, cómo es la gente!»
«A lo mejor sólo soy yo imaginando cosas», digo en un vano intento de amenizar.
«Desafortunadamente creo que no. Esther es así, no es sólo contigo, a ella le gusta ese juego de seducción, de poder, forma parte de su estilo».
Basta de hablar y pensar en Esther, pienso cambiando de tema, «No te conté lo último de mi madre». Ella conoce bien a mi madre, la gran Amelia Velásquez, al final trabajaron juntas hace unos años. Me mira y no dice nada. Le cuento todo sobre la invitación a la fiesta y de cómo sigue ignorando a Julia «...y yo dije que sí. Soy tan estúpida, tan cobarde».
«Tu madre puede tener un carácter difícil, pero tienes que estar de acuerdo en que es un genio».
«Genial, arrogante...», no resisto agregar, «Y homofóbica».

--

Llego a casa temprano, a tiempo de jugar con Mateo y preparar la cena, cosa rara hoy en día.
Ya estamos acostadas, cuando Julia dice: «Me olvidé de avisarte, pero el próximo fin de semana tengo que quedarme en el hospital, hay varios colegas enfermos, ya sabes cómo es. Ahora, con esta mujer, no puedo facilitar, siento que observa cada gesto mío».
«No necesitas inventar excusas».
«¿Qué te dio? ¿Por qué la agresividad?»
«Dime tú..., ¿vas a hacer otra guardia o tu «guardia» tiene un nombre?». Las frases saltan de mi boca con un sarcasmo que no suelo tener. Oigo en mi cabeza las palabras de Paloma, repitiendo que Julia me disminuye.
«No sé de qué estás hablando, ni a qué propósito estamos teniendo esta conversación, ¿si es que esto es una conversación? ¿Celos? ¿Otra vez?», claramente retomó el control de la situación.

Cambió de tono y va a dar vuelta el juego, en un movimiento que le es característico. Sé exactamente lo que pretende hacer.
«No andas bien, ¿qué pasa?», termina recordándome esta misma frase en tantas otras discusiones.
Hubo momentos en que estas mismas palabras me hicieron llorar, y si ella tuviera razón, si fuera yo la que no estaba bien, que no estaba a la altura. «No, no estoy bien, pero eso, en este caso, importa poco. Estás perdiendo cualidades, antes eras discreta. Esta vez, fuiste a sitios públicos y te vieron...», se hace un silencio colosal. Ella desvía la mirada y permanece inmóvil, yo respiro y tomo coraje para continuar, «¿Quieres que te describa, los besos, los abrazos? No vi, pero por lo que oí soy bien capaz de imaginar, hasta en los más ínfimos detalles. ¿Quién es? ¿La conozco?».
Mientras hablo, recuerdo cada detalle de la descripción y me voy enfureciendo cada vez más.
Julia se levanta y, sin decir nada, va hasta el baño y cierra la puerta detrás de sí. Cuando vuelve, se sienta a mi lado en la cama, «¡Tienes razón! ¡Perdóname! Pero no pasó nada».
Dice estas palabras y vuelve a dejar que se instale un momento de silencio. La verdad es que la estrategia surte efecto. Me voy poniendo ansiosa e incómoda.
Ya perdí. Ni sería necesario continuar para saber cómo va a terminar la noche. No consigo contener las emociones y la interrogo a gritos, con los ojos llenos de lágrimas, entre la rabia y el dolor. Ella me deja hablar y gritar, sin siquiera intentar responder, hasta que agoto los argumentos y las fuerzas.
«Las cosas no están fáciles allá en el hospital», es su comentario minutos después.
«¿Y cuando tu vida no anda fácil, sales por ahí a la conquista de la primera que puedas llevar a la cama?», pregunto, recostándome hacia atrás sobre las almohadas.
«Salí a tomar una copa, para despejarme, sólo eso. Y sólo te pueden haber contado eso mismo, porque fue lo que pasó».
Sin decir nada más, vuelve a levantarse. Apaga las luces y deja la habitación sumida en la oscuridad. Cierro los ojos y me acurruco en el edredón. Siento el cuerpo aproximarse y su respiración en mi oreja. Cuando se apoya en mí me doy cuenta de que está desnuda. Antes de darme tiempo a reaccionar, su lengua toca la mía en un beso sólo interrumpido por un susurro: «¡Perdóname!».

§§

«No te voy a contar nada más, porque conoces bien esta historia, y sabes cómo termina».
Fili deja el bolígrafo y el bloc y me mira sin decir nada.

Capítulo 11

20 de marzo - Disculpas

Olívia

En contraste con la última vez que estuve aquí, hoy hay un sol radiante de primavera. Me crucé con Fili tan pronto como llegué. Me invitó a entrar a su despacho, pero me pidió que esperara un poco mientras hacía una llamada telefónica. No es común quedarme aquí sola. Aprovecho para recorrer la habitación con la mirada. Cuántos libros dispuestos ordenadamente en la estantería que cubre una de las paredes junto a la esquina. Ordenados por color, parece una mezcla aleatoria de temas, que van desde álbumes de fotografía, libros técnicos, pasando por un impresionante conjunto de novelas. No sé si a Fili le apasiona la lectura o si, simplemente como yo, le gusta tener libros cerca.

Unos minutos después, él reingresa, pidiendo disculpas. Se sienta y, de inmediato, hace la pregunta de siempre: «¿Cómo estás Olívia? ¿Cómo han sido estos días?», sonríe y toma el bolígrafo.

Con un gesto mecánico miro sus medias, soy una aficionada. Hoy, rompiendo la previsibilidad de su posición habitual, no cruzó la pierna, lo que hace que no pueda ver qué sorpresa traen.

«No sé, si quieres que sea honesta, no lo sé, realmente. Todo está sucediendo al mismo tiempo...», miro hacia la ventana, buscando encontrar un hilo conductor.

«¿Todo qué? ¿Puedes ser más específica?»

§§

Acabo de ser llamada a la oficina de la administración. Durante todos estos días, Julia y yo no volvimos a hablar, ni siquiera nos cruzamos en el pasillo. En casa también Javier parece evitar encuentros, llega tarde y sale siempre antes de que yo siquiera me despierte. No tengo la menor idea del motivo de esta reunión, pero seguramente no son buenas noticias. Tal vez ella esté ahí, pienso, sonriendo. En el camino me encuentro con Asunción y Antonio que vienen juntos, aparentemente fuimos todos convocados. Me saludan afablemente, incluso Antonio me dirige una sonrisa, «Ya he oído hablar de tu actuación en el quirófano, ¡felicidades! Qué bueno que estabas disponible.»

Agradezco no pudiendo descifrar el significado exacto de sus palabras. ¿Será un elogio, o apenas una forma sarcástica de decir que estaba disponible porque no tengo nada que hacer? Intento no detenerme mucho en el asunto e ignorarlo. Debo estar viendo fantasmas donde no existen.

Ya estamos todos, excepto Julia. Asunción va hablando de algunos temas sueltos, haciendo tiempo. Pasados quince minutos la administradora entra en la sala, y si había dudas, habrían dejado de existir apenas por mirar su rostro. Sin ceremonias, o introducciones, comienza a hablar aún antes de sentarse.

«Estamos muy, pero muy preocupados. ¿Cuál es tu plan, Olívia?», dice, mientras me mira directamente, esperando una respuesta. «No podemos arriesgarnos a perder tanta gente, pone en riesgo el funcionamiento del quirófano..., ¡y hasta del hospital!»

Mi estupefacción es total, no tengo la menor idea de qué es lo que está hablando. Considero preguntar, pero ¿en qué posición me deja eso? Afortunadamente, Asunción viene en mi rescate, ya se está volviendo un hábito.

«También estoy preocupada», me mira, levanta discretamente la ceja y prosigue, «Aquel email de ayer era muy desagradable. Puede que el equipo de anestesia no esté de acuerdo con los cambios, pero amenazar con una renuncia en grupo es demasiado. Es chantaje. Todavía no hay ni siquiera un plan definitivo, ¡no sé qué les pasó por la cabeza!»
Entonces es eso, anestesia está mostrando lo que piensa de mi ida al quirófano. Tengo la certeza de que esta actitud no se debe sólo a la reestructuración, es algo más personal. Eso también explica por qué yo no recibí el email.
«Estoy de acuerdo, suena a chantaje, pero en este momento ellos tienen el poder, no podemos parar el quirófano por falta de personal», responde la administradora manteniendo la pose rígida, sin desviar los ojos de mí.
Hablo por fin, intentando no dejar ver que, hasta hace minutos, no sabía nada. «Iba a llamarlos para una reunión esta tarde. Vamos a escuchar lo que tienen para proponer, tal vez consiga que por lo menos algunos entiendan lo ridículo que es todo esto. La situación no beneficia a nadie. Mientras tanto, podríamos pensar en contratar médicos externos para algunos turnos».
«¡Eso los va a dejar aún más furiosos!», contrapone instantáneamente Asunción, mostrando que esta vez no está de mi lado.
«También lo creo», se apresura a concordar la administradora. «Olívia, habla con ellos. Es importante que estén comprometidos. No queremos un equipo desmotivado, un equipo descontento».
No sé qué es lo que ella piensa, pero está muy lejos de la realidad. Ellos ya estaban descontentos mucho antes de que yo llegara, yo soy apenas un pretexto.
«No sé..., y no quiero que el asunto se vuelva algo personal», prosigue, «Tal vez no les haya caído bien que fueras al quirófano sin hablar con nadie. La propia jefa sólo se enteró al día siguiente. Creo que pedir disculpas podría ayudar».
¡¿Pedir disculpas?! No había nadie del equipo, teníamos una situación urgente, yo me quedé, resolví el asunto, ¿y al final debo pedir disculpas? ¡Es muy malo! Miro alrededor, pero todos parecen apoyar lo que acaba de ser dicho. Asunción baja la cabeza y no me mira.
«Claro, si creen que sí, hablo con ella hoy mismo», digo calmadamente, mientras hiervo de rabia, poniendo a prueba mi maestría en el disimulo de emociones. Pongo otra vez la mano en el bolsillo, y esta vez saco el teléfono.
Durante la reunión vibró varias veces. ¿Qué será? 'No creí prudente encontrarnos con tanta luz..., pero si aceptas una bebida esta noche, te estaré esperando en Dune's a las diez'. El número no está identificado, pero no tengo dudas sobre quién escribe. Mi cabeza vuela y dejo de seguir lo que pasa dentro de la sala.
¿Cuál es el objetivo? ¿Va a faltar a todas las reuniones a partir de ahora? ¿Quiere verme? ¿Para qué? ¿Qué clase de juego es este? Mientras voy enumerando preguntas sin respuesta, recuerdo que fui yo quien tomó la iniciativa aquella noche. Pero esta es una situación insostenible, nunca podrá llevar a nada bueno. Yo estoy casada y ella también. Además, es insoportable. Es arrogante y egoísta, trata a los demás con una superioridad que no puedo tragar. Con todo esto muy claro en mi cabeza, tomo una decisión definitiva: no quiero hablar más sobre este asunto, voy a ignorar los mensajes y fingir que nunca sucedió.

--

Puntualmente, a las cinco de la tarde, la jefa de anestesiología llama a la puerta de mi despacho y entra antes incluso de que pueda responder. Sentada frente a mí, no puedo evitar ver el cinismo en sus ojos. Es una figura intimidante, muy delgada, con el pelo completamente blanco y un semblante austero. Admito que parte de ello puede ser fruto de mi propio malestar.

«Disculpa que te haya hecho venir aquí tan de repente. Creo que es importante que aclaremos lo que pasó el otro día cuando fui al quirófano. No sé qué te han contado, pero mi intención no fue en ningún momento hacer algo sin tu conocimiento. La cirugía era realmente urgente. No conseguí que viniera nadie. Intenté llamarte varias veces, pero tampoco lo logré...»
«¿En serio intentaste llamarme? ¡Qué extraño, no tenía ninguna llamada tuya! ¿Nadie podía venir? ¿Con quién hablaste?» Las preguntas son retóricas y se suceden cargadas de sarcasmo.
«Quería pedirte disculpas. Escucha, te lo digo una vez más, de ninguna manera quise cuestionar tu liderazgo», afirmo sin desviarme un milímetro del guion que acabo de ensayar.
«Querida, no necesitas pedirme disculpas. Al fin y al cabo, si realmente quisieras disculparte no sería ahora. Conseguiste lo que querías, supongo...», las palabras son tan ásperas como su apariencia.
Respiro hondo y contengo el impulso de ponerla en su sitio. «¿A qué te refieres con lo que yo quería?»
«Querías que hablaran de ti. ¡Lo lograste! Mis internas están muy impresionadas con lo que vieron, no paran de comentar «¡la Doctora López estuvo sublime!». ¡Nos has puesto a todos en entredicho! Como si no estuviéramos aquí todos los días, desde hace años, para resolver los problemas del hospital... ¡Estuvimos antes de que llegaras y estaremos después de que te vayas!», grita, sin ocultar su furia. No soy de hierro y mi nivel de irritación va en aumento. Ella prosigue, sin aflojar, rozando lo ofensivo. «¿Por qué te fuiste del Hospital San Joan? Nunca lo entendí bien... Se decía que perdiste a un paciente en quirófano..., pero se dicen tantas cosas...»
«¡Vas a parar! ¡Y vas a parar ahora mismo!», grito exaltada, superponiéndome a su voz. Sé que se debe oír en el pasillo, pero ya es tarde. «Aquella noche no había ningún anestesista cualificado para entrar en el quirófano. Puede que no lo sepas, pero estaba en juego la vida de un hombre. Gracias al esfuerzo de todos los que pasaron aquí la noche, ya recibió el alta y está en casa recuperándose. Va a poder jugar con su hija y estar con su mujer. No gracias a ti, ni a tu equipo. Y no es la primera vez, el otro día hubo una reanimación y tampoco había nadie, solo internos. Así que si tienes alguna crítica que hacer, ¡hazla! Pero no te escondas detrás de una falsa ofensa que nunca ocurrió. ¡No soy yo quien tiene que pedir disculpas, eres tú quien tiene que darme las gracias!» Me detengo agotada, me quito las gafas y me recuesto a la espera de lo que venga.
Ella aplaude con sorna. «Espero que te diviertas gestionando el servicio y el quirófano». Sin darme tiempo a responder, se da la vuelta y se va.
Oigo de nuevo sus palabras en mi cabeza: «...se decía que perdiste a un paciente en quirófano..., pero se dicen tantas cosas...». Recuerdo aquel día. ¿Por qué? Nunca dejaré de preguntarme «¿por qué?».
Me levanto y voy a buscar un café a la máquina del pasillo, quizás así consiga pensar en otra cosa. Mi teléfono indica un mensaje. Lo saco del bolsillo de la bata y miro la pantalla: 'No puedo dejar de sentir tu olor'.

--

Ceno sola en casa frente al televisor. Hablé hace poco con Leonor y me quedé preocupada. Noté enseguida por su voz que algo no iba bien. Intentó disimular y hablarme de la facultad, pero acabó diciéndome que estaba en casa, o mejor dicho, en casa de su novia, sola. Por lo que entendí, tienen una relación abierta, en la que cada una puede estar con quien quiera. Según ella, las relaciones amorosas son como las amistades, podemos tener varios amigos a la vez y no por eso queremos menos a cada uno de ellos. Ocupan espacios diferentes. Yo lo entiendo y acepto el concepto, creo que tiene todo el sentido, pero no sé por qué no pude evitar sentirme angustiada.
Pienso en Úrsula y justo después en Julia. Siendo honesta, ¿en qué se diferencia eso de lo que

Leonor acaba de contarme? ¡En la falta de transparencia!
Cuando miro el reloj pasan veinte minutos de las diez. Respiro hondo e intento no pensar en Julia sentada en una mesa, esperándome en el Dune's. Un mensaje hace vibrar el móvil que tengo sobre la mesa. 'No sabes lo que te has perdido, porque solo echamos de menos lo que conocemos, ¡y lo que tengo para ti, estoy segura de que nunca lo has probado!' Lo leo y releo más de diez veces como si el texto fuera a cambiar con el paso del tiempo. Las palabras me remueven por dentro, de una forma que no había previsto. Ya en la reunión sentí lo mismo.
No puedo quedarme aquí sentada. El trayecto en coche hasta el Dune's no tarda más de quince minutos. Aparco y me dirijo con paso apresurado hacia la puerta, me detengo un momento antes de entrar para recuperar el aliento. La sala está poco iluminada y me cuesta ver quién está sentado en las mesas. Después de adaptarme a la semioscuridad, veo a una mujer sola en una mesa del fondo, de espaldas a la puerta. Voy hasta allí con el corazón acelerado. Cuando estoy a punto de saludarla, la mujer se gira y, para mi sorpresa, no se trata de Julia. Me alejo avergonzada y, en medio de muchas disculpas por la confusión, me siento en uno de los taburetes altos de la barra.
Un empleado de cabello negro y rizado me pregunta qué quiero beber. «Un whisky», respondo sin pensar. Vuelvo a mirar alrededor, intentando encontrar a Julia.
Cuando posa el vaso frente a mí, el empleado se detiene por un instante y me pregunta «¿Por casualidad no está buscando a una mujer morena de pelo corto y ojos verdes? Disculpe que le pregunte, pero como la veo mirar alrededor..., pensé...»
«Sí, es una amiga..., habíamos quedado, pero llego muy tarde...»
«Ella estuvo sentada en aquella mesa», dice el chico señalando a un lado de la sala, «Bebió dos ginebras y se fue hace unos diez, quince minutos. Se han descruzado por poco. Si la llama, quizás aún esté cerca.»
Sopeso la sugestión, pero decido no hacerlo. Dejaré que el destino decida. Cojo el vaso y bebo un sorbo de whisky haciendo una mueca.

§§

Miro a Fili, sonrío y comento «Fue mejor así. No tiene sentido pensar que puede haber algo entre nosotras.»
«Tu boca y tus ojos dicen cosas diferentes», responde.
«¿Qué quieres decir? ¿Crees que debería dejar que el asunto vaya más lejos?»
«¡No lo sé! ¿Qué es lo que tú quieres? ¿Quieres que vaya más allá?»
«¡No! Quiero recuperar mi tranquilidad, además, nunca sería posible.»
«¡Sí es posible!» Fili posa el cuaderno en la mesa y deja el bolígrafo encima. Descruza la pierna y vuelve a cruzarla en sentido inverso.
«Estaría traicionando a Javier...», digo en voz baja.
«¿No traicionas a Javier cada vez que estás con Úrsula?», pregunta con una sonrisa.
«¡No! Son cosas diferentes», la frase sale de golpe, como si fuera urgente justificarme. Afortunadamente, el tiempo ha terminado y Fili no puede seguir con más preguntas. Salgo a la calle y respiro profundamente inhalando un aire con sabor a primavera. Voy a seguir con mi vida y olvidar aquella noche.

Capítulo 12

20 de marzo – La fiesta

Camila

«¿Cómo estás, Camila? ¿Y Julia?», Fili mira su cuaderno y pasa algunas páginas, releyendo anotaciones previas.

«Ha estado más tranquila. Después de la última discusión las cosas se calmaron. Incluso el teléfono se ha vuelto menos presente. Las cosas en su hospital siguen muy tensas, pero por lo que he oído, no ha habido más enfrentamientos directos. Sigue obsesionada con la nueva directora clínica. Por todo lo que he sabido, parece ser realmente una persona detestable.» A medida que relato los acontecimientos, voy pensando en la cara de Julia al describir la situación.

Fili interviene y pregunta, «¿De verdad crees que esa persona puede ser tan horrible como la describen?»

«¡Sí! Hay personas pésimas. Peor aún, hay personas disimuladas y con poder, y esas, en mi opinión, son las más peligrosas. La única comparación que puedo hacer es con mi madre, ¡pero ella no es disimulada, es ostensiva!», digo con un nudo en la garganta.

«¿Has estado con ella?»

«Sí», respondo, pensando en todo lo que pasó en la fiesta.

§§

Llegamos a casa de mi madre, la fiesta ya ha empezado. Niños iguales a sus padres o abuelos corren fuera, llenando el ambiente con sus voces altas y estridentes. Mi hermana y mi cuñado están en un grupo al fondo, ella me mira y asiente con la cabeza, sin moverse ni un centímetro.

Mi padre se acerca, «Me alegro de que hayas venido. Echaba de menos a mi nieto. Ven Mateo, ven con el abuelo», dice atrayéndolo hacia sí, envolviéndolo en un abrazo. No recuerdo que me abrazara a mí y menos aún a mi hermano.

Mi papel está cumplido.

Salgo de la sala y me siento en la terraza, con una copa de vino blanco en la mano. Una de las mejores cosas de estas fiestas es que siempre tienen un vino espectacular. El tiempo está fantástico y aprovecho para relajarme en una de las tumbonas, jugueteando con el móvil en la mano.

«Hola Camila, ¿cómo estás?», doy un salto cuando oigo la voz de mi madre justo a mi lado y su mano sobre mi hombro. Sin pensar, guardo discretamente el móvil en el bolsillo. Ella se sienta a mi lado y durante un minuto mantiene una conversación circunstancial. Es una experta en eso, habla de todo con una superficialidad estudiada, dejando fluir los temas. Por fin, aborda lo que realmente ha venido a decirme: «Tu padre y yo tenemos intención de abrir un fondo para los niños. Para que empiecen su vida adulta, cuando llegue el momento de hacerlo.»

«¡Gracias!», digo, intentando entender a dónde irá la conversación.

«Me alegro de que te parezca una buena idea. Los fondos solo podrán moverse cuando cumplan la mayoría de edad. En caso de que nos pase algo, a mí y a tu padre, se nombrarán administradores. En este caso, serían tu hermana y su marido, para tus sobrinos. Y para Mateo, tú y tu primo.»

«¡¿Cómo?!» Me quedo medio aturdida con la sugestión. El sobrino de mi madre es un esnob con

el que jugaba de pequeña y que, ya en esa época, era insoportable.
«Como Mateo no tiene padre, tu primo es la persona indicada para quedarse como administrador. Claro, eso solo se plantea si nos pasa algo. No respondas, piénsalo, y la semana que viene hablamos. Ahora, si no te importa tengo que volver adentro.» Sin dejarme replicar, se levanta y me da la espalda, alejándose a paso rápido. Creo que el objetivo era justo este, soltar la bomba y salir de escena. ¡Impresionante! ¡Siempre lo consigue!
Siento una lágrima y me apresuro a limpiarla con el dorso de la mano. Aunque esté sola, nunca se sabe quién puede aparecer.
En el bolsillo siento vibrar el móvil con una llamada. ¿Quién será? ¡Doctora Esther González! No podía haber peor día, peores circunstancias... No voy a contestar. El teléfono vuelve a hacerse notar, esta vez con un mensaje. ¿Qué podrá ser tan urgente? ¡Es sábado!
'Hola...', dice simplemente. Casi lo dejo caer, como si el mensaje me quemara las manos. ¿Qué quiere? ¿Qué juego es este? Leo el siguiente mensaje: '¿Qué estás haciendo?', surge inesperadamente. ¿Y ahora?
'Nada, estoy sentada en la terraza de casa de mis padres, bebiendo una copa de vino...'
Casi podría jurar que no le había dado tiempo a leer, y ya surge una nueva pregunta en la pantalla. '¿Sola?'
'Sí, ¡sola!'
'¿Quieres compañía?'
¡¿Cómo que «compañía»?! Esta vez me quedo bloqueada y no respondo. Unos minutos después surge un nuevo mensaje, 'Quizás has encontrado una compañía mejor...'
'No, sigo sola.'
No llega ninguna respuesta. Mejor así.
El teléfono suena y doy un salto asustada. Mi corazón late acelerado y siento las manos transpirar, 'Julia'.
«¡Hola! ¿Qué tal la crème de la société de esta ciudad? ¿Todavía sabes cómo conversar con ellos?» Ha dado en el clavo, de hecho, ya no lo sé.
«Todo bien. Mateo está con mi padre, no se sueltan. Yo estoy aquí en la terraza bebiendo una copa de vino.»
«¿Sola?»
Qué extraño, exactamente la misma pregunta.
«Sí, sola. En cuanto canten el cumpleaños feliz, volvemos a casa.»
«Era eso lo que te quería decir, voy al hospital, tengo procedimientos que revisar y otros que hacer, ni siquiera sé..., aquello es tan loco, tan sin sentido, que ni sé por dónde empezar, pero voy hasta allí, para mostrar que no estoy «en contra», solo creo que todo es completamente idiota, empezando por quien propone los cambios sin saber de qué habla.»
Ha vuelto al registro de criticar. De tanto oír hablar de este personaje, ya me gustaría conocerla.
«Sin problema. Cuando salgamos de aquí vamos a casa. Mateo ya ha comido tantos dulces que no va a querer cenar, irá directo a la cama, eso si no se duerme en el coche». Cuelgo con la sensación de alivio de saber que voy a llegar a casa y no tendré que dar explicaciones, ni hablar sobre nada de lo que ha pasado aquí.
Aún durante la llamada, siento el teléfono vibrar con la llegada de otro mensaje. '¡Mira atrás!'
De un salto, me giro y miro hacia la puerta de la terraza. Parada con una copa en la mano, nada más y nada menos que la propia Esther. Sin darme tiempo a asimilarlo, sonríe y avanza en mi dirección. «Hola Camila, ¿estás bien? Pareces pálida. Ya he tenido la oportunidad de conocer a tu hijo. ¡Encantador!»

No logro disimular la sorpresa, y ella suelta una carcajada.
«¡¿Doctora González?!»
«Tu madre supo que yo había empezado a trabajar en el hospital y me invitó. Estoy entendiendo que no te lo dijo. Hacía tiempo que no nos veíamos. Es bueno reencontrar viejos amigos... Ella es de las mejores.»
No sé exactamente a qué se refiere, pero todavía no soy capaz de decir absolutamente nada. Agarro la copa y la vacío de un trago. Ella aprovecha el espacio libre en mi tumbona y se sienta a mi lado. Una vez más, demasiado cerca. El olor de su perfume, que he aprendido a reconocer, es hoy más intenso.
«¿Julia no ha venido? No la he visto.»
A cada segundo me sorprendo un poco más, ¿también conoce a Julia? Pensándolo bien, claro que debe conocerla, al fin y al cabo Julia es de las mejores del país, incluso de Europa. «No, no ha venido. Está trabajando», añado.
«Mejor para mí», dice entre dientes. «¿Quieres otra bebida?», cuestiona, señalando mi copa vacía. Se aleja y vuelve con dos copas de champán. «La semana que viene tenemos una extirpación de un tumor del cerebelo. Un caso dramático, en un niño. Vas a operar conmigo.», dice, prosiguiendo en la explicación, al mismo tiempo que va bebiendo lentamente el champán.
Cuando la escucho, mi corazón se dispara, me quedan las manos sudadas y siento las piernas temblar. Nada de eso le pasa desapercibido. «Vas a operar conmigo y vas a ser la mejor. Vamos a salvar la vida y la carrera de ese niño. No lo dudes.»
Al mismo tiempo que habla, posa la copa y pone la mano sobre mi pierna. Vuelvo a sentirme tan incómoda como la última vez en el hospital, pero al mismo tiempo siento desvanecerse el miedo que se había apoderado de mí.
Antes de tener la capacidad de responderle, se oye la voz de mi padre avisando que ha llegado la hora de soplar las velas. Dentro de la sala veo a Esther conversando animadamente con mi madre.
Salgo con Mateo cerca de media hora después. Miro a mi alrededor, pero ella parece haberse evaporado. Entramos en el coche y él se duerme profundamente. Recorro lentamente la corta carretera que va a dar a la playa. Aparco, abro la ventana y dejo que suene la música, con cuidado de no despertarlo, y la esperanza de que me haga dejar de oír mis propios pensamientos.
Ha pasado una semana desde el día de la fiesta. Mi madre me ha llamado otra vez para hablar del fondo, ya no la puedo oír. Sabe cómo ser insistente. Mantuve la postura, y no cedí, pero fue suficiente para no concentrarme el resto del día. Tengo que encontrar el momento adecuado para hablar con Julia y quitarme esto de la cabeza de una vez por todas... Quizás en la cena, pienso cuando entro en casa.
Pero, claro que su programa no es ese. Come en menos de cinco minutos, sin prestar atención a lo que Mateo está contando y se levanta de la mesa, inventando una excusa. El teléfono suena una vez, otra, y cuento aún más de cinco, hasta que finalmente decide contestar. A lo lejos la oigo irritada «Deja de llamar. Ya te he dicho...», no logro entender el final de la frase, debe haber cerrado la puerta del despacho.
Llevo a Mateo a la cama y le cuento un cuento. Siempre el mismo, desde hace más de dos semanas. Antes de apagar la luz, ya escondido bajo el edredón, sólo con los ojos y la naricita fuera, pregunta, «Mammy, ¿por qué mamá anda tan enfadada? ¿Fui yo? Yo dejé los juguetes en la sala, pero... los iba a recoger.»
«Claro que no, amor», respondo, sintiendo una inmensa rabia hacia ella por hacer que él pueda pensar así. Me acuerdo de cuando era pequeña, mi padre gritaba, mi madre daba un portazo y se

encerraba en la habitación. Mi hermano y yo nos escondíamos debajo de mi cama, intentando no oír el sonido de la discusión. Muchas veces me dormí pensando que era por nuestra culpa, que estarían mejor si no existiéramos. No fue una ni dos veces que escuché a mi padre decir que no deberían haber tenido más hijos después de mi hermana.
«Nunca estás en casa, y cuando estás te encierras en el despacho con la excusa de una cirugía difícil..., ¿desde cuándo, Julia? ¿Desde cuándo todas las cirugías se han vuelto difíciles?», digo, abriendo la puerta del despacho sin llamar. «¿Es otra vez tu amiga?»
Acabo por decir todo lo que no quería y en un tono que me quita toda la razón que por ventura pudiera tener.
«¿De qué estás hablando? ¿De quién?»
«No te hagas la desentendida.» Julia frunce el ceño, pero antes de que consiga argumentar, prosigo, «No te preocupes, no he leído los mensajes.»
Ella finalmente levanta los ojos del artículo que está leyendo, y me mira sin esconder la sorpresa, no sé si por mi entrada intempestiva, o por lo que acabo de decir. «¿Quieres discutir, no? Ya me bastan las discusiones en el hospital, no te necesito a ti para una más. Hablas de mis mensajes, ¿y los tuyos?», contraataca, tirando para todos lados. Creo que no busca nada concreto, solo darle la vuelta a la discusión. «¿Has instalado una aplicación de citas, fue eso? Dices que no estoy aquí, pero podría preguntarte exactamente lo mismo, ¿dónde andas? Has estado llegando cada día más tarde.»
Antes de tener plena conciencia de lo que está pasando, ya estoy intentando encontrar excusas. Ella permanece impasible, no se justifica, ni siente necesidad de hacerlo. En el bolsillo trasero de los pantalones siento el móvil vibrar y mi corazón instantáneamente late más fuerte.
«¿Estás segura de que es mi atención lo que quieres, Camila?» La pregunta me deja aturdida.
«¿Qué quieres decir con eso? No lo estoy entendiendo.»
«Dímelo tú..., si yo fuera desconfiada podría pensar que pasa algo,» hace un momento de suspenso y concluye, «..., ¡pero no lo soy!»
No voy a dejar que la conversación, o lo que sea esto, termine sin que yo diga lo que necesito, «Escucha, no vine aquí para discutir. Tengo una cosa que contarte desde el día de la fiesta.»
«Dime, ¡solo puede ser algo bueno! ¿Cuál fue la hazaña fantástica de la Profesora Velásquez? ¿O fue tu padre? Ella, a pesar de todo, suele tener ideas más inteligentes...», suelta una carcajada y se levanta, quedándose de pie parada frente a mí. Por un instante creo que me va a besar, pero no, se queda a medio camino apoyada en el borde del escritorio.
«¡No sé cómo puedes encontrarle gracia, solo tú y tu sentido del humor!», afirmo irritada. «Mi madre me habló sobre una cosa, y ya ha llamado varias veces insistiendo. En resumen, quieren hacer un fondo para cada uno de los nietos. La cuestión es que dicho fondo necesita tener administradores, por ahora son ellos, pero, si les pasa algo, tienen que dejar a otras personas nombradas.»
«¿Y entonces?» pregunta ella, sin moverse, «Déjame adivinar, ¡a mí no me quieren!»
«No, no te quieren. Proponen a mi primo.»
Ella permanece impávida, apoyada en la mesa, con las manos una a cada lado, como si necesitara agarrarse. «¡Ok!»
«¿Cómo que «ok»?», digo exasperada. «¿Has oído lo que he dicho?»
«¡Lo he oído! ¡Afortunadamente oigo bien!» Se pone de pie y da otra vez la vuelta hacia el otro lado del escritorio, volviendo a sentarse en la silla giratoria. «Me da igual quién va a administrar ese bendito fondo. ¿Cuáles son las opciones? ¿Que no haya ningún fondo? No es probable que en los próximos trece años tus padres mueran ambos, por eso, si jugamos con la estadística, no

tiene la menor importancia quién quede nombrado. En el escenario más catastrófico, y más dramático...», vuelve a soltar una pequeña carcajada, tiene realmente un sentido del humor negro. «En ese escenario, al que iba a llamar «peor», pero no sé si el nombre le queda bien, tus padres mueren, y tú eres una de las herederas. Te vuelves rica, muy rica. ¡¿A quién le va a importar ese fondo?!»

El pragmatismo y la rapidez de razonamiento de ella nunca dejarán de sorprenderme. Tiene razón, pero eso no hace que la actitud de mis padres sea correcta. «Entonces, ¿no quieres que diga nada?»

«Quiero, claro que quiero. ¡Quiero que digas, «sí, gracias, querida mamá»!», profiere riendo.

§§

«Fue una de las fiestas más raras en las que he estado, Fili. Mi madre, Esther...»

Capítulo 13

3 de abril – Disonancias

Olívia

Estoy sentada en el sofá en el despacho de Fili, y voy cruzando y descruzando la pierna buscando aliviar los dolores que siento en las piernas. «Disculpa, Fili, hoy es de esos días en que debería haber ido a despejarme antes de hablar con quienquiera que sea, incluso contigo», a pesar de mis esfuerzos, mi voz deja traslucir irritación. Siento todos los músculos contraídos. Abro y cierro la boca intentando, en vano, relajar los maxilares.

«Respira, ¡parece que lo necesitas!», dice Fili bromeando, intentando aliviar la tensión. «¿Es el hospital?»

«No exactamente», respondo.

§§

Al llegar a la puerta de casa apenas tengo fuerzas para buscar las llaves, que parecen tener el don especial de desaparecer en el fondo del bolso. No voy a resistir mucho más. Lo sé, y mis adversarios también. Finalmente siento el metal entre los dedos, y abro la puerta. Sin ni siquiera quitarme el abrigo, me siento en el sofá y respiro profundamente.

El móvil tiene la luz encendida y un sobre. '¿Por lo que pasó, diría que no fue tu primera vez, me equivoco?' Aún estoy leyendo cuando la luz parpadea, 'Liv, necesito verte otra vez.', 'Tal vez esta vez con un poco más de luz...' Sonrío.

Es tan disonante, cuando me ve, en el hospital me agrede como si yo fuera el enemigo, y, al mismo tiempo...

--

Mis reflexiones son interrumpidas por los gritos de Javier. Pensé que estaba sola en casa, por lo visto me equivoqué. Él debe estar encerrado en el despacho, y discute furioso con alguien por teléfono. «¿Crees que esto termina así? ¡Estás muy equivocada! ¡No cuentes conmigo! ¡No te llevas ni un céntimo más! Olvida que existo..., ¡¿ya has pensado si esto se sabe?! Por eso, niña, mantente alejada, ¡es lo mínimo de decencia que aún te queda!... ¿Tu madre? Tu madre, no sé..., pero una cosa es cierta, ¡esa tampoco va a seguir engañándome, y haciendo de mí un imbécil! Vivís las dos a cuenta, en el bien bom..., ¡ella es la próxima con la que tengo que tener una conversación!»

Todo mi cuerpo se estremece. Estoy segura de que está hablando con Leonor, no consigo ni imaginar lo que ella le habrá dicho. Agarro otra vez las llaves y sin pensarlo dos veces salgo a la calle.

Entro en el coche y sigo sin destino. Casi una hora después paro en un aparcamiento y me quedo allí sentada, con las luces apagadas, contemplando a las pocas personas que pasan. Sé que es inevitable volver a casa, aunque solo sea porque, con las prisas por salir, dejé el móvil encima del sofá.

Cuando entro la sala está a oscuras, y no se oye nada. Por segundos me siento aliviada con la perspectiva de que Javier haya salido. Es sólo por segundos, en cuanto enciendo la luz, veo que está sentado en el sofá del fondo con un vaso vacío en la mano y la botella de whisky posada en el suelo.

«Menos mal que has llegado, ¡necesitamos conversar!»

Dejo las llaves encima de la mesa, me quito el abrigo, y me siento en el otro extremo. «Claro,

di...» Intento parecer tranquila, cuanto más muestras dé de lo que me pasa por el alma peor será.
«¡No te hagas la estúpida!», grita. «¡¿Crees que soy imbécil?! ¡¿Creíste que no iba a descubrir que estás sustentando la inmoralidad de tu hija?!» La voz sube de tono y, al mismo tiempo, el rostro se le cubre de manchas rojas. Agarra la botella, la agita en el aire, y vuelve a llenar el vaso, bebiendo todo de un solo trago. Permanezco en silencio. Miro las llaves posadas en la mesa, sé que si intento levantarme para ir a buscarlas él me lo impedirá.
«¡Vamos, habla! ¡¿No dices nada?! ¡¿Sabías que anda enredada con la tal amiga con la que vive?! ¿Y sabes cómo lo descubrí? ¡¿Lo sabes?! ¡Claro que no! Hace mucho tiempo que dejaste de lado tus obligaciones. Pasas el día metida en aquel hospital, y tu hija..., tu hija...» Cierra el puño y da un violento golpe sobre la mesa, haciendo que se estremezca. «Hoy en la comida un colega mío vino hacia mí con cara de circunstancias. Al principio no entendí..., ¡obvio! Siempre soy el imbécil que no sabe nada, ¿no?», anda por la sala de un lado a otro, como un bicho rabioso. «Cogió el móvil y me enseñó una fotografía que ellas compartieron por ahí... ¡Mira! ¡Mira bien!» Viene hasta junto a mí y agarra mi mano obligándome a sostener el teléfono. El olor a alcohol se siente incluso antes de que se acerque. En la pantalla una fotografía de ellas besándose.
Sin darme tiempo a hablar, o casi a ver la imagen, me da un empujón que hace que el teléfono caiga al suelo. «Lo sabías, ¿verdad? ¡Puta!» Continúo muda. Él me agarra por los hombros, me sujeta los brazos con las dos manos. Me duele cuando aprieta, Javier tiene mucha fuerza. Sé que, una vez más, quedarán marcas, pero intento mantener el mínimo de racionalidad, y sé que por ahora lo mejor es no moverme. Si es que es posible, él eleva aún más el tono, «¡Responde! ¡Lo sabías, ¿verdad?!», dice, zarandeándome y empujándome al suelo.
Con un coraje y una fuerza derivadas del miedo que siento me pongo en pie, él vuelve a agarrarme y yo doy un tirón hacia atrás, liberándome de sus brazos. Pierdo el equilibrio, voy tambaleándome, hasta acabar cayendo otra vez. Me duele todo, pero sé que no puedo quedarme aquí, completamente vulnerable a cualquier cosa que se le pase por la cabeza. Me agarro al sofá y consigo volver a erguirme. «¡Lo sabía! ¡Sí! ¡Lo sabía! ¡Y la apoyo! ¡La apoyo incondicionalmente!», grito. Javier se dirige hacia mí, tiene el puño cerrado y la mirada fija, poseído por una rabia incontrolable. Antes de que me pueda alcanzar, llevo el brazo hacia atrás y le doy una violenta bofetada. El gesto no lo sorprende más a él que a mí. En silencio, bajo el eco del sonido amortiguado de mi gesto, nos quedamos un momento mirándonos.
«¡Se acabó! Javier, ¡se acabó!», digo con una voz gélida. «Esta vez, ¡se acabó! Hemos llegado a nuestro límite.»
Sin añadir nada, él da media vuelta y sale, sin dar un portazo, simplemente sale, como si fuera el último acto de una obra de teatro.
Me dejo caer encima del sofá, inmóvil, con los ojos cerrados, sintiendo el latir del corazón.
No sé cuánto tiempo me quedo así. Siento la vibración lejana del móvil, que debe haberse perdido entre los cojines cuando salí hace horas. Me pongo de pie con cierta dificultad, me paso las manos por la cara, recojo las gafas que habían caído al suelo y me coloco el pelo detrás de las orejas. Agarro el mando y enciendo la televisión en un canal cualquiera, simplemente para tener la compañía de voces humanas. Me levanto y voy a buscar un vaso de agua, antes de iniciar la búsqueda del teléfono.

--

Me encuentro con Antonio en la sala de trabajo de la enfermería de medicina interna. Desde hace unas semanas, decidí empezar a pasar por los servicios, no en un gesto de control, sino en un intento de cercanía. Él está sentado con dos internos debatiendo un diagnóstico difícil de una

paciente con fiebre de origen desconocido. Me siento con ellos y poco a poco, olvido a qué vine y me sumerjo en sus hipótesis y preguntas. La dedicación de Antonio es impresionante, al igual que su capacidad de análisis. De hecho, las personas cambian mucho según el contexto, pienso.
«¡Dr. Fuentes..., Antonio! ¡Rápido! Cama 14...», se escucha la voz de una enfermera proveniente del pasillo. Antonio se levanta de un salto y yo corro detrás de él.
La paciente está pálida y respira con dificultad. De inmediato, él coloca el estetoscopio en el pecho de la mujer, intentando calmarla con palabras que no logro entender.
«Sonidos apagados a la izquierda. Aumentar oxígeno. El derrame debe estar empeorando. Llamen a cardiotorácica. Quiero su opinión antes de poner el drenaje». Las frases son cortas y afirmativas, provocando el movimiento del equipo que está a su alrededor. Sin nada que pueda hacer, me quedo observando.
Cuando llega Raúl, me doy cuenta de que tenía la esperanza de que pudiera ser Julia. Él y Antonio conversan durante largos minutos y la decisión es trasladar a la paciente a intermedios y poner el drenaje allí.
«Olívia, qué bueno que viniste. Disculpa la confusión...», dice Antonio, cuando finalmente se vuelve a sentar conmigo en la sala de trabajo.
«¡No pidas disculpas, yo soy la que vine a molestar!»
«¡Para nada! Además, realmente quería mostrarte algo», dice extendiéndome una taza de café. «Hablé con Asunción la semana pasada, y tengo un plan para mostrarte. Tal vez se pueda hacer algo de lo que propones..., no todo, pero algunas cosas», dice sonrojándose, mientras saca un bolígrafo del bolsillo de la bata y comienza a hacer un esquema lleno de cuadros y flechas en una de las hojas que está sobre la mesa.
Cuando termina, no quiero creer lo que acabo de escuchar salir de su boca. Felicitaciones a Asunción, tiene una capacidad diplomática muy por encima de lo que podría imaginar.

--

Llego a la reunión deliberadamente tarde. Ya están todos sentados, a través de los cristales veo a Julia y, para mi asombro, no lleva bata. Viste unos jeans azul muy oscuro y una camisa blanca con las mangas dobladas hasta el codo, dejando ver un reloj metálico en la muñeca izquierda.
Saludo a todos rápidamente y ocupo una de las sillas vacías. Julia me mira a los ojos, con la intensidad exuberante de sus ojos verdes, como si quisiera verme por dentro. La última vez que vi sus ojos, estos estaban cubiertos por las gafas de protección del quirófano, y el verde parecía aún más profundo, fruto de la seriedad del momento y la fuerza que deposita en cada mirada.
«Buenas tardes, doctora Olívia Lopez», dice mientras me siento.
«Hola, Olívia, buenas tardes, mientras tanto fuimos comenzando», continúa Asunción, «Antonio estuvo contigo por la mañana, y nos hizo un resumen de vuestra conversación».
«¿La paciente está bien?», pregunto mirándolo a él.
«Afortunadamente se está recuperando, ¡gracias!»
La voz ronca de Julia se hace oír, no permitiendo que la conversación prosiga, «Antonio habrá hecho un excelente trabajo, pero no es realista. Nadie habló con nosotros, nadie preguntó a los quirúrgicos cómo se integran en ese modelo «moderno»». La palabra «moderno» es usada de una forma deliberadamente sarcástica, que ella enfatiza con una risa seca. «¿No creen que si quieren hacer una Unidad de «corazón», lo mínimo que deberían haber hecho es preguntar a mi servicio cómo se integraría?» Está irritada y en nada facilitará nuestro trabajo.
Asunción interviene, «De acuerdo Julia, tienes algo de razón...»
«¿Algo? ¡Puedes decir simplemente que tengo razón, creo que no hay duda...!», Julia sacude la cabeza y arquea las cejas.

«¡Como quieras! ¡Tienes razón! No estuviste presente en la última reunión y asumimos que se había integrado la opinión de los diversos servicios..., tal vez podrías ayudar, en lugar de estar sólo criticando...»
Dejo de seguir las palabras de Asunción cuando el teléfono vibra en el bolsillo de la bata. Habitualmente no vería un mensaje durante una reunión, pero algo me deja inquieta. Discretamente, debajo de la mesa, miro la pantalla «¿Qué tienes debajo de la bata?» ¿Cómo lo consigue? Grita y argumenta contra todo y contra todos y, en el mismo minuto envía este mensaje.
Vuelvo a concentrarme en Asunción. «Tal vez podríamos organizar unidades quirúrgicas por grandes áreas y, en lugar de integrarlas en las unidades funcionales».
Esta vez, Julia parece concordar mínimamente. «¿Y la anestesia?»
La pregunta inofensiva es todo menos eso. Es una flecha lanzada directamente hacia mí. ¿Qué sabe ella que yo no sé? El móvil vibra otra vez. Miro a Julia, que permanece inmóvil, con un rostro angelical. Ostensiblemente pongo las manos visibles encima de la mesa para que ella se dé cuenta de que no tengo intención de agarrar el móvil, e intento concentrarme en lo que dice Antonio.
El teléfono vibra una y otra vez. ¿Qué está pasando? ¡¿Ha hecho de esto un juego?! Pero para jugar se necesitan dos.
Julia no parece dispuesta a soltar el tema de la anestesia «Me sorprende verlos aquí discutiendo unidades funcionales, cuando puede que no haya equipo para operar la próxima semana... ¿Qué hacemos? ¿La llamamos a usted, doctora Olívia Lopez?»
Ella endurece el tono a medida que avanza y yo me siento cada vez más perdida en la disonancia del momento. El teléfono también parece estar en mi contra y suena con una llamada, obligándome a sacarlo del bolsillo para apagarlo. Es inevitable ver los mensajes «Un beso...», «Lenguas que se tocan»

§§

«Se acabó, Fili. Fue el último acto. La última escena. Sé que ya te he dicho esto más veces de las que debería y muchas más de las que me gustaría».
«Una cosa es segura, Olívia, habrá una vez que sea la última. Espero que tengas razón y que haya sido esta».
Salgo hacia la escalera y espero el ascensor. Miro el pequeño espejo y no puedo evitar notar que estoy sonriendo. Esta fue realmente la última vez, pienso.

Capítulo 14

3 de abril – Tormenta

Camila

«¿Cómo está el hospital, Esther?», pregunta Fili después de sentarnos e intercambiar los saludos de rigor.

«Esther es mucho peor de lo que pensaba. Es verdad que Victoria, amiga enfermera, me habló muchas veces de la mujer con la que mantenía una relación, y también es cierto que le dije en repetidas ocasiones que se alejara, pero nunca imaginé realmente lo que pasaba. Esther es mala».

«Mala es una palabra muy reductora», responde Fili pausadamente como si le tomara algún tiempo asimilar aquellas dos letras. «Pero, ¿estás hablando de tu amiga, o de ti, Camila?», pregunta Fili, incitándome a continuar.

§§

Finalmente el día parece haber terminado. Hoy quedé en cenar con mi amiga enfermera, ella estuvo libre así que no nos vimos en el hospital. El camarero me saluda y coloca la cerveza frente a mí. Ella cruza la puerta y, aun desde lejos, no dejo de notar que está empapada. Afuera la lluvia no da tregua.

«¿Todo bien?» me saluda de forma casi mecánica, nada habitual en ella, sacudiendo el cabello mojado.

«Cansada», dejo escapar, contrayendo los labios. Apoyo la cabeza en el respaldo del asiento y doy varios tragos seguidos a la cerveza. El líquido tiene un efecto positivo, me siento más erguida y continúo, «Los días no tienen las horas necesarias, y las semanas siempre tienen días de menos...», completo fingiendo llorar para luego esbozar una sonrisa. «¿Y tú? Tienes cara de caso, ¿qué hizo esta vez?» Respiro hondo, termino el líquido que queda en el fondo del vaso, apoyo el codo en la mesa y la cabeza en la mano, observándola. «¿No habían terminado definitivamente?», pregunto sabiendo perfectamente la respuesta.

«No, quiero decir, después de la discusión del otro día, me pidió disculpas y volvimos a vernos».

«¿Y?»

«Y nada nuevo. Hoy es viernes, se fue a pasar el fin de semana con la otra», responde encogiéndose de hombros. No pregunto nada, pero tampoco desvío la mirada. «Estoy cansada de esta situación, pero...»

Esta vez no la dejo concluir e interrumpo bruscamente, asustándola. «¡Eso no es amor, es obsesión! ¿Qué más tiene que hacer para que veas cuánto daño te hace? Es una relación enfermiza. Es todo lo que siempre criticaste, todo lo que siempre despreciaste», profiero en un tono agresivo que refleja mi más profunda irritación.

«Tal vez tengas razón, tal vez sea obsesión», responde rendida, «Pero me gusta».

Intervengo nuevamente, «Esther es una mujer en un mundo de hombres y se comporta como si fuera uno de ellos en lo que eso puede tener de peor. Entiendo que tiene otro lado, hace muchos meses que no me sentía tan segura en el bloque. Transmite una confianza que nunca había sentido. Pero al mismo tiempo es la misma persona que pasa junto a mí y me manosea, que me llama «querida»...»

«Sé que tienes razón. Sé que debería haberme alejado hace mucho tiempo».

«Nunca me contaste cómo la conociste», digo, pensando lo poco que realmente sé de esta historia.
«¿Quieres saber?»
«¡Sí!»
Inspira profundamente y pide otra cerveza antes de empezar, «Durante unos meses hice turnos en el Central. Ella trabajaba allí. Estábamos juntas en el bloque, y una cosa llevó a la otra. Una mirada, un café después de una cirugía compleja. Nada obvio, pero se fue instalando un clima diferente. Esther nunca habla sobre su vida personal, en el hospital unos pensaban que estaba casada, otros que tenía un amante secreto, pero creo que casi nadie sabía la verdadera historia. Hubo una tarde en que operamos juntas y la noté diferente, estaba triste, callada, no parecía ella. Esa noche, inusitadamente le envié un mensaje preguntando si estaba bien. Respondió minutos después, con una invitación a cenar. La cena acabó transformándose en una copa en mi casa. Esa noche yo quise avanzar, pero en el último momento ella se negó. No entendí. Me sentí frustrada, pensé que era porque yo era enfermera, por ser negra, no sé, ese día se me pasó de todo por la cabeza. Al día siguiente me llamó, me pidió disculpas e imploró que cenáramos juntas. Me enteré que tenía una relación con una mujer desde hacía más de diez años. No vivían juntas, la otra vive fuera de la ciudad. En realidad me pareció que era más una forma de que ninguna de las dos tuviera que asumir nada. Siempre me va diciendo que se quiere separar de la otra. Ya me lo prometió decenas de veces, pero siempre hay algo, nunca es el momento. Llamadas, mensajes, y yo asisto callada».
«Eres una de las personas más valientes e inteligentes que conozco, y de repente, de repente esa mujer entra en tu vida y te transformas».
«Todos los meses, la otra viene aquí a pasar un fin de semana y en el otro Esther va con ella. Nunca va a ser diferente, en su vida la «otra» soy yo», dice soltando una carcajada forzada y pasándose la mano por la cara. «Basta de hablar de Esther», alza el vaso y dice «¡Nuevas personas, menos complicaciones y más amor!»
Salgo del restaurante a tiempo de coger el último tren. Cuando finalmente me siento estoy mojada hasta los huesos, el vagón está vacío, como sería de esperar en una noche de tormenta, a excepción de una pareja sentada varios asientos más adelante. Pongo el bolso en el suelo y la chaqueta sobre el asiento. Afuera los relámpagos cortan el cielo. Apoyo la cabeza y cierro los ojos, dejando que la música suene fuerte en los auriculares. Minutos después siento el vagón comenzar a moverse. Es solo media hora, pienso.
No sé cuánto tiempo ha pasado, pero el tren ya lleva un rato andando cuando el vagón se detiene de repente. No es el frenado normal de una estación, es algo más seco, más súbito. Abro los ojos y tardo unos momentos en entender lo que está pasando. Estamos a oscuras, la única luz proviene de las ventanas y las señales de emergencia, pero como atravesamos una zona ya fuera de la ciudad, la oscuridad es casi completa.
En el asiento del otro lado del pasillo vislumbro los contornos de una mujer. Hasta donde puedo ver los demás lugares permanecen vacíos. Fijo la mirada, está temblando. Me levanto y me acerco sentándome en el asiento a su lado. Veo ahora que le corren lágrimas por el rostro. Está pálida y tiene los ojos cerrados, con una mano se agarra a la mochila, como protegiéndola.
«Tranquila. Todo está bien, ¿puedo ayudar?», digo suavemente. «Disculpa, te asusté, yo estaba allí», afirmo apuntando al asiento del otro lado, cuando ella se estremece y abre los ojos. «Estás temblando, ¿puedo ayudar?», continúo, poniéndole la mano sobre el brazo.
«¿Estamos paradas? No me siento muy bien», dice con la respiración jadeante, volviendo a cerrar los ojos.

«Debe ser un corte de energía, pero no debe tardar en retomar. Respira hondo. ¡Yo ayudo! Suelta la mochila, ponla aquí», le retiro la mochila del regazo y la apoyo en el asiento frente a nosotras. «Respira conmigo». Agarro con ambas manos las suyas y comienzo a respirar de forma lenta y profunda.
Poco a poco consigue acompañar el ritmo. Nos quedamos así, hasta ser interrumpidas por un estruendo que sacude literalmente el tren. Mis esfuerzos se desvanecen instantáneamente, su cuerpo se estremece y las lágrimas vuelven a caer. Suelta mis manos y se encoge escondiendo la cara entre los dedos.
El sonido del siguiente trueno es simultáneo con el toque de sus brazos, que me toman en un abrazo. Paso la mano por su cabello en una caricia. Sin darme cuenta, también yo la abracé. Mis brazos están alrededor de su cuerpo y mis manos reposan sobre su espalda. Los dedos se mueven despacio y le tocan el cuello, por debajo del cuello del suéter de lana. Durante unos instantes no hay ningún espacio entre nosotras. Ella aleja el rostro y con la luz que entra por la ventana la distingo ahora claramente, es la mujer del libro de tapa roja.
«Disculpa», murmura echándose hacia atrás. «No me siento bien, y además detesto las tormentas».
«Yo también», respondo sonriendo.
«Gracias».
«¿Por qué?»
«Por estar aquí», vuelve a poner la mano sobre mi brazo, «No sé qué me pasa. No ando bien desde hace algunas semanas, de repente me pongo toda a temblar, o entonces con mareos como si fuera a desmayarme».
«¿No fuiste al médico? Deberías ver qué es».
«No debe ser nada..., además no tengo tiempo para médicos».
«¿En qué trabajas?»
«Soy abogada», dice, sonriendo por primera vez.
Su piel sigue pálida y a pesar de que la luz es tenue, parece sudada, lo que contrasta con el frío que se siente. Antes de ser capaz de proseguir, la respiración se vuelve irregular, la mano en mi brazo se vuelve flácida, parpadea los ojos y pierde el sentido. En segundos, pongo los dedos sobre su pulso. Está taquicárdica y sudada. Casi inmediatamente vuelve en sí.
«Estoy mareada..., no veo bien, está todo borroso, ¿qué pasó?»
«Te desmayaste, pero fue solo un momento. ¿Comiste?», recuerdo preguntar.
«No desde el almuerzo».
Miro el reloj, son casi las once de la noche. Voy hasta mi bolso y saco un paquete de leche con chocolate. «Toma, bebe, va a ayudar».
Sin cuestionar, hace lo que le digo. Al cabo de unos minutos parece mucho mejor.
«Debe ser del cansancio acumulado». No digo nada y ella se pasa la mano por la cara, limpiando una lágrima que volvió a caer. Sin que yo pregunte, continúa, dándome una explicación, «Hace unos meses me hice una ecografía porque había tenido unos cólicos. No encontraron piedras, pero en compensación vieron una imagen en el páncreas. Dijeron que no podían decir nada porque la eco tiene poca sensibilidad en estas cosas...»
«¿Qué cosas?»
«Tumores de páncreas», responde bruscamente.
«Tú no tienes un tumor de páncreas», afirmo, como no queriendo sopesar siquiera la posibilidad.
«Debo tenerlo. Pero no quiero saber. Mi padre murió...», dice mirándome, mientras la observo atónita, «..., él murió cuando yo era pequeña, nunca se supo de qué, pero cuando le hice

preguntas a mi madre, me convencí de que pudo haber sido un cáncer de páncreas».
«Te estás dejando llevar por la imaginación. El diagnóstico de cáncer de páncreas es difícil, es imposible saber, pudo haber sido eso o cualquier otra cosa. Te fijaste en esa idea porque te dijeron que tienes una imagen sospechosa y tienes miedo».
El vagón vuelve a estremecerse, se oye un ruido seco y las luces parpadean, volviendo a apagarse.
En la oscuridad ella vuelve a abrazarme. El toque de sus labios en los míos tiene tanto de inesperado como de previsible. No me aparto y dejo que suceda. Quiero que suceda. Entreabro los labios y siento el sabor dulce de los suyos. Un toque exploratorio se transforma en un beso. No sé si todavía truena afuera, si el tren está parado o ha reanudado la marcha. Correspondo al beso. La agarro con fuerza y la atraigo más cerca, a pesar de la ropa puedo sentir su pecho pegado al mío y el latir apresurado de nuestros corazones.
Las luces se encienden, el vagón vuelve a estremecerse y el tren recupera el movimiento. Es como si hubiera sonado una alarma. Doy un salto y me pongo de pie, obligándola a apartarse para no perder el equilibrio con el movimiento. «Disculpa, tengo que irme». Agarro apresuradamente mi bolso y corro a través del vagón, atravesando uno y otro, hasta sentarme en un lugar ya muy distante.
Cuando apoyo el bolso me doy cuenta de que la cinta con la tarjeta del hospital no está sujeta en el sitio habitual, debe haberse caído, paciencia. Apoyo la cabeza en el asiento, cierro los ojos y revivo lo que acaba de suceder. Hace años que no sentía nada parecido.

§§

Oigo la voz de Fili, que me recuerda que estoy sentada en su consultorio. «¿Parecido a qué?» Él se acomoda las gafas y apoya el cuaderno.
«¿Cómo así?»
«Dices que no sentías nada parecido..., ¿parecido a qué, Camila?»
Entiendo la pregunta, pero no tengo una respuesta. «Parecido a lo que sentí en Boston», acabo por decir.

Capítulo 15

17 de abril - Marcas

Olívia

Fili me habla pero estoy tan concentrada en mis pensamientos que solo escucho la última parte de lo que dice: «Olívia, ¿estás aquí?»

«Disculpa, Fili, me perdí en mis pensamientos», digo, sintiendo que me ruborizo.

«Debían ser pensamientos agradables, por tu expresión», responde riendo.

§§

Entro en el apartamento 1043 y me siento inmediatamente más ligera. Úrsula abre la puerta, me envuelve en un abrazo y me besa intensamente, un sabor dulce, con la tranquilidad de un placer conocido. Me relajo, dejándola controlar el momento. Siempre ha sido así, desde la primera vez, tiré por tierra todas mis defensas y me entregué. Ella, consciente de la situación, la gestionó de forma magistral.

«Te extrañé», dice.

«¡Yo también! Me hiciste falta...», ni me atrevo a decir cuánto.

Úrsula solo tiene puesto un batín de seda, y casi podría jurar que no lleva nada debajo. Yo, por mi parte, sigo con los pantalones marrones y la camisa con los que fui a trabajar.

Nos sentamos en la cama. A mi lado, ella habla animadamente sobre su viaje a París, las reuniones y lo mucho que me extrañó. Se gira hacia mí y me agarra del brazo, atrayéndome para un beso. No puedo evitar un grito. De inmediato me suelta perpleja. Frunce el ceño, no dice nada y tampoco pregunta nada. Vuelve a la posición inicial y sigue hablando. Cuando termina el relato de sus aventuras, se inclina delicadamente sobre mí y me besa, explorando el interior de mi boca con la lengua, pasándola ora por mis labios, ora por los suyos. Me desabotona la camisa hasta dejarla completamente abierta y, con un gesto decidido, tira de la tela sobre los hombros haciéndome quitármela. De inmediato, su mirada se detiene en mis brazos, el mismo brazo que tocó hace un momento. Sin proferir una sola palabra, retoma el cortejo de besos que ahora se extienden desde mi boca hasta mi vientre, deteniéndose en los pezones, aún cubiertos por la fina tela del sujetador negro.

Abre mis pantalones y los baja, dejándome solo en ropa interior. Se deshace del batín y, tal como sospechaba, no lleva nada debajo. Acostada sobre mí, reinicia el viaje de caricias y besos. Lame y mordisquea mis pezones mientras su mano se concentra en el interior de mis muslos. Estoy rendida.

«Relájate. No pienses en nada», murmura. «Voy a hacerte venir aquí, una y otra vez, hasta que no puedas más».

«¿Qué estás haciendo?» Sin previo aviso, y sin dejar de hablar, volvió a posicionar su mano entre mis piernas.

«¡Nada! Estoy hablando contigo... ¿Te perdiste? Hablábamos sobre París». Una sonrisa maliciosa no esconde que sabe lo que pretende. Sigue explorando caminos que conoce bien. Se mete los dedos en la boca y los lame, uno a uno. Mirarla solo hace aumentar mi deseo.

Con un gesto me pone boca abajo. Siento sus manos en mi espalda, descendiendo desde los hombros hasta detenerse en las nalgas insinuando otras intenciones. Se echa totalmente sobre mí

y, con el peso de su cuerpo, me presiona contra la sábana.
«Para, no hagas eso...»
«¿Por qué? ¿Más rápido?», dice, haciendo que su cuerpo se mueva con mayor intensidad. Suelto un gemido. «¡¿No?! Me parecía... Es mejor ir despacio, no queremos que termine ya».
No puedo ver su rostro, pero sé que sonríe. Cada toque, por más leve que sea, desencadena una corriente eléctrica que me recorre. Intento desesperadamente retrasar al máximo el orgasmo, pero tengo la certeza de que no tardará en llegar.
Se aparta por unos instantes, pero enseguida vuelvo a sentir su peso sobre mí. En la parte interior del muslo siento un toque frío. Un objeto se desliza a lo largo de mi muslo, primero en uno, luego en el otro. No logro entender qué es, pero se mezcla con el calor de sus dedos en un intenso placer.
En un flash todo se vuelve claro. «Úrsula, ¡no! ¡¡Hoy no!!» Mis palabras no deben tomarse en serio, y ambas lo sabemos. Ella no se detiene. Al contrario, me penetra lentamente, «Eso...».
Sin otra posibilidad, me pierdo en espasmos sucesivos.
Recuperamos el aliento en silencio, desnudas sobre las sábanas. Ella nunca logra quedarse acostada mucho tiempo, el cigarrillo la llama. Va hasta cerca de la ventana frente a la cama y se sienta en el sillón de terciopelo ocre, sin preocuparse por el hecho de seguir sin ropa. Aprovecho y me levanto para ir a buscar un vaso de agua.
Vuelvo a echarme cuando ella da las últimas caladas al cigarrillo, para luego apagarlo en el cenicero apoyado sobre la mesa. Coloco mis brazos a su alrededor en un intento de calentar su cuerpo que mientras tanto se enfrió. Nuestras bocas vuelven a encontrarse, y a pesar de los cuerpos exhaustos, el beso es irresistible. «Fue solo el primero», vuelve a decir con los labios pegados a mi oído.
Sus manos parecen no tener en cuenta lo que acaba de pasar. No pasa ni un minuto hasta que siento que no voy a poder contener una nueva ola de placer. Separo las piernas y dejo que me toque cada vez más profundo, en éxtasis, siento que me derrito en una nueva ola de placer.
«¿Qué pasó esta vez? ¿Por qué no me llamaste?» Su mirada es directa, y contrae los labios de tal forma que parecen una línea fina.
«No estabas aquí... No había nada que pudieras hacer», respondo, sintiendo que me arden los ojos. Paso un dedo, levemente, sobre las grandes manchas moradas que marcan mis brazos. Tardarán semanas en desaparecer por completo y meses hasta que deje de pensar en ellas.
«No puede continuar. No hay disculpas, no hay justificaciones. Dime qué necesitas, yo ayudo, ayudo en todo, todo lo que haga falta para que esta haya sido la última vez». Úrsula tiene lágrimas en los ojos, en tantos años muy pocas veces la he visto llorar. Sé que habla en serio y que tiene los medios para poder ayudar.
«¡Quiero el divorcio!», digo entre dientes y luego repito más alto «Quiero el divorcio. Tengo que separarme de él de forma definitiva».
«¿Necesitas una abogada? Conozco a la persona indicada para ayudar». Y, sin esperar mi respuesta, coge el teléfono. Antes de completar la llamada, me mira, esperando mi consentimiento. Dudo por unos instantes, pero acabo asintiendo con la cabeza.
«Alexis te llamará para concertar un encuentro. Es importante que hablen en persona. Tienes que contarlo todo, sin omitir nada, ni el más mínimo detalle, aunque te cueste, y sé que sí». Úrsula se levanta y vuelve al sofá a los pies de la cama.
«No sé qué haría sin ti», susurro.
«¡Vamos a viajar! Tengo una reunión en Bruselas. Nos tomamos unos días de vacaciones y vamos juntas, ¿qué te parece? Lejos de todo y de todos, buenos vinos y buenos restaurantes...»,

mientras tanto, vuelve a tumbarse a mi lado.
«Necesito contarte una cosa...»
Muchas veces ella me describió a otras mujeres con las que estuvo y yo, sin más que contar, siempre le describí mi relación con Javier. Estamos juntas con toda la honestidad que solo la completa libertad puede permitir.
Me pongo el albornoz que ella guarda para mí en el baño, vuelvo a la cama y enciendo la pequeña lámpara de la mesita de noche. Ella va a la cocina y regresa con dos copas de vino blanco. Se sienta sobre la cama y me mira, esperando lo que tengo que decir.
«¿Te acuerdas que te hablé de una cirujana del hospital que atacó violentamente todas mis propuestas y que me acusó de ser homófoba?», pregunto, iniciando la conversación.
«Claro. ¡Julia García!», responde sin dudar.
Qué extraño que recuerde su nombre. Hablé de Julia del mismo modo que hablé de Antonio, de Asunción y de muchos otros. ¿Por qué habrá retenido su nombre?
«Exactamente. Julia fue de las personas que más me molestó y de las que más ha frenado el proceso de cambio. Hubo una cirugía de emergencia y no había ningún anestesista disponible. Yo aún estaba allí y acabé yendo al quirófano. Cuando terminamos, decidí quedarme a descansar lo que quedaba de noche en una de las habitaciones de la Unidad. Ya estaba casi dormida cuando Julia entró en la habitación y, sin saber que era yo quien estaba allí, se acostó en la otra cama. No sé qué me pasó por la cabeza, pero se apoderó de mí un deseo tan intenso, una necesidad de probarle que no soy nada de lo que ella piensa, que fui hasta su cama... Una cosa llevó a la otra... ¡Y puedes imaginar cómo acabó!» Úrsula sonríe, haciendo que las comisuras de sus labios se contraigan en un gesto que le es característico.
«Sí, me lo puedo imaginar...», comenta de forma misteriosa, bebiendo un sorbo de la copa que sostiene en la mano.
Estoy tan metida en mi historia que ignoro las señales obvias de que aquí pasa algo más. «Cuando me desperté por la mañana, ella ya no estaba».
«¿Y después?», pregunta.
«Después, nada. Sigue siendo agresiva y tratándome con arrogancia cada vez que nos encontramos».
«¡Julia García!»
«Sí, ¿qué pasa con Julia García?», pregunto ya un tanto irritada.
«¡Nos conocemos!», exclama, soltando una pequeña carcajada e inclinando la cabeza hacia atrás como si recordara algo.
«¿Cómo que conoces a Julia?» De repente nada parece tener sentido...
Úrsula se sienta más erguida en la cama cruzando las piernas. «No te preocupes, nunca hemos estado juntas, no de la forma que estás pensando». Suelta otra carcajada y me mira negando con la cabeza. «Julia es muy respetada, tanto por sus cualidades profesionales como por su poder de seducción. Puedes tener la certeza de que no fuiste la primera, ni la décima, con la que ha estado. Ella es así... Vive de la conquista, sea eso lo que sea... Prestigio, poder... Mujeres».
Por más que hubiera pensado sobre el asunto, nunca podría haber imaginado este desenlace.
«No dejes que te haga daño...», dice Úrsula envolviendo mis manos con las suyas.
«¡No!... No volveremos a estar juntas, ¡nunca! Pero me afecta solo con una mirada... ¡Y lo sabe!»
«¡Ese es el poder de Julia García! Por eso, ¡ten cuidado!»

§§

Filtro cuidadosamente las palabras que le digo a Fili, aunque quiera compartir, hay cosas que

obviamente no puedo contarle.
«¿Hablaste con la abogada? ¿Vas a querer seguir adelante con el divorcio?», me pregunta cuando respiro y hago una pausa.
«¡Hablé! ¡No hay otra alternativa! Pero, por las palabras de la propia Alexis, no va a ser fácil».

Capítulo 16

17 de abril – Perspectivas

Camila

«Hola Camila, ¿cómo estás? ¿Has vuelto a tener noticias de la mujer del libro de tapa roja?» Hoy Fili va muy directo al grano y ni siquiera da tiempo para la conversación trivial que suele llenar los primeros minutos de nuestras sesiones.

§§

El aire está húmedo y pesado, después de pocos minutos ya estoy jadeando y casi incapaz de hablar. Paloma, en cambio, parece no sentir ni el calor ni el cansancio. Corre a mi lado con una tranquilidad exasperante. No sé cómo lo consigue, por más que entrene nunca seré capaz de seguirle el ritmo.

«No me lo creo», dice, con la sorpresa dibujada en su rostro. Cruzamos el puente de madera y aminoramos el ritmo para observar a un grupo de niños. «¿¡Besaste a una desconocida en el tren!? ¿En serio?»

«No fue exactamente una desconocida, ya la había visto varias veces. Viene en el tren de las seis y media... O mejor dicho venía, porque no la he vuelto a ver.»

«Estás bromeando, ni siquiera sabes su nombre.»

«Con la confusión no se lo pregunté. Ella no estaba bien...»

«No estaba bien y te besó, vaya enfermedad.»

«Para con eso. No fue nada, fueron las circunstancias. Ella estaba asustada y nos dejamos llevar. Siempre viene leyendo un libro, muy quieta, muy concentrada. En dos o tres ocasiones nuestras miradas se cruzaron. Cuando volvió la luz, me asusté, cogí mis cosas y salí corriendo. Atravesé un montón de vagones y me senté en el otro extremo. Ella debió quedarse donde estaba, al menos no vino detrás de mí.»

«Qué historia extraordinaria, ¿cuál es la probabilidad? Tenemos que tener cuidado con lo que deseamos», dice riendo, haciéndome recordar el brindis de esa noche con mi amiga enfermera.

«¿Quieres hablar de probabilidades? Aún no he terminado. Tenía la cinta con la tarjeta del hospital enganchada en el bolso, y con la confusión la cinta debe haberse caído...»

«Pides otra tarjeta», dice, con cara de no estar entendiendo.

«La tarjeta tiene mi nombre y el nombre del hospital.»

«¿Crees que te va a buscar? ¿Intentará averiguar tu email y perseguirte?»

«No lo sé...», cuando respondo me doy cuenta de que me da pena si eso no sucede.

«Tu vida sentimental se está volviendo más confusa que la mía. Tú, la apacible Camila, ¡quién lo diría!» Paloma suelta una estridente carcajada y aumenta el paso, corriendo a un ritmo más acelerado.

«No te rías. Yo no soy así.»

«¿Así cómo?»

«Puedes ir más despacio. Estoy exhausta», afirmo parándome en seco. Tengo la camiseta empapada y gotas de sudor cayendo de mi frente. «Aquella noche, el destino me jugó una mala pasada», afirmo tajantemente al mismo tiempo que suspiro profundamente, «No va a pasar nada.»

«No puedes rendirte cada vez que te cansas.» No sé si se refiere a la carrera o al contexto. Por ahora me conformo con tener unos minutos para recuperar el aliento.
«Basta de este tema. Vamos a hablar de ti, nunca hablamos de ti.»
«¿Qué quieres saber? ¿Quieres que te cuente que yo también he tenido una aventura con un desconocido?», dice riendo mientras reanuda la carrera, esta vez muy lentamente.
«¿Qué has estado haciendo? ¡Cuenta! Conozco esa mirada tuya», digo riendo.
«Me gustan esos hoyuelos en tus mejillas», afirma antes de continuar. «Sabes que llevo años haciéndome masajes.»
«Sí, ¿y?»
«Tenía un masajista argentino, muy guapo por cierto, era realmente excelente.» Se apoya en uno de los bancos del parque y finge hacer estiramientos. Yo, por mi parte, me siento simplemente a descansar.
«¿Y después?»
«Hace unos meses se fue. Me dieron otro masajista. En la penumbra de la sala, si no supiera que la persona era otra, podría creer que nada había cambiado. El mismo silencio, la misma música, y unas manos fuertes y suaves.»
«¿Eso no es bueno?»
«Espera... hubo una vez en que sentí las manos descender a lo largo de mi espalda más de lo habitual. Yo siempre estoy sólo en bragas debajo de la toalla, y me quedé quieta, intentando percibir los movimientos. Él deslizaba las manos sobre los hombros y bajaba a lo largo de la columna presionando con los pulgares. Hasta ahí, todo normal, la diferencia era que no se detenía y continuaba hasta las nalgas. Me cuestioné si formaría parte del masaje o si estaba imaginando cosas...»
«¿Y?», pregunto otra vez, mostrando mi curiosidad. Es bueno tener de vuelta a la Paloma de siempre, con sus historias y fantasías, pienso.
«Vamos, vayamos hasta la cafetería. Tú finges que corres, pero yo corro en serio», dice riendo. «Con un batido frente a mí, te cuento el resto, lo prometo.»
Nos sentamos afuera, casi todas las mesas están ocupadas, y una de las camareras nos hace una señal de que ya nos ha visto, pero pide que esperemos, la terraza está inusualmente concurrida. Sé que Paloma no retomará su relato antes de que nos traigan las bebidas.
«He estado pensando si debería separarme.» Las palabras salen de mí en un susurro, como si compartiera un secreto.
«¿Así, de la nada?»
«¿Cómo puedes decir 'de la nada'?»
«¿Tiene que ver con esa desconocida del tren?», pregunta frunciendo el ceño.
«No, para nada. Julia está cada vez más distante y yo parece que cada vez me importa menos...», me limpio la frente con el dorso de la mano y aparto el pelo hacia atrás. «A veces creo que podríamos ser más felices si siguiéramos caminos diferentes, otras siento que no puedo vivir sin ella», respondo con poca convicción. «Deja mis dramas y continúa, ¡por favor!»
«No hay mucho más que contar. Nunca pasó nada declarado, nada que me dé la certeza de que lo que está pasando no es sólo un masaje, pero, semana a semana, me quedaba más impaciente por la próxima sesión. Empecé a pensar en ello en las situaciones más inapropiadas.»
«¡Por lo que dices parece ser un buen tema para pensar!», digo con una carcajada.
Me da una palmada en el brazo: «¡No te rías! Hace unas semanas, empezó como siempre, fui relajándome, descontraiéndome, rehén de aquellas manos, hasta que él dejó los dedos explícitamente sobre mis nalgas. Nunca me habían hecho un masaje así, pero la sensación era

agradable. Qué te puedo decir... Me excité.»
No sucede muy a menudo, pero hoy, Julia se ofreció a ordenar la cocina. Me siento en un taburete, observándola. Parece animada, habla sobre las dos cirugías que hizo por la mañana y se ríe de sus propios chistes. Deja de guardar los platos en la máquina, se apoya en la encimera y me mira, «Tu madre vino a hablar conmigo hoy...».
«¿Cómo que mi madre fue a hablar contigo?», repito intentando dar sentido a lo que acaba de decir.
«¡De verdad! Me llamó para preguntarme si estaba en el hospital y si podía pasar por allí. Ni siquiera sabía que tenía mi número.»
Julia hace una pausa y la interrumpo con nerviosismo, «¿Era algún paciente? ¿Era sobre el fondo para Mateo?»
«Nada de eso. Fue surrealista. Empezó haciendo un discurso sobre mis cualidades. Después, como si lo hubiera ensayado, empezó a hablar de su insatisfacción con el nuevo rumbo de mi hospital, como si tuviera algo que ver con eso, ¡ni siquiera trabaja allí!... Si la hubieras oído, 'Estos nuevos modelos van a destruir todo lo que hemos conseguido en las últimas décadas..., la medicina es una ciencia, no podemos dejar que nos convenzan con esas tonterías emocionales. Julia sabe, y yo también, lo mucho que luchó para llegar a la dirección y, ahora que lo consiguió, ¿viene una cualquiera a cuestionar lo que conquistamos? Esta semana hablé con unos miembros de la administración, creo que va a haber cambios...' Mientras tu madre hablaba sin parar, yo intentaba encontrar un hilo conductor. Durante largos minutos no entendí adónde quería llegar.»
Sigo sentada, mirándola, mientras ella va de un lado a otro reproduciendo la conversación. «¿Te quedaste callada?»
«Sí, la mayor parte del tiempo. Tu madre fue hablando, hablando y, en cierto momento, empezó a hablar sobre los amigos de Boston. 'Sabe Julia, su nombre fue mencionado varias veces. El profesor Thompson me llamó hace unos días, van a abrir un nuevo centro de investigación. Es un proyecto vanguardista, un laboratorio clínico dedicado a la sustitución de válvulas cardíacas, con modelos tridimensionales del corazón y las válvulas originales, reconstruidos a partir de células indiferenciadas del propio paciente. Es extraordinario.' Noté que mientras hablaba, tu madre me miraba midiendo mi interés. Yo debía tener cara de tonta viendo adónde iba a terminar aquello. Hasta que, finalmente dijo la única cosa realmente importante: 'Estoy disponible para apoyarla para que esté al frente del laboratorio en Boston. Vuestra relación no tiene futuro, deje que Camila tenga una 'vida normal'. Julia es una mujer independiente, será más feliz si puede disfrutar plenamente de su carrera.' Te lo digo, ni siquiera quería creerlo... Y mira que, de tu madre yo creía que podía esperarlo todo, pero ni yo me habría atrevido a imaginar esta conversación.»
No sé qué decir, tengo la boca seca y un nudo en la garganta. Ella se acerca a mí y me da un beso en los labios.
«También me quedé sin palabras», me dice como si eso pudiera consolarme.
«¡Es demasiado malo!»
«¿Por qué? ¿Crees que el profesor Thompson no me contrataría?», dice, soltando una carcajada que alberga todo su sarcasmo.
«¡Para!» Aunque su risa me hace esbozar una sonrisa, no consigo seguirle la ironía. «¡Es impresionante hasta dónde llega la prepotencia de mi madre!»
«¡Nunca podrá alcanzarnos!» La certeza de las palabras de Julia es inquebrantable, me da un beso y vuelve a dedicar su atención a los platos, dando la conversación por terminada. Durante unos minutos me quedo sentada viéndola ordenar platos, vasos y cubiertos, en una secuencia

metódica realmente impresionante, no deja de ser cirujana, ni siquiera cuando carga el lavavajillas.

§§

«¿Le dijiste que pensaste en la separación?», pregunta Fili, descruzando la pierna y volviéndola a cruzar en sentido contrario. «¿Te gustaría que ella se fuera a Boston?»
«¡No, claro que no! Qué disparate...»
«¿Estás segura?»

Capítulo 17

2 de mayo – Deseo

Olívia

«Tienes un aire preocupado, ¿está todo bien?», Fili está sentado en su posición habitual. El día está particularmente caluroso, la ventana entreabierta deja entrar una ligera brisa, que no es suficiente para refrescar el aire.

«Cada día surgen nuevos problemas y ninguna solución para las dificultades del día anterior. La solución provisional de los contratistas para la anestesia parece haber empeorado más de lo que mejoró las cosas. He estado pensando si no debería considerar cambiar de trabajo. Tal vez podría volver a ejercer la clínica, podría quedarme en un equipo de quirófano, incluso ganaría más. Como si las porquerías del hospital no fueran suficientes, todavía está el divorcio, y Javier. Menos mal que Úrsula me presentó a Alexis...»

«¿Qué opina ella como abogada? ¿Estás más confiada?», pregunta Fili, recordando que le dije que Alexis al principio pensó que iba a ser un proceso difícil.

§§

«Olívia, disculpa que no te recibiera antes, pero tuve que ir al médico». Alexis está sentada frente a mí, en la mesa de una de las impresionantes salas de reuniones del bufete de abogados. Hace dos semanas me dijo que todo estaba listo y me propuso informar a Javier sobre la solicitud de divorcio. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, pensé que iba a explotar, que le iba a dar un infarto. Con la ira reflejada en su rostro, me acusó de todo lo que se le pasó por la cabeza, terminando con un torrente de amenazas. Ante la frialdad de los argumentos de Alexis, terminó aceptando casi todo, reduciendo el tema a dinero. Sentí miedo, su mirada tenía tanta rabia.

«¿Estás enferma?»

«No, nada especial. Pero ya sabes cómo son estas cosas de médicos», dice riéndose. «¿Qué querías contarme?»

«Descubrí algo...», sólo de pensar de nuevo en el asunto, siento que la rabia vuelve a apoderarse de mí.

«..., fui al banco a buscar los códigos de la tarjeta nueva, y el gestor de cuenta pidió hablar conmigo. Fuimos a una sala lejos de las miradas indiscretas de los mostradores de atención. Cuando nos sentamos, me di cuenta de que el chico estaba incómodo. En pocas palabras me explicó que Javier había hecho grandes retiros de nuestras cuentas conjuntas. Retiró prácticamente todo el patrimonio disponible, incluyendo las carteras de acciones».

«Eso es ilegal, Olívia. Sé que ustedes tienen cuentas conjuntas, pero él no puede hacer eso».

«Tal vez, pero hasta que se resuelva, él consigue lo que pretende, me deja en una situación delicada e incapaz de ayudar a Leonor». Interrumpo lo que estoy diciendo, exhausta. Todo me parece demasiado pesado, demasiado difícil, incluso hablar.

«¿Estás bien, Olívia? ¿Quieres agua?» Alexis se levanta y va hacia la puerta, diciendo algo que no logro escuchar. Unos minutos después, regresa con un vaso que me extiende.

«Gracias», digo, bebiendo pequeños sorbos, mientras intento calmarme. «No entiendo cómo podemos vivir tanto tiempo con alguien y llegar a la conclusión de que no conocemos a esa persona».

«Tú conoces a la persona. Sabes perfectamente de lo que Javier es capaz. Incluso después de todo esto, ¿sigues sin querer acusarlo?»
«No puedo».

--

El día fue largo y mi pensamiento salta entre las serias palabras de Alexis, la confusión del hospital y los mensajes que no pararon de llegar. El teléfono vibra por enésima vez, haciendo que lo arroje al otro lado del sofá, sin siquiera ver qué es. ¡Como si no supiera! Fijo los ojos en la televisión, una comedia romántica muestra un beso apasionado, ¡no hay paciencia! Cambio de canal, y voy cambiando, sin nunca detenerme en ninguno, hasta que finalmente la apago. Me levanto, apago las luces y me dirijo a la habitación, no resisto y leo el último mensaje: «En Dune's, a las once, sin bata...». Me meto entre las sábanas, tengo que estar temprano en el hospital. El teléfono vibra otra vez: «¡No te atrevas a no venir! La alternativa es buscarte mañana en el despacho».
Salto fuera de la cama y me quedo parada de pie en medio de la habitación. ¡¿Cómo se atreve?! ¡Incluso por mensaje es prepotente! Muy bien, ¿quiere un encuentro? ¡Lo tendrá!
Vuelvo a Dune's y elijo uno de los taburetes altos contra la barra, en el mismo lugar donde estuve hace algunas noches. Me llevo a la boca el vaso de whisky que tengo delante, bebiendo un generoso sorbo, mientras la veo entrar y recorrer el camino desde la puerta hasta aquí. Con jeans, camisa negra y zapatillas, parece mucho más joven. Incluso de lejos, noto que sonríe cuando me ve. Me puse un vestido que no usaba desde hace mucho, mucho tiempo. Es raro que use vestidos, pero no se me ocurrió nada mejor. Sin decir nada, ni saludarme, se sienta a mi lado y me mira a los ojos.
«¡Veo que hoy no se desencontraron!», exclama el joven empleado. Ella señala mi vaso y pide uno igual.
«La noche que me invitaste a venir aquí contigo, vine, solo que llegué demasiado tarde. Él entendió que yo buscaba a alguien, y sacó la conclusión de que debías ser tú», explico.
Solo yo hablo. Ella va bebiendo despacio, sin nunca desviar los ojos de mi boca.
«¡Ven!», dice, como si se tratara de una orden. Se levanta y atraviesa la sala, desapareciendo detrás de una puerta. Me doy cuenta de que entró en el baño. Esta noche no tengo intención de resistir. Me levanto y la sigo.
Tan pronto como entro, ella traba la puerta, girando la llave en la cerradura. Me empuja contra la pared y me besa, como si fuera el último beso de su vida. Los labios presionan los míos, la lengua se desliza dentro de mi boca, en un beso mojado, lleno de urgencia, lleno de deseo. Pero un beso no es suficiente, ella lo sabe y yo también lo sé. Sus manos buscan mi cuerpo, me tocan, me manosean, apretándome entre la pared y su propio cuerpo. Siento las piernas flaquear, y me agarro a ella. Da un paso hacia el costado, permitiendo que me apoye en el lavabo. Sus manos descienden por el vestido y se detienen un momento, sintiendo la rigidez de mis pezones. Me besa el cuello, las orejas, y vuelve a introducir la lengua dentro de mi boca. Tira de la falda del vestido hacia arriba, hasta la cintura y, en un movimiento rápido, se pone de rodillas frente a mí. Sin vacilación ni preámbulos, me toma. Me agarro al lavabo con ambas manos y me dejo perder en un mar de sensaciones. Nada detendrá este momento, es un camino sin retorno. La lengua se mueve en círculos llevándome a la locura. Agarro su cabello de forma casi violenta, dejando escapar un gemido, cierro los ojos y me entrego, a medida que soy invadida por olas sucesivas de placer.
Ella retoma el control. Se pone de pie, me da un beso en los labios y, en un gesto cariñoso, me arregla el vestido. «Vamos».

Atravesamos la sala, esta vez de la mano, recogemos las cosas que habían quedado sobre la barra, y salimos. Julia no es una mujer de tomarse de las manos, y yo tampoco, pero en este momento la urgencia del toque se impone, aunque sea en este simple gesto.
Ninguna de las dos tiene la menor idea de adónde ir. Ella es la primera en hablar, en realidad, desde que llegó no dijo más de dos o tres palabras. «No te puedo invitar a mi casa por razones obvias. ¡Vamos al hospital!»
«¿Cómo así, al hospital?», pregunto, sin entender qué le pasa por la cabeza.
«Hay una habitación allí en el servicio que solo yo uso cuando me quedo por la noche. Nunca va nadie más».
No me gusta la idea, pero no tengo ninguna mejor. El camino hasta el hospital tarda menos de diez minutos. Sentada al volante, sin pensar en el whisky que bebí, vuelvo a sentir el cuerpo estremecer con el recuerdo de lo que pasó. ¡Quiero a esta mujer! No me importa ir a una habitación de servicio en el hospital, no me importa correr el riesgo de que alguien nos vea, el deseo es mayor que cualquier cosa, tan, pero tan mayor, que nada más existe.

El garaje está desierto y la mayoría de los pasillos también. Cuando las puertas del ascensor se cierran, Julia no pierde tiempo y me besa. Me agarra y presiona mis labios con los suyos. Las luces están medio apagadas y atravesamos, sin sobresaltos, el corto camino hasta la habitación. Ella abre la puerta, me deja entrar y luego la cierra con llave desde dentro. El sonido de la cerradura evoca el baño, y sin poder evitarlo, me excito otra vez. Estamos seguras, y solas, al menos hasta el amanecer.
Ella se sienta en la única cama de la habitación, y enciende la luz junto a la cabecera. Yo permanezco de pie. De repente me siento intimidada, ¿cuál será el próximo movimiento, la próxima frase?
«No sé lo que me haces...», profiere las palabras en su tono ronco, que aprendí a reconocer donde sea que esté, «Te deseo como no recuerdo haber deseado a alguien», mantiene los ojos bajos, y frota las manos una en la otra, en un tic nervioso.
Verla así, aquí sentada, me da la noción de su fragilidad, y al mismo tiempo acentúa la urgencia de tenerla. Me acerco y la envuelvo en un abrazo. Sin segundas intenciones, sin manos que se deslizan, sin besos, simplemente un abrazo. La proximidad me trae el aroma de su perfume. Dejo la cabeza apoyada en su hombro y cierro los ojos. Ella corresponde, y me abraza con fuerza. Siento el calor de su respiración, y sé que no querría estar en ningún otro lugar.
Muchos minutos pasan hasta que nos separamos. Sonrío, y ella también sonríe. Estira un brazo y agarra el mío, probablemente para acercarme más. Suelto un pequeño grito de dolor, que aunque discreto, no le pasa desapercibido. «¿Qué pasó? ¿Te lastimé?», pregunta sorprendida.
«No, no es nada..., me golpeé con una puerta», miento.
Parece convencida con la respuesta y, en un gesto fluido, me sienta pegada a ella. Me besa en el cuello, y continúa junto al escote, al mismo tiempo que pasa las manos por debajo de la falda. Permito que avance. Los besos son cálidos y suaves. Desliza la lengua sobre mi piel provocándome escalofríos. Con pericia desabrocha el cierre, tira del vestido hacia arriba, y lo hace pasar sobre mi cabeza. Veo que nota las marcas que todavía se ven en mis brazos. No dice nada y sigue besándome. Desciende por el borde del sujetador, recorriendo una línea imaginaria alrededor de la tela que cubre mi pecho. Me empuja sobre la cama y se coloca sobre mí.
Podría pasar la noche así, sintiendo los besos, la suavidad de la lengua, de sus manos, pero todo en mi cuerpo pide más. La empujo suavemente, quedando ahora yo encima de ella.
«¿Qué estás haciendo?», indaga, como si no hubiera entendido lo que pretendo.
«¡Quédate quieta!», la miro a los ojos y sonrío. El verde es casi irreal. Intenta moverse, pero

aprieto las rodillas alrededor de su cadera y deslizo las manos sobre la camisa, desabrochándola. Es mi turno de besarla. Con la avidez de quien ha esperado demasiado tiempo, envuelvo un pezón con la boca, mordiendo suavemente. Siento su cuerpo contorsionarse debajo del mío, arqueando la espalda.
«¡Liv, por favor!» Mi nombre dicho así, me excita aún más. «¡Más! ¡Más! ¡Continúa, por favor!»
La beso una vez más antes de levantarme. En un gesto decidido, le desabrocho los pantalones y la dejo desnuda. Hace un amago de levantarse, pero no se lo permito, «¡Ni se te ocurra! Quédate acostada. ¡Vas a esperar por todo lo que tengo para ti!» No pensé que resultaría, pero se deja caer hacia atrás y cierra los ojos. Durante un instante me quedo simplemente observando. Ambas desnudas, me siento sobre ella, dejando que mi cuerpo roce. El contacto es tan intenso que siento un orgasmo acercarse y contraigo los músculos para impedirlo.
Vuelvo a besarla, esta vez apenas ligeramente. Tengo otros planes y sé que no puedo demorar mucho más. Dejo que mi cuerpo se deslice hasta quedar en la posición correcta. Ella clava las uñas en mis hombros y yo la toco con la lengua. Gime bajito. Junto un dedo, sincronizando los movimientos.
«¡No aguanto más!», su voz se hace oír ahora un poco más alto.
La excitación me domina por completo, no sé de dónde saco la sangre fría, pero me detengo de repente. Julia se retuerce, lleva la mano al pubis, pero no avanza.
«Por favor, ¡no pares! ¡No pares!», suplica.
La toco ligeramente con los dedos, los retiro y vuelvo a tomarla en la boca. Esta vez no tengo intención de parar.
«¡Liv!» Su cuerpo se estremece una y otra vez, sus dedos casi me lastiman con la fuerza que hacen en mi espalda. «¡Liv!»
Pasa mucho tiempo antes de que una de nosotras sea capaz de decir algo.
«Nunca... No es que, cuando te miré, la primera vez, no hubiera pensado que era posible», dice.
La luz de la habitación, aunque poco intensa, me permite verla con claridad. Sus ojos brillan más de lo habitual, y puedo jurar que veo una lágrima. Paso la mano sobre su rostro, y aparto hacia atrás un pequeño mechón de cabello. «¿Qué?», pregunto con la simplicidad que la ocasión proporciona.
«Soy yo la que...», la altivez de las palabras contrasta con la entrega en la mirada. «¡Has abierto una caja de Pandora!»
No recuerdo que la conversación haya terminado, ni que hayamos apagado la luz, solo sé que nos quedamos dormidas porque me despierto de repente con el sonido de un teléfono. Miro hacia la ventana, todavía es de noche. No pueden ser los móviles pues están apagados. En un gesto mecánico ella extiende la mano hacia el teléfono fijo que está en la mesita de noche: «Julia García», dice inmediatamente.
Habla con alguien durante unos momentos y cuelga.
¿Quién podría saber que ella estaba en esta habitación?

§§

Me despido de Fili, sabiendo que le he contado muchas cosas, pero que muchas más se quedaron solo dentro de mi cabeza.

Capítulo 18

2 de mayo – Quiero la Mejor

Camila

«Cuando me fui de aquí, hace dos semanas, me pediste que pensara, nunca podría haber imaginado lo que ocurriría estas semanas», digo, aún de pie, dirigiéndome hacia mi sofá. Fili sostiene la puerta y me sigue con la mirada sin decir nada.

«¿Estás bien? Tienes un aspecto cansado, de quien no duerme...»

Le interrumpo, «Y no duermo..., tengo la sensación de que no duermo hace más de una semana.» Me reclino hacia atrás y cierro los ojos. Necesito hablar, pero al mismo tiempo me siento tan agotada.

«¿Tu padre está bien?» La pregunta me saca de mi apatía, ¿cómo puede saber que ha pasado algo con mi padre? Todavía no le he dicho nada.

§§

«Tu padre...», la voz de mi madre sale entrecortada.

«¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás?» Deben ser las cuatro o cinco de la mañana, estaba durmiendo, pero por el tono me doy cuenta de que pasa algo muy grave.

«Estamos en el hospital..., en el Central. Ayer tu padre dijo que no iba a trabajar porque no se sentía bien. Me pareció extraño, pero no le di importancia. Se quedó en casa y yo salí. A primera hora de la tarde me llamó para decirme que no estaba mejor y que quizás sería bueno que yo volviera a casa. Así lo hice, cancelé el resto de las consultas y fui a verlo. Cuando llegué estaba sentado en la sala, blanco como la pared. No me dejó hacer nada, pero a la hora de la cena, incluso parecía estar mejor. Hace un rato me despertó, no podía dormir, estaba con náuseas, sudado y agarrado al pecho con dolor. Conoces a tu padre, insistió en que no llamara a nadie, pero finalmente acabé llamando a emergencias. Y menos mal que lo hice, porque poco después perdió el conocimiento..., afortunadamente cuando llegó la ambulancia ya había recobrado la conciencia... ya sabes lo testarudo que es..., tengo miedo...», se interrumpe por un momento y murmura, «Por favor, ven para aquí...»

Sin saber exactamente qué decir, pronuncio: «Tranquilízate. ¿Qué le han hecho ya?» Estoy sola con Mateo, Julia está en el hospital, no puedo simplemente irme así.

«Además del electrocardiograma y los análisis, no vi que hicieran mucho más. Hace un rato vino aquí un cardiólogo amigo mío..., estuvo el otro día en nuestra fiesta. Vi en su cara que estaba preocupado. Me dijo que la situación es grave y que quizás no sea posible un enfoque conservador... Sabemos lo que eso significa, están considerando operarlo...»

«¿Van a operar en fase aguda? ¿Por qué no hacer un antitrombótico? ¿O un abordaje percutáneo? La cirugía en este contexto tiene muchos riesgos». Varias preguntas pasan por mi cabeza. Hay tantas otras opciones, ¿por qué considerar una cirugía, y quién lo va a operar?

No soy la única debatiéndose con estas preguntas, del otro lado del teléfono mi madre insiste «¿Crees que no lo sé...? Por favor, ven, necesito tu ayuda.»

Estoy de acuerdo, cuelgo e intento pensar qué voy a hacer. Llamo a Julia, una y otra vez, pero el teléfono no da señal. No puedo llevar a Mateo conmigo, pero tampoco lo puedo dejar solo en casa. Miro la hora en el despertador, las cuatro y cuarenta, paciencia, tendrá que ser. Llamo a Paloma. Nada. Vuelvo a insistir dos veces más.

«Perdona, sé que es de madrugada...», digo cuando contesta.
«¿Qué ha pasado, estás bien? ¿Mateo?», pregunta asustada.
«Nosotros estamos bien, es mi padre... lo han ingresado. No sé los detalles, pero creo que lo van a operar del corazón. Julia debe estar en el hospital y no contesta...»
«Tranquila. Voy para allá. Dame quince minutos.»
Llego al hospital unos cuarenta minutos después. Encuentro a mi madre en la habitación, sentada en una silla y la cama vacía. Está pálida y con aspecto abatido, no parece la Amelia Velásquez que domina cualquier ambiente. No llora, pero su rostro, sin maquillaje, está marcado por las lágrimas que cayeron en las últimas horas.
«¿Qué ha pasado? ¿Dónde está papá?», pregunto con miedo.
«Fue a hacer más pruebas y después va directo a quirófano. Estuve con él y con los médicos. Lo van a operar. Aún insistí en si no podíamos empezar con un enfoque farmacológico, pero la opinión general es que la cirugía da más garantías.»
«¿Quién lo va a operar?»
«Exigí que fuera Julia...»
«¿Julia?», pregunto estupefacta. ¡Pasamos de ni siquiera mencionar su nombre a querer que mi padre sea operado por ella!
«Es la mejor. ¡Eso es lo único que importa! Creo que ella no está de guardia hoy, pero ya la contactaron y será ella quien opere.»
Al contrario, pienso, ella está aquí en el hospital. ¿O no lo está?
Tras la conversación inicial, nos quedamos en silencio, sobre todo porque hace mucho tiempo que no tenemos ningún tema en común. Ahora entiendo su insistencia en que viniera, pensó que podía necesitarme para convencer a Julia.
Ya es de mañana cuando mi hermana irrumpe literalmente en la sala. En un tono lacrimoso se abraza a mi madre y hace el papel que le corresponde. Pasado el drama, se enredan en una conversación que, como era de esperar, me excluye totalmente.
Me levanto de un salto cuando uno de los asistentes de Julia aparece en la puerta. «Él está bien, está en recuperación. Dentro de poco ya pueden ir a verlo. Va a Cuidados Intensivos, pero si todo va bien, mañana lo trasladan a la habitación. La doctora Julia García viene ya a hablar con ustedes.» Sin más explicaciones o espacio para preguntas se retira, dejándonos solas. Debe ser realmente discípulo de Julia, al menos en lo que respecta a la conversación.
Poco después mi madre y mi hermana suben, acompañadas por una de las enfermeras, que amablemente viene a buscarlas, aparentemente a petición de la propia dirección clínica. Me quedo sentada en el mismo sofá donde pasé la madrugada, intentando entender lo que pasó. Julia entra en la sala, todavía con el traje de quirófano, y mira alrededor, sorprendida de encontrarme sola.
«Intenté llamarte varias veces..., no sabía qué hacer, mi madre llamó, yo estaba sola con Mateo, no podía hablar contigo...» Sin dejarla hablar, continúo en tono acusatorio, «¡Es, como mínimo, irónico! Confieso que minimicé tu poder, y yo precisamente...»
«Calma. Puedes parar. Ten calma. Sé que estás nerviosa, pero todo ha ido bien, él está estable y se va a recuperar.» Se sienta en el sofá a mi lado, coloca la mano sobre mi rodilla y me acaricia. «En unos días estará como nuevo y todo volverá a la normalidad.» Su voz se mantiene tranquila y su rostro no deja traslucir el cansancio de estar operando tantas horas. «A tu madre no le gusto, y nunca le voy a gustar, pero eso no implica que no opere a tu padre, y no haga lo mejor que sé.»
«¿Cómo fue?»
«Bien, dentro de lo que cabe... ¿Sabes lo más extraordinario? Seguimos sin anestesistas, en el

turno solo había junior. Me sorprendió nuevamente Olívia, estaba aquí y se ofreció a ir ella al quirófano.» Julia sonríe, pareciendo satisfecha con lo ocurrido.
«¿La directora clínica? ¿Aquella que detestas?», pregunto admirada.
«¡Exactamente! La detesto, pero no puedo negar que es una excelente anestesista.» Mientras tanto se levanta y me extiende la mano para que la acompañe.
Subimos, conmigo aún pensando en qué estaría haciendo la directora clínica en el hospital durante la madrugada... Cuando llegamos, hay una pequeña multitud junto a la cama. Julia se dirige a una de las médicas y le toca el hombro haciendo que se gire hacia nosotras.
«Olívia López», dice, presentándomela.
Olívia sonríe y me extiende la mano. Parece una persona simpática, lejos de lo que había imaginado después de oír las descripciones. La miro otra vez y, por momentos, tengo la sensación de haberla visto antes en algún sitio.
«Os voy a dejar. Julia si necesitas algo solo tienes que llamar.» Sonríe y se despide.
Acompaño con la mirada su salida. Sigo con la misma sensación de que ya la he visto en otro contexto. Pero ¿dónde?
Mi madre y Julia están conversando, como si fuera lo más normal del mundo. Me mantengo cuidadosamente apartada, lo suficiente para oír la conversación, pero para que ninguna de las dos pueda llamarme a participar en ella.

--

Vuelvo al hospital dos días después, mi padre se está recuperando bien y como decía Julia, en breve todo volverá a la normalidad. Solo estamos los tres en la habitación, y mi madre va llevando el peso de la conversación.
«¿Sabes? He estado pensando y tendría mucho gusto en apoyar la carrera de Julia. Este hospital está pésimo y solo va a empeorar. Una recomendación mía todavía tiene mucho valor y puede abrirle caminos. Mientras se quede aquí puede que sea buena, pero nunca va a tener oportunidad de ser verdaderamente excelente. Tiene que irse al extranjero. Y ahí sí, estoy segura de que va a tener un futuro brillante...» Sigo sin entender, pero ella continúa, tan fría como siempre. «Si tú la convences para que se vaya a Boston, yo hablo con el Profesor Thompson, sé que ella lo admira mucho.»
Finjo que no entiendo lo que me está diciendo, y pregunto, «¿Quieres que se vaya a Boston?»
«Sí. Tú te quedas aquí con Mateo y sigues con tu vida», añade encogiéndose de hombros y levantando la comisura del labio en un gesto de desagrado, que intenta esconder tras una falsa sonrisa. «No seas egoísta, si la quieres tienes que dejarla volar. Solo tú no lo ves, Julia no es mujer de vivir aprisionada, ni por ti ni por nadie.»
Después de salir, ya no consigo hacer nada de lo que había planeado para esta tarde. Sin rumbo definido, recorro el parque de un lado a otro. Miro a las personas que pasan corriendo y pienso en Paloma. Debería estar más con ella.
Cansada, me siento en un banco y lloro. Lloro como hace mucho, mucho tiempo, no lloraba, dejo que lágrimas contenidas salgan en torbellino, sabiendo que será la última vez que me permitiré llorar por mi madre. Con las piernas flexionadas encima del banco escondo la cara entre las manos y las rodillas, y sollozo por dolores que nunca compartí.

§§

«¿Qué haría falta para que las cosas con tu madre se resolvieran?», pregunta Fili, interrumpiendo mi largo relato.
«¡Todo! Todo, lo que ella no puede hacer, porque, simplemente no es capaz. Al contrario de lo que te decía antes sobre la directora clínica de Julia, mi madre es homófoba y no lo esconde. Fue

descalificadora con mi hermano, y conmigo..., conmigo es menos dura, pero hasta eso es por las razones equivocadas. Le incomoda mucho más el hecho de que su hijo varón sea gay, que yo sea lesbiana.»

Salgo a la calle pensando en la pregunta de Fili. Las cosas entre mi madre y yo nunca se podrán resolver, la vida no da marcha atrás. Quizás la solución sea alejarme lo suficiente para dejar de sufrir por eso, pienso, mientras camino lentamente por la acera.

Capítulo 19

5 de junio - Congreso

Olívia

«¿Qué tal el congreso?», pregunto. Este es definitivamente el mes de los congresos. Fili estuvo fuera más de dos semanas en el congreso anual de psiquiatría.

«Fue genial como siempre. Conocí a personas fantásticas y volví a ver a algunas a las que echaba de menos. Es increíble cómo dejamos de conocer a personas con las que ya fuimos íntimos... Olívia, basta de hablar de mí. Ha pasado más de un mes desde que estuviste aquí, cuéntame las novedades», me mira y sonríe. Se ajusta las gafas con el índice, coge el cuaderno y el bolígrafo. Está listo para empezar.

«Yo también fui a un congreso», respondo dejando el misterio en el aire.

«¿En serio? ¿Sola?»

Si no fuera Fili quien la hiciera, la pregunta podría no tener sentido, pero viniendo de él, solo muestra lo mucho que me conoce.

§§

La sala está repleta. Después de un brevísimo discurso inicial, me siento en una silla en la primera fila y le paso la palabra a Asunción. Será ella quien conduzca nuestra presentación. En la platea están, además de todos los miembros de la administración, las direcciones de servicio y muchos de los profesionales del hospital. Me recuesto hacia atrás y pienso en lo que ya hemos conquistado y en lo mucho que nos falta si queremos, de hecho, cambiar algo. Cinco minutos después, el móvil vibra en el bolsillo de la bata. «¿Un whisky más tarde?». Miro hacia atrás buscando a Julia, pero no la veo por ningún lado. El teléfono vuelve a hacerse sentir: «¡Desnuda! Apoyada sobre el tablero de una mesa...». Siento el corazón acelerarse a medida que recorro el texto. Debo haberme sonrojado, siento la cara caliente. Guardo el teléfono en el bolsillo, como si alguien pudiera ver lo que estoy leyendo. Una vez más miro alrededor, pero sigo sin verla. Ella tiene que estar aquí, pero ¿dónde?

Cuando Asunción termina la presentación, varios son los brazos que se alzan para hacer preguntas. La primera viene de un colega de anestesia, que vuelve al tema de las contrataciones y la falta de personal. Ella no pierde mucho tiempo en la respuesta, garantizando con vehemencia que el asunto se resolverá. Cuando parece que va a cambiar de tema, hace una pausa y anuncia: «Por ahora el servicio queda bajo la responsabilidad directa de nuestra Directora Clínica». Sus palabras provocan un momento de silencio.

«¡Una victoria! ¡Felicidades!», «¿Celebramos?». No debería estar mirando el móvil, pero no puedo evitarlo. Todavía estoy perdida en reflexiones cuando oigo su voz resonar en la sala. Me invade un pánico poco razonable, y ni siquiera escucho sus primeras palabras «... no estamos de acuerdo con lo que ha estado pasando. La doctora Olívia López puede tener buenas intenciones, pero la estrategia es contraproducente si perdemos a nuestros elementos más calificados...». Julia sigue hablando. Me doy cuenta ahora de por qué no podía verla. Miraba hacia atrás buscándola y ella está sentada en la primera fila, justo al lado de la presidenta del Consejo de Administración. Por más que la vaya conociendo, nunca deja de sorprenderme.

Vengo al despacho solo para dejar la bata. Coloco algunos documentos dentro del bolso y salgo.

Pienso en la invitación de Julia para ir a tomar una copa, pero de inmediato dejo la idea de lado. Quiero tomar un baño caliente y aprovechar que tengo la casa solo para mí. Afortunadamente, Javier está fuera durante dos semanas.
En el garaje, tengo la sensación de estar siendo observada. Dejo el bolso en el asiento trasero y miro alrededor, pero no veo a nadie. Debe ser solo impresión, en los últimos tiempos todo me parece extraño. Otro mensaje: «¿A dónde vas? ¿No quieres compañía?». Golpeo con fuerza el volante con la mano..., ¿cómo es posible esto? ¿Dónde está ella? ¿Por qué me persigue de esta manera? Vuelvo a salir del coche y a mirar alrededor..., no hay nadie en el garaje.
«¡Depende de lo que tengas para ofrecer! ¡Sorpréndeme!». Inmediatamente después, pongo el motor en marcha y avanzo, haciendo chirriar los neumáticos.
Llego a casa unos veinte minutos después. Con pereza de entrar en el garaje del edificio, estaciono el coche en un lugar al otro lado de la calle. En realidad es lo que hago en la mayoría de las ocasiones. Lentamente cojo las cosas y me dirijo hacia la puerta. Cruzo la calle distraídamente y subo los cinco escalones de la entrada, buscando encontrar la llave dentro del bolso. Como estoy mirando hacia abajo, no me doy cuenta de que alguien se aproxima, quedando entre la puerta y yo.
«¡Hola extraña!», doy un salto del susto. «¡No necesitas asustarte!». Julia, parada frente a mí, sonríe.
«¿Qué estás haciendo aquí?»
«Pediste una sorpresa, ¡pensé que querías compañía! Y, además, ¡te deseo! Si me echas, me voy, si no, invítame a entrar y ofréceme un whisky, sé que no tienes a nadie en casa esperándote».
¿Cómo sabe ella dónde vivo? Y ¿cómo puede saber que no hay nadie en casa...? Solo se lo comenté a Asunción.
«¿Quieres que vaya contigo al congreso de cardiotorácica?», pregunto sin creer en la propuesta que ella está haciendo. «¿Cómo podemos ir juntas a un congreso lleno de gente, en el que todos te conocen y algunos hasta a mí?»
«Por eso mismo, vamos juntas porque trabajamos juntas. Nada extraño», afirma exultante. «Nada extraño. Durante el día vas a tus sesiones y yo a las mías, y después tenemos las noches enteras... Te digo más, como el congreso termina un jueves y en los días siguientes hay varios cursos, pensé que podíamos usar ese pretexto y quedarnos hasta el domingo. Hay una playa cercana, oí decir que es fantástica, agua transparente y arena blanca, puedo intentar reservar algo...». Su rostro refleja la alegría de quien anticipa cada paso del viaje y disfruta como si ya estuviera allí.
Reflexiono sobre las posibles consecuencias. A Javier no le va a importar si voy a un congreso y mucho menos con quién. Lo he visto muy poco y hablado casi nada. O sea, tengo poco que perder. ¿Y ella? Julia nunca habla ni de su mujer ni de su hijo, es como si fuera un mundo totalmente aparte, otra vida. Respeto y no pregunto.

--

El primer día es agitado y la pierdo de vista justo después de la sesión de apertura. Durante todo el día, voy rotando entre las distintas salas y no nos volvemos a ver. Miles de personas reunidas en un espacio enorme. Hacía mucho que no asistía a un congreso como este. Es bueno volver a estar en sesiones científicas, pero al mismo tiempo, me aterra lo mucho que han evolucionado algunas áreas. Tengo que intentar mantenerme más actualizada o hacer carrera dentro de un bloque, aunque quiera.
Son casi las nueve de la noche cuando entro en la habitación. Me desnudo y preparo un baño caliente, no sin antes pedir una ensalada y un buen vino al servicio de habitaciones. Me tumbo en la bañera, dejando que mi cuerpo se acostumbre a la temperatura del agua, hasta quedar

completamente sumergida. Siento cómo mis músculos se relajan y me invade una sensación de calma. ¡Es bueno estar aquí! Es bueno estar aquí, aunque en este momento signifique estar sola en la habitación, sin tener ni idea de dónde está ella.
Llaman a la puerta. Debe ser el servicio de habitaciones, ha sido más rápido de lo que imaginaba. «Puede entrar, deje la bandeja sobre la mesa, por favor», digo en voz alta para que me oiga el empleado del pasillo. Escucho el ruido de la puerta al abrirse y, un instante después, el ruido al cerrarse. Recuesto la cabeza hacia atrás y me dejo llevar por los sueños con los ojos cerrados. Una música clásica suena bajita en el baño, transportándome al recuerdo del sonido del piano de Kissin... Casi muero del susto cuando abro los ojos y veo a Julia, totalmente desnuda, de pie frente a mí.
«¿Dónde estabas? O más importante, ¿con quién estabas?», me pregunta riendo mientras entra en la bañera.
«¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?»
«No ha sido fácil, tuve que convencer al empleado de que no era una ladrona, que te conocía y te iba a dar una sorpresa. Después de un poco de esfuerzo, accedió y me dejó entrar. No me has respondido, sonreías... ¿en quién pensabas?» Antes de dejarme contestar, me besa con las mismas ganas, el mismo fulgor de cada beso suyo. Pega sus labios a los míos, pasando la lengua sobre las gotas de agua esparcidas alrededor de mi boca, para luego tocar mi lengua con la suya, en una danza de sentidos que me despierta.
Dejo que me bese y me acaricie durante largos minutos, pero seré yo quien dicte las reglas de este juego. En un movimiento premeditado, dejo que mi cuerpo gire para atrapar su brazo debajo de mí. Inmediatamente coloco la mano sobre su pecho y toco sus pezones, dibujando círculos a su alrededor. Cuando siento que ya están lo suficientemente duros, traslado el movimiento jugueteando con los dedos alrededor de su ombligo, simulando que voy a bajar, sin llegar a hacerlo nunca. Ella se queda inmóvil y sigue el juego, entregándose a mi voluntad. Cierra los ojos y sé que está rendida. Enciendo la ducha de mano, dejando correr un hilo de agua, ni muy intenso ni demasiado suave. Dirijo el agua hacia ella, buscando el espacio entre sus muslos.
«¡Tócame! ¡Lív!... ¡Por favor!»
La dejo suplicar un poco más, apago la ducha y deslizo la mano hacia donde antes estaba el chorro de agua. La siento contraer los músculos y escucho el ritmo de su respiración acelerarse.
«¡Lív!», murmura entre gemidos roncos.
Sé que no aguantará más, pero no me detengo y, casi de inmediato, escucho un grito de placer, y la siento estremecerse una vez, y otra, hasta quedar inmóvil.
«¡Lív!» Lo que siento cuando murmura mi nombre mientras hacemos el amor es tan extraordinario que nunca podré describirlo. Es como si todo encajara en el lugar correcto, el mundo se detuviera y no existiera nada más que los cuerpos en éxtasis.
Los días del congreso están llenos de emociones. Ella parece vivir cada momento para seducirme. Se entrega a mí como no pensé que fuera posible. Durante esta semana soy otra persona, sin pasado, sin futuro, solo presente. Y el presente es maravilloso. Ella no es simplemente una amante eximia, es una mujer inteligente, con un sentido del humor cargado de ironía y una delicadeza que asoma en cada gesto.
Sin embargo, a pesar de todo, sé que no consigo entregarme plenamente. Tengo la esperanza de que ella no sea consciente de eso. Cada vez que hacemos el amor soy yo quien lleva el control, siempre hay un punto en el que tomo las riendas. Es tan diferente a lo que tengo con Úrsula. Me rindo en sus manos sin cuestionar nunca adónde me lleva...

§§

«Estar con ella me hizo darme cuenta del poder que ejerce. No tanto sobre mí, porque eso ya lo sabía, sino sobre todos. La gente se detiene para escucharla y bebe literalmente sus palabras. Es increíble.»

«¿Estás enamorada?», pregunta Fili, como si fuera una cuestión simple y trivial.

«¡No! ¡Claro que no!»

§§

Leonor acaba de llegar a casa. Necesitamos hablar y va a ser una conversación larga y difícil. Ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa, Alexis tiene razón, la necesito de mi lado y no podré tenerla si no le cuento toda la historia.

«Estoy preocupada, mamá, nunca te había visto así... Tienes aspecto cansado», dice sentándose a mi lado.

Voy directa al grano, le explico brevemente lo que Alexis ha estado haciendo y lo que ha pasado. Ella empieza a intentar decir algo, pero no se lo permito y continúo: «No, por favor, no me interrumpas, tengo que llegar hasta el final o no seré capaz. Cuando pedí el divorcio tu padre se puso furioso, por todo, y más aún porque se dio cuenta de que tú vives con una mujer, y pensó que yo era cómplice. En realidad, fue solo la gota que colmó el vaso. Llevábamos muchos años mal, y eso es un eufemismo para describir nuestra relación. Los tiempos eran diferentes y, aun sabiendo que tu padre no era el amor de mi vida, opté por hacer lo que se esperaba de mí. Cuando tú naciste, insistió mucho en que me quedara en casa, fue la primera discusión realmente seria...»

Leonor no se contiene: «Entiendo, entiendo que te divorcies, pero...»

«Tu padre se distanció, empezó a beber, a tener otras mujeres, y ni siquiera lo ocultaba. Puede parecerte extraño, pero fue un alivio... Canalicé las energías en el trabajo, después, hace unos años conocí a una persona..., no te voy a describir porque eso no es importante ahora, pero quiero que sepas que ella es la mejor...»

«¿Ella?», pregunta entre dientes.

Su mirada está perpleja, perdida en el vacío, fija en la ventana, frunce el ceño y tiene los labios contraídos. Durante un momento ninguna de las dos dice nada, después su fisonomía se modifica, los músculos se relajan y los labios se abren en una sonrisa acogedora. «¡Es bueno saber que no has estado sola! Y pensar que yo estaba aterrorizada de contártelo, al final debería haber hablado contigo antes... si lo hubiera sabido.»

Me levanto del sofá y me siento a su lado. «¡Gracias!»

«¿Gracias por qué?», pregunta.

«¡Por no juzgarme!», digo acariciándola. «Pero hay algo más que necesitas saber, algo que daría todo por no tener que contarte.»

«Me estás poniendo nerviosa...» Su rostro vuelve a contraerse.

Respiro hondo y tomo valor para empezar: «No sé cómo decírtelo de una forma suave, ¡tu padre es agresivo conmigo!»

«Él es agresivo con todo el mundo, grita, manda, se cree dueño del mundo. Es la persona más prepotente que conozco.»

«Creo que no me estás entendiendo, cuando digo que es agresivo, no me refiero solo a las palabras...» Leonor abre la boca como si fuera a decir algo, pero no emite ningún sonido, se queda así, con la boca abierta mirándome. «Tu padre es violento... sobre todo cuando bebe, y...», no soy capaz de terminar.

«¡No! ¡No puede ser!» Ella sigue inmóvil en la misma posición, veo una lágrima rodar por su cara, pero la ignora y sigue mirándome perdida. «¿Te pega?»
Por fin, la pregunta que exige las palabras que yo no quería pronunciar.
La abrazo con fuerza, le limpio la cara con la mano, sonrío y prosigo: «No merece tus lágrimas. ¡Es pasado!»

§§

«Ha sido bueno que se lo hayas contado a Leonor», dice Fili dejando de escribir.
«Tal vez. Preferiría no haberlo hecho», murmuro.
«¿Ella está bien?»
«Creo que sí. Ahora vive en una residencia, tiene mucho que descubrir y que descubrirse a sí misma, y afortunadamente mucho tiempo para hacerlo», respondo pensando en lo rápido que crecen los hijos.
Salgo de la consulta cansada, pero mucho más ligera después de haber hablado con Fili.

Capítulo 20

5 de junio - En la oscuridad

Camila

«¡Cuánto tiempo sin vernos! Estás más delgada, Camila, ¿estás bien?», Fili finalmente ha vuelto del congreso de psiquiatría, todos los años es lo mismo, en el mes de junio.

«Tal vez», digo de forma distante.

«¡Tal vez no! Estás realmente más delgada, y no me parece que sea solo un kilo o dos, ¿qué está pasando? No estarás haciendo dieta, ¿verdad? ¿Vómitos?» Su expresión refleja su preocupación. Él sabe lo que pasó.

«Nada de eso. No tengo apetito, intento comer, pero no tengo hambre, cada comida es un esfuerzo. Tampoco puedo dormir.»

«Vas a tener que explicarme lo que está pasando», dice Fili dando pie a que le relate las últimas semanas.

§§

Estoy parada en la fila del bar para almorzar cuando recibo una llamada. El ruido a mi alrededor es enorme y mi hermano habla muy rápido, atropellando las frases unas con otras.

«¿Vienes aquí? ¿En serio? ¿Cuándo? ¿Ha pasado algo?», pregunto sorprendida cuando entiendo lo que me está diciendo. «No, no te lo tomes a mal, no es que no quiera que vengas. Quiero mucho, pero tengo curiosidad, ¿por qué ahora? Hace años que no vienes.»

«No me quieres allí, ¿verdad?», pregunta fingiendo estar ofendido, para luego reír a carcajadas.

«No seas tonto... pero tienes que admitir que es, como mínimo, ¡inesperado! ¿Vas a decirme por qué o es un secreto?» Siento que hay algo que aún no me ha dicho y mi curiosidad va en aumento.

«Hermanita... no se te puede ocultar nada...», provoca.

«Vamos, ¿cuál es la novedad? ¿Te vas a casar?», bromeo, intentando desbloquear la conversación.

«¿Cómo lo sabes?»

Se hace un silencio monumental, él no dice nada más y yo casi dejo caer la bandeja con la comida que mientras tanto tengo en la mano.

«Estaba bromeando... ¿Cómo que te vas a casar?... Espera, déjame dejar las cosas aquí en una mesa. No puedo tener esta conversación así, tengo que sentarme», las palabras me salen desordenadas, no importa, lo que menos interesa es la corrección de mi discurso. «Listo, puedes empezar a explicarte. ¡Tienes mucho que decir!», exclamo. Veo a lo lejos a Esther que acaba de entrar y me saluda con la mano. Ahora no, pienso, mientras le devuelvo el gesto. Espero que no venga a sentarse aquí.

«Conocí a una persona...», comienza, «Trabaja aquí en Pediatrics. Empezamos a salir, una cosa llevó a la otra, y estamos viviendo juntos desde hace un mes. No te lo dije antes para no darte falsas esperanzas antes de que yo mismo entendiera si iba en serio. Él es increíble, es oncólogo, guapísimo...»

«Oye, tu opinión sobre eso no cuenta, quiero una foto...», intervengo para aliviar la tensión.

«Después, por ahora tendrás que creer en mi palabra. Ayer hicimos una fiesta en casa, y al final

de la noche, me pidió matrimonio, con anillo y todo. ¡Lo más cliché! ¿Qué podía responder?»
«¡Felicidades!», grito como si por fin hubiera entendido el mensaje. «Pero no te puedes casar con alguien que no conozco...»
«Estoy de acuerdo, y por eso lo convencí de ir hasta allí, ¿qué te parece?»
«¿Cuándo llegas?», pregunto entusiasmada, viendo a Esther que se ha acercado y está parada con la bandeja, de pie frente a mí, «Siéntate, estoy hablando con mi hermano», le digo haciendo una señal con la mano.
«¿Qué? ¿Estás hablando conmigo?»
«No, perdona. Es una colega que acaba de llegar aquí. Continúa, ¿cuándo vienen?»
«Tenemos que organizarnos. No es tan simple. Él es viudo y tiene un hijo...»
«¿Qué? ¿Un hijo? ¿Él tiene un hijo? Tú te vas a casar con él...»
«¿Estás bien? No tiene mucho sentido lo que dices», responde con una carcajada.
«¿No crees que es demasiada información en una sola frase?»
«¡Nunca necesitamos hablar mucho para entendernos!»
«Cierto...», me quedo incapaz de preguntar nada más.
«¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Julia, Mateo?»
«Julia fue al congreso de cardiotorácica. Mateo está genial... ¿Qué edad tiene el...?»
«3 años.»
Durante la conversación hasta me olvidé de contarle sobre el chantaje de mi madre, pero cuando me pregunta por Julia, el tema vuelve a perseguirme.
«No vas a creer lo que hizo mamá.»
«¿Mamá?», pregunta, sin ocultar su sorpresa.
«¡Exactamente! Fue al hospital a verla, básicamente a decirle que le conseguía un extraordinario puesto en Boston si me dejaba. Julia no se quedó callada y la puso en su lugar, ¡ya conoces a la fiera! Pero como si no fuera suficiente, vino con el mismo discurso hacia mí, cuando papá todavía estaba en el hospital. Hay algo que sigue dando vueltas en mi cabeza, ¿por qué? ¿Por qué ahora?»
Distraída con la conversación casi me olvido que Esther está, en completo silencio, sentada frente a mí. Me encojo de hombros y ella me devuelve una sonrisa, continuando comiendo.
«¿No lo sabes?», cuestiona mi hermano, que seguramente tiene alguna información que desconozco.
«No, ¿por qué? ¿Debería saberlo?»
«Creo que sé el motivo. Los favores se pagan, y pienso que llegó la hora de que ella cobre algunos. No te olvides que mamá fue el cerebro detrás de varias campañas, hizo ganar elecciones. No me sorprendería que esta vez fuera ella misma a postularse al liderazgo del partido. Si ese es el caso, es tiempo de «arreglar la casa».
No ha cambiado nada en más de treinta años, pienso. Éramos las mascotas de sus fiestas, vestidos iguales con una sonrisa estampada en el rostro. Ahora necesita un nuevo retrato familiar y Julia no puede formar parte de él. ¡Si la realidad no le da lo que quiere, entonces se cambia la realidad!
Cuando él finalmente cuelga, enfoco mi atención en Esther que ya terminó su almuerzo, mientras el mío permanece casi intacto.
«Perdona, era mi hermano», digo, sintiendo la necesidad de justificarme.
«Lo entendí.»
«¿Todo bien contigo? No esperaba verte aquí.»
«La verdad es que vine con la esperanza de encontrarte.»

«¿Cómo así?»

--

No hay nadie en casa. Tengo más o menos dos horas hasta que llegue Mateo. Enciendo la televisión y el ordenador. Aprovecho para revisar el correo, nada nuevo. Abro un artículo que estoy escribiendo y me sumerjo en el texto. Una señal sonora indica la llegada de un correo y desvía mi atención.

Camila,

Después de pensar mucho si te iba a escribir o no, opté por hacerlo, como puedes constatar en este momento.

Es extraño, incluso para mí, a quien ya le ha pasado un poco de todo, pero lo que pasó entre nosotras no sale de mi cabeza. Sé que cualquier cosa que haga de aquí en adelante solo va a estropear ese recuerdo y, sin embargo, la urgencia de poder hablar contigo se impuso sobre el más básico sentido común.

Estoy en ventaja, sé quién eres tú, y tú no sabes casi nada sobre mí. Aun así, no pude resistir decirte que no consigo dejar de pensar en ti.

Un beso (esta vez solo en palabras), hasta un día,

A.

PD: Fui a hacerme más exámenes y estoy esperando los resultados. Médicos...

Leo el texto otra vez y me levanto de la silla. Camino por la sala buscando dar sentido a lo que pasó y a lo que acaba de pasar. Vuelvo a sentarme y a leer las mismas palabras. No tiene nombre. Viene de un gmail compuesto por letras y números aparentemente sin significado, al menos para mí. ¿Quién es esta mujer? ¿Qué significan estas palabras?

§§

Fili deja el cuaderno y el bolígrafo sobre la mesa. «¿Respondiste?»

«No. En realidad lo intenté. Escribí y borré. Volví a escribir y volví a borrar. ¿Qué le voy a decir a una desconocida? Después de aquella noche ella no volvió a estar en el tren por la mañana. No quiere encontrarme. ¿Por qué?», pregunto de forma retórica, sin esperar que él me responda.

«¿Qué es lo que tú quieres?»

«¡Saber quién es ella!», digo inmediatamente.

«¿Por qué no se lo preguntas?»

Cuando salgo a la calle me doy cuenta de lo caluroso que está. El aire está sofocante y no corre ni una brisa. Inspiro profundamente y pienso en las últimas palabras de Fili: '¿Por qué no se lo preguntas?'. Tal vez por miedo, por miedo a que pueda romper el encanto.

Capítulo 21

19 de junio – Víctima

Olívia

Fili está sentado frente a mí, con la pierna cruzada y las gafas sobre la nariz. Hasta ahí nada nuevo, pero algo es diferente, no sé si soy yo que estoy impaciente, siento que necesito contarle todo. «¿Sabes Fili? Alexis ha sido incansable, no sé si sería capaz sin ella. Ella es la que debería ser apodada la Dama de Hierro, no yo.»

«¿Por qué? ¿Más problemas con Javier?», pregunta sin sonreír.

«Te voy a contar lo mismo que le dije a Alexis.»

§§

Sentada en la silla al otro lado del escritorio, miro a Alexis a los ojos, antes de soltar la bomba: «Javier se fue de casa», digo, «Llegué y simplemente sus cosas no estaban allí. Ni un mensaje, una nota, nada. Es un juego psicológico perverso que él domina por completo. Nuestra cuenta está casi a cero y no hay nada que pueda hacer. Hasta el dinero de mi sueldo retiró.» Alexis me mira y me deja hablar mientras toma algunas notas. A veces la miro y pienso que tiene su semejanza con las consultas de Fili.

«Escucha, Olívia, él es listo y seguro que está siendo bien asesorado.»

«Para que veas hasta dónde pueden llegar las cosas, ayer, cuando iba a salir por la mañana, el coche no estaba donde lo había estacionado la noche anterior. Di vueltas buscando, pensando que me había confundido. El portero estaba abajo y se acercó a mí, muy amable preguntando si pasaba algo. Le expliqué que no encontraba el coche, pensé que tal vez había sido robado... ¿Sabes lo que me contó? Que Javier había estado allí la noche anterior, hasta conversó con él sobre los resultados del fin de semana, y le dijo que se iba a llevar el coche porque necesitaba una reparación urgente... ¡¿Se puede creer?!»

«Y aun así, ¿tu decisión es la misma?», me pregunta sin mirarme.

«No puedo», respondo entre dientes, avergonzada de mí misma.

«Olívia, la violencia tiene que ser denunciada, el silencio es complaciente, es connivente. Él no va a parar. Cree que puede doblegarte.» Alexis se levanta y va junto a la ventana, quedándose unos momentos mirando a la calle.

Recuerdo la primera vez que se lo conté a alguien. Úrsula me llamó por la mañana, yo estaba en una reunión y dejé el teléfono vibrar en silencio. En cualquier otro día habría pedido salir unos minutos. Estábamos juntas hacía poco tiempo y sus llamadas hacían que mi corazón se acelerara. Pero no ese día. Cuando terminó la reunión, me sentí culpable, miré la pantalla y tenía dos mensajes, decía que me estaba esperando.

No tuve el coraje de no ir. Me abrió la puerta, me dio un beso en los labios y me preguntó sin rodeos: «¿Qué pasa? ¿Estás bien?»

No sabía qué responder, no podía decir que sí, pero no tenía las palabras correctas. Sin tener la menor idea, insistió «¿Qué pasó? Cuéntame, sabes que no hay nada que no puedas compartir conmigo.»

¡Y lo sabía! Sin poder contener las lágrimas, escondí la cara entre las manos, buscando ocultar lo

que estaba sintiendo. Durante largos minutos ella no dijo nada. Me senté en la cama y ella, en silencio, se instaló en el sofá junto a la ventana y encendió un cigarrillo. Sabía que esperaría el tiempo que fuera necesario.
No sabía qué decir. Sin proferir una sola palabra, desabroché la camisa que tenía puesta y me la quité.
«¿Qué es eso?», preguntó visiblemente perturbada. Soltó el cigarrillo, se levantó y se quedó de pie a mi lado, mirando fijamente mi hombro, sin decir nada más.
«Siéntate aquí», pedí. Obedeció, sin nunca apartar los ojos de los hematomas que me marcaban el brazo, el pecho y junto a la clavícula. «Tengo que contarte algo que nunca le he contado a nadie.»
Sin dejarme proseguir, y con extremo cuidado, como si pudiera deshacerme, se inclinó y me abrazó, en un gesto tan cariñoso que las lágrimas me volvieron a los ojos.
«Sucedió otra vez hace dos días...»
«¿Cómo que otra vez?», preguntó.
«Es una historia larga y profundamente triste. ¿Estás segura de que quieres oírla?»
«¡No! Estoy segura de que «no» quiero oírla, pero tengo aún más certeza de que necesito saberla», pasó la mano sobre mi rostro, transmitiéndome el coraje para continuar.
«Javier cambió. Siempre fue muy ambicioso, pero era un hombre afectuoso y gentil... con el ascenso en la carrera, fue teniendo más poder y más responsabilidad y empezó a beber cada vez más. El whisky se convirtió en el remedio para todo, para eventos sociales, para relajarse, para controlar el estrés, cualquier excusa servía. Se volvió agresivo y desconfiado. Al día siguiente venía siempre un pedido de disculpas... un «nunca más», y yo... yo lo fui creyendo.»
Vuelvo a fijar los ojos en Alexis, que permanece de pie, «¡No puedo! Perdona si te decepciono, pero la verdad es que no puedo.»
«No, yo soy quien pide disculpas, mi papel no es forzarte a hacer lo que no quieres, al contrario.»
«Javier me quitó muchas cosas. Destruyó mi confianza, me cambió como persona, no puedo dejar que me quite nada más. Si lo denuncio voy a ser «la víctima», y nunca más podré dejar de serlo. ¿Puedes entenderlo?»

--

«¿Hablaste con Leonor?»
«Hablé», digo y respiro hondo. «Hay algo que tú no sabes... sólo Úrsula.»
«No lo entiendo, Olívia.»
Sentada en la silla acomodo las gafas sobre la nariz y me muerdo el labio inferior hasta sentir dolor. «Antes de ir a administrar el centro oncológico, yo era anestesista en el San Joan. Me gustaba estar en el quirófano. Era buena en lo que hacía. Hasta aquel día...»
«Continúa... ¿Qué pasó?» Alexis me mira a los ojos y esboza una sonrisa, intentando transmitirme la confianza necesaria para que siga hablando.
«Era una cirugía simple, una hernia. No había nadie disponible para anestesiar en el quirófano de cirugía general y yo no tenía nada programado esa tarde. Así que fui. No conocía al paciente, pero el colega que me pasó el caso no me dio ninguna indicación especial. Ninguna recomendación o señal de alarma, nada. Confié en él. En medio del procedimiento, el paciente comenzó a descompensarse.» Me detengo sin saber cómo continuar. «Entró en parada y nadie pudo reanimarlo. Murió en la sala.»
«Qué historia tan terrible. Pero no fue tu culpa.»
«Nos acusaron de negligencia. El colega que me pasó el caso negó haberme hablado alguna vez sobre él». Me levanto de la silla y me dirijo a la ventana. Froto mecánicamente mis manos una

contra la otra, buscando encontrar la fuerza para decir lo que tiene que ser dicho. «Se lo conté a Javier. En lugar de ayudarme, me convenció de que enfrentaría un proceso terrible y que nunca más podría ejercer. Me propuso que dejara el hospital y, a cambio, él se encargaría de convencer a la administración de que no me demandaran. Quería que aceptara el puesto en la dirección del centro oncológico porque pensaba que eso podría beneficiarlo. Nunca supe exactamente qué pasó, pero el hospital llegó a un acuerdo con la familia, aceptaron mi salida y lo hicieron desaparecer todo.»

--

No sé si es mi impresión, pero Julia está diferente. Está distante, menos atenta. En las últimas dos semanas, hemos quedado y ha cancelado dos veces, cada una de ellas con una excusa poco plausible.

Abro la puerta del despacho justo cuando ella está pasando por el pasillo.

«¿Todavía estás aquí?», pregunto mirando el reloj.

«De guardia, otra vez», responde acercándose a mí.

«Entra un momento, quiero mostrarte algo», digo empujando la puerta hacia atrás para dejarla pasar.

En cuanto entra, cierro la puerta y la beso. Corresponde, pero no deja que la situación avance. Da unos pasos hacia atrás y comienza a hablar sobre un paciente inestable que podría tener que ser operado esta misma noche.

«¿Quieres que me quede? Puedo ayudar.»

«No, no es necesario. Nos vemos mañana.»

--

Ya en casa, después de una ducha y un cambio de ropa, como una porción de pizza frente al televisor y me siento mejor. Están dando una película que quería ver. Como siempre sucede, el cansancio me vence y me quedo profundamente dormida con la caja de pizza aún en mi regazo. Cuando me despierto son las dos de la madrugada. Pienso en ir a la cama, pero anticipo un insomnio. Voy a la cocina, bebo un agua con gas y vuelvo a la sala. Agarro el teléfono, que dejé sobre la mesa cuando entré, con la esperanza de tener un mensaje suyo. ¡Nada! Decido dar el primer paso: «¿Cómo estás? ¿Tienes una cama para mí?» Pasa más de media hora y no hay respuesta. Voy hasta allí a darle una sorpresa, decido en un impulso.

Entro en el ascensor del garaje y salgo en la planta de cardiotorácica, avanzo por el pasillo mal iluminado y me detengo ante la puerta de la habitación. Gentilmente, doy dos golpecitos. Espero un momento y, cuando levanto el brazo para tocar otra vez, la puerta se abre.

«¿Qué estás haciendo aquí?», pregunta con un tono áspero, sin ocultar la sorpresa.

«Pensé que querrías compañía para dormir...»

«El día no fue bueno y la noche no está siendo mejor, no sé si tengo cabeza para nada más.»

Empiezo a arrepentirme de mi decisión. De forma inesperada, me empuja contra la pared, me sujeta por las muñecas con ambas manos, haciendo presión con su cuerpo contra el mío y, sin permitirme moverme, pega su boca a la mía besándome violentamente. Me quedo aturdida y al mismo tiempo excitada. No puedo moverme, pero intento seguir su boca buscando el sabor de sus labios. Ella ora me besa, ora se desvía, en un movimiento meramente provocador. Me agarra y me tira con una fuerza que no le conocía. Me aparta de la pared y me hace caer acostada sobre la cama. Sin decir nada, me quita los pantalones y las bragas, librándose al mismo tiempo de los suyos. «¡Date la vuelta!», ordena.

No sé qué hacer, todo en esta escena me evoca los peores recuerdos, al mismo tiempo sé que es ella quien está aquí, aunque casi no puedo verla en este momento. De repente, siento una

palmada en el trasero, cuyo sonido hace eco en el silencio de la habitación. Aunque con poca fuerza, no deja de ser una nalgada. «¿No has oído? ¡Date la vuelta! ¿O prefieres que sea yo quien se encargue de eso?» Su voz suena diferente. No sé si habla en serio o si es parte del juego. Sin capacidad para preguntar, me doy la vuelta, dejando las nalgas expuestas y a su merced. Con las manos me hace doblar las rodillas y separa mis muslos. «¿A qué has venido a buscar?» Sin más preámbulos me penetra, en movimientos rápidos.

«¡Despacio, Julia! Más despacio... si no...» Ignora completamente mis palabras como si no las escuchara. Me esfuerzo en reaccionar, pero no lo consigo. La imagen de Javier cruza mi cabeza. Sé que va a ser imposible sentir algún tipo de placer, trago saliva y simulo un orgasmo, solo quiero que esto termine lo más rápido posible.

Aparentemente convencida por mi gemido, se levanta, va al baño y vuelve a entrar en la habitación ya completamente vestida con un traje azul de quirófano.

«Me han llamado, lo siento, tengo que irme». Deposita un beso en mis labios y se va.

Me quedo acostada en la cama, semidesnuda, sin saber qué hacer. Lo primero que se me ocurre es volver a cerrar la puerta con llave. ¿Qué pasaría si alguien entrara ahora?

Recuerdo las palabras de Úrsula cuando habló sobre Julia: «Vive de la conquista». No sé cómo lo sabe, pero eso ahora es de menor importancia; si tiene razón, mi historia con Julia García puede estar muy cerca del final.

--

«Sabes que no me gusta comentar la vida ajena, nunca me has oído hablar sobre los cotilleos del trabajo, pero esta vez... esta vez tengo que contarte...»

Asunción está sentada conmigo en una de las mesas del bar. Tenía un almuerzo programado con Alexis, pero me llamó ayer para decirme que se había sentido mal y que no estaría trabajando hasta el final de la semana. No sé qué pasa, pero hace unas semanas ya canceló una reunión por la misma razón.

«¿De qué estás hablando?», pregunto sin prestar mucha atención, mientras disfruto de una hamburguesa cubierta de queso derretido y un vaso de Coca-Cola. Me apetecía una cerveza, pero al final decidí que no era apropiado, considerando que estamos a mitad de un día de trabajo.

«¡De Julia!», dice, deteniéndose inmediatamente después para beber de un solo trago casi la mitad de su vaso de agua. Me estremezco, pero trato de no demostrar mi interés. Ella no tiene ni idea de lo que ese nombre significa para mí.

«¿Cómo que de Julia? ¿Qué ha hecho esta vez?», cuestiono manteniendo un tono ligero.

«Anoche, mi marido regresó de un simposio patrocinado por la industria farmacéutica... Estuvo allí durante tres días. ¿Sabes...?», dice con un aire orgulloso, «fue uno de los ponentes invitados».

No estoy entendiendo nada de la conversación. ¿Qué tiene que ver el marido de ella con Julia? Asunción sabe cómo volver una conversación circular. Tomo un sorbo de Coca-Cola, agarro una patata frita con la mano y me la meto en la boca, masticando lentamente.

«Anoche me estaba contando y me pareció extraño... él no sabe guardar secretos. Pero tengo que decirte que esta vez no me lo esperaba, ni siquiera viniendo de Julia. En uno de los días, hubo una cena de gala y ¿adivina a quién encontró? Exacto, ¡a Julia! ¿Y por qué? Porque no era nada más y nada menos que la acompañante de la presidenta de la compañía, una sueca, una estrella en ascenso. Él dice que ellas fueron el centro de atención durante toda la noche. En fin... ¡Julia en su mejor momento!» Asunción se encoge de hombros traduciendo en el gesto la inevitabilidad de la situación.

Siento el corazón latir acelerado y un mareo, tengo la sensación de que voy a vomitar, respiro

profundamente una y otra vez hasta recuperar algo de control sobre mi cuerpo.
«No pareces sorprendida...», son las primeras y únicas palabras que logro proferir, mirando a Asunción, que come tranquilamente su hamburguesa.
«Y no lo estoy. Quiero decir, me sorprende que esté con otra en público bailando en una fiesta. Pero creo que ni siquiera Camila, si lo supiera, se sorprendería. ¡Es Julia! ¡Así es, siempre lo ha sido y siempre lo será!»

§§

Le cuento mis días a Fili, haciendo reflexiones y omitiendo detalles. Por el fruncir de sus cejas sé que está incómodo, pero jamás dirá nada al respecto.
«Tienes razón en no querer vivir la vida como una «víctima», pero lo más importante es que no lo seas».

Capítulo 22

19 de junio - Amistades y amores

Camila

«Hola, ¿cómo estás, Camila?», Fili me saluda en un tono menos animado de lo habitual. A veces me pregunto cómo será su vida cuando no está sentado dentro de estas cuatro paredes. Lo conozco desde hace tanto tiempo y, en realidad, no sé nada sobre él. No deja de ser curioso, siendo que él es una de las personas que mejor me conoce.

§§

«Tu casa es muy agradable», dice Esther cuando entra en la sala, dejando su bolso en una de las sillas. Su soltura contrasta con mi nerviosismo. No hubo forma de rechazar. Tenemos que terminar una presentación hasta mañana, y lo peor es que fue por mi culpa que nos retrasamos. Hoy, cuando estaba saliendo, Esther me confrontó, y a pesar de mis argumentos sobre cómo podía terminar sola, decidió que sería mucho mejor hacer lo que falta juntas. Aún intenté rechazar, justificando que Julia está de guardia y que tenía que venir con Mateo, pero nada la disuadió; al contrario, insistió en venir conmigo.

«¿Un té? ¿Un café?»

«Una cerveza, si tienes. Al fin y al cabo, no vamos a operar a nadie, ¿verdad?», dice con ironía.

«Claro», profiero, volviendo pocos minutos después con un vaso. «Debería ser yo quien lo termine, al final fui yo quien se retrasó. Seguro que tienes cosas mejores que hacer».

Mateo entra corriendo, saliendo disparado desde la habitación en cuanto se da cuenta de que alguien ha entrado. «¿Mamá?», pregunta aún en el pasillo.

«¡No corras! Es la Doctora González, la jefa de mamá», continúo cuando llega a nuestro lado.

«¿Vas a quedarte? ¿Vas a cenar con nosotros?», cuestiona casi de inmediato. «¡Yo sé quién eres! Estaba en casa de la abuela».

«No, Mateo, la Doctora González no va a quedarse. Solo vino a ayudar a mamá con un trabajo», digo. «Estamos esperando a la mamá de tu amigo. ¿Te acuerdas? Vas a dormir allá esta noche. ¿O ya no quieres ir?», pregunto esbozando una media sonrisa.

«Claro que voy. La mochila ya está lista». Afirma como si eso fuera la constatación de lo inevitable, y desaparece con la misma velocidad con la que surgió.

«¿Avanzamos? ¿Dónde puedo conectar la computadora?» Esther hace preguntas, pero no espera respuesta para instalarse. Al mismo tiempo suena el teléfono y ella atiende de inmediato. «Sí, querida. No, no estoy en casa. Vine a terminar un trabajo». «También te amo. Claro que sé que vienes este fin de semana. Te estoy esperando». Cuelga y casi de inmediato el teléfono vuelve a sonar. Esta vez ella no atiende.

Antes de poder decir algo, se oye el sonido del timbre y Mateo reaparece, esta vez con la mochila en la espalda y la chaqueta puesta.

Cuando vuelvo a entrar en la sala, Esther ya está trabajando. «Disculpa, no pude evitar oírte hace un rato. Por favor, no dejes de hacer lo que ibas a hacer por mi causa».

«Nada de eso. Era una amiga. Si no puede hablar ahora, hablará mañana. No es nada grave. Es fundamental tener nuestros propios espacios, ¿no crees?»

La pregunta en sí no tiene nada de extraordinario, pero me suena algo inadecuada. «No sé, tal

vez. Pero también puede hacer que las personas se alejen. Si cada uno tiene su propio mundo, entonces, ¿cuál es el propósito de estar juntos?» La respuesta me sale sin que pueda contenerla. Pienso en Julia y en lo que puede estar haciendo. Algo pasó en aquel congreso. Desde entonces son menos las noches que duerme en casa que las que pasa en el hospital.
El tiempo pasa rápido y cuando miro el reloj ya son más de las diez.
«No vamos a conseguir terminarlo, ¿verdad?», indago de forma casi retórica, levantando los ojos y encarándola.
«¿Puedo ir a buscar otra cerveza?», pregunta poniéndose de pie. «No, no te levantes. Yo voy. Está en la nevera, ¿cierto? Puedo encontrarla».
Es impresionante la forma en que ocupa el espacio. Parece que la casa es de ella, reflexiono.
«¡Obvio que vamos a terminar! Tenemos hasta mañana al mediodía», dice extendiéndome una botella ya abierta.
«Encontraste la nevera y el abridor. Servicio completo. ¡Estás contratada!», bromeo.
«La batería de mi computadora no dura ni media hora más y no tengo cargador. Además, necesitamos parar para cenar. Yo, al menos, necesito comer. ¿Qué tal si nos mudamos a mi casa? Mateo ya está entregado y Julia no va a volver hoy, así que supongo que estás libre, ¿no?»
«¿A tu casa?»
«Sí. Prometo que no cocino. Pedimos cualquier cosa y yo abro un vino excelente».

El apartamento es bonito y discreto. No dejo de notar la impresionante cantidad de libros de neurocirugía cuidadosamente ordenados en la estantería que cubre la pared de la sala. Cuando ella va a la cocina, me acerco al escritorio abierto. Esparcidos sobre el tablero, varios artículos y el plan quirúrgico del hospital. Tomo la hoja. Estoy programada para operar con ella todos los días. El miércoles está prevista una cirugía de alta complejidad. ¿Por qué? ¿Por qué insiste en tenerme a su lado en el quirófano? Sin darme tiempo para más cavilaciones, vuelve a entrar en la sala con las cajas de udon en la mano.
«¿Estabas viendo el plan de la próxima semana? Tenemos un neurinoma del acústico. Vamos a intentar un procedimiento microinvasivo con un colega de otorrino. Tú vas a coordinar la técnica».
«Por favor, Doctora González...»
«Esther. Aquí en casa mi nombre es Esther».
«Cierto. Esther, yo no estoy preparada para asumir eso. ¿Y si me bloqueo? Tú sabes que puede pasar otra vez».
«Y tú sabes que no pasa conmigo a tu lado. ¿Cuántas cirugías ya hicimos? ¿En cuántas te sentiste mal?»
Es verdad. Después de aquel episodio inicial, nunca más sucedió. Es más, me he estado sintiendo cada vez mejor.
«Cuando estamos juntas siempre hay tanta gente, tanta confusión... Es bueno poder estar aquí...», interrumpe la frase a la mitad y me mira, continuando enseguida: «He pensado mucho en nosotras», dice entre dos bocados.
No me gusta el rumbo que está tomando esta conversación.
«Yo sé que tú estás acompañada», digo sin atreverme a volver a hablar de la llamada telefónica que acabo de presenciar, percibiendo cuán disparatadas suenan mis palabras.
«¿Qué significa eso?», cuestiona con una sonrisa maliciosa, posando su mano sobre mi brazo.
Le tomo la mano y la agarro entre las mías. «Que tú estás con otra persona, y yo estoy casada...»
Sin dejarme terminar, se levanta y me abraza. Siento el calor de su respiración en mi cuello. No sé qué hacer, debí haberlo anticipado. «Nosotras trabajamos juntas. Tú eres mi jefa y agradezco

mucho lo que has hecho por mí...»
Ella apoya su boca sobre la mía impidiéndome continuar, entreabre los labios y pasa suavemente la lengua sobre los míos. Arrastro la silla hacia atrás y me desvío. «Disculpa, no puedo».
Cuando voy a argumentar, pone la mano sobre mi boca, se levanta y corta el momento.
La miro, mientras en la cocina prepara dos tazas de café. Es una mujer intensa. Creo que nunca la había visto así.
Poco a poco, volvemos a absorbernos en el análisis de las imágenes y trabajamos en silencio, de no ser por el jazz que se hace oír. Son las dos de la mañana cuando admito que estoy exhausta. «No aguanto más. Vamos a tener que parar. Yo termino sola mañana».
Ella sonríe y levanta la cabeza, cerrando la pantalla de la computadora. «Hacemos mejor. Yo mañana tengo que ir al hospital y lo termino allá. Sé que estás sola y tienes a Mateo... Él vuelve mañana, ¿no?»
«Sí, antes del almuerzo. Pero ni hablar, me levanto temprano y lo acabo...»
«No sé qué hacer contigo», dice riendo. «Y no sé qué haría sin ti», agrega mientras se levanta. Me extiende la mano y me jala hacia el sofá. Sostiene mi rostro con ambas manos y me besa otra vez. Esta vez un beso sereno, un simple toque de labios.

--

Ya en casa reflexiono sobre lo que pasó. Temo que Esther me vaya a hacer la vida difícil en el hospital, pero tendré que sobrevivir.
No consigo dormir, a pesar del cansancio tengo la cabeza dando vueltas. Agarro el teléfono, puede que un juego me ayude a relajar. Distraída por un ejercicio simple, dejo pasar el tiempo. En la pantalla aparece una señal de llegada de un nuevo email. A esta hora, pienso, no debe ser nada importante. A pesar de eso, acabo por no resistir la curiosidad.

Camila,

Disculpa volver a escribirte sin que siquiera me hayas respondido. Ni siquiera estoy segura de que este sea tu email. Ya sabes cómo es, busqué en internet y fue lo que apareció. Aun así, y porque no tengo alternativa, te escribo nuevamente. Prometo que no voy a aparecer por sorpresa en tu hospital.

Si algún día lees estos mensajes, vas a pensar que estoy loca, o simplemente solitaria. Tal vez un poco de ambas. No consigo olvidar aquella noche. Es verdad que hay cosas de las que no me acuerdo muy bien. Me desmayé, ¿no?

Cuando las luces se encendieron huiste, no sé si huiste de mí, de ti, de la situación.

Me gustaría volver a estar contigo, pero no en un encuentro matutino en un vagón lleno de gente. Quiero estar contigo cuando tú quieras estar conmigo, aunque sea simplemente a través de palabras escritas en una pantalla.

Un beso, hasta un día,

A.

Son las tres de la mañana. ¿Quién envía emails a esta hora? Debe estar realmente loca y solitaria, pienso, sin evitar una sonrisa. Recuerdo el beso, el abrazo y la cadencia de su voz. Entre el cansancio y la adrenalina, las ganas de saber más sobre ella se apoderan de mí.

Lectora del libro de tapa roja,

Sin saber tu nombre, así es como te voy a tratar. Tal vez un día puedas saciar mi curiosidad y decirme qué ibas a leer en el tren en las muchas mañanas en que nos cruzamos.

Tienes el email correcto. Por favor, guarda mi tarjeta del hospital para devolvérmela cuando nos encontremos.

Camila

¿Responderá? ¿Quién es esta mujer?

§§

Fili no dice nada. Va tomando algunas notas aquí y allá, pero parece perdido en reflexiones.
«No puede pasar nada», afirmo con convicción, con la esperanza de con eso cerrar el asunto.
«¿No puede por qué? ¿Tú no quieres? ¿Ella no quiere? ¿Por qué «no puede»?»
No tengo respuesta. Él es bueno en lo que hace, pienso, sonriendo involuntariamente.

Capítulo 23

17 de julio – Bruselas

Olívia

Sentada en la sala de espera, aprovecho para descansar un poco. Hasta me alegra que Fili esté retrasado. Cierro los ojos y recuerdo los días en Bruselas, pero el pensamiento no dura ni un minuto, siendo interrumpido por su voz, «Hola Olívia, ¿quieres pasar?»

Me dirijo al despacho y me siento en mi sitio habitual.

§§

Finalmente en Bruselas, después de la invitación hecha hace tanto tiempo, ha llegado por fin el día. Por la ventana de la sala todo lo que consigo ver es el cielo completamente gris y una llovizna que cae ininterrumpidamente desde la mañana. Bruselas es así. Convencí a Úrsula de no quedarnos en el hotel del centro donde se aloja habitualmente. Alquilamos un apartamento en Petit Sablon, con vistas a una iglesia de arquitectura sublime, por lo que la vista que tengo desde la ventana a los pies de la cama es deslumbrante, incluso en un día como hoy. A pesar de la lluvia hace calor, y me pongo unos vaqueros y una camiseta para bajar las escaleras e ir hasta la cafetería. Ella salió temprano para sus interminables reuniones de trabajo. Aprovecho para tomar un capuchino con tortitas, sentada en una de las cómodas sillas cubiertas por cojines coloridos. La posibilidad de tener tiempo a solas me permite reflexionar sobre todo lo que está pasando. Estoy en una encrucijada para la cual no existe una salida directa. Tendré necesariamente que cambiar algo, y reencontrar un nuevo equilibrio.

Ella llega al final de la tarde, animada con el éxito de sus reuniones. «¿Qué has hecho?», pregunta, dándome un beso en los labios. «Ven, dúchate conmigo. Después vamos a cenar aquí mismo, en uno de estos restaurantes de la plaza, tienen un tartar maravilloso, y a ti te encanta.» Habla interrumpidamente sin dejarme responder, al mismo tiempo que va quitándose el traje y la camisa. La miro casi desnuda, nunca me canso de admirarla.

Empiezo también a desvestirme, «Voy a ducharme contigo, pero no garantizo que terminemos a tiempo para cenar.» Suelta una carcajada y entra, dejando que el agua corra sobre su cabeza. Nos quedamos así abrazadas, bajo el agua, sin decir nada, durante un largo rato.

«Al final, ¿qué has hecho hoy? ¿Has pensado en mí?», bromea, incorporándose ligeramente para besarme. En la mesa a nuestro lado una pareja conversa animadamente, devorando una olla de mejillones, ignorándonos por completo. Los pequeños gestos de ella nunca dejan de maravillarme. No recuerdo la última vez que fui besada en público. Miro hacia el espejo en la pared frente a mí, y veo que una mujer sentada en otra mesa nos observa con una sonrisa en los labios. Desvío la mirada del espejo y me concentro en Úrsula que sigue esperando.

«No he hecho mucho, me levanté tarde, tomé un desayuno fantástico, leí bastante, y pensé...», digo, bebiendo un sorbo de vino antes de continuar.

«¿Dónde estás? Sigo esperando oír tus pensamientos..., ¿o son tan impropios que no me los puedes contar?»

«Tal vez más tarde, si te portas bien», afirmo con la seriedad que me es posible, antes de echarme a reír.

La llegada de dos platos con steak tartar, cubiertos con una yema de huevo muy amarilla, que el camarero hace cuestión de mezclar delante de nosotras, me hace interrumpir la respuesta.

Me recuesto hacia atrás y la miro, Úrsula es una mujer frontal, a veces tan directa que llega a ser dura. «Quiero cambiar de trabajo. Sé que no estás de acuerdo..., pero ¡estoy harta!» Suspiro y me meto una patata en la boca.
«Te equivocas. Estoy de acuerdo. No vas a aguantar este desgaste mucho más tiempo. No quería que te fueras, no así, quería que implementaras tu plan, y que salieras en tus términos, en tu timing... Pero, ya te lo había dicho, entiendo que estés harta. Más que harta, exhausta.» Me mira a los ojos y prosigue «En este momento, el hospital es apenas una pequeña parte de los problemas que tienes..., que tenemos, por delante, y tal vez el más fácil de resolver.»
El cambio de «tienes» a «tenemos» no me pasa desapercibido. Suelto los cubiertos y agarro su mano, transmitiendo la gratitud que siento. No sé por qué, pero miro otra vez hacia el espejo, la mujer de la mesa reflejada tiene la mirada fija en nuestras manos.
«Eres graciosa. Siempre crees que todo es muy fácil. A mí nada me parece fácil de resolver. ¿Te das cuenta de que necesito un empleo, necesito más que nunca mi salario?»
«Si esa es tu preocupación puedes olvidarte de inmediato...» En todas las situaciones Úrsula es pródiga en misterios y secretos, pero hoy parece querer superarse... «Va a haber una fiesta.»
Frunzo el ceño, irritada con el cambio de tema, ¿acaso no se da cuenta de lo importante que es esto?, «Por favor, este no es el mejor momento para hablar de fiestas.»
Ella me ignora y continúa su línea de razonamiento, «Van a estar allí varias personas que te pueden ayudar. Estoy segura de que te va a gustar. Cuando tu situación en el hospital empezó a ponerse difícil, o sea, en cuanto empezaste...», dice riendo, «..., hablé con una amiga y creo que hay una oportunidad que te puede agradar.»
«¿De qué estás hablando? ¿Qué amiga..., qué oportunidad?»
Somos interrumpidas por la llegada del postre, sorbete de limón cubierto de merengue. «Está bien, si es trabajo, vamos a esa fiesta», digo sonriendo, limpiándole la boca con la servilleta.
Úrsula toca con el pie mi pierna, bajo la mesa, y me guiña un ojo. «¿En qué has pensado más?»

--

Para mi asombro, ella trajo ropa de ceremonia, está deslumbrante con unos pantalones negros y un top verde menta, con un ligero brillo. Cuando salgo del baño, considerando qué ponerme que sea apropiado para la ocasión, me encuentro con una caja blanca envuelta con una cinta dorada, posada sobre la cama. Dentro, un vestido de terciopelo y seda azul oscuro, que deja uno de los brazos y los hombros al descubierto. Otra sorpresa más.

«¡Por fin! ¡Siéntense aquí!» Desde el otro lado de la sala nos hace señas una mujer aún joven, con el pelo completamente blanco, cortado muy corto, habla alto y claramente domina el ambiente. Cuando nos acercamos se levanta, rodea a Úrsula en un abrazo y le da un beso en los labios.
«Olívia, esta es Sophia, allí están Emma, Joana y Catherine», dice señalando a cada una mientras las presenta. «¡Esta es la famosa Olívia!» Siento que me ruborizo, y me sorprende el beso. Sintiendo mi incomodidad, Úrsula pone su brazo sobre mis hombros.
Todas beben champán, agarro también una copa y doy algunos sorbos pequeños, tratando de ocultar mi nerviosismo. Joana y Catherine están sentadas muy juntas, una con la mano en la pierna de la otra. Sophia mira a Úrsula y se echa a reír: «¡No pongas esa cara!»
«Disculpen..., no lo sabía...», dice Úrsula, todavía tratando de entender.
«Tenía que pasar...», Catherine besa a Joana, confirmando con hechos aquello de lo que se habla, «..., llevo meses detrás de ella, hice todo lo que era posible, y ella mantenía ese matrimonio idiosincrático.»
«¿Dejaste a Sebastian?», pregunta Úrsula aún intentando comprender.

No tengo ni idea de quiénes están hablando.
«Lo dejé. Y ¿sabes qué? Creo que él se sintió aliviado. Seguimos trabajando juntos, ahora incluso mejor», Joana sonríe y le da una palmadita en la pierna a Catherine.
«Ellos son administradores de una de las grandes de la industria farmacéutica...» dice Úrsula, interrumpiendo la frase a la mitad. Me mira, luego a Joana, y sonríe, como si hubiera tenido un pensamiento importante que guarda para sí misma.
Sophia cambia de sofá y se sienta a mi lado: «Olívia, Úrsula habló conmigo sobre tu situación en el hospital.»
«Ya lo he decidido, y voy a salir de verdad...»
«¿Y ya sabes lo que vas a hacer después?», pregunta en un tono no más que casual.
«No tengo ni idea. Me gustaría volver a ejercer, estar en un quirófano, pero también me gusta la idea de poder cambiar algo dentro del sistema, hacerlo más humano, más personal.» A medida que hablo me voy entusiasmando, embriagada por mis propias palabras, «...Miren por ejemplo el Hospital Universitario, no sé si lo conocen, es fantástico y, sin embargo, está completamente rehén de los poderes clásicos de los barones de la medicina...» Úrsula a mi lado suelta una carcajada y mira a Sophia.
«Ella no te dijo nada, ¿verdad?», pregunta Sophia, con una sonrisa enigmática.
«¿Tú crees?», confirma Úrsula, sin dejar de reír.
«¿Qué pasa?», pregunto confundida con las sonrisas intercambiadas entre ellas.
Nadie dice nada, lo que me pone nerviosa. Finalmente es Catherine quien viene en mi rescate: «Se están metiendo contigo, Sophia fue nombrada presidenta del Universitario, toma posesión después de las vacaciones.» Ríen a carcajadas, y yo no consigo disimular mi estupefacción.
«Disculpa, ¡no lo sabía!», digo avergonzada.
«No te disculpes», dice Sophia, secándose las lágrimas de tanto reír. «Además, tienes toda la razón. ¿Qué tal poner en práctica lo que decías y empezar a cambiar desde dentro?»
«¿No entiendo?»
«Es una invitación, doctora Olívia Lopez, ¿te gustaría venir a trabajar para el equipo del Universitario?», profiere en un tono solemne y formal, si no fuera por la sonrisa que tiene en los labios.
«¿Estás hablando en serio? ¿Se están burlando de mí?», pregunto mirando primero a Sophia y luego a Úrsula.
«Creo que Sophia espera una respuesta, y mira, que sé por experiencia propia que ella no es una mujer reconocida por su paciencia.», Úrsula mira a Sophia y le guiña un ojo.
Sin nada que me haga dudar, acepto la propuesta sin siquiera preguntar qué voy a hacer. Siguen abrazos, aplausos y brindis, hasta que todas vuelven a calmarse. «Ya que estamos hablando de hospitales, Olívia, ¿qué me puedes decir sobre Julia Garcia?», indaga Sophia mirándome fijamente.
Esta noche, no paro de ser sorprendida, qué demonios de pregunta, «Bueno..., ¡es una cirujana excepcional! A veces es una persona difícil, y no es mi mayor fan, pero..., ¿qué es exactamente lo que quieres saber?» Se me ocurre, de repente, que Úrsula me dijo que Julia forma parte del grupo de la 'Esfera', si es el caso, entonces Sophia debe conocerla.
«Quería tu opinión. Yo conozco a Julia desde hace muchos años...», comienza, para enseguida ser interrumpida por Catherine.
«¡Y bien!», dice con ironía.
Ante la risa general, Sophia continúa, «Me están haciendo pasar vergüenza...»
«¡Como si eso fuera posible!», responde inmediatamente Joana.

«Cierto, yo conozco a Julia, pero eso no tiene nada que ver con su trabajo.» Noto que Úrsula me mira por el rabillo del ojo. ¡Debe estar divirtiéndose con todo esto!
«Es genial en lo que hace. Es respetada por todos.», reafirmo.
«¿Incluso por ti?», insiste Sophia.
«¡Claro!», exclamo sin pensar.
La fiesta transcurre hasta la madrugada. Bailo con Sophia y con Catherine, hasta que finalmente Úrsula me desafía para un último baile. En cuanto pone sus brazos a mi alrededor me doy cuenta de que no es exactamente sólo eso lo que pretende. Pasa las manos por el vestido en una caricia que se detiene en la parte baja de mi espalda. Los dedos siguen los márgenes del escote, se deslizan suavemente a lo largo del brazo desnudo, hasta entrelazarse en mi mano, en un gesto de complicidad. Me envuelve en un beso prolongado, luego, apoya los labios en mi oído y murmura palabras provocadoras, frases sueltas, sabiendo perfectamente su efecto.
«Aquí no.», respondo en voz baja, al mismo tiempo que aparto una de sus manos.
«¿Por qué? A nadie le importa.»
Empiezo a darme cuenta de que no será fácil detenerla. Siento el corazón latir más rápido y la respiración acelerada. «¡Te deseo!», le digo al oído, cambiando de estrategia.
«¿Puedes ser más precisa?», murmura mientras me lame la oreja.
«Tu boca..., donde tú sabes.»
«¿Sólo la boca?»
«Por favor...»
Ella entra en el juego, y sube la apuesta, «¿Y Julia?»
Me estremezco, «¿Qué pasa con Julia?»
«Dijiste que era extraordinaria...»

§§

Lo que pasó en Bruselas, se queda en Bruselas. Miro a Fili y le cuento lo que puedo, omitiendo los detalles de la fiesta. «Sabes Fili, Úrsula conoce a todo el mundo, es impresionante. Acabé por conseguir un nuevo trabajo.»
«Es una buena amiga.», me responde.
«¿Amiga? ¿Así es como la ves?», pregunto sorprendida.
«Dime tú. ¿Cuál es su papel en tu vida?»
Sin darme tiempo a responder, Fili termina la consulta, levantándose y acompañándome hasta la puerta. Ya fuera, me detengo a pensar en su pregunta, ¿cómo debería llamar a Úrsula, amante?

Capítulo 24

17 de julio - Decisiones

Camila

«¡Me he separado de Julia!» Es lo primero que digo cuando me siento en el sofá frente a Fili.
«Tardé, pero llegué a mi límite...»
«¿Cómo que te has separado de Julia?» Se quedó realmente sorprendido, creo que hacía mucho que esperaba esta noticia y, sin embargo, no esperaba que un día apareciera con el hecho ya consumado.

§§

Finalmente el sonido que tanto espero, la llave gira en la cerradura. Oigo el sonido de ella dejando las cosas en la mesa de la entrada, y enseguida su voz «¿Camila?»
«Estoy aquí.» Respondo, esperando que llegue hasta mí.
«¿Dónde está Mateo? ¿Ha pasado algo?» Mirándome y viendo la botella de cerveza que tengo en la mano, va hasta la cocina y vuelve, también ella, con una cerveza.
«Está genial, se va a quedar con Paloma. Nosotras tenemos que hablar.» Mientras hablo, su teléfono suena. Saca el aparato del bolsillo, mira la pantalla, pero no esboza ninguna respuesta.
«¿De qué tenemos que hablar esta vez?», ironiza.
«Quiero separarme, Julia. Ya lo he decidido, me voy a quedar en un aparthotel con Mateo, y luego ya veremos.»
«¡No puedes estar hablando en serio!» exclama de inmediato a gritos. «¿Qué ha pasado? ¿Te han dicho algo?»
«¿Por qué? ¿Hay algo que decir?» Mi pregunta es retórica, pero no es esa la causa de la decisión.
«No, no me han dicho nada, si tu pregunta tiene que ver con las personas con las que has estado, nadie me ha dicho nada, pero los mensajes en tu móvil son muy explícitos.»
«Vamos Camila, fue una noche, a cientos de kilómetros de aquí. Bebimos unas copas, bailamos y nada más. Es una amiga, tú eres la única persona...» Se acerca y pega sus labios a los míos, buscando un beso. Le correspondo y me dejo besar.
«No vamos a resolver esto con besos, no esta vez», pronuncio, mientras me aparto, dejando la mano sobre su pierna. «¿Y sabes por qué? Porque, esta vez, yo no estoy enfadada, no estoy celosa. Yo vi los mensajes, vi las fotografías, y no sentí nada, nada, ¿entiendes?», miro atentamente a sus ojos verdes, los ojos donde me perdí tantas veces a lo largo de los años.
Ella se sienta sobre mis rodillas, agarra mis manos con las suyas, y vuelve a besarme, recorriendo mi boca con la lengua en una danza antigua, plagada de recuerdos. «¡Te amo, y tú lo sabes!»
Me aparto otra vez, deslizándome hacia un lado, dejando que ella vuelva a sentarse en el sofá.
«Yo sé que tú me amas, pero también sé que eso no es suficiente. Tardé mucho en darme cuenta. Tenemos la obligación de luchar para ser felices..., no medianamente felices, sino lo más feliz que se puede ser, y mira que somos ambiciosas», comento forzando una sonrisa, «Llegué a la conclusión de que tenemos que librar esa lucha cada una por su lado.»
Cuando interviene, su tono es bajo y ronco, al contrario de otras conversaciones en las que defendió sus argumentos a gritos, «No te quiero perder.»

«No me vas a perder. Tú necesitas aventura y yo no puedo ser eso en tu vida, pero tampoco puedo ser alguien que te tiene en el intervalo de tus conquistas.» La miro, está pálida y se muerde el labio inferior, en un gesto repetido.
«Quería llevarte a la cama...» A pesar de las palabras no hace ningún movimiento en mi dirección.

§§

«Enhorabuena, sé lo difícil que debe haber sido.» Fili descruza la pierna y vuelve a cruzarla en sentido contrario, un movimiento característico cuando quiere relajarse. Luego se ajusta las gafas sobre la nariz, usando solo el dedo índice.
«No sé si enhorabuena es la palabra adecuada», digo, «Acabamos cenando en casa y continuando hablando. Fue necesario decidir que ya no había forma de continuar para ser capaces de tener una conversación, ¡la vida es curiosa!»

§§

Llego a casa de Paloma casi a la hora de cenar. Es un final de tarde sublime, y nos quedamos sentadas en la terraza. Es el último piso de un edificio de siete plantas, con una vista despejada sobre un jardín que se extiende a poca distancia.
«Tengo varias cosas que contarte...», respiro hondo, antes de soltar la bomba: «Me he separado de Julia.»
Paloma se inclina hacia delante en la silla, como si no hubiera oído bien, «¿Qué?», pregunta incrédula.
«Eso mismo que has oído, me he separado de Julia.»
«Pero, ¿por qué? Quiero decir, ¿por qué ahora?»
«Podría haber sido la semana pasada o la próxima, pero acabó siendo ayer. Creo que no hay ningún motivo, era el momento adecuado.»
«Tú mereces ser feliz, y Julia... Julia no vive en el mismo registro que tú.» Interrumpe y bebe lo que queda de agua, del vaso que había dejado en el suelo. «Venga, vamos dentro a buscar una copa de vino, necesito algo más fuerte que agua.» A nuestro paso, Mateo saluda con la mano, y vuelve a fijarse en la televisión, no sin antes decir con su voz dulce, «Mira, mira, Paloma, ve cuántos puntos he hecho..., ¡voy a quedar por delante de ti!», ella sonríe y aplaude.
Volvemos a sentarnos, esta vez con una copa de vino blanco.
«Todavía no he podido interiorizarlo. ¿Tú estás bien?»
«Me siento aliviada, libre. Pero, echo de menos a Julia, la echo de menos incluso antes de dejar de estar con ella.» Aprovecho el momento de confesiones y le cuento lo que pasó con Esther.
«¿Ella te besó? ¡No me lo creo!», dice con lágrimas en los ojos.
«¡Grande Camila! ¡Diste cuenta de Julia y de Esther no es para todos!», dice en tono jocoso. «Está bueno, ¿no?» Sin esperar a que responda, coge la botella y vuelve a llenar las copas. «Mateo...», llama en voz alta para que él pueda oír, «...¿quieres un helado?» Inmediatamente se oye el ruido de pasos corriendo en el suelo de madera. Entra en la cocina con el mando del juego en una mano y la otra ya extendida.
La relación de ellos es fantástica y eso me pone contenta. «¿Y tú? ¿No has hecho más masajes?»
«Sí.»
«¿En serio? ¿Volviste allí?»
«Claro que sí. Pero esta vez, cuando él entró en la sala, yo me levanté y lo encaré. En un primer

momento se asustó. No sé si por lo inesperado, o por pensar que yo podía estar enfadada. Le pedí que habláramos fuera de allí, acabé confesando que me había gustado y quería más, pero no así, a oscuras, en una camilla. Salimos, y acabamos aquí en casa, qué te puedo decir, es una compañía excelente. ¡Lástima que me quedé sin masajista!»

--

En las últimas semanas intercambié varios emails con la Lectora del libro de tapa roja. Creo que puede ser el inicio de la más improbable de las amistades. El no haber hablado nunca, el no saber quién es ella, me da una libertad que nunca había imaginado. Después de haberse desmayado dos veces, una de ellas en el trabajo, decidió finalmente tomarse en serio la situación, aun así, tiene tanto miedo que temo que no se haya hecho las pruebas necesarias. Espero que no tenga nada grave.

Camila,

Estoy de vacaciones en Roma, creo que nunca te dije, pero mis padres nacieron en Italia, y yo viví aquí durante más de diez años. Es extraño volver, al mismo tiempo es gracioso ver cómo nuestra memoria guarda lo verdaderamente importante, sin que eso sea nunca nada relevante en el horizonte general de las cosas. Pequeños detalles, un olor, una comida, una imagen.

Me acordé de la primera vez que te vi en el tren. Llevabas un abrigo azul, abrochado hasta arriba, y mirabas por la ventana sin prestar atención a quién entraba y salía. En un momento dado sonreíste, no sé por qué, me fijé en los hoyuelos que haces en las mejillas y en la forma en que tu rostro se ilumina. Me quedé prendida en esa mirada. Tuve la sensación de que te diste cuenta, y fingí fijarme en el libro. Tal vez algún día, en persona, te pueda contar lo que estaba leyendo.

Hasta pronto,

A.

§§

«¿Será Camila? ¿Será el inicio de una amistad?», pregunta Fili ya en el quicio de la puerta, mientras se despide de mí con un apretón de manos.

Las palabras siguen martilleando en mi cabeza mucho después de haber abandonado la consulta. ¿Qué quiso decir?

Capítulo 25

21 de agosto - Vacaciones

Olívia

«¡Fili, qué buen aspecto! Las vacaciones deben haber sido fantásticas, vienes con otra cara.» El tiempo me ha dado la confianza para hablarle así. Muchas veces olvido que esta es una relación terapéutica, y siento que estoy conversando con un amigo de toda la vida.

«Fueron de hecho revigorizantes...», es todo lo que me responde, pasando de inmediato al contraataque, «¿Y tú?»

«Úrsula alquiló una pequeña casa en el sur de Francia, un sitio paradisíaco, un lugar hecho para olvidarnos del mundo. Conversamos, leímos y..., bueno, no necesito explicarte...», digo sonriendo.

§§

Al fin, de vacaciones. Aunque no hace tanto calor como durante el día, no se puede decir que esté fresco. Úrsula, en su bikini de un blanco inmaculado, que deja entrever la seguridad que siente en su propio cuerpo, se zambulle, reapareciendo al otro lado de la piscina. Sacude la cabeza para quitarse las gotas de agua atrapadas en el pelo, y con cuatro o cinco brazadas llega hasta mí. Se alza fuera de la piscina, mojándome toda con las salpicaduras y me besa suavemente en los labios, aprovechando para pasar los dedos por mi vientre, por mi pecho, llegando hasta el cuello, para luego volver a bajar. Le doy una palmada en la mano, riendo y empujándola a un lado. «No pierdes el tiempo, ¿verdad?»

«Llevas mucho rato al sol, sólo quería refrescarte.»

«¿Y así crees que lo consigues?» Reímos ambas.

Se tumba a mi lado y me tiende un vaso de zumo que estaba sobre la mesa. La observo mientras bebe el suyo. Después de vaciar la mitad de un solo trago, vuelve a dejar el vaso y, viniendo de la nada me pregunta, «¿Has tenido noticias de Julia?»

Soy, como de costumbre, pillada desprevenida. No sólo porque no sé cómo está Julia, sino por no esperar que este sea un tema de conversación. Mejor así, no me concierne.

«No tengo ni idea», respondo, mientras intento encuadrar mejor el contexto. Es la segunda vez, en poco tiempo, que se refiere a ella.

Recuerdo nuestra noche en Bruselas, cuando, después de la fiesta, entramos en la habitación y me preguntó por Julia.

«¿Qué quieres saber?», pregunté. Esa noche no dejé de sorprenderme con todo.

«Quiero saber en qué estabas pensando cuando dijiste que era extraordinaria..., no eres la primera persona que oigo decir que Julia García es «extraordinaria»...»

«¿Nunca tuviste curiosidad por evaluarlo por ti misma?» indagué, pisando todos los riesgos.

Úrsula no me respondió, se quitó el top, y abrió la cremallera de mi vestido.

«¡Estás sin sujetador!», exclamó sorprendida, cuando el vestido se deslizó y cayó al suelo.

«No tuve elección. No viajé preparada, todos mis sujetadores eran incompatibles con el escote de este vestido.» Clavé mis ojos en los suyos, y reconocí en ellos el brillo de la excitación.

Mientras me besa ávidamente, puso los brazos alrededor de mi cuello, y me atrajo hacia abajo.

Pasó las manos sobre mi piel desnuda, haciéndome gemir bajito. Los dedos pasaban lentamente sobre la fina tela de las bragas que todavía llevaba puestas, se deslizaban por dentro y por fuera de los elásticos, dejándome cada vez con más urgencia.
«Háblame de Julia...», me dijo al oído.
Mi corazón volvió a acelerarse, una mezcla de asombro y deseo, «¿Quieres saber si la dejo tocarme así?»
«¿Así cómo? ¿Aquí?», preguntó, presionando los dedos entre mis piernas.
«No hagas eso...., así no puedo hablar...», junté las rodillas, intentando recuperar algo de calma. «Julia está acostumbrada a tener el control, pero fruto de las circunstancias, en las pocas veces que estuvimos juntas, se dejó llevar...»
Mis palabras la hicieron intensificar el toque, la velocidad de sus dedos aumentó, percibiendo que no era el momento de ser suave. En lo que de mí dependiera, íbamos a llevar este juego hasta las últimas consecuencias, «Sentí su cuerpo en mis manos, la oí gemir de placer en mi oído...»
Úrsula se detuvo, se deshizo del resto de la ropa, y quedamos desnudas. Ella sabe cómo provocarme, y parecía decidida a poner a prueba los límites. «¡Continúa!»
«La gran cirujana, tan sensual, tan vulnerable, entregada a su propio deseo...», suspiré y volví a recordar el momento, «Recuerdo querer que no acabara y, al mismo tiempo, sentir crecer la excitación, saber que la haría entrar en éxtasis en cuanto decidiera hacerlo». Aunque intentaba continuar, la voz me salía cada vez más débil.
Como si oyera mis pensamientos, Úrsula me sujetó, se inclinó y me besó, una y otra vez, dejando su cuerpo sobre el mío, mientras yo buscaba, de forma vana, retrasar un orgasmo inevitable. Con la boca pegada a mi oído murmuró «Liv...».
Sentí aumentar el pulso entre las piernas, la respiración atrapada en la garganta, ella nunca me había llamado así, esas eran palabras de Julia..., ¿cómo? No valía la pena ni intentar contener lo que era inevitable, cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás, y me entregué a un éxtasis, que parecía no terminar.

Vuelvo al presente, oyéndola insistir: «Quiero entender mejor qué es lo que pasa entre ustedes», enciende un cigarrillo, y continúa, «No pongas esa cara, tú sabes que me gusta saberlo todo», inhala profundamente, soltando una nube de humo. Lleva el índice a la boca y lo coloca entre los labios en un gesto provocador. «Pero, mi pregunta no es tan colorida como estás pensando. Puedes dejar de sonreír...», dice con sarcasmo, «¿Qué opinas de que Julia te sustituya en la dirección del Central?»
«¿Qué?», pregunto incrédula, sentándome en la silla.
«Si tú te vas al Universitario, alguien tiene que sustituirte en el Central, ¿no crees?»
«Claro, pero..., ¿qué tienes tú que ver con eso? ¿Julia, en la dirección? ¿Crees que quiere dejar de operar?», hago preguntas una tras otra, y no le doy tiempo a que responda. Seguir hablando es, también, una forma de protegerme de información que no sé si quiero tener.
«¡¿Ya terminaste?! ¿Quieres que responda, o son preguntas retóricas?», fuma lentamente lo que queda del cigarrillo, «Vuelvo a preguntarte, ¿qué es lo que pasa entre ustedes? ¿Es sólo sexo?» Cuando termina la frase, apaga el cigarrillo, y me besa.
Aparto el rostro. Me quedo quieta y callada, no sé qué es lo que quiere oír, y aunque lo supiera, no sé la respuesta a su pregunta.
Ella no permite que me aleje y, con ternura, sostiene mi barbilla, «Te adoro de todas las formas posibles, nosotras somos nosotras, y con ella siempre será algo diferente», afirma con una convicción inquebrantable, volviendo a besarme.

Esta vez, correspondo.
«No sé responderte, o mejor, no pasa absolutamente nada, y, si quieres saberlo, no creo que vaya a pasar nada más en el futuro. No la veo hace mucho tiempo. La última vez que estuvimos juntas, quise darle una sorpresa..., salió pésimamente.»
«Ok, entonces, te hago la pregunta de otra manera, ¿qué te gustaría que pasara?»
Aquí vamos, hablar con Úrsula exige la verdad, no importa lo difícil que pueda ser.
«Ella tiene un magnetismo, una capacidad de seducción..., no sé explicarte..., tiene algo diferente.», respondo, a falta de algo mejor.
«No eres la única en decir eso...», murmura Úrsula, de forma casi imperceptible.
«El contraste entre la persona agresiva que es en el hospital, y la Julia frágil y dulce, que se entrega en mis brazos, me tiene rendida.», suspiro, «Pero, ¡nada de esto es real! La realidad es muy diferente... Yo fui una conquista más, un trofeo que no vale nada, apenas uno más en la estantería. Eso quedó muy claro la última vez que nos encontramos.» No es fácil asumir esto en voz alta.
«Creo que estás equivocada. Ya te lo dije, conozco a Julia, y su fama, desde hace mucho, mucho tiempo, escuché a muchas mujeres describir encuentros y desencuentros con Julia García, y te digo que hay algo que nunca antes escuché...», a Úrsula le gustan los momentos de suspenso y hace una pausa casi teatral.
«¿Qué?», pregunto ansiosa.
«¡Nunca escuché a nadie decir que ella se entrega!», suspira y me mira, «Deberías pensar en lo que eso significa.»
La frase se queda martillando en mi cabeza, «nunca escuché a nadie decir que ella se entrega». Buscando cambiar de tema, vuelvo atrás en la conversación, «¿Qué estabas diciendo sobre la dirección clínica? No llegaste a responderme.»
«Hiciste tantas preguntas, y diste tantas respuestas, que pensé que no era necesario decir nada más.»
«No bromees, dime lo que ibas a decir...» Hago pucheros, fingiendo estar ofendida.
«La Presidenta del Central habló conmigo..., ella es amiga de Sophia. Sabiendo de tu salida, le preguntó qué opinaba de Julia para el puesto.»
«¿Y?»
«Sophia acabó sugiriéndole que hablara conmigo y ella me llamó. Le dije lo que yo pienso, pero quedé en saber tu opinión. Si me dices que no tiene perfil, el asunto muere aquí...»
Intervengo, cortando la frase, «No, yo no dije eso. La verdad es que no conozco a Julia. Oscilamos entre discusiones a gritos y gemidos de placer, y despreciamos todo lo que podría estar en el medio.»
«Ustedes son extraordinarias en ese juego. Pero, Olívia, no te olvides, que es un juego peligroso.»

§§

«Sabes, Fili, aquella conversación con Úrsula, me hizo pensar en Julia de otra manera.»
«¿Estás enamorada?»
«Es una palabra complicada, pero me gustaría haberla conocido en otras circunstancias. Con todo esto olvidé contarte algo importante, al día siguiente de haber vuelto al hospital, ingresó Mateo, el hijo de Julia...»

Capítulo 26

21 de agosto - Rupturas

Camila

Cuando entro en la consulta, lo primero que noto es que hay un nuevo cuadro en la pared del fondo, una fotografía en blanco y negro de la línea del horizonte en una playa que, dada la falta de referencias, no logro ubicar. ¿Habrá sido Fili quien la fotografió? No sé casi nada sobre él, dónde pasa las vacaciones, con quién, nada.

«¿Qué tal las vacaciones?», pregunta, sentado en el sofá de siempre. Empuja las gafas hacia atrás con el índice, coge el cuaderno y cruza la pierna. De inmediato, mis ojos se desvían hacia sus calcetines que asoman entre los pantalones y las zapatillas, calcetines negros salpicados de diminutas sombrillas de todos los colores. Sin duda, es una buena elección.

§§

Al no poder irme de vacaciones con Julia, acabo invitando a Paloma a venir conmigo y con Mateo. La primera semana pasa volando. Paloma se levanta al amanecer para correr y luego se dedica a cuidar de Mateo. Desayunan, dan largos paseos, juegan al fútbol y construyen piscinas junto al mar. Por primera vez desde que nació, tengo el privilegio de quedarme tumbada en la arena sin tener que levantar la cabeza constantemente.

La mayoría de los días cenamos en el hotel. Después de tanta actividad, él cae rendido en la cama antes de las nueve.

Durante la noche, Mateo se despierta llamándome. Cuando llego a la habitación, está de pie junto a la puerta y vomita antes de que podamos llegar al baño. Después de calmarlo, lo acuesto en mi cama y se duerme. Por la mañana parece estar mucho mejor. Come un poco de cereales y se tumba en el sofá a ver dibujos animados.

«¿Crees que deberíamos volver? Vamos al hospital», dice Paloma, mirándolo mientras duerme y ronca suavemente.

«Los niños tienen estas cosas, no es nada. Vomita unas cuantas veces y se pone bien.» Ya he llamado a Julia y ella también lo cree. No merece la pena interrumpir las vacaciones. A propósito de Julia, ¿no te dije que me contó que ya ha alquilado un apartamento? Se muda a principios de octubre.

«¿Estaba contenta?»

«¡No! Quiero decir, creo que sí, pero no paraba de decir que no. Mi vida parece un carrusel, y la de Julia una montaña rusa. La echo de menos», son mis últimas palabras antes de cambiar de tema, «¿Y tú?»

Mateo se despierta a gritos, «¡Mammy, mammy! Me duele mucho... ¡aquí!», dice señalando el ombligo, justo antes de levantarse y vomitar a chorro en el suelo.

Corro hacia él, «¡Calma, Mateo! Calma, ya te pondrás mejor», afirmo mientras lo cojo en brazos y lo llevo al baño.

Paloma se queda en la sala e intenta limpiar un poco del líquido que se esparce por la alfombra, minimizando los daños. «¿Quieres que vaya? ¿Necesitas ayuda?»

«Trae el termómetro, está dentro del bolso, en el compartimento lateral.»

Está pálido y tiene profundas ojeras. Llora bajito y se agarra la barriga con dolor. Tiene casi 39°C.

«Tenemos que ir al hospital», ni siquiera sería necesario decirlo, pues Paloma ya está en la habitación haciendo las maletas.
Llamo a Julia y le resumo lo que está pasando, «Es apendicitis, ¿verdad? Deberíamos haber ido enseguida».
«¡Tranquila! No podías adivinarlo. Solo estaba indispuesto. Calma. Venid con cuidado, yo os espero aquí». Durante el viaje de casi tres horas, Julia llama más de cinco veces. En la última, ya estamos casi llegando.
«Camila, me han llamado al quirófano. Hay una emergencia, voy a tener que ir. Todos están avisados de que vais a llegar. Los colegas de cirugía pediátrica os están esperando. Por favor, pide que me den noticias en cuanto sepan algo. ¡Sabes que os adoro!» Pobre Julia, pienso. Víctima de su propio éxito.

--

Uno de los dos cirujanos que ha operado a Mateo aparece en la puerta de la habitación. Salto de la silla como si tuviera un resorte. Aunque han pasado poco más de dos horas, a mí me parece una eternidad. Paloma se ha quedado aquí, y permanece sentada junto a la cama de Mateo, por ahora vacía.
«Ha ido bien», me tranquiliza, «La cirugía ha sido más larga de lo previsto. La situación ya no solo involucraba el apéndice. Menos mal que vinisteis, unas horas más y podría haber sido muy grave. Mi colega ha ido ahora al quirófano de cardiotorácica, y Julia también ya sabe que todo ha ido bien».
Agradezco, aliviada. Espero a que salga y me enfrento a Paloma, «¡Deberíamos haber venido antes!» Avanzo hasta ella y le doy un abrazo. «Ve a descansar, vete a casa, yo estoy bien. Julia debe estar al llegar».
«¿Estás intentando deshacerte de mí?», pregunta forzando una sonrisa.
En ese mismo instante, la puerta se abre y entran de golpe en la habitación mi madre, mi padre y, justo detrás, pegada a ellos, Julia.
La situación es, como mínimo, extraña, todos de pie mirándonos unos a otros, sin que nadie sepa qué decir. Para no variar, es mi madre la primera en reaccionar y lo hace de la peor manera posible. Da unos pasos en mi dirección y dice a gritos: «¿Cómo tienes el valor de no avisarnos de que nuestro nieto está en peligro? Ya me he enterado de lo que ha pasado. ¡Mateo casi muere porque tú decidiste continuar tus vacaciones en vez de traerlo al hospital!»
«¡No hable así! ¡Y no hable de lo que no sabe!», interviene Julia.
«No necesito sus consejos, ¡estoy hablando con mi hija! Nunca está presente, así que si pasa algo, es tan culpable como ella», estira un dedo acusador en dirección ora de una ora de otra. «Y usted, ¿quién es? ¿Qué está haciendo aquí?» La pregunta es grosera y dirigida directamente a Paloma.
«No te atrevas a hablarle así a mi amiga», digo, «¡No te lo permito!»
«Amiga, ¿ahora se llama así? ¡Pensé que tenía otro nombre! ¿Estabas con tu amiga en el hotel? Y Julia, por lo que parece, trabajando...»
En medio de la confusión, alguien abre la puerta, entra y vuelve a cerrarla. La reconozco, es Olívia. Dice un rápido «buenas noches» y, literalmente, arrastra a Julia por la manga de la bata hacia un rincón. Hablan durante unos minutos, pero desde la distancia no consigo entender lo que dicen. Julia asiente con la cabeza y, enseguida, sale sin decir nada. No puedo ir tras ella y dejar a Paloma expuesta a la ira de mi madre, que sigue gritando, sin sentirse mínimamente afectada por la entrada de Olívia.
«Si le pasa algo a mi nieto...», la frase queda inacabada. Es este su modus operandi.

«No va a pasar nada», afirma tajantemente Olívia, mirándola a los ojos. «Probablemente no se acuerda de mí, yo estuve en la cirugía de su marido...»
Mi madre no la deja terminar, «Sé perfectamente quién es...» Otra frase en suspenso. «El amigo que me llamó no dejó de mencionar que estaban esperando que hubiera un anestesista disponible para poder entrar en quirófano... ¡a lo que hemos llegado!»
Así que fue así como se enteró.
«Esperaron demasiado, primero esta...», dice volviendo a señalarme, «...después vosotros, que no tenéis equipos en condiciones...»
«Está exaltada, lo comprendo, pero no puede estar aquí a gritos. Venga, vamos a mi despacho, estará más cómoda». Olívia demuestra una enorme sangre fría en medio del tumulto y mantiene la compostura.
«¡Ni hablar! Voy a quedarme aquí, o mejor voy arriba al postoperatorio». Mi madre no pierde la arrogancia y prosigue en el mismo tono.
En un abrir y cerrar de ojos, pierdo la cabeza y grito, aún más alto que ella: «¡Salid inmediatamente de esta habitación los dos!», señalándolos a ambos, «Si no salís ahora, juro que llamo a seguridad. No quiero volver a veros ni aquí, ni en ningún lado. ¡Fuera!»
Mi madre aún intenta decir algo, pero mi padre, que ha permanecido siempre callado, la agarra del brazo y, de forma delicada pero firme, se la lleva al pasillo.
Estoy muy cerca del límite, he aguantado todo lo que he podido durante las últimas horas, pero ahora... Me dejo caer sentada sobre la cama y escondo la cara en la almohada donde Mateo estuvo acostado. Quiero llorar, pero no puedo. Agarro la almohada con una fuerza exagerada y en un gesto de rabia la arrojo contra la pared. La almohada hace un ruido seco y cae al suelo. Olívia, de pie, apoyada en la ventana, mira primero hacia mí y después hacia la almohada blanca tirada en el linóleo gris. Va hasta allí, la recoge y la coloca sobre la cama como si no hubiera pasado nada. Instantes después, es Julia quien entra en la habitación. Sin tener la más mínima noción de lo que acaba de ocurrir, mira alrededor: «¿Dónde están tus padres?», pregunta. Está lívida, su rostro refleja una preocupación que me deja aterrada.
«Los eché», declaro. No soy capaz de preguntar qué pasa, porque estoy segura de que ha ocurrido algo.
«Mateo no está bien. Tiene fiebre y el débito urinario es bajo. Lo han llevado a la UCI pediátrica». Se sienta en el borde de la cama y llora convulsivamente. Es un llanto silencioso y, al mismo tiempo, un grito en su intensidad. Olívia se acerca a ella y le acaricia el pelo. Me sorprende el gesto, pero no tengo capacidad para reflexionar sobre eso. ¿Qué he hecho? ¿Qué es lo que no vi? Mi madre cree que tengo la culpa.
Paloma viene hacia mí, con la botella de agua que está sobre la mesa, «¡Bebe! Estás pálida. Estás temblando», dice abrazándome. «Escucha, yo estaba contigo y vi lo que pasó, no había forma de saberlo, fue muy rápido. No tienes la culpa de nada. Por favor, Camila..., sé que estás oyendo y repitiendo las palabras de tu madre, pero, por favor, ¡para! En unos días estarán en casa y todo no habrá sido más que un susto».
«No puedo..., no puedo».
«¿No puedes qué?», me pregunta.
«No puedo respirar...»
Olívia interviene con su voz calmada, me pone el brazo alrededor de los hombros, «Claro que puedes. Mantén el ritmo, respira despacio, sopla el aire por la boca, ya sabes cómo es». Delante de mí va respirando al mismo ritmo. Poco a poco me calmo y dejo de temblar. «¿Estás mejor? Vamos arriba, yo voy dentro a ver cómo está. Quizás al menos una de vosotras pueda quedarse

con él».
Seguimos tras ella, por el pasillo, y en el ascensor hasta la séptima planta. Cuando llegamos junto a la puerta cerrada de acceso a la UCI, siento otra vez las piernas temblar y todo se oscurece. Julia, a mi lado, se anticipa y me agarra en el momento exacto en que las rodillas pierden fuerza.
«Tienes que calmarte. No podías adivinarlo. Paloma tiene razón, se pondrá bien», dice, ya sentada a mi lado en la sala de espera.
«¿Y si pasa algo? ¿Y si ha habido contaminación? No estaba orinando, tú lo dijiste».
«No vale la pena quedarse en el «y si...», tenemos que creer que está en las mejores manos posibles y que se recuperará».
Levanto la cabeza y veo a Olívia que camina en nuestra dirección. «Se ha despertado y parece estar mucho mejor. Os ha llamado. Podéis entrar las dos, y después una de vosotras puede quedarse y pasar la noche con él. Por lo que he entendido, el apéndice estaba en una posición poco habitual. Eso disimuló los síntomas y dificultó el abordaje. La situación está controlada. Mateo se recuperará totalmente».

§§

«¡Han sido días difíciles!», exclama Fili, interrumpiendo mi reflexión.
«¡Muchísimo! Mateo estuvo cuarenta y ocho horas en la UCI, y ahora está en la habitación, le darán el alta pronto. Paloma es incansable, siempre está ahí. Julia también, parece exhausta».
«¿Y tus padres?», pregunta, sabiendo lo delicado que es el tema.
«¿Recuerdas que, hace mucho tiempo, hablamos sobre lo difícil que es romper?» Lo miro, intentando percibir si se acuerda de esta conversación en particular.
«Por supuesto que sí», responde de inmediato.
«¡Este fue mi punto sin retorno! Se acabó. El personaje que soy, o mejor dicho que era, cuando estaba con ellos, murió, fue asesinado por las palabras de mi madre y el silencio de mi padre».

Capítulo 27

25 de septiembre – Mundos paralelos

Olívia

«Sabes Fili, cuando crucé las amplias puertas de entrada, de vidrio transparente, del Hospital Universitario, fui transportada al día en que entré en el Central, cuántas cosas han pasado desde principios de año», digo cerrando los ojos por unos instantes.

«Es verdad Olívia, han sido tiempos turbulentos, pero no por ello malos», responde, dejando de escribir y mirándome.

§§

El ambiente aquí es muy diferente al de mi hospital, pienso, viendo a Sophia acercarse a grandes zancadas. Ella viene a mi encuentro en el atrio, aunque hemos hablado varias veces, no la veía desde Bruselas. Esboza una sonrisa radiante y me tiende los brazos, envolviéndome en un abrazo. Siendo un gesto más discreto y más rápido que otros en diferentes circunstancias, no deja de ser cálido.

«¡Bienvenida al Hospital Universitario, tu nuevo hogar! No sabes cuánto me alegra recibirte aquí...» No disimulo el nerviosismo y ella lo percibe en mi rostro. «No estés nerviosa. Ven, vamos arriba, he reunido a un pequeño grupo de personas en mi despacho para presentarte. Sabemos que solo tomas posesión a principios de año, pero están ansiosos por conocerte. Además, tenemos una cuestión complicada, y quería tu opinión».

«¿Qué ha pasado? ¿Ocurrió algo?», pregunto un tanto afligida, sabiendo que no me puedo permitir fallar en este abordaje.

Sophia me conduce por los pasillos y ascensores, en una ruta laberíntica por el interior del hospital. «No tiene nada que ver contigo, no directamente. Hace dos semanas presenté el nuevo plan para la organización del hospital. Aunque era un esbozo general, quedó claro que vamos a cambiar nuestra forma de trabajar. Como siempre, hubo voces que se opusieron, entre ellas, la Profesora Velázquez, creo que la conoces». Sin dejar nunca de andar, aunque avanza a paso lento, Sophia me mira y pregunta: «¿Has hablado con Julia?»

Otra vez la misma pregunta. «No, no la veo desde que operaron a su hijo en el hospital».

«He oído que iba a aceptar una propuesta para trabajar en Boston...» La conversación no prosigue porque entramos en el despacho. Están sentadas en una mesa de reuniones unas seis o siete personas. No podría ser más diferente de mi recepción en el Central, pienso.

«Hola, ¿cómo lo has adivinado? Acabo de despedirme de Sophia, estoy saliendo del Universitario. Creo que ha ido muy bien...», Úrsula tiene el don de adivinar los momentos para llamar.

«¿Vamos a almorzar?», pregunta, pareciendo ignorar lo que acabo de decir.

«¿Hoy? No va a ser posible, tengo tantas cosas que terminar que ni siquiera tengo intención de salir de aquí».

«Cancela. ¡Tenemos que almorzar sí o sí!»

Sin posibilidad de argumentar, acabo por acceder.

--

Llego al restaurante, uno de sus favoritos, pasa poco de la una. La sala solo tiene seis o siete

mesas y están todas ocupadas. Úrsula ya está sentada, pero para mi asombro la mesa tiene tres lugares.
«¿Esperamos a alguien más?», pregunto dándole un beso.
Antes de darle tiempo a responder, oigo una voz conocida: «Hola, disculpen el retraso, ¿cómo están?». Alexis me da dos besos y se sienta, dejando que me recomponga de la sorpresa.
De inmediato empiezan a conversar y yo, sin valor para interrumpir, contengo la curiosidad, entreteniéndome en beber Chardonnay y comer tostadas con queso derretido. Debajo de la mesa, Úrsula juega, se ha descalzado y pasa el pie sobre mi pierna, subiendo casi hasta el muslo.
«No le has dicho nada, ¿verdad?», pregunta Alexis percibiendo finalmente mi incomodidad.
«¡No! Tú eres la abogada, tú mandas, yo solo soy...», Úrsula no termina la frase, es una pena, me gustaría saber cómo concluiría.
«Escucha Olívia, he estado muy preocupada con la situación de tu divorcio. El abogado de Javier ha sido implacable, además de inadecuado. Entiendo por qué se llevan tan bien», comenta sin dejar de esbozar una sonrisa. «Alegan un montón de disparates, pero lo suficiente para poner en cuestión tus derechos sobre el patrimonio. Incluso Javier se quedó con algunos documentos sobre lo que pasó en San Juan, y ahora quiere usarlos como forma de chantaje».
«¡No es posible! ¡Esto nunca va a acabar! ¡Yo no tuve la culpa! No lo sabía, y el colega sabe lo que me dijo antes de la cirugía».
«Es verdad, pero tu colega está con Javier. Por alguna razón, le dio un testimonio escrito, donde cuenta la historia de un modo bien diferente».
«¿Estás diciendo que tiene pruebas para acusarme de negligencia?»
«Tal vez...», Alexis deja la frase inacabada y me mira. Úrsula, que permanece en silencio, va masticando con calma. «Venga Úrsula, deja de hacer sufrir a Olívia, ¡adelante!», concluye Alexis con una sonrisa.
Ella deja de comer, y vuelve a rozar el pie en mi pierna. «Creo que he descubierto la solución para la cuestión «Javier»», dice manteniendo el suspense. «¿Conoces la historia de Al Capone?»
«Úrsula, te conozco desde hace tanto tiempo, pero se me había olvidado lo maquiavélica que puedes ser. Recuérdame no estar nunca en tu contra. Pero mírala..., está pálida, dilo de una vez, antes de que le dé un ataque», interrumpe Alexis, sin evitar una carcajada.
«Ok, ok, solo era para darle un poco más de emoción. Muy bien, Olívia, voy a contarte una historia. Sabes que Javier está preparando su ida a Suiza, ya ha alquilado un apartamento e incluso ha hecho una visita a la nueva oficina...»
«¿Cómo sabes todo eso?», interrumpo sin contenerme.
«¡Contactos! Bien, continuando», da un sorbo a su copa y me mira con la misma mirada misteriosa, «..., él cree que tiene todo bajo control, un nuevo empleo y muchos miles de euros. El único detalle con el que no contaba es que antes de asumir su nueva función, la compañía hará una breve investigación, asegurándose de que no hay nada irregular que pueda traerles problemas en el futuro...»
Vuelve a intervenir, «¿Por qué? Él trabaja allí desde hace años, ¿por qué van a hacer eso ahora?»
«Porque Úrsula tiene amigos en los lugares adecuados», responde Alexis.
«La vida tiene cosas curiosas, no van a conseguir descubrir nada sobre el verdadero Javier, un hombre violento y malformado, pero van a encontrar algo mucho más frugal, fraude, fraude financiero».
Estoy atónita, «¿¡Qué!? ¿Eso es verdad?» No soy capaz de seguir comiendo, he perdido el apetito.
«Él evadió impuestos deliberadamente todos estos años, en cada premio que recibió, tenemos

pruebas de eso», dice Alexis, reingresando en la conversación. «A Úrsula le gustan las películas de misterio, pero a mí no. La empresa de Javier facilita que los premios puedan no ser declarados, todo el mundo lo sabe, y nunca se descubre, o mejor dicho, casi nunca..., ¡conviene no molestar a los administradores de la compañía!», Alexis suelta una carcajada que me hace sonreír. «Lo que me lleva a la próxima respuesta a tus preguntas, ¿por qué investigar a Javier ahora? Porque Joana y Sebastian son amigos íntimos de algunos de los miembros de la administración de la compañía de Javier... Te acuerdas de Joana, ¿no? Úrsula me dijo que estuvieron con ella en Bruselas».
«Me acuerdo, claro...», empiezo a pensar que debería haber aceptado las invitaciones a las fiestas de la 'Esfera' hace mucho más tiempo.
«Joana está tratando el caso directamente, me llamó ayer», interviene Úrsula.
«Creo que el divorcio va a ir mejor de lo que esperábamos», termina Alexis, alzando la copa y esperando a que hagamos lo mismo para un brindis.
«¿Estás bien Alexis?», pregunta Úrsula levantándose rápidamente de la silla.
Blanca como la cal, Alexis se recuesta en la silla y se sujeta la cabeza entre las manos. «Estoy bien, estoy bien, solo fue un mareo, debe haber sido el vino».
«¿Estás segura? ¿Quieres ir al hospital?», pregunto preocupada.
«No, estoy bien».

--

Salgo del restaurante sintiéndome feliz. Decido no ir al hospital y, sin un rumbo fijo, acabo yendo hasta la orilla del mar y escogiendo una terraza para tomar un café. Úrsula tenía una reunión y se fue con Alexis. El tiempo está soleado, a pesar de sentirse una brisa de final de tarde. Siento el teléfono vibrar dentro del bolso. Debe ser Leonor, no hablo con ella hace algunos días.
'¡Necesito tu olor, tu sabor!'
¿El mensaje no dice nada más, ni sería necesario... Cuántos meses pasaron desde la última vez? Leo y releo aquellas palabras, sintiendo una ola de deseo cada vez que las dejo resonar en el fondo de mi cabeza. Su poder es innegable, mucho más allá de cualquier cosa que pueda explicar.
No respondo, voy a ignorarlo. Ahora que mi vida parece empezar a tener, otra vez, algún sentido, no me voy a involucrar en su telaraña. Al mismo tiempo, recuerdo las últimas palabras de Sophia, antes de entrar en el despacho 'He oído que iba a aceptar una propuesta en Boston...', ¿será que se va? La perspectiva de que pueda salir de la ciudad, del País, me genera un sentimiento de angustia, como si la perdiera incluso sin tenerla.
De vuelta a mi nuevo pequeño apartamento, pienso en Úrsula. Después de un baño y una ensalada, me siento en la cama a ver el noticiero. Aún antes de entender de qué se habla, el teléfono vibra, 'Voy a operar esta noche'.

--

La vida está hecha de coincidencias, o así designamos aquello que no conseguimos explicar. Almuerzo en el bar todas las semanas con Asunción y nunca encontré a Julia, pero hoy, justo hoy, nos cruzamos. Ella pasa por nosotras acompañada de su equipo. Me mira de arriba abajo, como si buscara evaluar si algo ha cambiado. Asunción hace un movimiento con la cabeza, y también me mira, dejando la clara sensación de que percibió algo. La conversación es circunstancial y dura apenas unos minutos.
«¿Sabes que Julia se separó?», pregunta Asunción de forma casi casual, cuando ella se aleja.
«¿Cómo que se separó?», cuestiono sorprendida.

«El otro día almorcé con ella y me contó, sin grandes detalles, que se había separado de Camila. Me pareció en paz con la decisión, pero al mismo tiempo, la noté triste. Trabajo con ella hace tantos años y no recuerdo haberla visto así. Tenía los ojos apagados y la voz más ronca de lo habitual, no parecía la Julia García que nos hemos acostumbrado a ver reinar por ahí».
«¿Te dijo algo más?», pregunto un tanto cohibida.
«Creo que está pensando en irse fuera, habló de una invitación para Boston». Asunción suspira y me mira, dejando la copa que tiene en la mano. «Mira, Olívia, voy a hablar claro, tal vez no debería entrometerme, pero tú vas a salir del hospital, y yo te tengo como amiga, por eso, allá va...»
Me detengo, sorprendida con el preámbulo. «También te tengo como amiga...»
«Si no conociera a Julia desde hace tanto tiempo, diría que está enamorada».
«¿Enamorada?», casi grito al hacer la pregunta. «¿De quién?»
«No lo sé. Tengo mis sospechas, pero no lo sé», me mira con sus enormes ojos. No consigo descifrar si esa mirada quiere decir algo más.

§§

«Sabes Fili, no puedo negar que cada mensaje me afecta..., pero no respondí. Sabía que si escribía un único mensaje, aunque fuera uno solo, todo comenzaría otra vez».
«¿Y eso es malo?»
«¡Es pésimo!», afirmo sin reflexionar.
«¿Por qué? De todo lo que me has contado no diría que ese es el adjetivo que mejor resume vuestra historia».
«Aquel día en el hospital, la agresividad..., la forma en que ignoró todo lo que intenté decir no quiero otra relación...»
«Creo que estás comparando lo incomparable». Fili cambia de posición en el sofá y descruza la pierna, mirándome, mientras espera por una respuesta.
«¿Y ahora?», pregunta Fili, «¿Saber que se separó cambia algo?»
«No querría decirte que sí, pero no puedo decir que no», respondo.
«¿No crees que ella pueda estar enamorada?»
«Ese no es el perfil de Julia García», afirmo categóricamente.

Capítulo 28

25 de septiembre - Preguntas

Camila

«Con tantas cosas sucediendo, hacía más de un mes que no venía aquí», digo mirando a Fili, que solo asiente con la cabeza, esperando que continúe. «Cuando salimos del hospital, Mateo y yo volvimos a casa, y por supuesto Julia también. Su apartamento estará listo recién a fin de mes. Qué extraño, Fili, parece que después de separarnos muchas cosas mejoraron...»

«¿Por qué te parece extraño? Es común», dice sin levantar la vista de su cuaderno de notas.

§§

Mateo se durmió, no sin antes hacerme contarle tres historias. Julia se quedó en la sala viendo una película, parece que se va a acostar tarde, si no es que se duerme en el sofá. Acomodo el edredón, saco una pierna afuera, aún hace calor, reflexiono. Tomo mi libro nuevo y paso las primeras páginas.

«Camila, ¿podemos hablar?», pregunta Julia, abriendo ligeramente la puerta del cuarto. La miro, en su pijama de rayas verdes, con shorts y camiseta.

«¡Claro!», respondo, dejando el libro en la mesita de noche.

Ella se sienta en la cama. «He estado considerando todo lo que pasó, todo lo que tu madre nos hizo».

«No pierdas tiempo pensando en ella. Es parte del pasado. Lo único de lo que me arrepiento, y pido disculpas, es por no haber terminado con esto hace mucho tiempo. Ayer hablé con mi hermano, por cierto, te mandó un beso. Dice que tiene una noticia fantástica, pero que aún no puede revelar qué es, ni con toda mi insistencia dijo nada». Me detengo, tomando conciencia de que aún no la he dejado decir nada, y fue ella quien pidió que habláramos.

«Tuve una idea, pero no sé si te va a gustar...», dice, retomando el tema que la trajo aquí. Es un comienzo peligroso, pero me deja intrigada. «¿Te acuerdas cuando tu madre vino a hablar conmigo?»

«Claro. ¡Está loca!»

«Bueno, vamos a estar más locas que ella, ¡y aceptar la propuesta! ¡Un puesto en Boston a cambio de dejarte 'tener una vida normal'!», exclama con una de sus carcajadas.

No logro entender a dónde quiere llegar. «¿Estás bromeando? Ya estamos separadas».

«Es verdad, lo estamos. ¡Pero ella no lo sabe! Es más, nadie lo sabe. Por eso, a todos los efectos, estamos juntas y, si estamos juntas, podemos aceptar la propuesta y separarnos. Incluso podemos poner condiciones».

«¿Estás hablando en serio?», pregunto, incrédula. «¿Y tú? ¿Qué ganas con eso? ¿Es sólo por el placer de hacerla parecer tonta?»

Julia vuelve a soltar una carcajada, «Ya no es poco. ¡Imagina la cara de la Profesora Amelia Velasquez cuando descubra que fue engañada! Sí, porque un día, ¡lo va a descubrir!» Julia sigue riendo. Cambia de posición y se acuesta al pie de la cama, con la cabeza apoyada en una mano. Me enderezo para prestarle la debida atención, y ella continúa: «Voy a ser sincera, Camila. ¡Está difícil! Me río aquí, pero la verdad es que no tengo muchas razones para reír. No estoy bien. El trabajo ayuda, pero el ambiente allí también es pésimo. Estoy casi segura de que Olívia no va a

aguantar. Se habla cada vez más de su salida y de la llegada de otra persona. No he hablado con ella, en realidad no la veía hace mucho tiempo, cuando nos encontramos el día en que operaron a Mateo... ella debía haber llegado recién».
Recuerdo nuestro encuentro de ese día. Yo estaba completamente aturdida, y hay muchos detalles que no recuerdo, pero uno de los que sí es la fiesta que Olívia le hizo en el pelo a Julia. Estaba cargada de algo.
«Le voy a decir a tu madre que me separo de ti a cambio del puesto en Boston, me va a hacer bien salir de aquí por un tiempo, ¿no crees?», me mira con sus ojos verdes aún más verdes por el brillo de la emoción.
«¡Creo que estás loca!», respondo mientras intento entender las consecuencias de lo que acaba de proponer. «¡Pero no voy a negar que adoro tu locura!» No quiero que se vaya, reflexiono sin decir nada.
Julia salta de la cama y me abraza. Sentir su cuerpo pegado al mío me provoca un escalofrío que hace mucho, mucho tiempo, no sentía. Ella prolonga el abrazo, y cuando creo que se va a apartar, hace un movimiento imprevisto y me besa. Primero, un beso suave, un beso dulce, un roce de labios. Pero, de inmediato, tanto ella como yo sentimos la necesidad de más. Sin dejarla desviarse, coloco los brazos alrededor de su cuello y la atraigo hacia mí. Toco con la punta de la lengua sus labios, que inmediatamente se abren para darme paso. El sabor de este beso es inconfundible. No tenía noción de cuánto la deseaba. Desde que nos separamos no estuve con nadie, y Julia será siempre Julia. Soy tomada por el deseo, por la necesidad de sentir sus manos en mi cuerpo, sus dedos dentro de mí. Sin dejar de besarla, tiro de su camiseta, haciendo que se la quite. Paso los dedos por su cuerpo, encajando sus senos por completo dentro de mis manos. Juego con el pezón hasta que se pone rígido entre mis dedos, yo sé cómo provocar.
«¿Estás segura?», pregunta, con la boca pegada a mi oído.
No tengo alternativa. El deseo es mil veces más fuerte que todas las razones que existen para no hacerlo. «¡Lo estoy!»
Desabrocha mi camisa, se quita los shorts y las bragas y se acuesta desnuda sobre mí, pegando su piel a la mía. Con una lentitud exasperante, pasa la lengua sobre mi pecho, sobre mi vientre, bajando despacio, sin dejar dudas de que no va a parar. Cierro los ojos y me dejo llevar por la emoción que se apodera de mí. Me entrego en su boca, sabiendo exactamente qué esperar.

§§

«Fue una despedida, Fili. Ambas necesitábamos eso, saber que incluso siguiendo caminos diferentes, lo que tenemos juntas no desaparecerá. Me desperté a la mañana siguiente con la sensación más ligera, más libre... ¿entiendes lo que quiero decir?» Lo miro buscando evaluar si sigue mis palabras.

§§

«¿Mi madre ha llamado buscándome?», pregunto sorprendida. «¿Por qué no ha venido hasta aquí a hablar conmigo?»
«No lo sé. Dice que no atiendes el teléfono y me ha pedido que te diga que ha operado a una paciente esta mañana y que la paciente insiste en hablar contigo, parece que te conoce.» Esther transmite el mensaje algo irritada. El poder de la Profesora Amelia Velasquez es realmente grande, pienso, para hacer que Esther venga a buscarme para darme un recado.
«De acuerdo, ya voy a ver de qué se trata, pero solo después de acabar la visita a la planta. ¿Cuál

es la habitación?»
«504.»
En cuanto ella se da la vuelta, prosigo mi rutina y voy entrando una a una en las habitaciones de los pacientes que están en la planta. Todo controlado, pienso, cuando termino más de una hora después. Miro el reloj, faltan quince para la una. Voy a almorzar antes de ver qué quiere la paciente de mi madre, ¿quién será?
Encuentro a Vitória, mi amiga enfermera, en la fila de la cafetería y le cuento mi encuentro con Esther. «Desde aquel día en casa, casi no me habla, pero hoy se ha molestado en venir a la planta solo para darme un recado de mi madre».
«¿Quién será? ¿No tienes curiosidad?»
«Viniendo de mi madre, ni un poquito. ¿Y tú?»
«¿Yo qué?», pregunta desviando la mirada para coger la sopa y el plato.
«¿Tú y Esther?»
«¿Qué quieres saber? Pregunta...»
«¡No me lo creo, has vuelto a estar con ella!»
Retomamos la conversación ya sentadas. «¿Cómo puedes? ¡Te trata mal! ¿Y por qué no me lo has contado? ¿Cuándo ha sido?»
«¡Camila! ¡Para! ¡Deja de hacer preguntas!»
«Estoy estupefacta, lo he preguntado por preguntar, no esperaba que hubieras vuelto.»
«Cuando volví de vacaciones, me invitó a cenar. Cenamos y charlamos. Por lo que entendí, se ha separado definitivamente de su pareja. Me pidió disculpas y me dijo que quiere intentarlo, que esta vez va a ser diferente...»
«¿Y tú le has creído?», con la precipitación de la pregunta golpeo con el codo la bandeja y derramo la mitad de la sopa encima de mí, afortunadamente ya no está caliente. La bata queda inservible y los pantalones también se manchan.
«¿Estás bien?»
«Sí. No desvíes el tema, ¿le has creído?», insisto, intentando salvar lo que queda de mi almuerzo.
«No tengo alternativa. Quiero estar con ella. Tengo que intentarlo, aunque sea la última vez, no me culpes.»
«¡Nunca! Cuando me necesites, aquí estoy.»

No puedo ir a ver a la paciente de mi madre toda manchada de sopa. Paso por el vestuario del quirófano y me pongo uno de los trajes azules. Finalmente me dirijo al ascensor. Quinta planta, unidad de cirugía general.
«¿Perdida?», pregunta uno de los enfermeros, tocándome el hombro y soltando una carcajada.
«¿Estás aquí?», cuestiono asombrada. Él solía estar con nosotros en neuro.
«Solo este mes, es un intercambio. ¿Qué buscas?»
«Habitación 505», respondo mirando los números en la pared.
«No existe..., tal vez sea la 504, fue operada por tu madre. Alexis Conti.»
«No sé quién es.»
«Una de las mejores abogadas. Vivió en Italia, pero ahora parece que vive aquí. Tu madre debe conocerla bien.»
Llamo a la puerta. «¡Adelante!», se hace oír.
Abro la puerta. «No. No puede ser...»
«Camila Rossi, un placer, Alexis Conti», dice abriendo una sonrisa y tendiéndome la mano.
Permanezco inmóvil, detenida a medio camino entre la puerta y la cama.
Ante mi silencio, ella insiste «Por favor, ven hasta aquí, todavía no me puedo levantar. Tu madre

ha hecho un buen trabajo, pero aun así, acabo de salir hace unas horas.»
Finalmente avanzo hasta el borde de la cama y le doy un beso en la mejilla ignorando la mano extendida. «¿Por qué?»
«¿Por qué, qué?», indaga frunciendo levemente la ceja. La expresión me hace recordar una de las primeras veces que la vi en el tren. Acto seguido miro el libro apoyado en la mesita de noche, la misma cubierta de piel roja.
«¿Por qué me has llamado?» No es nada de esto lo que le quiero decir, pero no consigo alinear las palabras. Es como si mi cabeza se hubiera bloqueado de tantas emociones.
«Perdona, sé que debería haber hecho las cosas de otra manera. Siéntate, por favor. ¿Vas a volver al quirófano?», pregunta interrumpiendo lo que iba a decir, mirando mi traje.
«No, por hoy ya he terminado», respondo sin mencionar lo que pasó con la sopa.
«Genial. Entonces, si no tienes prisa me gustaría explicarte algunas cosas. La vida nos juega malas pasadas, de eso no hay duda.»
Oigo un suave golpe en la puerta y enseguida alguien entra. «Alexis, ¿cómo estás? ¿Ha ido bien? Perdona por no haber venido antes, pero ha habido reunión del Consejo en mi hospital».
«Hola Olívia. Es bueno verte aquí, y es bueno que ya haya pasado...», no concluye la frase y profiere, «Conoces, ¿no?», pregunta señalándome.
«Claro, ¿cómo estás Camila? Ya sé que Mateo está genial.»
Saludo a Olívia tan asombrada como aún me es permitido, ya que las sorpresas no paran de sucederse. ¿De dónde se conocen? Como si leyera mi pensamiento, Olívia dice, «Alexis es mi abogada. Estoy en un divorcio complicado, ahora parece que más cerca del final». Volviéndose hacia Alexis prosigue, «¿Cómo ha ido? ¿Ya se sabe algo más?»
«Bien, según las palabras de Amelia, muy bien...». No dejo de notar que trata a mi madre por su nombre. Recuerdo que, afuera, el enfermero me dijo que ellas se conocen. ¿De dónde será?
«...voy a reproducirte lo que oí, pero prométeme que no me haces preguntas difíciles «era pequeño, estaba en la zona de la cabeza del páncreas muy superficial, se realizó escisión total», esto fue más o menos lo que entendí de todo lo que Amelia dijo cuando vino aquí. Lo van a analizar, ella cree que es benigno y que ha quedado curado, pero...». La frase queda, una vez más, inacabada.
«Claro que es benigno, no pienses en otra posibilidad», remata Olívia, dándole una palmadita sobre la manta.
Durante unos largos quince minutos Olívia se queda charlando con nosotras. Nos cuenta que ya es oficial que va a dejar el Central y que tiene otro proyecto, aunque todavía no puede hablar de ello. Creo que Alexis sabe perfectamente de qué se trata, pero no quieren discutirlo en mi presencia.
«Por fin solas», bromea Alexis, con buen humor cuando Olívia se va. «Voy a explicarte antes de que llegue alguien más», dice aún riendo. «Viví en Italia muchos años, y allí conocí a tu madre. Nos hicimos buenas amigas, aunque a distancia. Sabía que tenía hijos, pero al ver tu nombre en la tarjeta que dejaste caer, jamás podría haber sospechado que fueras uno de ellos, al menos hasta ayer. Amelia estuvo aquí anoche, nos quedamos charlando y dijo tu nombre, fue suficiente para hacer la asociación. Increíble, ¿no?»

§§

«Más que increíble, inimaginable», concluye Fili. La vida es así, por eso nunca me canso de decir que no vale la pena pensar que podemos controlar lo que va a seguir.
Esta vez tengo la sensación de que he conseguido sorprenderlo, ¡y no es fácil!

Capítulo 29

16 de octubre - No podemos salvar a todos

Olívia

«Por más que quisiera decirte otras cosas al oído..., necesito hablar contigo sobre trabajo». El mensaje llegó cuando estaba saliendo del hospital, ya pasaban de las ocho de la noche. Viniendo de Julia nunca sé qué esperar o qué pensar. En estos últimos días se suceden los mensajes, y yo me voy preguntando hasta dónde podré aguantar.

«¿Y hasta dónde vas a aguantar?» Hoy, Fili parece particularmente animado, tiene algo nuevo que le ilumina la mirada y la sonrisa. Se recuesta en el sofá, aún no ha cogido el cuaderno ni el bolígrafo, haciéndome creer que estamos simplemente en una conversación de amigos.

«¡No aguanté!...»

§§

Miro la pantalla una y otra vez. ¿Quiere hablar de trabajo? Nunca hablamos de trabajo, a no ser para esgrimir argumentos estériles e inútiles... y ahora, que no hablamos desde hace meses, ¿quiere hablar conmigo sobre trabajo? Debe saber que voy a dejar el hospital. Asunción volvió a hablar conmigo esta semana, está muy preocupada con la posibilidad de que venga alguien de fuera a destruir todo lo que hemos hecho.

Tengo la sensación de haber vivido esta escena infinidad de veces. Sentada en el sofá, con la televisión encendida, sin saber qué canal estoy viendo, voy comiendo lentamente bocados de una pasta precocinada con sabor a tomate congelado. Ha pasado más o menos una hora desde el último mensaje. Vuelvo a coger el teléfono y lo releo por vigésima vez. Me disculpo conmigo misma, repitiendo que es trabajo, y escribo «¿Qué asunto profesional?». Borro lo que escribí... No quiero dar pie a que tengamos una conversación por mensajes. «¿Podemos hablar sobre eso mañana, en el hospital?»

Me quedo con el teléfono en la mano, esperando una respuesta que no llega. Unos minutos después me siento completamente estúpida... aquí estoy mirando el móvil, suspirando por una respuesta. Arrojo el aparato con fuerza contra los cojines y me levanto.

Recojo las pocas cosas que ensucié en esta cena improvisada y me hago un café. No puedo dejar que ella, aun sin estar presente, tenga este ascendente sobre mí. Vuelvo a la sala, y me tumbo a ver un partido de fútbol, ni siquiera sé qué equipos están en el campo. Durante más de media hora me quedo pensando en todo y en nada, siguiendo el ir y venir de los jugadores, de un lado a otro, como si se tratase de un ballet sin música. Me interrumpe la vibración del teléfono. ¿Dónde está? Recuerdo que lo tiré sobre los cojines, y tardo unos segundos en localizarlo.

«Quería hablar contigo fuera del hospital. ¿Tomamos un café?»

¡Uau! Qué súbito cambio de tono... ¿habrá sido Julia quien escribió realmente este mensaje? No parece propio de ella. Mi deseo es escribir algo provocador y obligarla a salir de este tono cándido que definitivamente no le pertenece. Me contengo y opto por no responder, al menos por ahora. Apago la televisión, camino un puñado de pasos hasta el dormitorio y me preparo para acostarme. Me detengo frente al espejo del baño, pongo pasta en el cepillo y me lavo los dientes con un vigor innecesario.

Ya en la cama vuelvo a mirar la pantalla, ¿cuáles son las posibilidades? ¿Quedar para un café, forzar un encuentro en el hospital? Debería ser una decisión fácil, pero no lo es.

Pienso en la conversación con Asunción. Dijo que Julia estaba enamorada, pero no mencionó de quién. ¿Será por eso que se separó de Camila? ¿Se enamoró y no es correspondida? Nada de esto encaja con la Julia que conozco.
Doy vueltas en la cama de un lado a otro. ¿Le habrá hablado de nosotras a Asunción? Muchas veces, a lo largo de estos meses, tuve la sensación de que Asunción sabía más de lo que quería aparentar.
Son casi las once, es tarde para llamar... ¿Qué va a pensar?
A las once y cinco no resisto y llamo. «Disculpa. ¡Buenas noches! ¿A lo mejor ya estabas acostada?»
«No, todavía no, ¿pasó algo?» Asunción está sorprendida, pero además parece preocupada.
«¡No! Perdona por llamar a esta hora, pero tengo que hacerte una pregunta y no pude esperar hasta mañana.»
«Claro, ¿qué ocurre?»
Respiro hondo y tomo valor, sé que después de preguntar no habrá forma de dar marcha atrás. «El otro día... el otro día, me dijiste que...»
No soy capaz de concluir la frase, pero Asunción, con la perspicacia que la caracteriza, toma el mando de la conversación. «Quieres saber sobre Julia, ¿verdad?»
Sigue un silencio. Ni ella ni yo decimos nada durante un instante.
Casi en un murmullo, acabo respondiendo, «Sí».
«¡Tenéis que hablar! Está miserable, como nunca recuerdo haberla visto. No parece la misma persona, está más delgada, ha perdido el brillo en los ojos, está triste. Mira que he visto a Julia encandilar a mucha gente. He visto a muchas mujeres llorar por ella, pero nunca la vi así». Asunción hace una pausa, pero no tarda en retomar. «Y tú, tampoco pareces estar muy bien...»
«¿Estás diciendo que está enamorada de mí?»
«¡¿Tú qué crees, Olívia?! ¿En serio? De repente parece que os habéis vuelto tontas. Por favor, llámala. Tenéis que hablar. No sé qué pasó, pero ahora tú vas a dejar el hospital, y ella parece decidida a irse a Boston. Por favor, habla con ella...»
«Es complicado».
«Claro que lo es. Es Julia, y está enamorada».
«No logro entender su forma de funcionar...»
«Si no fuese como es, no estaríamos en esta situación. Parte de su magnetismo proviene de eso, de su aura de misterio, de su inteligencia... es genial, pero eso tiene un precio».
«Yo viví veintiocho años con Javier.»
«¡Y te estás divorciando! Eres la única persona, tal vez a la par con Camila, que ha conquistado el corazón de Julia, ha removido su alma. Si eso no es estar a la altura, no sé qué lo será. Tú también eres una mujer extraordinariamente inteligente y tienes una resiliencia difícil de superar, úsala».
Cuelgo el teléfono, pero sigo dando vueltas sin lograr dormirme. Llamar a Úrsula no es una opción. Regreso a la cocina, pero esta vez, para buscar una copa de vino. Vuelvo a mirar el teléfono y me topo con varios mensajes nuevos de los que no me había percatado. Deben haber llegado mientras hablaba con Asunción. Los textos se suceden y son enormes, ocupando toda la pantalla, líneas y líneas: «Olívia, es hora de llamar a las cosas por su nombre y de asumir los sentimientos...», «No soy la mejor persona cuando se trata de emociones, pero te debo una disculpa, y un enorme gracias, por la forma en que estuviste presente cuando operaron a Mateo, incluso después de todo...», «La última vez que estuvimos juntas fui indecente... y lo sé», «No hay disculpas que puedan borrar lo que pasó, pero tal vez algún día quieras y puedas hablar

conmigo», «Fuiste la más extraña historia de amor, la más complicada y la más simple...», «El asunto del que quería hablarte es breve... estoy considerando irme a Estados Unidos, tuve una propuesta, pero no quería aceptar sin antes hablar contigo. No necesitamos vernos, ni tomar un café, si no quieres, pero no podía dejar de decirte lo que tengo atascado en la garganta desde hace tanto tiempo», «Liv... si cierras los ojos...»
Mi corazón late desacompasado, las manos me tiemblan, y tengo que hacer un esfuerzo para seguir respirando pues el aire parece no querer entrar. Leo una y otra vez el largo texto, sin idea de qué hacer. Desearía tenerla aquí en mis brazos, besarla, apretarla contra mí, y asegurarle que todo va a estar bien. Pero esa no es nuestra historia... Nuestra historia está hecha de desencuentros, de pasión y rabia, de mentiras y traiciones. ¿Es posible cambiar una historia a mitad de camino?
«¿En el Dune's mañana a las diez?» Mi mensaje es corto y tal vez hasta un poco arrogante después de todo lo que acaba de escribir, pero, en este momento, no puedo hacer más. Me siento completamente abrumada, ¿se va a ir?
La respuesta no se hace esperar, esta vez con solo dos palabras: «¡Allí estaré!»

§§

«Un aplauso para Julia García, hizo falta valor para escribir ese mensaje. Cuanto más te escucho, más me convenzo de que jugáis un juego peligroso, pero algo es innegable, sois jugadoras de élite...» Fili profiere estas palabras en un tono grave. Al contrario de otros momentos, no busca aliviar el discurso con ironía o sonrisas. Me mira a los ojos y habla muy en serio.

§§

Me despierto con las marcas de quien no ha dormido más de cuatro horas.
A media tarde, Asunción viene a mi despacho para saber si está todo bien. En realidad, lo que quiere saber es si ha habido algún avance. No comento los mensajes y solo le digo que hemos quedado para cenar uno de estos días.
Interrumpiendo la conversación, la propia Julia entra en el despacho de golpe.
«Olívia, por favor, ven conmigo».
«¿Qué ha pasado?», preguntamos a coro Asunción y yo.
«No hay anestesistas. Tenemos una endocarditis infecciosa. Ha afectado a la válvula aórtica. Conozco al paciente. Lo operé hace unos meses».
Corro literalmente por el pasillo detrás de ella.
«Voy a desinfectarme, nos encontramos al otro lado», dice intentando esbozar una sonrisa, sin conseguirlo.
Avanzo hacia dentro de la sala sin tener tiempo de saber casi nada sobre el paciente.
«Menos mal que ha venido, doctora López. Estaba tan angustiada», dice una de las internas que se acerca hacia mí.
«Tranquila, dime qué sabes».
«Poco... El señor tiene 81 años, ya fue operado de esta válvula dos veces y ahora ha entrado en fallo. La válvula es incompetente y el gasto es muy bajo, la función sistólica está pésima. No sé cómo va a aguantar».
«¿Tenemos sangre? ¿Expansores de plasma? ¿Vasopresores?» La joven va respondiendo que sí a cada una de las preguntas.
Salgo fuera a la zona de desinfección. Julia está pálida y habla con otros dos cirujanos que

también se desinfectan.
«Julia, ¿considerasteis ECMO?»
«No tiene condiciones. No va a resistir. La única oportunidad es ganar tiempo y sustituir la válvula. El agente ha sido identificado y el antibiótico va a actuar».
Vuelvo a entrar sin saber cuál es el mejor plan. No era así como había pensado acabar el día.
Suena la música en la sala, y Julia coordina el trabajo del equipo que rodea al paciente. Las constantes son preocupantes, pero estables. Poco a poco me voy calmando. Parece estar yendo bien, dentro de lo posible. Avanzan muy despacio, sobre todo debido a las adherencias de los procedimientos anteriores y a la necesidad de evitar mayores pérdidas de sangre.
Pasan poco más de tres horas desde que empezamos cuando suena una de las alarmas. El ritmo cardíaco ha subido, el gasto urinario es prácticamente nulo.
«Julia, tenemos que acelerar, no va a resistir mucho más». Aumento el nivel de medicación y abro los expansores de plasma intentando aumentar el gasto.
«La válvula antigua se deshace en mi mano, no tengo plano de corte y menos aún tejido para suturar». La voz, aunque contenida, no deja de expresar la gravedad de la situación.
«¡Aspiración! ¡No veo nada!» De un momento a otro el campo quirúrgico está inundado de sangre. Todas las alarmas se disparan al mismo tiempo.
«Se ha roto, Julia. Tienes un desgarro en la pared».
«Lo veo, tengo el dedo en el lugar y consigo tapar un poco, ¡pero no logro clampar, el tejido se rompe en cuanto lo toco!»
«¡Asistolia!», profiero, sabiendo exactamente lo que significan mis palabras.
«Epinefrina. Masaje manual». Julia tiene la mano literalmente alrededor del corazón e intenta a toda costa recuperar algún ritmo y mantener la circulación. No hay nada más que hacer, pero no puedo ser yo quien lo diga.
«¡Vamos, rápido! ¡Otra ampolla!»
«Julia..., ¡Julia!»
«¿Qué?», pregunta a gritos, mirándome.
«No hay nada más que hacer. Declara el fallecimiento».
«No, lo conozco. Lo operé. Fue bien. Estaba bien».
«Julia, por favor».
«Hora de la muerte 22:04», declara el cirujano que está a su lado, poniéndole la mano sobre el brazo y retirando los instrumentos que ella sigue sujetando dentro del pecho del paciente. «Julia, sal. Nosotros terminamos».

§§

«Me quedé en la sala unos minutos más después de que ella saliera. Acabé yendo a la habitación médica. Me quedé allí dentro sola, no sé por cuánto tiempo. Recordé otra muerte, las acusaciones, la culpa. No sé cómo se puede lidiar con esto. No volví a ver a Julia...»
Fili, sentado en su posición habitual, se quitó las gafas, dejó el bolígrafo y simplemente siguió lo que estaba diciendo, como si el tema fuera demasiado serio para ser meramente anotado en un cuaderno. «Hiciste lo que tenías que hacer y estuviste ahí. No podemos salvar a todos». Estas pocas palabras son suficientes para hacerme respirar un poco mejor.

Capítulo 30

16 de octubre - Representación digna de un Oscar

Camila

«¿Qué tal, Camila? ¿Encontraste una respuesta a tus preguntas?» Fili viene a buscarme a la sala de espera y me acompaña hasta el consultorio. Se sienta en su sofá y me hace una señal con la mano para que yo también me siente, ¡como si fuera necesario!

«No sé si encontré respuestas, pero tengo muchas preguntas. Creo que, al menos, encontré las preguntas correctas.»

«Es el mejor comienzo, nunca encontrarás la respuesta si no sabes cuál es la verdadera pregunta.» Está recostado en el sofá y aún no ha cogido ni el cuaderno, ni el bolígrafo. Extrañamente ni siquiera ha cruzado la pierna.

Cambio de tema, ganando tiempo, «La semana pasada Julia cenó en casa, una copa de vino y unos tagliatelle deliciosos.»

§§

Cuando Julia llegó para cenar, Mateo ya llevaba casi una hora durmiendo, no sin antes haber tenido que prometerle que Julia le daría un beso cuando llegara. Ella se mudó al nuevo apartamento hace tres semanas, ha sido un período de adaptación para todos.

«Perdona, me retrasé al ver a una paciente que fue operada esta tarde. Estaba sola y no tuve valor para dejarla. Me contó cosas que me hicieron sentir el corazón encogido..., su marido murió el año pasado y no habla con su hijo, resultado, se sometió a una cirugía cardíaca y está sola en una cama de hospital.» Aunque la historia es conmovedora, lo que más me sorprende es el hecho de que ella haya estado conversando con una paciente.

«¿Desde cuándo?»

«¿Desde cuándo qué?»

«¿Desde cuándo te sientas al lado de una paciente y conversas? No pareces la Julia García», digo acentuando la ironía de las palabras.

«Tienes razón, no he hecho esto muchas veces en los últimos años. Pero hoy, miré esos ojos azules del color del mar, el cabello completamente blanco, y ella me devolvió la mirada, me cogió de la mano y me agradeció. No sé decirte por qué, pero me emocionó. Te dije que perdí a un paciente en el quirófano... De cualquier forma perdona, para no variar llego tarde..., ¡es la historia de nuestra vida!», me da un beso en la mejilla, sonríe y se sienta en la mesa de la cocina.

«Tagliatelle con langostinos, vas a tener que esperar, porque, como te conozco desde hace demasiado tiempo para creer que llegarías a tiempo, aún no he puesto la pasta a cocer. Abre un vino.» Retiro la botella de vino blanco que puse en la nevera y se la paso a la mano.

«¡Un brindis por la profesora tu madre!» dice soltando una ruidosa carcajada.

«Cuidado, no despiertes a Mateo. A propósito, ve a darle un beso, que yo lo prometí.» Julia cumple la orden y se levanta. Cuando sale me doy cuenta de que dejó el teléfono apoyado en la mesa. El aparato permanece mudo, ahora que lo pienso, de todas las veces que he estado con ella, nunca he oído sonar su teléfono. Hay más cosas que han cambiado en Julia...

«Listo, promesa cumplida. Está durmiendo tan profundamente que no se dio cuenta de nada.»

Mientras tanto la pasta queda lista y echo en los platos una generosa porción que cubro con la

salsa de curry de langostinos.
«Déjame adivinar, ¿estuviste con mi madre?», pregunto, mientras se me saltan las lágrimas con el calor de la pasta que acabo de meterme en la boca.
«¡Bingo! Exactamente. La llamé, le dije que tenía un asunto de su interés y quedamos para almorzar. En cuanto nos sentamos le informé que aceptaba la propuesta, pero con algunas condiciones. Deberías haber visto su cara, creo que no entendió si hablaba en serio o si estaba bromeando.»
«¿Lo dijiste así, directo?», pregunto.
«Sin rodeos, ni preámbulos. Ella se quedó un momento callada, pero no mostró debilidad, "Estupendo Julia, siempre supe que era ambiciosa y que no iba a desperdiciar su carrera." Aproveché y dije lo que te había dicho que iba a decir, ella respondió haciendo consideraciones sobre la "gestión ruinosa» de Olívia.»
«A propósito, estuve con ella.», interrumpo.
«¿Con quién?»
«Con Olívia. Venga, acaba, ya te cuento esa historia.»
«Tu madre habló, habló y cuando terminó me miró esperando las contrapartidas. La dejé un tiempo sin respuesta, mientras comíamos nuestras ensaladas, hasta concluir la conversación: "Voy a separarme de su hija. Antes de venir a tener esta conversación con usted, hablé con ella..." Si hubieras visto la cara de tu madre, hasta se puso blanca..., "No, no se preocupe, no dije nada sobre su propuesta".» Julia se ríe a carcajadas. Se ríe tanto que la salsa salpica, manchando no solo el mantel sino también su camisa blanca.
«Para de reírte», digo, también yo entre carcajadas, «El asunto es serio. ¡No sé cómo lograste mantener la pose!»
«¡Una representación digna de un Oscar! Le dije que te había dicho que había llegado a la conclusión de que no te hacía feliz y que estaríamos mejor separadas, para dedicarme enteramente a mi carrera. Te confieso que esa parte me costó horrores...» Intento intervenir, pero Julia no lo permite. «Lo sé, lo sé, que tienes razón. Entendí tus motivos, y todo lo que le dije a tu madre es mentira, pero le dije lo que ella quería oír.» Julia se queda en silencio por un momento, y bebe varios tragos de vino.
«Tienes que poder luchar tus propias batallas, conquistar, y vencer. Yo voy a estar siempre aquí, y también te adoro.» Julia se muerde el labio inferior, en un gesto que repite siempre que se angustia. «Venga, no te quedes con esa cara, quién sabe si no seremos amantes de vez en cuando», digo haciéndola sonreír. «Ahora dime, ¿cómo terminó la conversación?»
«Le dije que iba a salir de casa, que me iba a Estados Unidos, y ya se vería. Tuve que inventar un montón de mentiras sobre cómo estabas destrozada. Ella estaba radiante. Le dije que nunca más se atreviera a interferir en nada que tenga que ver con Mateo, y que tú y yo seremos las administradoras del tal fondo. Si hubieras visto su cara cuando le hablé del fondo, pensé que se estaba sintiendo mal.»
«¿Y ella?», pregunto, aún medio aturdida con lo que Julia acaba de decir.
«Estuvo de acuerdo con cada palabra.»
«¿Te vas a Boston? ¿De verdad quieres el puesto?» Por fin me armo de valor para preguntar, algo que ya rondaba mi cabeza desde la primera vez que ella compartió su plan.
«No lo sé..., es una buena oportunidad. Pero no sé si puedo vivir lejos de Mateo..., y de ti...», dice estas últimas palabras entre dientes, se levanta, se acerca y me da un beso en los labios. «¿Qué era lo que me ibas a contar hace un momento? ¿Estuviste con Olívia?», pregunta volviendo a sentarse.

«Nos encontramos en la habitación de Alexis Conti, su abogada, a quien mi madre operó del páncreas.»
«¿La mujer del diputado italiano? ¿De qué la conoces?»
«¿Quién?», pregunto aturdida.

§§

«Mira Fili, fue una conversación complicada. Primero me sentí aliviada de que Julia no esté segura de querer ir a Boston. No quiero pensar que va a vivir definitivamente en Estados Unidos...»
«Claro, para Mateo es importante que su madre esté cerca...», dice él riendo, sin ocultar el sarcasmo.
«Después la sorpresa, cuando me di cuenta de que ella conoce a Alexis. Desvié la conversación por no saber qué decir, y con eso tampoco pude hacer preguntas. Pero, acabé estando con la propia Alexis y pude tener algunas respuestas.»

§§

Llego quince minutos antes de la hora acordada. Ella ya está sentada, en la terraza junto a la playa donde quedamos.
«¿Estás bien? ¿Recuperada?», pregunto intentando esconder el nerviosismo.
«Más o menos. Tengo algunos dolores pero nada especial. Por lo que parece estoy curada. ¡Gracias!»
«¿Gracias por qué? Yo no hice nada.»
«Dijiste que me estaba dejando llevar por el miedo, no me conocías de nada y no podías tener más razón.»
Bebo una cerveza y ella un agua tónica. Vamos conversando como si nos conociéramos, hasta que se instala un silencio difícil de romper. Alexis me mira directamente a los ojos y pone su mano sobre la mía. No solo no la aparto sino que coloco la otra sobre su mano. «Camila...», «Alexis», hablamos ambas al mismo tiempo, echándonos a reír.
«Tú primero», digo.
«Cuando desperté de la cirugía supe que tenía que verte, tenía que decirte lo que estoy sintiendo aunque no tenga ningún sentido, aunque digas que estoy loca y huyas de mí, lo que dicho sea de paso, no sería la primera vez.»
Sonrío, recordando la noche de tormenta, pero no la interrumpo.
«Cuando saliste corriendo, intenté ir detrás de ti, pero me sentía tan mareada que no fui capaz. Volví a sentarme y vi tu tarjeta caída en el suelo. Cuando llegué a casa busqué y encontré tu email, fue difícil, no hay muchas cosas sobre ti online.»
«Perdona la forma en la que me fui, pero me asusté. Yo estoy casada. O mejor dicho yo estaba casada. Nunca me había pasado nada parecido, entré en pánico, beso más tormenta fue demasiado para mí. Pensé en ti muchas veces, hace meses que te observaba en el tren.»
«¡La Lectora del libro de tapa roja!»
«Exactamente. Te inventé una vida, pensé que podías ser cirujana, tal vez pianista», miro sus dedos, ahora entrelazados con los míos.
«Y al final soy simplemente abogada, ¡qué decepción!», ironiza.
«Creo que ya sabes todo sobre mí, soy la hija mediana de la Profesora Amelia Velasquez, soy neurocirujana, ahora divorciada, madre de un niño de 4 años. Y eso es todo, ¡no hay mucho más

que contar!»
«Qué capacidad de síntesis», dice riendo.
«¿Y tú? ¿Cuál es tu historia?»
«Un poco más complicada que la tuya. En este momento soy la abogada de Olívia, y estoy totalmente comprometida con eso. Olívia y Julia...» Alexis interrumpe lo que iba a decir y mira su reloj. «Tengo que irme, ¿quedamos otro día y te cuento mi historia? ¿Qué te parece? Siempre es una excusa para verte otra vez.»
«No necesitas excusas, yo quiero estar contigo otra vez, ¿cenamos el fin de semana? Mateo se queda en casa de Julia.»

§§

«¿Y ahora? Me alegré de que hayamos quedado para cenar, pero tengo miedo», pronuncio entre dientes, levantando la cabeza para poder mirar a Fili.
«¿Miedo de qué, Camila?», dice cerrando el cuaderno y quitándose las gafas, mostrando que nuestro tiempo ha terminado.
«De lo que pueda pasar.»
«¿Qué es lo que tú quieres que pase?»
Fili no sería Fili si no respondiera a mis preguntas con más preguntas. Salgo del consultorio sabiendo que no sirve de nada insistir, no me va a facilitar la vida.

Capítulo 31

6 de noviembre - No mejora con el tiempo

Olívia

«Hola Olívia, buenas tardes. ¿Cómo estás? ¿Cómo han ido estos días?» Fili se sienta y enciende la luz de su pequeña lámpara. Me gustan estos días en los que el despacho queda iluminado por esta luz amarillenta, que da a todo el ambiente un aire más intimista, más acogedor. No es que sea necesario, él siempre es cálido, pero me he acostumbrado a asociar esta luminosidad a una sensación de paz interior. La primera vez que busqué a Fili era invierno, los días eran cortos y la mayoría de nuestras sesiones ocurrían en este mismo escenario, ventana con persianas cerradas y la pequeña lámpara con la luz encendida.

«Agitados, pero buenos...» Mi respuesta es lacónica. Sé que la pregunta de Fili es solo un saludo de bienvenida y que se esforzará por hacerme hablar.

«¿Qué has estado haciendo? ¿O debería preguntar qué ha estado haciendo Julia?» Fili esboza una sonrisa y coge el cuaderno.

§§

Frente al espejo del baño, con el pelo mojado y gotas de agua cayendo, me dejo absorber en pensamientos, con la toalla en la mano. Tengo que darme prisa si no quiero llegar destrozada. Es más, quiero llegar antes que ella y verla entrar.

Sin más dudas, termino de secarme el pelo con la toalla y me pongo un poco de gel, dándole un aire despeinado. Sin maquillaje, solo un poco de perfume, elijo unos pantalones negros y una camisa colorida, informal, una chaqueta corta de tela, y ya está. Siento la adrenalina correr y las piernas temblar. Llamo un Uber y doy la dirección del Dune's.

Son las nueve y cincuenta cuando miro el reloj. Después de la cirugía, Julia volvió a insistir en que nos encontráramos, y acabamos quedando hoy exactamente a la misma hora. Parada en medio de la calle, antes de empujar la puerta, levanto la cabeza, lleno el pecho de aire y entro decidida. Miro alrededor buscando una mesa vacía, cuando veo que Julia ya está sentada en una de las esquinas de la sala. Parece distraída y no me ve entrar.

«Llegaste temprano...», digo yendo por detrás de ella y asustándola.

«Oh, perdona, estaba distraída. ¿Cómo estás?», dice en su tono bajo y ronco.

Me siento, hago una señal al joven, que está otra vez de servicio, y pido un whisky. «Bien..., pero eso tú lo sabes, al fin y al cabo estuvimos juntas en el hospital...» Suspendo la respiración y dejo de hablar, ¿de verdad vamos a hacer esto? ¿Conversación circunstancial? «¿Y tú?» Me quito las gafas, las dejo sobre la mesa y me paso las manos por los ojos. Sin darle tiempo a responder, continúo: «Fue duro perder a aquel paciente. Imagino que para ti, que lo conocías, aún más.»

«Nunca nos acostumbramos. Creo que es peor, cada vez me cuesta más. Todas las veces me cuestiono, ¿qué podría haber hecho mejor? ¿Qué podría haber sido diferente?»

Siento una lágrima correr y me apresuro a limpiarla con la mano. Cojo el vaso y doy un trago esperando que ella no se haya dado cuenta.

Por supuesto no le ha pasado desapercibido. «¿Perdiste a alguien? Quiero decir, claro que debes haber perdido a muchos pacientes a lo largo del tiempo, pero ¿alguien especial?»

Ella no puede imaginar el tamaño de la herida en la que está hurgando.

«Cuéntame. Cuando dejamos salir a nuestros fantasmas, se vuelven menos aterradores. ¡Cuéntame!»
Me cae una lágrima que ya no intento disimular: «Tantos años después sigo pensando que podría haber sido diferente. Fui al quirófano porque no había nadie más. Escuché la historia rápidamente y leí lo poco que estaba escrito en el historial. No lo pensé mucho. Era un procedimiento simple, una hernia. Debía durar menos de una hora, entrábamos y salíamos. Minutos después de estar anestesiado, el ritmo respiratorio aumentó, la mandíbula empezó a ponerse rígida, pero yo no me di cuenta enseguida. El ritmo cardíaco se alteró. Recuerdo el sonido de los monitores. El otro día, en la sala, tuve exactamente la misma sensación. Parece que nada de lo que hagamos va a modificar el curso de una historia que ya está escrita.» Las lágrimas corren ahora sin poder contenerlas. Al mismo tiempo siento un enorme alivio al compartir esta historia tantos años después. «En nada el paciente estaba con 40°, 41°, 42°. Los dos cirujanos tenían poca experiencia y entraron en pánico. Hipertermia maligna. No pude hacer nada.»
Julia permanece en silencio con los ojos fijos en los míos y el vaso en la mano. «No podías saberlo. No tuviste la culpa.»
«La tuve, la verdad es que la tuve. Más tarde, al leer todo el historial, vi que había una indicación de que un hermano había tenido complicaciones en una anestesia, y él mismo, en una intervención anterior, ya había tenido un episodio que nunca se entendió exactamente qué era. Si al menos hubiera hablado con él..., si hubiera leído la historia como debía, y no solo las palabras del colega diciendo «no hay nada fuera de lo habitual».»
«¿Y después?»
«El hospital abrió un expediente. Javier, mi marido, era amigo de uno de los administradores y logró convencerlo de archivarlo. Para él era perfecto. Hacía mucho que me quería fuera del quirófano. Yo estaba hundida. Acepté.»
«Así, sin luchar, ¿sin responder?»
«Lo intenté. Estaban todos contra mí. Yo era el chivo expiatorio más obvio. Exoneraba a los cirujanos y dejaba que toda la culpa recayera sobre mí. Dijeron que me habían informado, que había tenido acceso a toda la información. Estaba sola.»
«No lo entiendo... Te gusta lo que haces en el quirófano. Y eres buena en lo que haces. Si le dices a alguien que yo dije esto lo negaré, pero eres de las mejores con las que he trabajado», dice con una sonrisa, apretando mi brazo con la mano.
«Supe que te separaste.»
«Camila llegó a la conclusión de que no podíamos continuar. Es mucho más consciente que yo, debe ser por tantas horas pasadas con Fili», dice con una risa algo forzada. «Me costó horrores oír todo lo que me dijo, sobre todo porque está cargada de razón. Me conoce bien, tan bien, que es capaz de exponer mi alma y confrontarme con mi conciencia. Dice que yo vivo para conquistar ...» Julia se interrumpe por un momento, terminando su bebida. Le hace una señal al camarero y pide otra.
Curiosamente pienso que es exactamente lo mismo que me dijo Úrsula, parece haber consenso sobre el tema... «¿Y es verdad? Durante estos meses en los que no hablamos pensé exactamente lo mismo... Me sentí como un trofeo...»
Me interrumpe en un tono afirmativo, «No digas eso..., ¡no! Tú no fuiste una conquista.»
«Claro que lo fui Julia, piénsalo... Hiciste todo, y no tengo dudas de que, en aquel entonces, habrías hecho lo imposible para tenerme, y cuando lo conseguiste... ¿qué pasó? Dejó de interesarte. Pasé a ser solo una más que cruzó tu vida, tu cama.»
Quería quedarme callada y escuchar, al fin y al cabo fue ella quien pidió este encuentro.

«Tú no fuiste una más en mi cama, no fuiste una conquista más...» Julia me mira de tal forma que siento un estremecimiento por dentro. «Si mal no recuerdo, ¡fuiste tú quien me sedujo!»
Suelto una carcajada, dejando que el ambiente se aligere. Mientras tanto ella va haciendo girar los cubitos de hielo dentro del vaso. «Dijiste que querías hablar de trabajo...»
«Es verdad, quería tu opinión. Tuve una propuesta para ir a Boston. Es una invitación casi irrechazable, una historia muy larga que involucra a la madre de Camila...»
La interrumpo una vez más, «Después de lo que vi en el hospital, pensé que Amelia Velasquez y tú no se llevaban precisamente bien.»
«Es una cirujana excepcional y una persona execrable, pero esta vez fue engañada en su propio juego. Se ofreció a ayudarme a conseguir este puesto en Boston si me separaba de Camila...»
No puedo creer lo que estoy oyendo, a pesar de todo lo que sé sobre ella, nunca imaginé que pudiera caer tan bajo. «No entiendo...»
«Decidí decirle que aceptaba la propuesta..., aún no ha descubierto que cuando hizo su «negocio», nosotras ya estábamos separadas.» Julia suelta una carcajada y nos reímos ambas por un momento.
Dejo de reír y la miro, «¿De verdad te vas a Boston?»
«No lo sé..., esperaba que pudieras ayudarme. Hace unas semanas me sorprendió una invitación a almorzar...», se calla y espera a que yo diga algo.
«¿Debería saber quién te invitó a almorzar?»
«Quizás..., almorcé en Fred's con nuestra Presidenta, Sophia y Úrsula..., por todo lo que se habló de ti, deduzco que las conoces. Bueno..., ni siquiera me atrevo a preguntarte cuán bien las conoces...», Julia vuelve a reír. Su mirada ha cambiado y los ojos verdes brillan ahora con la intensidad que tenían cuando los vi por primera vez.
«Qué grupo interesante..., ¿era una fiesta?», bromeo.
«No exactamente, lo llamaron un almuerzo de trabajo. Deduzco que sabes el contenido de la conversación. Se resolvió el misterio sobre adónde va la doctora Olívia Lopez. Pero no quedó ahí, «si Olívia se va, alguien tiene que entrar». Nuestra Presidenta estaba absolutamente convencida de que esa persona soy yo. Ni imagino cuántas conversaciones tuvieron Úrsula y Sophia con ella.»
«¿Y tú? ¿Qué dijiste?»
«Nada, me quedé pasmada. Úrsula fue explícita al afirmar que tú habías sido una de las voces a mi favor, y sugirió que antes de aceptar hablara contigo. En ese momento se hizo la luz..., yo sabía que aquella noche no podía ser tu primera vez con una mujer...»
Me siento sonrojar. «Creo que puedes ser una gran directora clínica...». No le puedo decir pero no quiero que se vaya a Boston.
«Yo no quiero dejar el quirófano.» Levanta el brazo y le hace una señal al camarero pidiendo otra bebida. Le bajo el brazo y le hago un gesto al camarero cancelando el pedido.
«Ya es suficiente..., quiero oír la historia hasta el final y para eso necesito que te mantengas sobria.»

§§

«Incluso habiendo impedido que siguiera bebiendo, Julia ya no estaba precisamente sobria. Después de escucharla decir que no puede aceptar, que tiene que seguir operando, después de tragar que muy probablemente ella se va a ir a Boston, logré convencerla de ir a casa, no sin antes prometerle que cenaríamos juntas uno de estos días. Por cierto, tengo una pregunta para ti, cuando Julia habló de la separación mencionó que Camila era «muy consciente», aludiendo a

«horas pasadas con Fili». No es solo una coincidencia, ¿verdad?» pregunto de forma retórica con una sonrisa.

Capítulo 32

6 de noviembre - Invitaciones

Camila

«Entonces Camila, ¿novedades? ¿Nuevas cenas?», Fili está sentado en su sofá, iluminado por la luz amarilla de la lámpara.

Dejo el bolso y me siento también. «Disculpa el retraso..., no te imaginas cómo estaba el tráfico», respiro profundamente antes de poder continuar. Él se levanta y va hasta el escritorio, volviendo con un nuevo cuaderno en la mano. Vuelve a sentarse y me detengo a pensar cuánto tiempo llevará hasta cruzar la pierna. Se gira, toma la pluma, escribe algo, tal vez la fecha, y, ¡ahí está!, cruza la pierna. De inmediato fijo la mirada en sus medias. Copas de champán, decenas de pequeñas copas brindan de dos en dos sobre un fondo negro.

«¿Cómo han ido estas semanas?», pregunta levantando los ojos del cuaderno.

«¡Insólitas!», respondo, antes de continuar.

§§

«¿En serio? ¿Y yo que pensaba que tenía noticias para ti? ¿Le diste un beso sin saber quién era?» Julia está sentada frente a mí. En las últimas semanas, no dejo de sorprenderme. Hace dos días, me llamó y me invitó a tomar una copa después de cenar. No deja de ser una invitación inusual.

«Para con eso. Sí, es verdad..., pero después ella fue operada por mi madre, y el resto ya lo sabes.», digo riendo, ante la expresión de asombro de Julia. «Por cierto, sabes más que yo. El otro día cuando mencioné su nombre después de la operación, dijiste que ella era la mujer de un diputado italiano, ¿de dónde la conoces?»

«Es una historia muy larga, tal vez algún día ella misma te la cuente.»

«No voy a insistir, pero ¿y tú? ¿A qué se debe esta invitación?»

«Tengo algo que contarte, pero estamos esperando a más personas.»

«¿Quién?»

«Calma, ya verás. Antes de eso necesito decirte otra cosa.»

«Me estás poniendo nerviosa, cuánto misterio», digo bebiendo un poco de Irish Coffee.

«He estado saliendo con Olívia.» Profiere las palabras como quien hace una declaración, y no dice nada más. Pasa la mano por el pelo y suspira.

«¿Olívia? ¿La misma Olívia del hospital?»

«Se va del hospital.»

«Sí, lo sé. No es eso lo que quería decir. ¿Estás hablando de la misma persona que hasta ayer detestabas? ¿Que era homofóbica?»

«Tal vez hice juicios precipitados. ¡Sí, Olívia!»

Recuerdo el día en que operaron a Mateo, y cómo Olívia jugó con su cabello. Ahora tiene sentido.

«Bueno..., ¡felicidades! Pareces feliz.» No sé exactamente qué decir. Pero es verdad, Julia parece más tranquila, más en paz.

«Tenía que decírtelo, además porque en quince minutos llegará. Ella y Sophia.»

«¿Sophia? ¿La nueva administradora de mi hospital?», pregunto sin entender nada de la conversación.

«Pareces Mateo. Creo que ni él hace preguntas con tanta velocidad. Pero sí, es esa misma. Quieren hablar contigo.»
«¿Conmigo?», termino el resto de la bebida que aún tenía en el vaso y le hago señas al joven pelirrojo para que me traiga otra.
«Ve con calma. La conversación es seria.»
«¿Puedes decirme de qué se trata y dejar de burlarte de mí?», profiero, sabiendo que ella no me dirá absolutamente nada.
Minutos después entran Olívia, Sophia y...Alexis. Al pasar, Olívia le hace una seña al joven camarero mostrando que es clienta habitual, y avanza hacia nosotras. Julia se levanta, le da un beso en los labios, murmurando «Camila ya lo sabe», como si el comentario fuera necesario. Ella sonríe y me saluda. Si está nerviosa, no da muestras de ello. Por su parte, Sophia bromea con Julia, haciendo insinuaciones que me sobrepasan, pero que la hacen sonrojar.
Alexis aún no se ha sentado, se queda parada, esperando a que las otras se instalen, para después rodear la mesa y darme un beso en la mejilla. Junto a mi oído murmura «Me gusta verte». También me gusta verla, pero no logro entender qué está haciendo aquí.
«Señoras mías, vamos a lo que interesa, al fin y al cabo vinimos aquí a trabajar» profiere Sophia, llevándose a la boca su copa de champán.
«¿A trabajar?», pregunto sin comprender.
«No le dijiste nada, ¿verdad? ¡Eres terrible!», dice, haciendo una mueca en dirección a Julia. Ríen a carcajadas, dejándome cada vez más perpleja.
«Disculpa Camila, Julia debería haber hecho la introducción, ¡pero ya sabes cómo es! La cuestión es que, como ya sabes, recientemente asumí las riendas de nuestro hospital, y hay cambios que deben hacerse, personas que tienen que irse y otras que tienen que entrar.»
Por un instante me preocupo, no me va a despedir, ¿verdad? Miro alrededor y me doy cuenta de que no puede ser ese el contexto, respiro hondo, bebo también un poco, y me quedo esperando lo que sea que venga.
«Vamos, Sophia, no seas así.», dice Olívia, callada hasta ahora.
«¡Están siendo indecentes!», dice Alexis con voz de mando, basta de bromas. «Escucha Camila, soy abogada del Hospital Universitario, Sophia contrató a mi empresa cuando tomó posesión.»
«Ok, Alexis, yo se lo digo...» Avanza Sophia sin dejarla terminar,
«Olívia se quedará en la dirección clínica y me gustaría que tú te quedaras como directora de neurocirugía, ¿qué te parece?» Sophia me mira a los ojos con una mirada penetrante. Tiene unos ojos grandes, dulces y provocadores.
Vuelvo a enfocarme en sus palabras, «¡Wow!», se me escapa antes de poder contener el entusiasmo. «No puedo aceptar.», digo, mordiéndome el labio.
Alexis vuelve a entrar en la conversación, «No sé si ayuda, pero tal vez haya algunas cosas que debas saber antes de responder. Cuando vivía en Italia conocí bien a tu madre y también a Esther, sé lo geniales que son en lo que hacen, pero también conozco el otro lado. No importa, lo que quiero decirte, es que ambas van a dejar el hospital a finales de este año.»
«¿Mi madre y Esther? ¿Qué ha pasado? Esther acaba de llegar.»
«Nada, tienen otros desafíos y llegó la hora.»
«Es bueno verte en acción Alexis! ¡Y es bueno ver que no has cambiado!», dice Sophia, sin añadir nada más.
La información es tanta y tan inesperada que permanezco en silencio. Julia posa su mano sobre mi rodilla y me da una palmadita cariñosa.
«Hago la invitación otra vez. ¿Aceptas ser nuestra nueva directora de neurocirugía?», reitera

Sophia.
«¡Claro! Claro que acepto, no sé ni qué decir.»
Salimos ya muy cerca de las dos de la mañana. Nos quedamos horas conversando, Sophia tiene historias interminables y una capacidad de bromear con todo, incluso consigo misma, que nos llevó a las lágrimas.

--

No consigo dormir, fue demasiada información para una noche.
'¿Estás despierta?', '¿Con ganas de conversar?' Envío el mensaje antes de darme tiempo a pensar en no hacerlo.
Pasan más de diez minutos y no llega ninguna respuesta. Claro, ¿qué esperaba?, probablemente está durmiendo, o peor, no está interesada. Me levanto sabiendo que seré incapaz de conciliar el sueño. Abro el congelador, saco una caja de helado de vainilla, y con una cuchara sopera como directamente del envase. Vuelvo a la cama más reconfortada, nada como una dosis reforzada de azúcar. Tomo el teléfono que había dejado sobre la sábana y veo que llegaron dos mensajes.
'¿Con insomnio?', '¿Te dormiste...?'
¡Rayos! ¿Por qué no me llevé el teléfono conmigo? Respiro hondo, 'Disculpa, fui a la cocina a comer.'
'¿Qué?'
'Helado de vainilla.' Inmediatamente después envío otro mensaje '¿Qué estás haciendo?'
La respuesta llega de inmediato, '¿Qué tienes puesto?' Siento un escalofrío y vuelvo a leer el mensaje. 'Un pijama, camisa blanca con rayas azules y pantalones azules.'
'¡Quítate los pantalones!'
A pesar de mi estupefacción, me sorprendo haciendo exactamente lo que me pide. 'Ahora tengo frío.', provoco, entrando en el juego.
'No. No si imaginas mis manos', 'Siente mis dedos en tu rodilla. Tomando coraje para subir...'
Nunca hubiera imaginado a Alexis teniendo una conversación como esta.
'Si estuvieras aquí podrías darme coraje para continuar.', respondo.
Durante unos minutos no recibo ninguna respuesta.
'Son casi las tres de la mañana, tengo que dormir, si no mañana no podré trabajar.'
'¡Claro! ¿Continuamos en otro momento?', respondo, sin argumentos para seguir la conversación.

§§

«¿Han quedado para verse?», pregunta Fili, sin mirarme.
Cambio una de las almohadas de lugar y cruzo la pierna, antes de responder «No. Pero voy a llamarla para quedar. Quiero estar con ella.»
«Me gusta tu confianza, Camila.»

Capítulo 33

20 de noviembre - 'Hada Madrina'

Olívia

«Hola Olívia, buenas tardes. ¿Cómo estás?» Fili me mira esperando una respuesta.

«Bien», digo, sin poder continuar.

«Qué monosilábica...» Cruza la pierna y se quita las gafas, limpiándolas con la punta de la bata que lleva puesta. «¿Puedo preguntar qué pasó?»

«Siempre puedes preguntar todo...»

«Eso suena a alguien que no quiere responder a todo...»

§§

«Olívia, necesito contarte algo», la voz de Alexis es grave. Me llamó temprano por la mañana y me pidió que viniera a verla a casa, sin adelantar nada sobre el tema.

Sentada en uno de los sofás de la sala, distraídamente toco el fleco de uno de los cojines con la punta de los dedos, y miro a Alexis, sentada frente a mí. «¿Qué hizo esta vez?», pregunto mirándola fijamente.

«Tuvo un accidente, anoche.»

«¿Un accidente? ¿Está bien?», pregunto poniéndome de pie.

«¡Fue arrestado!»

«¿Arrestado?», repito, sin poder seguir la conversación.

«Anoche, ya de madrugada, Javier atropelló a una persona y huyó. Fue atrapado poco después y se confirmó que tenía exceso de alcohol, fue arrestado. No tuve oportunidad de decírtelo, pero la decisión del divorcio se anuncia hoy, él debe haberlo sabido ayer.»

«¿Y la persona que atropelló?», pregunto con miedo.

«Está en el hospital, pero fuera de peligro. Él no tiene cómo escapar, enfrenta varios procesos, además de la denuncia hecha por la propia empresa, la semana pasada, por evasión fiscal.» Me quedo sin palabras, tal vez debería sentir alivio, pero todo lo que siento es lástima.

«Olívia, a partir de aquí tienes que dejarlo ir, dejó de ser contigo. Estás oficialmente divorciada y tienes que seguir con tu vida.»

Me quito el suéter y lo dejo de cualquier manera sobre la cama. Es el tercero que me pongo, y nada parece adecuado. Me miro en el espejo, luego en el armario, y sigo con la misma indecisión de cuando salí de la ducha. Miro el vestido negro que me puse hace meses y sonrío. Me decido por unos pantalones grises y una camisa negra, todavía agarro una bufanda, pero desisto. Finalmente lista para salir, ya era hora, voy tarde. Vuelvo atrás para ponerme perfume, me doy una última mirada en el espejo y agarro el teléfono.

Entro al restaurante y ella ya está sentada en la mesa. Se está volviendo un hábito, que ella llegue antes que yo, puede ser que signifique que algo realmente cambió. Sobre la mesa hay una botella de agua, y ella va bebiendo despacio, jugando con el vaso en la mano. Se ve más joven, lleva unos jeans ajustados y una camisa azul claro, con las mangas enrolladas hasta el codo. En el respaldo de la silla, una chaqueta de cuero marrón. Retraso el paso para poder contemplarla por unos momentos.

Ella me mira y me hace señas mientras me acerco. La saludo con dos besos en la mejilla y me siento a su lado. Nunca había estado en este restaurante.

Antes de que tengamos la oportunidad de comenzar a conversar, una camarera se acerca a nosotras para saber qué vamos a comer. Elijo un pad thai y ella un curry verde. «¿Estás bebiendo agua? ¿Quieres elegir un vino?»
«No, creo que no... En nuestro último encuentro dijiste que tenías cosas que contarme, pero que solo lo harías si estuviera sobria. Me tomé muy en serio tu comentario y decidí que hoy no voy a beber alcohol.» Gira la cabeza en mi dirección y sonríe.
Termino pidiendo agua también. Voy a tener que encontrar el coraje para esta conversación sin una copa de vino. Cuando nos quedamos solas, siento sus ojos recorriendo cada parte de mi cuerpo. «Voy a aceptar la propuesta del profesor Thompson», dice, haciéndome helar. «Después de nuestra cena el otro día con Camila y Sophia, Úrsula me llamó...»
«¿Úrsula?», pregunto inquieta. No me siento nada cómoda con esta cercanía entre ellas.
«Sí... Nos conocemos hace mucho tiempo, no es tan raro que me llame.» La respuesta parece inofensiva, pero está lejos de serlo. No sé exactamente qué es lo que Julia sabe, pero estoy segura de que sabe más de lo que quiere aparentar.
«Y si puedo preguntar, ¿qué quería?»
«Convencerme de no ir a Boston...»
«Parece que no lo logró», afirmo con ironía.
«Tal vez...»
«Como 'tal vez', acabas de decir que ibas a aceptar.» Al diablo con los misterios de Julia, con los enigmas de Úrsula, me estoy hartando, pienso, sin decir nada.
«No sé los detalles, pero Úrsula sabía sobre el nuevo laboratorio del profesor Thompson y la invitación para que yo fuera allí... No pongas esa cara, hace mucho tiempo que desistí de intentar entender quién conoce a quién y dónde obtiene la información, deberías hacer lo mismo, conténtate con saber el resultado.»
«¿Pero entonces? ¿Qué tiene que ver ella con eso?», pregunto impaciente.
«Sabes que trabaja para una consultora financiera, esa empresa es una de las financiadoras del proyecto, y así por artes mágicas propuso que el laboratorio funcionara dividido en dos, una parte en Boston y otra aquí.»
«¿Estás hablando en serio?»
«Sí. De hecho, ya acepté la propuesta del Profesor Thompson, claro que yo me quedo con sede aquí, sigo pudiendo operar, e iré allá cuando sea necesario.»
«Úrsula...», niego con la cabeza y no logro concluir.
«No era exactamente su plan. Ella quería que yo asumiera tu lugar como directora clínica en el Central, pero eso es imposible.»
«¡Felicidades! En serio, ¡muchas felicidades!», me inclino en la silla y le doy un abrazo. Sin perder tiempo, gira la cara y junta sus labios con los míos.
La llegada de los platos interrumpe la conversación. El aroma del curry invade el espacio, un olor intenso y provocador, un poco como la propia Julia. Cuando retomamos, ella cambia de tema y pregunta: «Estabas diciendo que viniste en Uber, el otro día tampoco estabas con el auto, ¿pasó algo?»
Innegablemente es una buena observadora, o tal vez mejor, tiene una mente hábil para conducir la conversación hacia donde pretende. Aprovecho la oportunidad, respiro hondo y respondo: «No, ahora no tengo auto...»
«No me digas que te convertiste a las bicicletas», interrumpe sonriendo, dejando el tenedor en el aire a medio camino, entre el plato y la boca.
«No exactamente, es un poco más complicado.»

«Yo aguanto, ¡me gustan las cosas complicadas!»
En mi cabeza las imágenes se suceden, no sé por dónde empezar. Necesito que ella conozca este lado mío..., en el fondo, también forma parte de lo que soy. Perdida en mi silencio, no veo su movimiento y me asusto cuando su mano se posa sobre la mía. Suelto el tenedor y dejo que los dedos se toquen, en un gesto de cariño.
«Nunca preguntaste nada sobre mi vida y deduje que sabías todo lo que querías saber. Conociste lo más profundo de mí, sin tener la más mínima noción de lo que había en la superficie... Solo cuando dejamos de encontrarnos fue que me di cuenta.»
«Te extrañaba», corta mi discurso porque siente la tensión de cada palabra. Es un movimiento característico.
«Me acusaste de ser homofóbica, sin tener la más mínima idea de quién era yo, empezamos una relación por el final, perdimos la posibilidad de disfrutar del camino, perdimos la alegría de la llegada. Tal vez este sea el momento de empezar por el principio...»
«Nunca te pedí disculpas, pero puedes estar segura de que me arrepentí mucho de todo lo que dije. Fui tomada por el miedo, el miedo se volvió rabia y la rabia se transformó en agresividad. Una fuerza desproporcionada contra alguien que, como dices, yo ni conocía...» Julia deja intencionalmente la frase inacabada y me mira, sin retirar su mano de la mía, el verde de sus ojos es tan intenso que tengo dificultad en sostener la mirada. Delicadamente retiro mi mano y vuelvo a agarrar los cubiertos.
«Dolió horrores, pero pasó. Aquella noche me levanté de la cama y me acosté a tu lado, sabiendo exactamente lo que quería, y el riesgo que corría... ¿Y si tú no quisieras? ¿Y si al día siguiente me denunciaras?»
Ella no come, y se mantiene casi inmóvil. Por primera vez, desde que nos conocemos, siento que me escucha.
«Preguntaste qué pasó con mi auto, pues bien, la verdad es que Javier lo robó.»
«¿No hiciste una denuncia?» Su semblante va oscilando entre el asombro y la indignación, si supiera todo lo que aún tengo que contarle.
«¡No! Alexis se encargó del divorcio. Quedó atrás. No quiero volver a oír hablar de Javier.» Me detengo un instante. Necesito beber agua y pensar cómo voy a iniciar lo que realmente tengo que contarle. Al contrario de lo habitual, Julia no profiere palabra alguna.
«¿Recuerdas la noche en que me llevaste a la habitación del hospital?»
«¡Claro!», dice impulsivamente, sin tener idea de adónde quiero llegar.
«Esa noche me agarraste del brazo, y sin querer grité, me preguntaste qué pasaba y te di una excusa vaga sobre haber golpeado en algún lado. No hiciste más preguntas, y yo agradecí no tener que dar más explicaciones...»
Ella me mira, otra vez con esa mirada fija, de quien busca, en vano, anticipar lo que sigue.
«Unos días antes, había tenido una enorme discusión con Javier, él descubrió que nuestra hija está viviendo con una mujer, y perdió la cabeza. Cuando llegué a casa lo escuché gritarle por teléfono y volví a salir, con la esperanza de que se calmara o saliera. Volví dos horas después y lo encontré sentado en la sala esperándome con una botella de whisky al lado. Voy a ahorrarte los detalles de lo que siguió..., pero ese día decidí que era la última vez que me tocaba.» Por más que intente, no logro contener una lágrima. No quería que me viera llorar, pero, bien visto, eso también forma parte de lo que soy.
Levantando la cabeza, me limpio el rostro y la encaro. Ella continúa en silencio, sus ojos están húmedos, y se muerde el labio inferior con tanta fuerza que este se vuelve pálido.
«¿Por qué no me contaste?», son las únicas palabras que profiere.

«Por vergüenza..., por culpa.»
La comida se enfrió en los platos, a nuestro alrededor el bullicio es grande, mientras tanto el restaurante se llenó y las conversaciones se mezclan con la música dándole a la sala un toque de humanidad que me da cierto consuelo.
«¿No vas a comer?» Si yo comí poco, Julia parece no haber dado más de uno o dos bocados al curry.
«No puedo», sonríe y le hace una señal a la camarera pidiendo más agua. «No llegaste a decirme de dónde conoces a Úrsula. No puedo decirte que no me sorprendió..., no me imaginaba...»
«¿No te imaginabas qué? ¿Que yo conociera a Úrsula?»
«Digamos que, por lo que supe, por ella misma, es un poco más que eso.»
«Úrsula fue la persona más importante de mi vida en los últimos años... La conocí en una fiesta de recaudación de fondos, nos cruzamos fumando en el balcón, y al final de la noche yo era otra mujer.»
«¡Úrsula siempre es Úrsula!»
«¿Qué quieres decir con eso? La primera vez que le hablé de ti, me dijo que te conocía». «Entré en 'Esfera' hace muchos años, de la mano de Francesca, no sé si la conoces..., yo estaba en un congreso en Italia, y me enamoré perdidamente de ella, una italiana mucho mayor que yo, una Diva. Úrsula siempre fue un flirteo nunca consumado, una promesa de tal vez algún día. Ahora estoy convencida de que ese día nunca llegará...» Julia me mira y suelta una carcajada, la primera digna de tal nombre desde que nos sentamos.
Tengo un nudo en la garganta y una pregunta que tiene que ser hecha, respiro hondo, como si necesitara una dosis extra de oxígeno para lo que voy a decir: «¿Y nosotras?»
Julia baja la cabeza, y mira hacia la mesa, «¡Tú fuiste la persona a la que me entregué!»
La camarera interrumpe la conversación en el peor momento. Ahora que se fue, también se fue la intensidad del momento.

§§

«¿Sabes, Fili? No quería que aquella noche terminara. La conocía más en aquellas horas que en todos estos meses.»
«¿Y no pasó nada más? ¿La cena terminó así?», Fili sonríe, como si visualizara en su mente otras posibilidades para nuestra noche.
«Nada de lo que estás imaginando..., no.»

Capítulo 34

20 de noviembre - Querer es poder

Camila

«Estás misteriosa, Camila. ¿Qué pasa?»

«Tienes razón, Fili. Pasé gran parte de mi vida intentando controlarlo todo, con miedo de lo que pudiera pasar, miedo de mi madre, de Julia, de las cirugías difíciles y al final, al final nunca estamos preparadas para lo que viene después», digo con una sonrisa.

§§

«Prometiste que si estabas conmigo me darías coraje para continuar, ¿te acuerdas?», dice Alexis, recordando los mensajes intercambiados hace unos días.

Coloco mi mano sobre la suya, presiono un poco con los dedos y la voy subiendo lentamente a lo largo del muslo. Siento la respiración acelerarse, esta vez no es ansiedad, sino deseo. Las manos de Alexis se mueven en la cara interna de mis muslos, haciendo caminos tortuosos y dejándome cada vez más excitada. Me inclino hacia ella, acerco mi rostro al suyo, hasta quedar a escasos centímetros una de la otra. Sus ojos tienen el brillo del deseo, de la anticipación. Dejamos que la posición se mantenga y es ella la primera en romper la distancia entre su boca y mis labios. Primero con vacilación, luego hace pasar su lengua entre los labios entreabiertos, tocándome con tal suavidad que parece que algo se va a deshacer. Sus labios presionan los míos y con las manos me agarra de la cintura. Un primer beso, otro, y otro más, sólo interrumpidos por la urgencia de respirar.

Alejo un poco mi cuerpo del suyo y llevo las manos al botón del pantalón para desabrocharlo... ella agarra mi mano con cariño y dice «No, no hagas eso...» Me sorprende y la miro buscando una explicación. «Tengo la regla de nunca ir con nadie a la cama en una primera cita», afirma con una sonrisa forzada.

Alexis aceptó venir a mi casa después de cenar. Mateo está en casa de Julia, la verdad es que esperaba que esto pudiera pasar.

«Me estás asustando», no sé si es por el tono o la mirada pero siento que tiene algo que decir, como quien guarda un secreto que puede poner en riesgo lo que sigue.

«Yo viví en Italia durante más de diez años. Estuve casada...»

De repente me acuerdo que Julia se refería a ella como «la mujer del diputado italiano».

«...estuve casada casi veinte años. Nos conocimos en París, vivimos allí, luego en Londres, hasta que nos establecimos en Roma. Él es abogado e hizo carrera política, hasta ser elegido diputado. Una buena persona, un buen amigo.» Alexis se detiene y me mira. No sé qué decir, bebo un poco de vino y le agarro la mano.

Ella se encoge de hombros, sacude la cabeza y se levanta yendo junto a la ventana. Sigo el movimiento, permaneciendo sentada. Luego me levanto y voy tras ella. «¿Qué pasa?»

«No vale la pena. No puedo. ¡No puedo! Es mejor que me vaya.»

«¿Estás bromeando?», digo sorprendida.

Alexis se gira hacia mí, está lívida, con lágrimas en los ojos. «¡No puedo!»

Con una seguridad que no suelo tener, decido que la historia no va a terminar así. Necesito saber qué pasa y tengo la sensación de que ella también necesita contarlo. Vuelvo al sofá y me siento,

bebiendo lo que queda en la copa. «Está bien. Yo me quedaré aquí. No te vayas, quédate aquí haciéndome compañía.» Saco el móvil del bolsillo y pongo una música suave, evitando que se instale el silencio.
«Yo lo quería, me casé enamorada y vivimos bien. Él es fantástico, un hombre como pocos. Ya vivíamos en Italia hacía unos años cuando conocí a una mujer. Ella también era abogada y también estaba vinculada a la política. Nos fuimos acercando, nos fuimos conociendo. Me presentó a Esther y a Úrsula, eran amigas. Más tarde me presentó a tu madre. Se conocían todas. Ella estaba casada y tenía dos hijos. Nada fue suficientemente fuerte para impedir que acabáramos involucrándonos. Yo nunca había estado con una mujer. Ella parecía saber lo que quería y cómo lo quería. Duró dos años y tres meses. Un día un periodista nos fotografió. Y de repente estaba en internet, estaba en el periódico. No es que la prensa le diera gran destaque, pero fue suficiente. Yo me divorcié y acabé saliendo de Italia, sin discusiones, sin peleas, una separación tan amistosa como siempre fue nuestra relación. Él siguió su carrera, aparentemente sin grandes daños, al contrario, incluso lo acercó a cierto electorado.»
«¿Y ella?», no resisto preguntar.
«Ella entró en un proceso de divorcio litigioso, perdió la custodia de los hijos y, un año después...» Alexis tiene lágrimas rodando por su cara, pero contiene la emoción y continúa «...un año después se suicidó.»
«¿Hace cuánto tiempo fue eso?», pregunto, pasando la mano por su rostro.
«Hace casi cinco años.»
«¿Nunca más estuviste con nadie?»
«¡No! ¿Entiendes ahora? ¡No puedo! ¡No consigo!»

--

Vitória, mi amiga enfermera me invitó a cenar. Por el tono percibí que no podría rechazar. No se necesitan ni cinco minutos para que empiece a desahogarse.
«No logro entender, parecía que las cosas estaban mejor, te lo dije. Fue ella quien vino por mí. Juró que había terminado todo y ahora...»
Va hablando sobre Esther y yo me mantengo callada. No sé si debería contarle lo que sé.
«Escucha, no puedo no contártelo. Somos amigas y te debo honestidad.»
«¿De qué estás hablando? ¿Estuviste con ella?»
«¿Con Esther? ¡No! Esther dejó de hablarme desde el día en que rechacé sus avances. Te lo dije, en los últimos tiempos casi no me dirigía la palabra, sólo lo estrictamente necesario.»
«¿Entonces?»
«Alexis, una amiga mía. El otro día salimos y nos quedamos conversando en su casa hasta la madrugada. Hablamos un poco de todo y de nada. Le hablé de Mateo y de Julia. Me quejé de mi madre, aunque de forma comedida porque hasta ahora no entendí de dónde se conocen. Y de la nada, me habló de Esther. Sabía que trabajamos juntas en el bloque y ella la conoce desde hace años, desde que vivía en Italia. Por lo que entendí, Esther nunca se asumió, pero vive con una persona desde hace más de veinte años, esa compañera que vive en Madrid. Alexis también las conoce a las dos y me decía que aquella es una relación para toda la vida. Por lo que entendí, incluso cruzando con otras conversaciones del hospital, Esther pidió ser transferida, va a vivir a Bilbao, tal vez porque su compañera fue invitada a una residencia artística allá.»
«¿Ya se fue? ¿Sin despedirse?», dice, no pareciendo tan sorprendida como la situación lo justificaría.
«No lo sé. Sólo sé que oficialmente deja el hospital a finales de año.»
«No estaba haciendo una pregunta. Ahora que me cuentas todo eso, entiendo que la semana

pasada, en su casa, fue una despedida.»

Alexis me llama cuando todavía estoy entrando en casa. Ya pasa de las once.
«¿Terminaste lo que tenías que hacer?», pregunta cuando contesto el teléfono.
«Nunca se acaba... son personas y problemas, este trabajo nunca termina. ¿Y tú terminaste lo que necesitabas entregar hoy?»
«Terminé. ¿Fuiste a cenar con tu amiga?»
Las conversaciones telefónicas con Alexis se convirtieron en una rutina cada noche. Entre Mateo y el trabajo no hemos tenido grandes posibilidades de vernos, desde el día en que estuvo aquí en casa.
«Fui. No está bien.»
«¿Qué estabas haciendo?», pregunto cambiando de tema.
«Estaba flirteando con una persona que conocí en una aplicación... cuando me acordé que había quedado contigo...»
No puedo creer lo que estoy oyendo.
«¿Te quedaste sin palabras? Eso es bueno... ¡estaba bromeando! Claro que no estaba hablando con nadie, estaba esperando tu llamada. ¡Daría todo por ver tu cara en este momento!» La voz de Alexis sale entre carcajadas.
«¡Idiota!» Sonrío sola, sentada en el sofá. «¿Estás acostada?»
«Sí.»
«¿Desnuda?», pregunto, sabiendo que me estoy extralimitando.
«¡No! ¡Claro que no!», responde visiblemente espantada.
«¡Desnúdate!»
«¿Qué?»
«Oíste bien, desnúdate, quédate desnuda bajo las sábanas.» Por la aceleración de su respiración empiezo a creer que el juego puede funcionar, al final fue ella quien lo inició el otro día.
«Ya está.»
«¿Estás segura? ¿Te quitaste todo? ¿Todo, todo?»
«¡¿Tienes una cámara?! Listo, ahora estoy desnuda...», responde, haciéndome creer que es verdad.
«Voy a volver a poner mi mano en tu rodilla, en el mismo lugar donde te toqué el otro día... ¿lo sientes? Sé que sí, pon tu mano sobre la mía y enséñame el camino...» Ella no dice nada, pero oigo la fuerza de su respiración acelerada. «Desliza sobre el interior del muslo..., siente el calor.» A medida que hablo no dejo de pensar qué estará haciendo con sus propias manos.
Pasa de la medianoche cuando decidimos poner fin a la llamada, no sin antes combinar cenar en su casa el sábado.

--

Cuando ella abre la puerta, me quedo parada afuera. Estoy totalmente empapada, abrigo, zapatos, todo. A lo lejos se oye el ruido sordo de los truenos.
Nunca había estado aquí. El apartamento de Alexis está en un edificio antiguo, un ático sin ascensor. Sin duda un buen entrenamiento, pienso mientras subo las escaleras de madera. La sala es cálida y acogedora, en una de las puntas, el techo inclinado tiene un tragaluz que deja ver el cielo.
«¡Para venir a tu casa hay que estar en forma!», digo cuando finalmente entro, dejando algunas gotas por el camino.
«Tenemos que hablar...» Por el vidrio se ve un rayo que corta la oscuridad de la noche y luego un fuerte trueno. Alexis agarra con las manos la punta del abrigo, en un movimiento nervioso. Me

acerco a ella y la abrazo. Está rígida y en un primer instante no se mueve. Luego pone sus brazos a mi alrededor y se deja abrazar. Cuando nos separamos estamos las dos mojadas fruto de mi pelo empapado.
«Antes de cualquier asunto, tienes que secarte. Date una ducha, te presto ropa para cambiarte, esa está empapada.» Miro hacia abajo y constato que tiene razón.
Salgo de la ducha sintiéndome mucho mejor y sobre todo más caliente. Me envuelvo en la toalla que dejó sobre el lavabo y miro al espejo.
«¡Alexis! Alexis, ¿puedes venir aquí, por favor?», llamo fuerte para hacerme oír.
Distingo los pasos y luego la voz de ella junto a la puerta cerrada del baño, «Sí, ¿necesitas algo?»
«Entra, por favor...», enuncio como si de hecho necesitara ayuda.
Cuando ella abre la puerta la jalo hacia mí y la tomo en mis brazos, dejando caer la toalla. La beso sin permitirle segundos pensamientos y paso a paso la empujo hasta caer de espaldas en su propia cama.
«Tienes razón, tenemos asuntos por resolver», murmuro bajito junto a su oído, lamiendo la punta de la oreja, el cuello y luego volviendo a pasar la lengua sobre sus labios entreabiertos.
«¡Te deseo tanto!», susurra.
«Es todo lo que necesito saber en este momento.» Con gestos decididos abro el botón y el cierre de su pantalón y esta vez ella no me frena. La dejo completamente desnuda. Paso las manos sobre cada parte de su cuerpo, deteniéndome en aquellas donde la siento estremecerse, donde oigo su gemido. Acostada a su lado, conduzco sus manos sobre mi cuerpo, hasta que ya no necesita incentivo. Me toca entre las piernas y sé que no puede dejar de sentir cuánto estoy excitada, cuánto la deseo.
«¡Más despacio!», digo, invadida por un placer tan intenso que no sé si logro contener. Alexis dejó definitivamente las dudas de lado y no se compadece de mis palabras. Acelera el movimiento, pega su boca a mi oído, haciéndome gemir, hasta un éxtasis profundo.
Jala la sábana hacia arriba y nos cubre a ambas, en un gesto que tiene tanto de cariño como de intimidad. Así que recupero algo de lucidez, vuelvo a pasar la mano sobre su cuerpo, siento la rigidez de los pezones, el temblor de la piel y el calor entre sus piernas. Giro mi cuerpo hasta quedar acostada sobre ella y dejo que las pieles se toquen, se deslicen una en la otra, fruto de la excitación.
«¡No, Camila!»
«¡Sí!», profiero de forma retórica, sabiendo que tiene las rodillas separadas y está completamente entregada. La toco muy suavemente y luego con intensidad, es todo lo suficiente para que se retuerza en una ola de placer.

§§

«¿Sabes, Fili? Aquel día entendí que iba a ser capaz de seguir sin Julia», concluyo, dejando fuera gran parte de lo que de hecho pasó. Fili deja el cuaderno, me mira y sonríe, sin decir nada.

Capítulo 35

4 de diciembre - Reglas del juego

Olívia

«Mira Fili, tengo la sensación de que de tanto que te he hablado sobre Julia, ya la conoces».
«Tal vez tengas razón Olívia, a veces siento lo mismo». Fili me mira, sonríe y mueve la cabeza.
«Esta vez fue diferente...»

§§

El apartamento de Julia no es muy grande, pero es de un gusto extraordinario, combina trazos modernos con objetos clásicos, en una mezcla de estilos, es su cara. Llego a la hora acordada y traigo una botella de vino. Después de mucha duda, no resistí, y acabé por vestir el mismo vestido negro que tenía cuando nos encontramos hace meses atrás. Ella me mira, y hace una sonrisa que muestra que se dio cuenta. No comenta nada y me da dos besos en la cara, al mismo tiempo que agarra la botella llevándola a la cocina.
La mesa está puesta, un mantel de lino gris, con servilletas a juego, platos blancos, marcadores rojos, y copas de champán, muestran la importancia dada a la ocasión. Una señal sonora en la cocina, avisa que algo está listo. Minutos después Julia atraviesa la sala con una bandeja de pescado asado. El aroma es delicioso, y el aspecto también.
«Hoy tenemos que comer», dice remitiéndonos a nuestra última cena.
«No te conocía estos dotes...»
«Hay muchos dotes míos que no conoces», responde, recordándome con quién estoy hablando. Maestra en la retórica, usa la ironía de forma sabia, transformándola en un espejo de su inteligencia. En este momento recuerdo las palabras de Fili "Es un juego peligroso..."
Al son del piano de Kissin, vamos conversando sobre el hospital.
«La administración ya eligió a la persona para sustituirte en la dirección», dice, mostrando que sabe algo que yo desconozco.
«¿En serio? ¿Sabes quién es?»
«Por casualidad, lo sé... Si Sophia se toma en serio el trabajo, ¡Alexis aún mais!»
«No te estoy siguiendo», respondo totalmente perdida.
«El ex-marido de Alexis tiene mucha influencia, incluso aquí, y apoyó la candidatura de Amelia Velasquez para el liderazgo nacional del partido en las próximas elecciones». Julia muestra una enorme sonrisa y el tono de voz de quien ganó una batalla. «Pero no acabó ahí, la Profesora Velasquez gana en la política y se traga un sapo en el hospital, ¿sabes quién te va a sustituir en la dirección? El hermano de Camila. Viene de Estados Unidos con su marido y su hijo y es el nuevo director clínico del Central».
Estoy contenta con la novedad, y ni me atrevo a preguntar cuántos hilos se movieron para que este doble juego sucediera.
Ya estamos bebiendo el café cuando inicia un tema bien diferente, viniendo de la nada: «Después de todo lo que me contaste he intentado entender algunas cosas, nunca hablamos sobre la noche en que viniste a verme al hospital...»
Tapo su boca con la mano: «No, no vamos a hablar sobre ese día..., ya pasó».
Ella aparta cariñosamente mi mano y prosigue: «Tenemos que hablar, quiero explicar y quiero

entender. Esa noche, todo lo que podía salir mal sucedió. Operé a un paciente, en un procedimiento de rutina, y sin razón aparente la situación se complicó y el paciente tuvo que ir a cuidados intensivos. Se recuperó. Pero siempre es la misma sensación, la sensación de que algo se me escapó, de que debería haber estado más atenta..., esa noche era un joven de veinticinco años. Fui personalmente a hablar con los padres, y no pude evitar las lágrimas cuando vi la desesperación estampada en sus rostros». Hace una pausa, aprovechando para terminar el café, que ya debe estar helado. «Unos días antes la madre de Camila había venido a verme con aquella propuesta descabellada y yo no conseguía dejar de pensar en el asunto. Al mismo tiempo, tú...»
«¿Yo qué?», pregunto sorprendida con el cambio de tema.
«Me habías dicho que te ibas a divorciar. Me sentí en una posición imposible...», Julia tiene un discurso entrecortado, como si estuviera sopesando cada palabra que profiere.
«¿Por qué? Yo nunca te pedí nada».
«Es verdad, pero cuando me dijiste aquello, yo quería más. Era un callejón sin salida. Decidí hacer aquello que hago mejor, meterme de cabeza en otra conquista».
«¿Funcionó?», pregunto sin desviar la mirada.
«¡No! Esa noche apareciste, yo estaba mal, sabía que no había respondido a los mensajes, pensé que nunca sería capaz de darte lo que tú querías. En todas las veces que estuvimos juntas me entregué en tus brazos, nunca había hecho eso con nadie. Tu actitud en nuestra primera noche marcó el ritmo, conquistaste el derecho a tenerme por entero y yo me rendí. A veces sentía que tú no te entregabas, era como si hubiera una barrera que no te atrevías a cruzar. Esa noche..., esa noche no pensé en ti...»
Su mirada deja traslucir lo que está sintiendo, es difícil contener las ganas que tengo de abrazarla, pero me contengo. «Esa noche quedé pésima, de repente estaba contigo y al mismo tiempo no estaba, todos los fantasmas, todos los miedos se apoderaron de mí..., recuerdo que me agarraste con fuerza, y en ese momento me congelé, dejé de estar allí».
«No tenía idea...»
«Lo sé...»
Julia se levanta y va a la cocina, dejándome sola en la sala. Percibo que subió el volumen de la música, cierro los ojos, y me dejo llevar por el sonido del piano. Siento sus manos en mis hombros, pero no abro los ojos, sé lo que se va a seguir. Las manos me tocan en el cuello, junto a la nuca, agarrando el cabello, en un gesto que le es característico. Con un dedo dibuja el borde de mis labios. Los entreabro, permitiendo que se deslice hacia el interior de mi boca. Le agarro la mano y paso la lengua sobre la palma, vuelvo a besar aquel dedo y los demás, uno por uno, sin soltar su mano. Abro por fin los ojos, y encaro la inmensidad de su mirada, perdiéndome en la magia de aquel verde.
Ella se levanta, me extiende la mano, agarra la botella de champán inacabada que aún está sobre la mesa, y nos encaminamos hacia el cuarto.
Se quita la camisa, quedándose sólo en sujetador, y desabrocha el botón de los vaqueros. Con agilidad, me envuelve en un abrazo, baja la cremallera de mi vestido, no dejándome otra opción que quitármelo.
Se queda mirándome, esperando un gesto, una indicación. Me quedo por instantes, para enseguida acostarme sobre la cama, mostrando que estoy dispuesta a cambiar las reglas de nuestro juego.
Se mueve hacia mí, se recuesta apoyándose sobre mi cuerpo y me besa con avidez. «Lo tendrás todo, pero no ya... no antes de que no puedas más», «Voy a tenerte en mis manos», «Voy a sentirte, voy a saborearte», «No sabes cuánto te deseé hoy... el otro día en el restaurante... en el

hospital, cuando te imaginé en brazos de otras mujeres, todo lo que el tiempo hizo fue provocar mi deseo...», «¡Quédate quieta!», murmura cada palabra junto a mi oído, parando de vez en cuando para darme un beso.
Sin preguntas, hago exactamente lo que me pide. Se inclina hacia la mesita de noche, coge la botella de champán y, sin previo aviso, vierte un hilo a lo largo de mi vientre. El frío me hace dar un grito.
«No grites... no ahora, gritarás más tarde...», la voz es autoritaria, llena de promesas veladas.
Comenzando junto al cuello, pasa la lengua a lo largo de mi pecho. Me lame y me besa lentamente, sorbiendo las gotas de champán, bajando hasta el ombligo. Me quedo inmóvil, sintiendo cada toque y dejando que la ola de deseo se acumule y se extienda. Aún con los pantalones puestos, se sienta al fondo de la cama y pasa la mano por la fina tela de mis bragas. Con los dedos va recorriendo los elásticos, para luego volver a presionar la zona cubierta por la tela. Ella parece no tener prisa, pero empiezo a sentir que necesito más, quiero el contacto de su piel en la mía, quiero besarla..., quiero todo lo que ella tiene para darme. Me quita las bragas y me deja desnuda sobre la cama. Se mantiene a propósito vestida, no dejando dudas sobre quién controla. Coge una cinta de seda que aún no había visto y la pasa sobre mi cuerpo. El suave contacto de la seda me estremece. Separo las piernas, intentando mostrar que necesito más. Ella finge ignorarme y prosigue su plan, va manipulando la cinta de forma que me toque por todas partes, sin usar directamente las manos.
«Te necesito, quiero más...»
«¿Qué es lo que quieres? ¡Dilo!»
Me siento inhibida, con dificultad para hablar, pero poco a poco gano confianza. «Tócame con los dedos, con la palma de tu mano».
Suelta la cinta, deslizándola una última vez sobre mis pezones y haciéndome estremecer de pies a cabeza. Con la mano abierta pasa sobre mi vientre hasta tocar el vello púbico. Para y aguarda más instrucciones.
«Más abajo, más fuerte...»
Dejando una de las manos posada en la pelvis, desliza la otra hacia el interior de mis muslos, avanzando a un ritmo deliciosamente lento. Siento dificultad para controlar los movimientos y elevo la cadera buscando su mano.
«¡Por favor, Julia!»
«Abre los ojos». Así que lo hago, siento sus dedos deslizarse en el interior de mis muslos, con movimientos firmes, sabiendo exactamente dónde tocar y cómo. Me estremezco y siento aproximarse un espasmo, sé que no aguantaré mucho más. Repentinamente, retira la mano, sin darme tiempo a protestar, se posiciona entre mis piernas y me toca con la punta de la lengua.
«Así..., así no puedo...», las palabras salen entre sollozos. Ya no consigo mantener los ojos abiertos y los cierro, cediendo totalmente el poco control que tenía. Ella estira los brazos hacia arriba y entrelaza sus dedos con los míos. Entre mis piernas mantiene el movimiento cada vez con mayor intensidad. No contengo un espasmo, y me dejo perder en un orgasmo interminable.
«¡Te amo Liv!», la oigo murmurar entre dientes.

Me despierto sobresaltada sin saber exactamente dónde estoy, abro los ojos despacio, parpadeando hasta acostumbrarme a la luz del sol que entra por la ventana. En mi cabeza surgen imágenes y sonidos de la víspera..., sonrío, miro a mi lado, pero la cama está vacía. Me levanto, encuentro su camisa tirada sobre una silla y me la pongo. Salgo del cuarto y voy andando hasta la cocina. Julia está sentada en la pequeña mesa blanca, sosteniendo entre las manos una taza de café. Sobre la encimera dos zumos de naranja, un cuenco de fresas y un plato de huevos

revueltos.
«Buenos días..., hoy estás más de Bella Durmiente...», dice riendo, con una risa que le ilumina el rostro, como si movilizase todos los músculos para aquella sonrisa. «Tengo hambre», afirma encendiendo la tostadora, donde deduzco ya habrá puesto el pan.
«¡Se ve! ¡Preparaste un banquete! Me vas a malacostumbrar...» Inmediatamente me arrepiento de haber usado esa expresión. Puede parecer que estoy presuponiendo que se va a repetir.
Julia se levanta, posa la taza, rodea la mesa y me besa. «Adoro esa camisa... adoro tu olor...», dice, haciéndome sonrojar al recordar la noche de ayer. «¿Qué ocurre? ¿Estás sorprendida porque sé hacer huevos o porque tengo hambre?»
«Ni una cosa ni otra, sólo no quería que pensaras que creo que esto se puede convertir en rutina, no era eso lo que quería decir. No te asustes, no voy a empezar a tomar el desayuno de domingo en tu cocina», ironizo.
Ella no sigue la broma, al contrario, fuerza una pausa en la conversación, unta mantequilla en las tostadas y pone todo lo que preparó sobre la mesa, empezando a masticar el pan.
«Liv, tenemos que hablar en serio. No vamos a cometer el mismo error dos veces». No dejo de notar que me ha llamado Liv. «¿Es muy cliché si te digo que la noche pasada fue una de las mejores de mi vida? Por eso, no tengo otra opción que entrar en este juego...»
«¡No es un juego! ¿Qué quieres que te responda sin parecer, como tú dices..., cliché?»
Ella para de masticar, da otro sorbo al zumo, y sonríe: «Sería muy infantil por mi parte decirte que te amo por encima de todo, y que vamos a ser felices pase lo que pase, pero tú me has hecho ver la vida desde otro prisma, detalles de los que nunca me había percatado, y unas cuantas cosas sobre mí misma. Camila tiene razón cuando dice que siempre voy a necesitar conquistar, puede ser trabajo, puede ser a alguien, si lo niego, dejo de ser yo, y voy a estar mintiéndonos a ambas, condenando esta relación de entrada...»
«¡Yo respeto eso!»
«¿Qué quieres decir con eso?», pregunta, quedándose con una fresa en la mano, que no llega a meterse en la boca.
«Yo también te amo, Julia García, sé quién eres, y fue de ti, así, como eres, de quien me ena moré. No quiero una relación de mentiras y traiciones, pero quiero intentar una relación contigo. Respeto tus batallas, tus conquistas, y tú respetas que Úrsula forme parte de mi vida». Es mi turno de dejar que se instale un silencio. Cojo unas cuantas fresas y las voy comiendo una a una, al mismo tiempo que bebo un sorbo del café con leche que me preparó.
«Siempre es un juego, ¡y tú acabas de definir las reglas de éste!», declara, depositándome un beso en los labios.

§§

«Pasé el resto del domingo en su apartamento. Parecía que vivíamos así desde hace años, vimos una película e hicimos mil planes para los hospitales. Julia consiguió convencerme para presentar una propuesta conjunta a ambas Administraciones, la ambición será siempre algo que no le faltará». Miro a Fili, que aún toma notas en su cuaderno.
«Olívia, cuando en su momento te dije que ambas eran jugadoras de excelencia, no imaginé que conseguirían llevar el juego tan lejos, y mucho menos que consiguieras poner a Julia García a jugar de acuerdo con tus reglas».

Epílogo

Era inevitable

Camila

Estoy esperando en la sala, Fili se ha retrasado en la consulta anterior a la mía. Es muy raro que suceda. La puerta del despacho está cerrada, puedo oír voces, percibo que una es de Fili y la otra de una mujer, pero no entiendo lo que dicen. A menudo pienso en cómo serán las otras personas que se sientan en ese sofá. Sola y sin nada que hacer, miro hacia la ventana y me dejo perder en los recuerdos de los últimos días.

Cansada de estar sentada, voy al baño, que está al final del pasillo. Cuando vuelvo, la puerta del despacho ya está abierta y Fili me hace una señal para que entre, perdí la oportunidad de ver quién estaba ahí dentro.

«¿Cómo estás Camila? Disculpa por hacerte esperar, la consulta anterior se demoró más de lo previsto...»

Aún no nos hemos sentado cuando la puerta se vuelve a abrir: «Disculpa, Fili, olvidé el teléfono...»

«¡¿Olívia?!», exclamo sorprendida mirándola mientras ella se detiene en seco al verme.

«¡¿Camila?!»

Fili sonríe y mueve la cabeza, «¡Era inevitable, algún día iba a suceder!»

Lo miro, se ha sentado en su lugar de siempre, se ajusta las gafas con el dedo índice derecho y cruza la pierna. Los pantalones se suben ligeramente y dejan ver los calcetines, como siempre sucede. Hoy son negros salpicados de claquetas de cine con pequeñas letras que dicen 'fin'.

[fin]

Índice

Capítulo 1 - 10 de enero - La Dama de Hierro
Capítulo 2 - 10 de enero - Mensajes
Capítulo 3 - 24 de enero - Años de Casada
Capítulo 4 - 24 de enero – Todas las historias tienen un principio
Capítulo 5 - 7 de febrero - Una vez más
Capítulo 6 - 7 de febrero – Running
Capítulo 7 - 21 de febrero – David contra Goliat
Capítulo 8 - 21 de febrero - Pánico
Capítulo 9 - 6 de marzo - Aneurisma de aorta
Capítulo 10 - 6 de marzo - Contextos
Capítulo 11 - 20 de marzo - Disculpas
Capítulo 12 - 20 de marzo – La fiesta
Capítulo 13 - 3 de abril – Disonancias
Capítulo 14 - 3 de abril – Tormenta
Capítulo 15 - 17 de abril - Marcas
Capítulo 16 - 17 de abril – Perspectivas
Capítulo 17 - 2 de mayo – Deseo
Capítulo 18 - 2 de mayo – Quiero la Mejor
Capítulo 19 - 5 de junio - Congreso
Capítulo 20 - 5 de junio - En la oscuridad
Capítulo 21 - 19 de junio – Víctima
Capítulo 22 - 19 de junio - Amistades y amores
Capítulo 23 - 17 de julio – Bruselas
Capítulo 24 - 17 de julio - Decisiones
Capítulo 25 - 21 de agosto - Vacaciones
Capítulo 26 - 21 de agosto - Rupturas
Capítulo 27 - 25 de septiembre – Mundos paralelos
Capítulo 28 - 25 de septiembre - Preguntas
Capítulo 29 - 16 de octubre - No podemos salvar a todos
Capítulo 30 - 16 de octubre- Representación digna de un Oscar
Capítulo 31 - 6 de noviembre - No mejora con el tiempo
Capítulo 32 - 6 de noviembre - Invitaciones
Capítulo 33 - 20 de noviembre - 'Hada Madrina'
Capítulo 34 - 20 de noviembre - Querer es poder
Capítulo 35 - 4 de diciembre - Reglas del juego
Epílogo - Era inevitable

Acerca del autor

Maggy McAndrew



Maggy McAndrew es médica, madre de cinco hijos y una apasionada escritora afincada en Lisboa. Con un diverso portafolio que incluye publicaciones científicas y cautivadoras obras de ficción, el verdadero amor de Maggy reside en crear desgarradoras novelas de romance lésbico. Basándose en su amplia experiencia en el campo de la medicina y en entornos académicos, entreteje hábilmente "rebanadas de la vida diaria" con las complejidades de la dinámica hospitalaria y universitaria. La perspectiva única de Maggy y su aguda comprensión de las relaciones humanas le permiten crear historias auténticas y emocionalmente resonantes que muestran las alegrías, desafíos y triunfos de las mujeres que aman a las mujeres. Sus novelas ofrecen una representación poderosa y sin disculpas del amor lésbico en todas sus formas. Para mantenerse en contacto con Maggy y recibir ofertas exclusivas, extractos gratuitos de sus próximas obras y las últimas noticias sobre su trayectoria como escritora, por favor, escríbale a maggy.mcandrew@gmail.com. Ella valora la oportunidad de interactuar con sus lectores y agradece cualquier comentario, opinión o pregunta que pueda tener.

Libros de este autor

PASIONES IMPREVISTAS

En un mundo donde el amor verdadero parece imposible, Simone, una brillante filósofa, se encuentra consumida por el dolor tras la pérdida de su gran amor, Lisa. Sumida en un océano de recuerdos, busca consuelo en las palabras, creyendo que solo a través de la escritura podrá liberar las pasiones ocultas que arden en su interior.
Pero el destino tiene otros planes cuando Nicola, una seductora profesora italiana con un pasado misterioso, irrumpe en su vida como un torbellino de deseo. A pesar de sus reservas, Simone se ve irresistiblemente atraída por el magnetismo de Nicola, y juntas se embarcan en un viaje de pasión desenfrenada que desafiará todo lo que Simone creía saber sobre el amor y el placer.
Mientras tanto, Carmen, la mejor amiga de Simone, se encuentra atrapada en su propia encrucijada cuando conoce a Emily, una joven medica cuya pasión cruda y honesta despierta deseos que Carmen nunca supo que existían. A medida que se sumergen en un romance secreto, las líneas entre el amor y la amistad y la comienzan a desdibujarse.

En esta novela sensual y apasionante, Maggy McAndrew explora los rincones del deseo femenino con una prosa arrebatadora y sensual. "Pasiones Imprevistas" es un testimonio del poder transformador de la pasión y una celebración del amor lésbico en todas sus formas. Prepárate para un viaje erótico y emocional que te dejará sin aliento y deseando más.